

NUEVA EDICIÓN

LIBBA BRAY

LA ORDEN DE LA  
ACADEMIA **S** PENCE

el círculo secreto  Lectulandia

Después de la muerte de su madre en extrañas circunstancias, Gemma empieza una nueva vida en Inglaterra, estudiando en la Academia Spence, un prestigioso internado para señoritas. Allí se verá inmersa en misteriosas situaciones, y casi sin quererlo, formará parte de la Orden, una antigua hermandad de mujeres con poderes mágicos, como el de cruzar una puerta hacia los reinos donde viven los espíritus de los muertos y seres maravillosos.

**Lectulandia**

Libba Bray

# **La orden de la Academia Spence**

**Saga: El círculo secreto - 1**

ePub r1.1

Padme 22.05.14

Título original: *A Great and Terrible Beauty*

Libba Bray, 2003

Traducción: Isabel Ferrer

Editor digital: Padme

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Barry y Josh*

Teje noche y día  
una tela mágica de alegres colores.  
Ha oído un susurro,  
sobre ella caerá una maldición  
si contempla Camelot.

Desconoce cuál puede ser la maldición,  
y teje, pues, sin parar,  
sin preocuparse de nada más,  
la dama de Shalott.

Y al pasar ante un diáfano espejo  
que todo el año pende ante ella,  
aparecen sombras del mundo.  
Allí ve el camino  
que serpentea hasta Camelot...

Pero se complace aún en tejer  
en su tela las mágicas imágenes del espejo,  
pues a menudo en las silenciosas noches  
un funeral, con penachos y luces  
y música, se dirigían a Camelot;  
o cuando la luna lucía en el cielo,  
llegaban dos jóvenes amantes recién casados.  
«Estoy cansada de las sombras», decía  
la dama de Shalott.

Y río abajo en la oscuridad,  
como una audaz vidente en trance  
viendo su propia desdicha:  
con semblante como el cristal  
contempló Camelot.  
Y al ocaso  
se desprendió de la cadena y yació;  
las aguas del ancho cauce arrastraron lejos de allí  
a la dama de Shalott.

De *La dama de Shalott*, LORD ALFRED TENNYSON

11 de junio de 1895

*Bombay, India*

—Por favor, no me digas que esta noche comeremos eso en la cena de mi cumpleaños.

Tengo la mirada fija en la cara sibilante de una cobra. De su boca cruel sale y entra una lengua sorprendentemente rosada mientras un indio ciego de ojos azules inclina la cabeza hacia mi madre y explica en hindi que las cobras son deliciosas.

Mi madre, enguantada, alarga un dedo blanco para acariciar el dorso de la serpiente.

—¿Qué te parece, Gemma? Ahora que vas a cumplir dieciséis años, ¿querrás cobra para cenar?

El viscoso animal me produce un escalofrío.

—Creo que no, gracias.

El indio, anciano y ciego, sonrío con la boca desdentada y acerca la cobra, obligándome a retroceder. Tropiezo con una estantería de madera llena de estatuillas de deidades hindúes y una de ellas, una mujer con muchos brazos y mueca de terror, cae al suelo. Es Kali, la destructora. Mi madre me acusa de haberla elegido como mi patrona no oficial. Últimamente mi madre y yo no nos llevamos muy bien. Según ella, es porque tengo una edad imposible. Yo insisto a cualquiera que quiera oírme que es porque ella se niega a llevarme a Londres.

—Me han dicho que a lo que se come en Londres no hay que arrancarle primero los colmillos —comento.

Nos alejamos del hombre de la cobra en dirección a la multitud que se agolpa en el bullicioso mercado de Bombay. Sin contestar, mi madre aparta con un gesto a un organillero y su mono. Hace un calor insoportable. El sudor resbala por mi cuerpo bajo el vestido de algodón y el miriñaque. Las moscas —mis admiradoras más fervientes— revolotean alrededor de mi cara. Intento coger una de esas pequeñas bestias aladas, pero huye y casi la oigo burlarse de mí. Mi sufrimiento alcanza dimensiones astronómicas.

En el cielo, las densas y oscuras nubes señalan la estación de los monzones, cuando en cuestión de minutos puede desencadenarse una lluvia torrencial. En el polvoriento bazar, los hombres tocados con turbantes parlotean, chillan y regatean, mostrándonos sedas de vivos colores con sus manos morenas. En todas partes hay carros cargados de cestos de mimbre con los más diversos artículos y alimentos:

jarrones de cobre delgado, cajas de madera con intrincados motivos florales tallados, mangos madurando con el calor.

—¿Cuánto falta para llegar a la casa nueva de la señora Talbot? ¿No podemos coger un carruaje? —pregunto con irritación, y espero que se note.

—Hace un día agradable para pasear. Y te ruego que emplees un tono civilizado. Sin duda, mi irritación se ha notado.

Sarita, nuestra sufrida ama de llaves, nos enseña unas granadas con su mano correosa.

—*Memsahib*, estas tienen muy buen aspecto. Podríamos llevárselas a su padre, ¿no?

Si yo fuera una buena hija, se las llevaría a mi padre, miraría cómo le brillaban los ojos azules mientras partía el fruto rojo y delicioso, y comía las pequeñas semillas con una cuchara de plata como un auténtico caballero británico.

—No haría más que mancharse el traje blanco —refunfuño.

Mi madre está a punto de decirme algo, lo piensa y suspira. Como siempre. Antes mi madre y yo íbamos a todas partes juntas: a visitar templos, conocer las costumbres locales, ver festividades hindúes, trasnochar para admirar las calles a la luz de las velas. Ahora ya no me lleva cuando va de visita. Es como si fuera una leprosa sin lazareto.

—Sí, se manchará el traje. Siempre se lo mancha —susurro en mi defensa, aunque nadie me hace caso salvo el organillero y su mono.

Siguen mis pasos con la esperanza de entretenerme a cambio de dinero. Tengo el cuello alto de encaje del vestido empapado de sudor. Anhele el verdor fresco y exuberante de Inglaterra, que sólo conozco por las cartas de mi abuela. Cartas llenas de chismorreos sobre meriendas y bailes y sobre quién ha escandalizado a quién a medio mundo de distancia, mientras yo estoy aquí aislada en la polvorienta y aburrida India, viendo al mono de un organillero hacer malabarismos con dátiles, el mismo truco que repite desde hace un año.

—Mire el mono, *memsahib*. ¿Verdad que es adorable?

Sarita lo dice como si yo fuera aún una niña de tres años y estuviera cogida al dobladillo de la falda de su *sari*. Nadie parece entender que ya tengo dieciséis y quiero, no, necesito vivir en Londres, para estar cerca de los museos, los bailes y los hombres de más de seis años y menos de sesenta.

—Sarita, ese mono es un ladrón amaestrado que en cualquier momento te pedirá tu sueldo —digo con un suspiro. Como si le hubiese hecho una señal, el golfillo peludo trepa y se sienta en mi hombro, donde extiende la palma de la mano—. ¿Te gustaría acabar en un estofado de cumpleaños? —mascullo.

El mono silba. Mi madre hace una mueca de disgusto por mis malos modales y echa una moneda en el platillo del dueño. El mono sonrío triunfalmente, salta por



encima de mi cabeza y se va corriendo.

Un vendedor ambulante nos muestra una máscara tallada con feroces dientes y orejas de elefante. Sin mediar palabra, mi madre se la lleva a la cara.

—Encuéntrame si puedes —dice.

Es un juego al que ha jugado conmigo desde que sé caminar; una especie de juego del escondite que se supone tiene que hacerme sonreír. Un juego de niños.

—Sólo veo a mi madre —digo, aburrida—. Los mismos dientes. Las mismas orejas. —Mi madre devuelve la máscara al vendedor. La he herido en su vanidad, he tocado su punto débil.

—Y yo veo que a mi hija no le sienta bien cumplir dieciséis años —dice ella.

—Sí, tengo dieciséis años. Dieciséis. A esa edad a la mayoría de las chicas decentes las han enviado a una escuela de Londres.

Pronuncio la palabra «decente» poniendo especial énfasis, con la intención de apelar a cierto sentido maternal de la vergüenza y el decoro.

—Me temo que este está un poco verde.

Mira un mango atentamente. Examina la fruta con minuciosidad.

—Nadie intentó retener a Tom en Bombay como si fuera una cárcel —digo, invocando el nombre de mi hermano como último recurso—. ¡Hace ya cuatro años que está allí! Y ahora va a empezar la universidad.

—El caso de los hombres es distinto.

—No es justo. Nunca conoceré una temporada de bailes. Acabaré convertida en una solterona con cientos de gatos, que beberán leche en cuencos de porcelana.

Estoy gimiendo. No queda muy bien, pero no puedo evitarlo.

—Ya veo —dice por fin mi madre—. ¿Quieres que te paseen por los salones de baile de la alta sociedad londinense como a un caballo premiado, que está siendo juzgado por sus aptitudes para ser entrenado? ¿Seguiría gustándote tanto Londres si fueras blanco de cotilleos crueles por la menor infracción? Londres no es un lugar tan idílico como lo presentan las cartas de tu abuela.

—No sabría decirte. No lo conozco.

—Gemma... —dice en tono de advertencia sin dejar de sonreír a los indios.

No podemos permitir que piensen que las damas inglesas somos tan pazguatas como para ponernos a discutir en plena calle. Sólo hablamos del tiempo, y cuando hace mal tiempo, fingimos que no nos damos cuenta.

Sarita ríe nerviosa.

—¿Cómo es posible que *memsahib* ya sea toda una señorita? Parece que fue ayer cuando estabas en el cuarto de los niños. ¡Ah, mira, dátiles! ¡Tu fruta preferida!

Esboza una sonrisa con su boca desdentada que da vida a cada una de sus profundas arrugas. Hace calor y de pronto me entran ganas de gritar, de huir de todo y de todos.

—Esos dátiles deben de estar podridos por dentro. Igual que la India.

—Gemma, ya basta.

Mi madre me mira fijamente con sus ojos de color verde cristal. Penetrantes y sabios, dice la gente. Yo tengo los mismos ojos verdes, grandes y con las comisuras hacia arriba. Los indios dicen que son inquietantes, perturbadores. Les hace sentir que están siendo observados por un fantasma. Sarita sonrío mirándose los pies mientras se arregla el sari marrón para mantener las manos ocupadas. Siento un atisbo de culpabilidad por haber dicho semejante maldad de su tierra.

De nuestra tierra, aunque últimamente no me siento a gusto en ningún sitio.

—*Memsahib*, tú no quieres ir a Londres. Es un lugar gris y frío y no hay *ghee*, mantequilla de búfalo, para untar el pan. No te gustaría.

Un tren silba camino del depósito, cerca de la resplandeciente bahía. Bombay. Significa «buena bahía», aunque ahora mismo no se me ocurre qué puede tener de bueno. Una oscura columna de humo se alza desde el tren y se funde con los nubarrones. Mi madre la observa.

—Sí, es frío y gris.

Se lleva una mano a la garganta y se toquetea el collar, un pequeño medallón de plata con un ojo abierto encima de una media luna. Regalo de un aldeano, según mi madre. Su amuleto.

Nunca la he visto sin él.

Sarita apoya la mano en el brazo de mi madre.

—Ya es hora de irnos, *memsahib*.

Mi madre aparta la mirada del tren y suelta el collar.

—Sí, vamos. Lo pasaremos muy bien en casa de la señora Talbot. Seguro que tendrá unos pasteles deliciosos para tu cumpleaños...

Un hombre con turbante blanco y gruesa capa de viaje tropieza con ella por detrás, embistiéndola.

—Mil perdones, honorable señora.

Sonríe y hace una profunda reverencia para disculparse por su torpeza. Al inclinarse, asoma por detrás un joven con una capa igual de extraña. Nuestras miradas se cruzan por un instante. No es mucho mayor que yo, a lo sumo tendrá diecisiete años. Es de piel morena y boca grande, con las pestañas más largas que he visto. Sé que no debo considerar atractivos a los hombres indios, pero no suelo ver a muchos jóvenes y me doy cuenta de que me sonrojo a mi pesar. Él desvía la vista y estira el cuello para mirar por encima de la multitud.

—Deberías tener más cuidado —espeta Sarita al hombre mayor, amenazándolo con un golpe en el brazo—. Más te vale no ser un ladrón porque serás castigado.

—No, no, *memsahib*, es sólo que soy muy torpe. —De pronto deja de sonreír y de hacerse el bobalicón. Susurra a mi madre con un perfecto acento inglés—: Circe anda

cerca.

Para mí, sus palabras no tienen el menor sentido, no son más que divagaciones de un ladrón astuto que pretende distraernos. Me dispongo a decírselo a mi madre, pero me abstengo al ver expresión de pánico en su rostro. Con ojos de loca, mira a diestro y siniestro las calles abarrotadas como si buscara a un niño perdido.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

De pronto los dos hombres se han esfumado. Han desaparecido entre la multitud en movimiento, dejando sólo pisadas en el polvo.

—¿Qué te ha dicho ese hombre?

La voz de mi madre es dura como el acero.

—Nada. Obviamente era un perturbado. De un tiempo a esta parte las calles se han vuelto muy peligrosas —dice. Nunca había visto a mi madre así. Tan severa. Tan asustada—. Gemma, creo que será mejor que vaya yo sola a casa de la señora Talbot.

—Pero... ¿y los pasteles?

Es ridículo decirlo, pero es mi cumpleaños, y aunque no quiero pasarlo en el salón de la señora Talbot, tampoco tengo gana de quedarme todo el día sola en casa, únicamente porque un loco con capa negra y su compinche han asustado a mi madre.

Mi madre se arrebujaba en el chal.

—Luego comeremos pastel...

—Pero me has prometido...

—Sí, pero eso fue antes... Calla.

—¿Antes de qué?

—¡Antes de que me irritaras! Te aseguro, Gemma, que hoy no estás de humor para ir de visita. Sarita te acompañará a casa.

—Estoy de muy buen humor —protesto en un tono que suena a todo lo contrario.

—¡No es verdad! —Mi madre me mira fijamente con sus ojos verdes. Hay algo en ellos que nunca había visto, una ira intensa y terrorífica que me corta la respiración. Desaparece tan pronto como ha venido y vuelve a ser mi madre—. Estás agotada y necesitas descansar. Esta noche lo celebraremos y te dejaré beber champán.

«Te dejaré beber champán». No es una promesa; es una excusa para librarse de mí. Antes lo hacíamos todo juntas, y ahora no podemos ni caminar por un bazar sin meternos la una con la otra. Soy una vergüenza y una decepción. Una hija a quien no quiere llevar a ninguna parte, ni a Londres ni a la casa de una vieja que prepara un té insulso.

Vuelve a sonar el silbato del tren y se sobresalta.

—Toma, te dejo mi collar, ¿eh? Vamos, pónitelo. Sé que siempre lo has mirado deslumbrada.

Permanezco inmóvil, callada, dejándola ponerme un collar que siempre he deseado, pero ahora ese objeto brillante y odioso me pesa. Un soborno. Mi madre

vuelve a echar una rápida mirada hacia el mercado polvoriento antes de posar sus ojos verdes en los míos.

—Muy bien. Pareces... mayor. —Acerca la mano enguantada a mi mejilla y la deja allí un momento como si la memorizara con los dedos—. Nos veremos en casa.

Como no quiero que nadie vea las lágrimas que asoman a mis ojos, busco alguna maldad que decir, y ya la tengo en los labios antes de salir disparada del mercado.

—Me da igual si vuelves o no a casa.

## 2

Huyo entre la multitud de vendedores ambulantes, niños mendigos y camellos apestosos, esquivando apenas a dos hombres que llevan *saris* colgados de una cuerda, cuyos extremos están sujetos a dos palos. Corro como una flecha por una estrecha calle y sigo los callejones tortuosos hasta que tengo que detenerme para recobrar el aliento. Me resbalan lágrimas calientes por las mejillas. Me permito llorar ahora que nadie me ve.

«Líbreme Dios de las lágrimas de una mujer, pues carezco de la fortaleza necesaria para hacerles frente», diría mi padre si ahora estuviera aquí. Mi padre, con sus ojos brillantes y su poblado bigote, su risa estruendosa cuando lo complazco y su mirada distante —como si yo no existiera— cuando no actúo como una dama. Supongo que no se pondrá muy contento cuando se entere de cómo me he portado. Si una chica quiere que la envíen a Londres, difícilmente lo conseguirá diciendo cosas desagradables y escapándose a todo correr. Me duele el estómago sólo de recordarlo. ¿En qué estaría pensando?

No me queda más remedio que tragarme el orgullo, volver y pedir disculpas. Eso sí sé encontrar el camino de regreso. Ya nada me resulta familiar. Dos viejos sentados en el suelo con las piernas cruzadas fuman unos cigarrillos pequeños y marrones. Me miran al pasar. Me doy cuenta de que estoy sola en la ciudad por primera vez. Sin acompañante. Sin un séquito. Una dama sola.

Es una conducta escandalosa por mi parte. Se me acelera el corazón y aprieto el paso.

El aire está estancado. Se avecina tormenta. Oigo febril actividad a lo lejos, en el mercado, los tratos de última hora antes de que cierre todo en previsión del aguacero de la tarde.

Sigo el ruido y acabo en el mismo lugar donde estaba. Soy una chica inglesa, perdida y sola, en las calles de Bombay. Los viejos me sonríen. Podría preguntarles cómo volver al mercado, pero no hablo el hindi ni la mitad de bien que mi padre y a lo mejor, en lugar de preguntar «¿Dónde está el mercado?», digo: «Deseo la hermosa vaca de su vecino». Aun así, vale la pena intentarlo, y me dirijo al más anciano, el de la barba blanca:

—Perdone. Me parece que me he perdido. ¿Podría indicarme cómo llegar al mercado?

La sonrisa del hombre se desvanece y da paso a una mirada de miedo. Habla con el otro hombre en ráfagas entrecortadas, usando un dialecto que no entiendo. Varios rostros asoman por ventanas y puertas para ver cuál es el problema. El anciano se levanta, me señala a mí, el collar.

¿No le gusta? Hay algo en mí que lo ha alarmado. Me ahuyenta con un ademán,

entra en la casa y me cierra la puerta en las narices. Resulta alentador comprobar que mi madre y Sarita no son las únicas que me consideran insoportable.

Las caras siguen en las ventanas, mirándome. Cae la primera gota de lluvia. Me moja el vestido y se forma una mancha. El cielo podría desgajarse en cualquier momento. Debo volver. A saber qué hará mi madre si se empapa por mi culpa. ¿Por qué me he portado como una malcriada? Ahora ya nunca me llevará a Londres. Pasaré el resto de mis días en un convento austríaco rodeada de mujeres con bigote, con la vista cansada de coser intrincados encajes para los ajuares de otras chicas. Podría maldecir mi mal genio, pero eso no me ayudará a volver.

«Elige una dirección, Gemma, cualquier dirección: simplemente muévete». Voy a la derecha. La calle desconocida me lleva a otra, luego a otra y, justo al doblar un recodo, lo veo acercarse: es el chico del mercado.

«No te asustes, Gemma. Sólo tienes que alejarte antes de que te vea».

Retrocedo dos pasos rápidamente. Tropiezo con una piedra suelta, resbalo y caigo al suelo. Cuando me levanto, el chico me observa con una expresión que no puedo descifrar.

Por un instante los dos nos quedamos inmóviles, tanto como el aire a nuestro alrededor, que promete lluvia o amenaza tormenta.

De pronto un miedo frío se apodera de mí, se extiende por todo mi cuerpo en un instante, fomentado por las conversaciones que oí en el estudio de mi padre, donde sus amigos y él, con una copa de coñac y un puro, hablaban de la suerte que puede correr una mujer sola que, sometida por hombres malvados, ve su vida arruinada para siempre. Pero eso sólo son retazos de conversaciones. Este es un hombre de verdad que se acerca a mí, reduciendo la distancia entre los dos con pasos largos.

Pretende atraparme, pero no se lo permitiré. El corazón me late con fuerza y me recojo la falda dispuesta a correr. Intento dar un paso, pero me tiemblan las piernas como a una ternera. El suelo brilla y se mueve bajo mis pies.

«¿Qué ocurre?».

Debo moverme, aunque no puedo. Siento un cosquilleo extraño en los dedos, me recorre los brazos hasta el pecho. Me tiembla todo el cuerpo. Una presión terrible me corta la respiración, un enorme peso bajo el que me flaquean las rodillas. El pánico me brota de la boca como hierbajos. Quiero gritar, pero no me salen las palabras ni sonido alguno. El tiende los brazos hacia mí, mientras caigo al suelo. Quiero decirle que me ayude. Miro fijamente su cara, sus gruesos labios, perfectos como un lazo. Los rizos espesos y oscuros que casi le tapan los ojos, esos ojos castaños y profundos de largas pestañas. Unos ojos asustados.

«Ayúdame».

Las palabras quedan atrapadas dentro de mí. Ya no me da miedo perder la virtud; sé que estoy muriendo. Intento mover los labios para decírselo, pero de mi garganta

sale únicamente un borboteo ahogado. Percibo intenso olor a rosas y especias mientras se desvanece el horizonte. Se me cierran los párpados y hago todo lo posible por permanecer despierta. Son sus labios los que se abren, se mueven, hablan.

Su voz dice:

—Está ocurriendo.

La presión aumenta hasta que me siento a punto de estallar, y de pronto me encuentro en un túnel giratorio de intensos colores y luz cegadora que me arrastra como la resaca del mar. La caída no acaba nunca. Ante mí se suceden una imagen tras otra. Me veo a mí misma jugar con Julia a los diez años; veo la muñeca de trapo que perdí en una comida campestre un año después.

Me veo a los seis años, cuando dejo que Sarita me lave la cara para comer. El tiempo retrocede y tengo tres años, dos, soy un bebé, y luego una criatura pálida y extraña, no mayor que un renacuajo e igual de frágil. La poderosa marea vuelve a arrastrarme con fuerza, a través de un velo oscuro, hasta que de nuevo veo la tortuosa calle india. Soy una visitante que pasea por un sueño en estado de vigilia, donde no se oye nada salvo los latidos de mi corazón, mi aliento, el rumor de la sangre que corre por mis venas. En los tejados, por encima de mí, el mono del organillero corretea velozmente mostrando los dientes. Intento hablar pero no puedo. El mono salta a otro tejado. En una tienda cuelgan hierbas secas del alero y en la puerta pende un pequeño símbolo con la luna y el ojo, como el del collar de mi madre. Una mujer se acerca presurosa por la calle en pendiente. Una mujer pelirroja, con vestido azul y guantes blancos. Mi madre. ¿Qué hace aquí mi madre? Tendría que estar en casa de la señora Talbot, tomando el té y hablando de telas.

Mi nombre flota desde sus labios. «Gemma. Gemma». Me busca. El indio del turbante la sigue. Ella no lo oye. La llamo, pero mi boca no emite el menor sonido. Con una mano abre la puerta de la tienda de un empujón y entra. Yo la sigo, con el corazón cada vez más acelerado y los latidos más sonoros. Tiene que saber que el hombre está detrás de ella. Tiene que oír su respiración. Pero mantiene la mirada al frente.

El hombre saca un puñal de debajo de la capa, y aun así ella no se vuelve. Siento que voy a vomitar. Quiero detenerla, apartarla. Cada paso hacia delante es como avanzar con el viento en contra y, al levantar las piernas, me atormenta la lentitud de mis movimientos. El hombre se detiene y escucha. Abre los ojos. Tiene miedo.

Al fondo de la tienda hay algo agazapado en la penumbra, a la espera. Es como si la oscuridad hubiera empezado a moverse. ¿Cómo es posible? Pero sí, se mueve, con un sonido frío, escurridizo, que me eriza el vello. Una forma oscura se extiende desde su escondrijo. Crece hasta invadirlo todo alrededor. La oscuridad en el centro de la cosa se arremolina y de su interior surge un sonido, los gritos y gemidos más espeluznantes.

El hombre corre hacia delante, y la cosa se abalanza sobre él. Lo devora. Ahora se ciernen sobre mi madre y le habla con un insinuante silbido.

—Ven con nosotros, guapa. Te estábamos esperando...

Un grito estalla dentro de mí. Mi madre se vuelve, ve el puñal en el suelo y lo coge. La cosa lanza un alarido furioso. Mi madre va a defenderse. No le pasará nada. Una única lágrima resbala por su mejilla mientras cierra los ojos desesperada, pronuncia mi nombre en un susurro, como si rezase: «Gemma». Con un rápido movimiento, levanta el puñal y lo hunde en su propio cuerpo.

«¡No!».

Una poderosa marea me arrastra fuera de la tienda. Vuelvo a estar en las calles de Bombay, como si nunca me hubiera ido, y grito como loca mientras el joven indio me sujeta los brazos a los costados.

—¿Qué has visto? ¡Dímelo!

A puntapiés y puñetazos, forcejeo para zafarme de él. ¿Acaso no hay nadie cerca que pueda ayudarme? ¿Qué ocurre? ¡Madre! Mi mente intenta recobrar el control, encontrar una lógica, razonar, y lo consigue. Mi madre está tomando el té en casa de la señora Talbot. Iré allí y lo demostraré. Se enfadará y me enviará a casa con Sarita y luego no habrá champán, ni habrá Londres, pero me dará igual. Ella estará viva, bien y enfadada, y yo me alegraré de que me castigue Él sigue gritándome.

—¿Has visto a mi hermano?

—¡Suéltame!

Una vez recuperada la fuerza en las piernas, le asesto una patada acertándole en la parte más sensible. El muchacho cae al suelo y yo, impulsada por el miedo, echo a correr por la calle y doblo la primera esquina. Una pequeña multitud se agolpa frente a una tienda. Una tienda donde cuelgan hierbas secas del alero.

No. Todo esto es una pesadilla espantosa. Despertaré en mi cama y oiré la voz potente y áspera de mi padre mientras cuenta uno de sus chistes interminables y, a continuación, la suave risa de mi madre.

Se me tensan y acalambran las piernas; me tiemblan cuando me acerco a la multitud y me abro paso. El pequeño mono del organillero salta al suelo y observa el cuerpo con curiosidad, inclinando la cabeza primero a un lado y luego al otro. Las pocas personas que hay delante de mí se apartan. Mi mente lo asimila todo paulatinamente. Un zapato boca abajo, el tacón roto. Una mano extendida, los dedos que empiezan a estar rígidos. El contenido de un bolso desparramado por el suelo sucio. Un cuello desnudo que asoma por encima del corpiño de un vestido azul. Los memorables ojos verdes abiertos, sin ver ya nada. La boca de mi madre ligeramente abierta, como si hubiese intentado hablar en el instante de la muerte.

«Gemma».

Un charco rojo de sangre se extiende bajo su cuerpo sin vida. Se filtra entre las



polvorientas grietas del suelo de tierra, recordándome las imágenes que he visto de Kali, la diosa oscura, que derrama sangre y aplasta huesos. Kali la destructora. Mi patrona. Cierro los ojos, deseando que todo desaparezca.

«Esto no está sucediendo. Esto no está sucediendo. Esto no está sucediendo».

Pero cuando los abro, ella sigue allí, mirándome, acusándome. «Me da igual si vuelves o no a casa». Eso fue lo último que le dije. Antes de irme corriendo. Antes de que ella fuera a buscarme. Antes de verla morir en una visión. Un intenso hormigueo me recorre los brazos y las piernas. Me desplomo y la sangre de mi madre alcanza el dobladillo de mi mejor vestido, manchándolo para siempre. Y de pronto el grito que he estado conteniendo sale veloz e impetuoso como un tren nocturno, justo cuando se abre el cielo y empieza a caer una lluvia torrencial, ahogando todos los sonidos.

**LONDRES, INGLATERRA.  
DOS MESES DESPUÉS**

—¡Victoria! ¡Estamos en la estación Victoria!

Un fornido revisor con uniforme azul avanza hacia la parte trasera del tren, anunciando que por fin he llegado a Londres. El tren pierde velocidad hasta detenerse. Grandes nubes de vapor flotan ante la ventanilla, creando la impresión de que todo es un sueño.

En el asiento de enfrente, mi hermano Tom se despierta, se ajusta el chaleco negro y comprueba que está todo en orden. En los cuatro años que llevamos separados, ha crecido y se le ha ensanchado el pecho, pero sigue delgado, y un mechón de pelo rubio le cae sobre los ojos azules en un moderno peinado con el que aparenta menos de veinte años.

—No estés tan malhumorada, Gemma. Tampoco es que te envíen al matadero. Spence es una escuela excelente, con fama de educar a jovencitas encantadoras.

Una escuela excelente. Jovencitas encantadoras. Eso es, palabra por palabra, lo que dijo mi abuela tras pasar yo dos semanas en Pleasant House, su casa en la campiña inglesa.

Mirándome con atención, observó mi piel pecosa, mi rebelde mata de pelo rojo y mi rostro huraño, y decidió que si quería un matrimonio aceptable, lo que necesitaba era ir a una escuela para señoritas.

—Es increíble que no te hayan enviado de vuelta a casa hace años —dijo, y chasqueó la lengua—. Todo el mundo sabe que el clima de la India no es bueno para la sangre. Seguro que esto es lo que querría tu madre.

Tuve que morderme la lengua para no preguntar cómo sabía ella qué habría querido mi madre. Mi madre quería que me quedase en la India. Yo deseaba ir a Londres, y ahora que estoy aquí, no podría sentirme más desdichada.

Tom había dormido durante tres horas mientras el tren atravesaba praderas verdes y onduladas y la lluvia azotaba lánguidamente las ventanillas. Yo, en cambio, veía sólo lo que dejaba atrás, el lugar de donde venía. Las tórridas llanuras de la India. La policía haciendo preguntas: ¿había visto a alguien? ¿Tenía mi madre enemigos? ¿Qué hacía yo sola en la calle? ¿Y qué sabía del hombre que había hablado con ella en el mercado, un comerciante llamado Amar? ¿Lo conocía? ¿Acaso mi madre y él (y en ese momento, visiblemente incómodos, se movieron inquietos mientras buscaban la manera más discreta de expresarlo) «tenían una relación»?

¿Cómo podía contar lo que había visto? Yo misma no sabía si creerlo o no.

Al otro lado de las ventanillas del tren, Inglaterra sigue floreciendo. Pero el traqueteo del vagón de pasajeros me recuerda el viaje en barco desde la India por el mar embravecido. La costa de Inglaterra asomando como una advertencia. Mi madre enterrada bajo el suelo frío e implacable de Inglaterra. Mí padre contemplando con

mirada vidriosa la lápida —VIRGINIA DOYLE, AMADA ESPOSA Y MADRE—, mirándola como si pudiera cambiar lo sucedido con la simple voluntad. Y cuando no pudo, se retiró a su estudio y al frasco de láudano, convertido en compañero constante. A veces lo encontraba dormido en el sillón con intenso aliento a jarabe, los perros a sus pies, el frasco marrón cerca de la mano. Aunque antes era corpulento, había adelgazado, el cuerpo minado por el dolor y el láudano. Y yo sólo podía observar, impotente y muda, culpable de todo. Guardiania de un secreto tan terrible que me daba miedo hablar; temía que fluyera de mí como el queroseno, quemando a todo el mundo.

—Ya estás rumiando otra vez —dice Tom, mirando hacia mí con recelo.

—Lo siento —contesto, y pienso: «Sí, lo siento. Lo siento por todo».

Tom exhala un largo y profundo suspiro, y se apresura a decir:

—No lo sientas. Simplemente no lo hagas.

—Sí, lo siento —repito sin pensar en lo que digo.

Toco el borde del amuleto de mi madre. Ahora lo llevo colgado del cuello, un recuerdo de mi madre y mi culpa, oculto bajo el vestido negro de crepé de luto que llevaré durante seis meses.

A través de la fina neblina, al otro lado de la ventana, veo a los mozos caminar junto al tren, manteniendo la misma velocidad, listos para colocar ante las puertas abiertas las escalas de madera por donde accederemos al andén. Finalmente el tren se detiene con un silbido y un suspiro de vapor.

Tom se levanta y despereza.

—Vamos, pues. Salgamos antes de que queden ocupados todos los mozos.

La estación Victoria me deja sin aliento con su ajetreo. Una multitud se arremolina en el andén. En el extremo opuesto del tren, los pasajeros de tercera se apean en medio de un revoltijo de brazos y piernas. Los mozos se apresuran a cargar el equipaje y los paquetes de los pasajeros de primera. Los vendedores de prensa, con los periódicos del día en alto, vocean los titulares más tentadores. Las floristas deambulan con sonrisas tan duras y gastadas como las bandejas de madera que cuelgan de sus delicados cuellos. Un hombre con paraguas bajo el brazo que pasa a mi lado por poco me derriba.

—Perdón —susurro, profundamente irritada.

El hombre ni se fija en mí. Cuando miro hacia el otro extremo del andén, veo algo muy extraño: una capa de viaje negra. Se me acelera el corazón y noto la boca seca. No es posible que él esté aquí. Y sin embargo estoy segura de que es él, que desaparece detrás de un quiosco.

Intento acercarme, pero hay mucha gente.

—¿Qué haces? —pregunta Tom cuando trato de abrirme paso entre la multitud que avanza en dirección contraria.

—Sólo miro —respondo con la esperanza de que no perciba el miedo en mi voz.

Un hombre asoma por el otro lado del quiosco con un fardo de periódicos al hombro.

El abrigo, fino, negro y de varias tallas más grande que la suya, cuelga de él como una capa suelta. Casi me echo a reír de alivio. «¿Lo ves, Gemma? Son imaginaciones tuyas. Olvídalo».

—Pues si quieres mirar, busca un mozo. No sé dónde demonios se han metido tan de repente.

Un escuálido vendedor de periódicos pasa a nuestro lado y se ofrece a buscarnos un coche de caballos por dos peniques. Acarrea con dificultad el baúl que contiene mis escasas pertenencias: unos cuantos vestidos, el diario social de mi madre, un *sari* rojo, un elefante blanco de la India tallado y el preciado bate de *criquet* de mi padre, un recuerdo suyo de días más felices.

Tom me ayuda a subir al carruaje y el cochero deja atrás la amplia estación Victoria. Nos dirigimos traqueteando hacia el corazón de Londres. El humo de las farolas de gas que flanquean las calles de la ciudad impregna y oscurece el aire. Aunque son sólo las cuatro de la tarde, parece que anochece a causa de la neblina gris. En calles tan tenebrosas, cualquier cosa podría acercársele a una por la espalda furtivamente. No sé por qué lo pienso, pero lo pienso, y enseguida lo aparto de mi mente.

Los delgados chapiteles del Parlamento se elevan por encima del contorno difuminado de las chimeneas. En las calles adoquinadas, hombres empapados de sudor cavan profundas zanjas.

—¿Qué hacen?

—Tienden los cables para la luz eléctrica —contesta Tom, y tose en un pañuelo con las iniciales bordadas en una esquina en elegantes letras negras—. Pronto esa luz de gas trémula será cosa del pasado.

En las calles, los vendedores ambulantes pregonan sus mercancías desde carros, cada uno con su grito característico: «Afilo cuchillos», «Se vende pescado», «Compre manzanas, aquí manzanas». Las lecheras entregan la última leche del día. Curiosamente, el ambiente me recuerda a la India. Tentadores escaparates ofrecen todo lo imaginable: té, ropa blanca, porcelana y hermosos vestidos a imagen de la moda parisina. Un cartel colgado en la ventana de cierta segunda planta anuncia: «Se alquilan despachos, razón aquí». Las bicicletas pasan a toda velocidad junto al cabriolé. Me preparo por si la yegua que tira de nosotros se asusta al verlas, pero no muestra el menor interés. Ya lo ha visto todo, aunque para mí sea nuevo.

Un ómnibus abarrotado de pasajeros pasa a nuestro lado, tirado por magníficos

caballos. En el piso superior viaja un grupo de señoras, muy erguidas en sus asientos, con las sombrillas abiertas para protegerse de los elementos; por razones de pudor, un largo panel de madera que anuncia el jabón Pears oculta ingeniosamente sus tobillos. Es una imagen extraordinaria, y me asalta el incontenible deseo de seguir paseando por las calles de Londres, respirando el polvo de la historia que sólo he visto en fotografías. Terminada la jornada, hombres en traje oscuro y bombín salen de las oficinas y se encaminan con aplomo hacia sus casas. Veo la cúpula blanca de la catedral de San Pablo por encima de los tejados tiznados de hollín. Un cartel anuncia *Macbeth*, protagonizada por la actriz norteamericana Lily Trimble. Está despampanante, con el pelo castaño suelto y alborotado y un vestido rojo con atrevido escote. Me pregunto si las chicas de Spence serán igual de hermosas y elegantes.

—Lily Trimble es muy guapa, ¿no te parece? —comento a fin de entablar una conversación banal con Tom, tarea aparentemente imposible.

—Actriz —contesta Tom con desdén—. ¿Qué clase de vida es esa para una mujer, sin hogar estable, sin marido ni hijos? Yendo de un lado a otro sin rendir cuentas a nadie. La sociedad nunca la aceptará como dama decente.

He ahí el resultado de una conversación banal.

Parte de mí quiere dar a Tom una patada por su arrogancia. Pero debo decir que, lamentablemente, otra parte de mí se muere por saber qué buscan los hombres en una mujer.

Aunque quizá mi hermano sea presuntuoso, sabe ciertas cosas que podrían resultarme útiles.

—Entiendo —digo con despreocupación, como si en realidad sólo fuese a preguntarle qué cualidades debe reunir un jardín para considerarse bonito. Me controlo. Soy amable. Como una dama—. ¿Y cómo es una dama decente?

Con cara de necesitar una pipa contesta:

—Un hombre quiere a su lado a una mujer que le facilite la vida. Tiene que ser atractiva, arreglarse, entender de música, pintura, saber llevar la casa, pero sobre todo debe mantener el nombre de su marido libre de escándalos y no llamar nunca la atención.

Seguro que no habla en serio. En cualquier momento se echará a reír, dirá que era broma, pero conserva una petulante sonrisa en el rostro. Y yo no estoy dispuesta a aceptar semejante insulto como si tal cosa.

—Mamá se consideraba igual a papá —digo con frialdad—. Y él no esperaba que anduviera detrás de él como una pobre imbécil.

La sonrisa de Tom se desvanece.

—Exacto. Y mira adónde nos ha llevado.

Vuelve a reinar el silencio. Tras las ventanas del coche se ve Londres y Tom se

vuelve a mirarlo. Veo su dolor por primera vez, lo veo en la manera como se pasa los dedos por el pelo, repetidamente, y me doy cuenta de lo mucho que le cuesta esconderlo. Pero no sé cómo tender un puente a través de su incómodo silencio, así que seguimos avanzando, mirándolo todo, sin ver casi nada, los dos callados.

—Gemma... —Se le quiebra la voz y calla un momento. Está luchando contra lo que sea que se ha apoderado de él—. Aquel día con mamá... ¿por qué demonios te fuiste corriendo? ¿En qué pensabas?

—No lo sé —susurro, consciente de que en realidad es un consuelo muy pobre.

—La falta de lógica de las mujeres.

—Sí —contesto, no porque esté de acuerdo, sino porque quiero concederle algo, cualquier cosa. Lo digo porque quiero que me perdone. Quizás así yo pueda empezar a perdonarme a mí misma. Quizá.

—¿Conocías a ese —se le tensa la mandíbula al pronunciar la palabra— *hombre* al que encontraron asesinado con ella?

—No —contesto con un hilo de voz.

—Sarita dijo que cuando la policía y ella te encontraron estabas histérica. Que decías no sé qué de un muchacho indio y una visión de... de algo.

Hace una pausa, se frota las palmas de las manos en las rodillas. Sigue sin mirarme.

Me tiemblan las manos en el regazo. «Podría decírselo. Podría decirle lo que llevo muy dentro de mí», pienso. Ahora mismo, con ese mechón rizado que le cae sobre los ojos, es el hermano al que añoraba, el que me daba piedras del mar y me decía que eran joyas de un *rajá*. Quiero decirle que temo estar volviéndome cada día más loca y que ya nada me parece del todo real. Quiero hablarle de la visión, que me dé palmadas en la cabeza de esa manera suya tan irritante y que le reste importancia con la explicación perfectamente lógica de un médico. Quiero preguntarle si es posible que una chica nazca sin merecer que nadie la quiera o si simplemente se vuelve así. Quiero contárselo todo y que me entienda.

Tom se aclara la garganta.

—Me refiero a si te pasó algo. ¿Acaso él...? ¿Estás bien?

Mis palabras se retraen hacia un silencio oscuro y profundo.

—Quieres saber si sigo casta.

—Si quieres expresarlo tan claramente, sí.

De pronto me doy cuenta de que era absurdo por mi parte creer que él quería saber lo que pasó de verdad. Lo único que le preocupa es si de alguna manera he deshonrado a la familia.

—Sí, como tú dices, estoy bien.

Podría reírme de mi propia mentira. No estoy bien en absoluto, claro está. Pero surte efecto, como yo preveía. Vivir en su mundo es eso: una gran mentira. Una

ilusión donde todos miran hacia el otro lado y fingen que no existe nada desagradable, que no existen duendes de las tinieblas, ni fantasmas del alma.

Tom endereza los hombros, aliviado.

—Bueno, me alegro. —Pasado el momento de contacto humano, Tom recupera el control—. Gemma, el asesinato de mamá es una mancha para la familia. Si se supiera la verdad, sería un escándalo. —Me mira fijamente—. Mamá murió de cólera —afirma con rotundidad, casi como si él mismo se creyera esa mentira—. Sé que no estás de acuerdo, pero, como hermano tuyo que soy, te aseguro que cuanto menos se cuente, mejor. Te lo digo por tu bien.

Por completo indiferente a los sentimientos, sólo le preocupan los hechos. Eso le servirá cuando ejerza de médico. Aunque sé que lo que dice es verdad, no puedo evitar odiarlo por ello.

—¿Seguro que es mi bien lo que te preocupa?

Vuelve a tensar la mandíbula.

—Pasaré por alto ese último comentario. Si no quieres pensar en mí ni en ti, piensa en papá. No está bien de salud, Gemma. Tú misma te das cuenta. Las circunstancias de la muerte de mamá lo han destrozado. —Se toquetea los puños de la camisa—. Debes de saber también que papá adquirió muy malos hábitos en la India. Compartiendo el *narguile* con los indios, quizá se granjeara su aceptación como hombre de negocios, quizá llegaran a verlo como uno de ellos, pero no le ha hecho ningún bien a su salud. Siempre ha sido propenso a los placeres. A las evasiones.

A veces mi padre llegaba a casa tarde, agotado de todo el día. Me acuerdo de que mi madre y los criados lo habían ayudado más de una vez a acostarse. Aun así, me duele oírlo. Odio a Tom por decirlo.

—Entonces, ¿por qué sigues dándole láudano?

—El láudano no tiene nada de malo. Es un medicamento —contesta con desprecio.

—Tomado con moderación...

—Papá no es un adicto. No lo es —asegura como si intentase convencer a un jurado—. Se pondrá bien ahora que ha vuelto a Inglaterra. Sólo recuerda lo que te he dicho. ¿Puedes prometerme eso, al menos? Por favor.

—Sí, de acuerdo —respondo, sintiéndome muerta por dentro.

En Spence no saben lo que les espera, acogiendo a una alumna como yo, el fantasma de una chica que asentirá y sonreirá y tomará el té, pero en realidad estará ausente.

—Señor, tendremos que pasar por el East End —advierde el cochero—. Quizá prefiera correr las cortinas.

—¿Y eso por qué lo dice? —pregunto.

—Vamos a pasar por el East End. ¿No conoces Whitechapel? Por el amor de



Dios, Gemma, son los barrios bajos —aclara mientras suelta las cortinas prendidas a los lados de las ventanas para no ver la pobreza y la inmundicia.

—Ya he visto barrios bajos en la India —digo, dejando mis cortinas como están.

El coche avanza dando tumbos por los adoquines de las calles estrechas y mugrientas.

Docenas de niños sucios y flacos se acercan y nos observan pasar en nuestro elegante carruaje. Se me cae el alma a los pies cuando veo sus rostros huesudos y manchados de hollín. Unas cuantas mujeres cosen apiñadas bajo una farola de gas, aprovechando la luz de la ciudad para no gastar sus valiosas velas en un trabajo tan ingrato. El olor en las calles —mezcla de basura, excrementos de caballo, orina y desesperación— es realmente espantoso, y temo vomitar. De una taberna llegan voces y música estridentes, y sale tambaleándose una pareja borracha. La mujer tiene el pelo del color de una puesta de sol y el rostro maquillado y resentido. Empiezan a discutir con nuestro cochero, reteniéndonos.

—¿Y ahora qué pasa?

Tom da unos golpes a la capota para indicarle al cochero que siga. Pero la mujer le está soltando una buena reprimenda. Podríamos pasarnos toda la noche aquí. El hombre me lanza una mirada lasciva, me guiña un ojo y hace un gesto grosero con los dedos índices.

Asqueada, me vuelvo y miro hacia el callejón vacío. Tom se asoma por la ventana.

Condescendiente e impaciente, intenta razonar con la pareja en la calle. Pero algo va mal. Su voz suena cada vez más ahogada, como el ruido que se oye al acercar el oído a una caracola. Y de pronto sólo oigo mi sangre que se acelera y late con fuerza en mis venas. Me invade una enorme presión y me falta el aire en los pulmones.

Está ocurriendo otra vez.

Quiero gritarle a Tom, pero no puedo, y en ese momento me precipito de nuevo por un túnel de luz y color, al mismo tiempo que el callejón se curva y palpita. Y a igual velocidad salgo flotando del coche y camino en estado de ingravidez por el callejón oscuro de contornos relucientes. Veo a una niña de unos ocho años sentada en el suelo inmundo cubierto de paja.

Juega con una muñeca hecha jirones y tiene la cara sucia, pero por lo demás parece totalmente fuera de lugar, con su lazo rosado en el pelo y un delantal almidonado blanco que le queda grande.

Canta una canción, algo que reconozco vagamente como cierta antigua tonada popular inglesa.

Cuando me acerco, alza la vista.

—¿Verdad que mi muñeca es preciosa?

—¿Me lo preguntas a mí?

Asiente y peina a la muñeca con sus dedos mugrientos.

—Ella la está buscando.

—¿Quién?

—Mary.

—¿Mary? ¿Qué Mary?

—Me ha enviado a buscarla. Pero debemos tener cuidado. Eso también la está buscando.

El aire se mueve, trayendo consigo un frío húmedo. Me sobreviene un temblor descontrolado.

—¿Quién eres?

Tras la niña, percibo un movimiento en la turbia oscuridad. Parpadeo para ver con mayor claridad, pero no es una ilusión: las sombras se mueven. Con la ductilidad de la plata líquida, la oscuridad se eleva y adquiere su odiosa forma: el brillo óseo de su rostro esquelético, las cuencas negras y huecas de los ojos, el pelo una maraña de serpientes. La boca se abre y emite un gemido áspero. «Ven con nosotros, guapa, guapa...».

—Corre.

La palabra no es más que un susurro ahogado en mis labios.

La cosa crece y se desliza hacia mí. Al oír sus aullidos y gemidos, se me hiela hasta la última célula del cuerpo. Un alarido surge de mi garganta. Si empiezo a gritar, no pararé nunca.

Con el corazón acelerado, repito, esta vez más fuerte:

—¡Corre!

La cosa vacila, retrocede. Olisquea el aire, como si siguiera un rastro. La niña me mira con sus ojos castaños.

—Demasiado tarde —dice justo cuando la criatura vuelve las cuencas vacías de los ojos hacia mí.

Los labios putrefactos se abren mostrando unos dientes como agujas.

Dios mío, la cosa me está sonriendo. Abre desmesuradamente esa boca horrible y suelta un chillido tan espeluznante que por fin se me desata la lengua.

—¡No! —En un instante vuelvo al coche y, asomándome por la ventana, grito a la pareja—: ¡Maldita sea, apartaos de nuestro camino ahora mismo!

Azoto la grupa del caballo con mi chal. La yegua relincha y da una sacudida, obligando a la pareja a refugiarse en la taberna.

El cochero tranquiliza al caballo mientras Tom me obliga a sentarme.

—¡Gemma! ¿Qué demonios te ha pasado?

—Es que...

—Vaya, Gemma, ¿estás bien? —Tom está realmente preocupado. «Me estoy volviendo loca, Tom. Ayúdame», pienso.

—Sólo tenía prisa.

El sonido que sale de mi garganta es una mezcla de risa y aullido, igual al de una demente.

Tom me observa como si yo fuera una enfermedad rara que no sabe tratar.

—Por el amor de Dios, contrólate. Y te ruego que vigiles tu vocabulario en Spence. No quiero tener que ir a buscarte pocas horas después de dejarte allí.

—Sí, Tom —contesto mientras el coche empieza a rodar otra vez por los adoquines y se aleja de Londres y de las sombras.

—Allí está la escuela, señor —anuncia el cochero.

Llevamos una hora circulando entre onduladas colinas salpicadas de árboles. Ya se ha puesto el sol y el cielo ha adquirido ese tono azul brumoso del crepúsculo. Cuando miro por la ventana, sólo veo una bóveda de ramas y, a través de la labor de encaje de las hojas entrelazadas, la luna, como un melón maduro. Empiezo a pensar que también el cochero está imaginando cosas, pero tras una colina surge Spence en todo su esplendor.

Esperaba una casa solariega pequeña y agradable, como las que mencionan en los periódicos populares, donde muchachas rubicundas juegan al tenis en pulcros campos verdes.

Pero Spence no tiene nada de acogedor. Es un edificio enorme, el castillo olvidado de un loco, con grandes y gruesos torreones, agujas finas y afiladas. Sin duda una chica tardaría un año en visitar todas y cada una de sus habitaciones.

—¡So! —grita el cochero para refrenar a la yegua.

Hay alguien en el camino.

—¿Quién va?

Una mujer se acerca a mi lado del coche y mira en el interior. Una vieja gitana. Lleva un pañuelo exquisitamente bordado alrededor de la cabeza y joyas de oro puro, pero por lo demás tiene aspecto desaliñado.

—¿Y ahora qué pasa? —dice Tom con un suspiro.

Asomo la cabeza por la ventana. Cuando la luz de la luna ilumina mi rostro, la expresión de la gitana se suaviza.

—Ah, eres tú. Has vuelto a mí.

—Lo siento, señora. Debe de confundirme con otra persona.

—Pero ¿dónde está Carolina? ¿Dónde está? ¿Te la has llevado? —empieza a gimotear.

—Vamos, señora, tenga la bondad de dejarnos pasar —grita el cochero.

Con un chasquido de las riendas, el coche se pone en marcha otra vez mientras la mujer vocifera tras nosotros.

—La Madre Elena lo ve todo. ¡Conoce tu corazón! ¡Lo sabe!

—¡Santo cielo, tienen a su propia ermitaña! —se burla Tom—. ¡Qué moderno!

Tom puede reírse todo lo que quiera, pero yo me muero por salir del coche y de la oscuridad cuanto antes.

Pasamos por debajo de un arco de piedra y atravesamos la verja que da a una hermosa finca. Apenas vislumbro el maravilloso campo verde, ideal para jugar al

tenis o al *criquet*, y lo que parecen exuberantes y descuidados jardines. Poco más allá se extiende un espeso bosquecillo de grandes árboles y, detrás, se divisa la capilla encaramada a una colina. Da la impresión de que ese paisaje ha permanecido así durante siglos, intacto.

El coche sube dando tumbos por la cuesta que conduce a la puerta de Spence. Me asomo por la ventana para ver el enorme edificio. Algo sobresale del tejado. No lo distingo bien en la oscuridad. La luna aparece entre un grupo de nubes y entonces lo veo con claridad. Son gárgolas.

La luz de la luna baña el tejado, iluminándolas a trozos: un diente afilado, una boca lasciva, unos ojos hostiles.

«Bienvenida a la escuela de señoritas, Gemma. Aprende a bordar, a servir el té, a hacer reverencias. Ah, y por cierto, es posible que por la noche te aniquile una de las odiosas criaturas aladas del tejado».

El coche se detiene bruscamente. El cochero deja mi baúl en la ancha escalinata de piedra delante de las grandes puertas de madera. Tom llama con una aldaba de latón, prácticamente del tamaño de mi cabeza. Mientras esperamos, no puede evitar darme un último consejo de hermano:

—Debes saber que es muy importante que mientras estés en Spence te portes como corresponde a tu condición. Está bien ser amable con las chicas de menos categoría, pero recuerda que no son tus iguales.

«Condición. Chicas de menos categoría. No son tus iguales». Es para echarse a reír, la verdad. Al fin y al cabo, yo soy la anormal, la responsable del asesinato de mi madre, la que ve visiones. Finjo que me arreglo el sombrero en el reflejo metálico de la aldaba. Cualquier aprensión que pueda tener desaparecerá en cuanto se abra la puerta y la amable ama de llaves me acoja con un cálido abrazo y amplia sonrisa.

Bien. Llamemos a la puerta otra vez con determinación para demostrar que soy una chica decente y formal, de las que cualquier internado espeluznante desearía tener como alumna. Las pesadas puertas de roble se abren y aparece un ama de llaves de rostro anguloso y caderas anchas, una mole con la calidez de Gales en enero. Me lanza una mirada iracunda mientras se limpia las manos en el delantal almidonado.

—Usted debe de ser la señorita Doyle. Tenía que haber llegado hace media hora. Ha hecho esperar a la directora. Vamos, sígame.

El ama de llaves nos indica que esperemos un momento en una amplia sala mal iluminada, llena de libros polvorientos y helechos marchitos. En la chimenea, el fuego devora los leños secos con chisporroteos y silbidos. Llegan risas por las puertas abiertas y veo desfilar a lo largo del pasillo a varias chicas más jóvenes con delantal blanco. Una asoma la cabeza, me ve y sigue como si yo no fuera más que un mueble. Sin embargo, al cabo de un momento vuelve con varias más. Se derriten por Tom,

que se pavonea y las saluda con una reverencia. Ellas se sonrojan y se echan a reír.

«Dios nos asista», pienso, y temo verme obligada a golpear a mi hermano con el atizador para acabar con semejante espectáculo. Por suerte, el regreso de la desabrida ama de llaves me impide sucumbir a cualquier impulso asesino. Ha llegado el momento de que Tom y yo nos despedamos, cosa que hacemos con la mirada baja, fija en la alfombra.

—Bueno, supongo que nos veremos el mes que viene, el día de las visitas.

—Sí, supongo.

—Procura que estemos orgullosos de ti, Gemma —dice para acabar.

Ni una sola palabra sentimental para reconfortarme, ningún comentario del estilo «Te quiero; ya verás como todo va bien». Vuelve a sonreír a sus admiradoras, que siguen escondidas en el pasillo, y se va. Me quedo sola.

—Por aquí, señorita, por favor —dice el ama de llaves.

La sigo hasta el amplio vestíbulo, con una escalera increíble. Los escalones se bifurcan hacia la derecha y la izquierda. Suave brisa procedente de una ventana abierta sacude los cristales de la deslumbrante araña en el techo, exquisitas lágrimas de vidrio suspendidas de rebuscadas serpientes metálicas.

—Tenga cuidado, señorita —advierte el ama de llaves—. La escalera es muy empinada.

La escalera curva se me hace interminable. Por encima de la barandilla veo abajo, en el suelo, los rombos formados por las baldosas de mármol negras y blancas. Al llegar a lo alto, nos recibe el retrato de una mujer de cabello plateado con un vestido que debió de ser el último grito hará unos veinte años.

—Esa es la señorita Spence —informa el ama de llaves.

—¡Qué guapa!

El retrato es enorme y una se siente como si el ojo de Dios la vigilara.

Seguimos por un largo corredor hasta llegar a una maciza puerta de dos hojas. El ama de llaves llama con su puño rollizo y espera. Una voz contesta «Adelante» desde el otro lado, y entro en la habitación empapelada de color verde oscuro con dibujos de plumas de pavo real. Sentada ante un gran escritorio hay una mujer de complexión bastante robusta y pelo castaño, ya entrecano, con gafas de montura ancha en la nariz.

—Ya puede retirarse, Brigid —dice, despidiendo a la cálida y acogedora ama de llaves.

La directora vuelve a enfrascarse en su correspondencia mientras yo, de pie en la alfombra persa, contemplo con fingida fascinación la estatuilla de una doncella alemana que lleva cubos de leche a hombros. En realidad, mi mayor deseo es dar media vuelta y salir corriendo.

«Disculpe, el error ha sido mío —querría decir—. Creo que debía presentarme en otro internado, dirigido por seres humanos que quizás ofrezcan a una muchacha té o

al menos una silla». Un reloj de pared marca los segundos. El ritmo me adormece y me sume en el cansancio contra el que he estado luchando.

La directora deja por fin la pluma y señala una silla al otro lado del escritorio.

—Siéntese.

No dice «por favor». Ni «si eres tan amable». En conjunto, me siento tan bien recibida como una dosis de aceite de hígado de bacalao. La muy arpía intenta adoptar una expresión beatífica que podría confundirse con una cortante ráfaga de viento.

—Soy la señora Nightwing, directora de la Academia Spence. ¿Ha tenido un viaje agradable, señorita Doyle?

—Ah, sí, gracias.

Tictac, tictac, tictac.

—¿Brigid la ha recibido bien?

—Sí, gracias.

Tictac, tictac, tictac.

—No suelo aceptar a chicas tan mayores. Creo que les cuesta más acostumbrarse al estilo de vida de Spence —dice.

«Ya tengo un punto en contra», pienso.

—Pero, dadas sus circunstancias, creo que es nuestra obligación cristiana hacer una excepción. Lamento mucho su pérdida.

Guardo silencio y fijo la mirada en la ridícula estatuilla de la lechera alemana. Tiene el rostro risueño y rubicundo; debe de estar volviendo a un pequeño pueblo donde la espera su madre y no acechan oscuras sombras.

Como no contesto, la señora Nightwing sigue.

—Tengo entendido que la costumbre es guardar luto al menos durante un año. Pero creo que esos recordatorios tan insistentes no son saludables. Nos obligan a centrarnos más en los muertos que en los vivos. Admito que es poco convencional.

—Me dirige una larga mirada por encima de las gafas para ver si protesto, pero no digo nada—. Es importante que se lleve bien con las demás chicas y que estén todas en un plano de igualdad. Al fin y al cabo, algunas llevan con nosotros muchos años, más tiempo del que han pasado con sus propias familias. Spence es casi como una familia, una familia con afecto y honor, reglas y consecuencias. —Hace hincapié en la última palabra—. Por lo tanto, usted llevará el mismo uniforme que las demás. ¿Le parece bien?

—Sí —contesto.

Y aunque me siento un poco culpable por abandonar el luto tan pronto, en realidad me alegro de vestir igual que las demás. Me ayudará a pasar inadvertida, espero.

—Estupendo. Bien, irá a primero con otras seis señoritas de su edad. El desayuno se sirve puntualmente a las nueve. Estudiará francés con *mademoiselle* LeFarge,

dibujo con la señorita Moore y música con el señor Grunewald. Las clases de buenos modales corren a mi cargo. Rezamos en la capilla todas las tardes a las seis. —Echa una mirada al reloj de pared—. De hecho, es hora de ir a la capilla. La cena es a las siete. Después disponen de tiempo libre en la gran sala y, a las diez, todas las chicas deben estar en la cama.

Intenta esbozar una sonrisa devota, como las que suelen verse en los almibarados retratos de Florence Nightingale. Según mi experiencia, semejantes sonrisas significan que el verdadero mensaje —oculto tras la pose cordial y los buenos modales— tendrá que ser interpretado.

—Creo que será muy feliz aquí, señorita Doyle.

«Interpretación: esto es una orden».

—Spence ha dado muchas jóvenes maravillosas que se han casado muy bien.

«No esperamos mucho más de ti. Por favor, no nos avergüences».

—Incluso es posible que algún día se siente aquí y ocupe mi lugar.

«Eso si resulta que es imposible casarte y acabas en un convento austríaco cosiendo camisones de encaje».

La sonrisa de la señora Nightwing vacila un poco. Sé que espera que yo diga algo agradable, algo que la convenza de que no ha cometido un error al aceptar a una muchacha acongojada que no parece en absoluto digna de recibir la formación de Spence. «Vamos, Gemma, dale un hueso —pienso—. Dile lo feliz y orgullosa que estás de formar parte de la familia de Spence». Me limito a asentir. La sonrisa se desvanece.

—Mientras esté aquí, puedo ser una buena aliada si sigue las reglas. De lo contrario, seré la espada que la tallará hasta darle forma. ¿Entendido?

—Sí, señora Nightwing.

—Muy bien. Ahora voy a enseñarle la escuela y después podrá ir a cambiarse para las oraciones.

—Aquí está su habitación.

Estamos en la tercera planta, donde recorreremos un largo pasillo con muchas puertas.

Fotografías de las distintas promociones de Spence cuelgan de las paredes: rostros granulados que cuesta distinguir todavía más a la tenue luz de las escasas lámparas de gas. Por fin llegamos a una habitación en el extremo del pasillo, a la izquierda. La señora Nightwing abre la puerta de par en par y muestra un dormitorio pequeño que huele a moho y que un optimista calificaría de triste y un realista de gris. Hay un escritorio con manchas de humedad, una silla, una lámpara y dos camas de hierro contra las paredes derecha e izquierda. Una cama parece ocupada, con el edredón cuidadosamente remetido; la otra, la mía, está en un rincón bajo una viga con la que



podría partirme el cráneo si me levanto precipitadamente. Es la habitación de una buhardilla, que sobresale por un lado del edificio como si la hubiesen añadido en el último momento: perfecta para una chica como yo, incluida en la lista en el último momento.

La señora Nightwing pasa un dedo por el escritorio y frunce el entrecejo al ver polvo.

—Como es lógico, damos preferencia a las chicas que ya llevan años con nosotros —dice a modo de disculpa por mi nuevo hogar—. Pero creo que su habitación le resultará alegre y práctica. Tiene una vista maravillosa desde la ventana.

Es verdad. De pie ante ella, veo a la luz de la luna el césped, los jardines, la capilla enclavada en la colina y una larga hilera de árboles.

—Es una vista magnífica —digo, procurando mostrarme animada y bien dispuesta.

Mis palabras tranquilizan a la señora Nightwing, que sonrío.

—Compartiré la habitación con Ann Bradshaw. Ann es muy servicial. Es una de nuestras becarias.

Es una manera agradable de decir «una de nuestras obras de caridad», una pobre chica enviada a la escuela por un pariente lejano o que ha recibido la beca de un benefactor de Spence.

El edredón de Ann, bien metido por debajo del colchón, queda terso y liso como un cristal, y me pregunto cuál será su situación, o si nos llevaremos lo bastante bien para que ella me la cuente.

La puerta del armario está entreabierta y cuelga un uniforme: falda blanca *evasé*; blusa blanca con encaje en la pechera y mangas abombadas que se estrechan en los puños; botas blancas con lazos y corchetes, capa de terciopelo azul oscuro con capucha.

—Puedes cambiarte antes de las oraciones. Te daré un momento.

Cierra la puerta y me pongo el uniforme, abrochando los numerosos botones. La falda me queda corta pero, por lo demás, me siento cómoda.

La señora Nightwing se fija en el largo de la falda y frunce el entrecejo.

—Eres bastante alta. —Justo lo que una chica quiere que le recuerden—. Le pediremos a Brigid que cosa un volante al dobladillo.

Se vuelve y yo la sigo.

—¿Adónde dan esas puertas? —pregunto, señalando el ala oscura en el otro extremo del rellano, donde vigilan como centinelas dos pesadas puertas provistas de enorme cerradura, la clase de cerradura concebida para que no pase nadie; o para que no salga nadie.

La señora Nightwing arruga la frente y aprieta los labios.

—Es el ala este. Quedó destruida en un incendio hace años. Como ya no la

usamos, la tenemos cerrada. Así ahorramos en calefacción. Vamos.

Pasa junto a mí contoneándose. La sigo, pero echo un vistazo atrás y mi mirada se posa al pie de las puertas cerradas, donde hay un resquicio de luz. Puede que se deba a la hora del día y el largo viaje, o al hecho de que empiezo a acostumbrarme a ver cosas extrañas, pero juraría que una sombra se desliza por el suelo tras las puertas cerradas.

«No. ¡Fuera!».

Me niego a aceptar que el pasado me encuentre aquí. Tengo que sobreponerme. Así pues, cierro los ojos sólo un instante y me hago una promesa.

«Allí no hay nada. Estoy cansada. Abriré los ojos y sólo veré una puerta».

Cuando miro, no hay nada.

Cuando bajo otra vez al salón, hay unas cincuenta chicas allí reunidas, todas con sus capas de terciopelo. Ya ha anochecido y una luz violácea baña la sala. Los murmullos, interrumpidos por alguna que otra risa, reverberan en el techo de escasa altura y caen sobre mí como trozos de cristal. Los tañidos de la campana de una iglesia anuncian que es hora de salir y recorrer medio kilómetro cuesta arriba hasta la capilla.

Miro furtivamente alrededor en busca de chicas de mi edad. Apiñadas al frente de la fila hay unas cuantas que aparentan dieciséis o diecisiete años. Están con las cabezas juntas, riéndose de alguna broma. Una es de una belleza increíble, con el pelo castaño oscuro y rostro de marfil que parece salido de un camafeo. Posiblemente es la chica más hermosa que he visto nunca. Otras tres se parecen bastante entre sí: bien arregladas, con nariz aristocrática, cada una con una peineta o un broche caros para distinguirse y hacer alarde de su posición social.

Una de ellas me ve mirarla. Parece distinta de las demás. Aunque lleva el pelo rubio platino recogido en un cuidadoso moño, como debe llevarlo una señorita, da la impresión de que lo tiene un poco rebelde, como si las horquillas no fueran a poder sujetarlo. Cejas arqueadas enmarcan sus ojos pequeños y grises en un rostro muy pálido, casi del color del ópalo. Algo le hace gracia y, echando la cabeza hacia atrás, ríe con ganas, sin contenerse. Si bien la chica del pelo castaño es perfecta y hermosa, es la rubia quien atrae la atención de todas las demás. Salta a la vista que es la líder.

La señora Nightwing da unas palmadas y el murmullo se desvanece poco a poco.

—Chicas, quiero que conozcáis a la alumna nueva de la Academia Spence. Se llama Gemma Doyle. La señorita Doyle ha venido de Shropshire e irá a primero. Ha pasado casi toda su vida en la India, y estoy segura de que con mucho gusto os contará anécdotas de los curiosos hábitos y costumbres de ese país. Confío en que le brindéis una acogida propia de Spence y la orientéis un poco.

Me siento morir de un millar de muertes crueles e inusuales cuando cincuenta pares de ojos se vuelven hacia mí y me miran como si fuera algo que debería estar colgado encima de una chimenea en el estudio de un caballero. Toda esperanza que hubiera podido albergar de pasar inadvertida y de que nadie se fijara en mí acaba de frustrarse con el breve discurso de la señora Nightwing. La rubia ladea la cabeza y me observa. Reprime un bostezo y vuelve a cotillear con sus amigas. A lo mejor sí paso inadvertida.

La señora Nightwing se ciñe la capa en torno al cuello y extiende el brazo para señalar el camino.

—Vamos a rezar, chicas.

Mientras las demás salen en fila por la puerta, la señora Nightwing se acerca a mí

seguida de una muchacha.

—Señorita Doyle, esta es Ann Bradshaw, su nueva compañera de habitación. La señorita Bradshaw tiene quince años y también va a primero. La acompañará esta tarde para asegurarse de que se adapta bien.

—Encantada —dice con unos ojos apagados y llorosos que no revelan nada.

Me acuerdo de su edredón bien ajustado y dudo que sea divertida.

—Igualmente —contesto.

Permanecemos un momento inmóviles, sin mediar palabra. Ann Bradshaw es una chica pálida, poco agraciada, lo que en su caso es una desdicha por partida doble. Una chica sin dinero pero guapa tiene alguna posibilidad de mejorar su posición en la vida. Le gotea la nariz. Se la seca con un pañuelo de encaje raído.

—¿Verdad que es horrible estar resfriada? —comento en un esfuerzo por mostrarme amable. Su mirada sigue igual de inexpresiva.

—No estoy resfriada.

Bien. Me alegro de haberlo preguntado. Empezamos bien, la señorita Bradshaw y yo. Seguro que mañana por la mañana ya somos como hermanas. Si pudiera, daría media vuelta y me marcharía en ese mismo instante.

—La capilla es por aquí —dice, eligiendo ese ameno tema de conversación para romper el hielo—. No podemos llegar tarde a las oraciones.

Nos situamos al final del grupo y subimos por la cuesta entre los árboles hacia la capilla de piedra y vigas. Se ha formado neblina a la altura del suelo que da al lugar aspecto inquietante. Más adelante, las capas azules de las chicas se agitan en el aire de la noche, antes de que la niebla cada vez más densa lo engulla todo salvo el eco de sus voces.

—¿Por qué te ha enviado aquí tu familia? —pregunta Ann con tono desalentador.

—Para civilizarme, supongo.

Suelto una risita, como diciendo: «¿Ves lo divertida que soy? Ja, ja».

Ann no se ríe.

—Mi padre murió cuando yo tenía tres años. Mi madre tuvo que trabajar, pero luego enfermó y murió. Su familia no quiso acogerme pero tampoco mandarme a un orfanato. Así que me enviaron aquí para formarme como institutriz.

Me sorprende su sinceridad. Ni se ha inmutado. No sé qué decir.

—Vaya, lo siento —digo cuando recupero la voz.

Me observa con sus ojos apagados.

—¿Lo dices en serio?

—Pues... sí. ¿Por qué no habría de sentirlo?

—Porque la gente sólo lo dice para quitarse a alguien de encima. No lo siento de verdad.

Tiene razón, y me sonrojo. Es algo que se dice por decir, ¿y cuántas veces he tenido yo que soportar oír lo mismo sobre mi propia situación? En la niebla, tropiezo con la gruesa raíz de un árbol que sobresale en el camino y suelto la blasfemia preferida de mi padre.

—¡Maldición!

Al oírlo, Ann yergue enseguida la cabeza. Seguro que es una de esas mojigatas que se chivará a la señora Nightwing en cuanto yo la mire mal.

—Perdona, no entiendo cómo he podido ser tan grosera —digo, intentando remediarlo.

Desde luego no quiero que me sermoneen el primer día.

—No te preocupes —dice Ann, mirando alrededor por si alguien nos escucha, pero como estamos al final de la fila, no hay nadie pendiente de nosotras—. Las cosas aquí no son tan decorosas como pretende la señora Nightwing.

Sin duda, eso es una noticia enigmática.

—¿Ah, sí? ¿A qué te refieres?

—En realidad, no debería decirlo —contesta.

El tañido de la campana flota sobre la niebla junto con las voces apagadas. Por lo demás, todo es silencio. La niebla es cada vez más espesa.

—Este sería un buen lugar para un paseo a medianoche —comento, intentando mostrarme jovial. He oído decir que las chicas joviales caen bien—. A lo mejor los hombres lobo salen a jugar más tarde.

—Salvo en vísperas, no nos dejan salir de noche —contesta Ann con naturalidad.

Hasta ahí llega mi jovialidad.

—¿Por qué no?

—Va contra las reglas. A mí tampoco me gusta mucho salir por la noche. —Hace una pausa y se seca la nariz mucosa—. A veces hay gitanos en el bosque.

Me acuerdo de la vieja que he visto antes junto al coche.

—Sí, creo que he conocido a una. Decía que se llamaba Madre no sé qué...

—¿Madre Elena?

—Sí, eso.

—Está como un cencerro. Ni te acerques a ella. Es capaz de acercarse con un cuchillo y apuñalarte mientras duermes —dice Ann con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Parecía bastante inofensiva...

—Eso nunca se sabe, ¿no crees?

No sé si es por la niebla, las campanas o las espeluznantes palabras de Ann, pero aprieto un poco el paso. Una chica que ve visiones emparejada con otra que es un auténtico catálogo ambulante de terrores nocturnos. A lo mejor esta es la peculiar manera que tiene Spence de formar parejas.

—Estás en primero conmigo.

—Sí —asiento—. ¿Quiénes son las demás?

Dice los nombres uno por uno.

—Y Felicity y Pippa. —Ann calla, de pronto nerviosa.

—Felicity y Pippa. Son nombres encantadores —digo alegremente.

Vaya un comentario insulso por mi parte. Es como para matarme. Pero siento mucha curiosidad por saber algo más de esas dos chicas de nuestra clase.

Ann baja la voz.

—Ellas no son encantadoras. Están muy lejos de serlo.

Por fin cesa el tañido de la campana y da paso a un silencio extraño y hueco.

—¿Ah, no? ¿Acaso son medio chicas y medio lobas? ¿Lamen los cuchillos de mantequilla?

Ann no sólo no le ve la gracia a mi comentario, sino que además me lanza una mirada dura y fría.

—Ten cuidado con ellas. No te fíes...

Una voz ronca la interrumpe desde atrás.

—¿Ya estás hablando más de la cuenta, Ann?

Nos volvemos de inmediato y vemos asomar dos rostros entre la neblina. La rubia y la guapa. Deben de haberse quedado rezagadas y se han acercado sigilosamente por detrás. La voz ronca pertenece a la rubia.

—¿Es que no sabes que eso es una costumbre indigna?

Ann se queda boquiabierta, pero no contesta.

La morena ríe y susurra algo al oído de la rubia, que responde de nuevo con esa sonrisa amplia y distendida. Me señala.

—Tú eres la nueva, ¿no?

No me gusta cómo lo dice. La nueva. Como si yo fuera algún tipo de insecto todavía sin clasificar. *Corpus borrhosus*, hembra.

—Gemma Doyle —digo, procurando no inmutarme ni ser la primera en apartar la mirada.

Es un truco que empleaba mi padre al regatear un precio. Ahora estoy regateando por algo indefinido pero más importante: mi posición en la jerarquía de Spence.

Se produce un breve silencio y luego la rubia se vuelve y dirige a Ann una mirada gélida.

—El cotilleo es un vicio muy feo. Aquí en Spence no consentimos esos vicios, *mademoiselle* Becaria —dice, pronunciando las dos últimas palabras con énfasis malicioso. Un recordatorio de que Ann no pertenece a la misma clase y no debería esperar el mismo trato—. Ya te lo han advertido.

Luego se dirige a mí.

—Es un placer conocerla, señorita Doyle —dice, cogiendo del brazo a la morena,

que choca con fuerza contra mi hombro al pasar a nuestro lado.

—Cuanto lo siento —dice, y se echa a reír.

Si yo fuera hombre, la tumbaría de un golpe. Pero no soy hombre. Estoy aquí para convertirme en una dama. Por mucho que odie ya este sitio.

—Vamos —dice Ann con voz trémula cuando se han ido—. Es la hora de las oraciones.

No sé si habla en general o si se refiere exclusivamente a sí misma.

Cruzamos de prisa el umbral de la capilla silenciosa y oscura, y nos sentamos en medio del eco de nuestras pisadas en el suelo de mármol.

El techo arqueado con vigas de madera se eleva unos cinco metros por encima de nosotras. Unos candelabros flanquean los lados de la iglesia, proyectando largas sombras sobre los bancos. En las paredes hay hileras de vitrales, anuncios de la venida de Dios en vivos colores, escenas pastorales de ángeles dedicados a actividades angelicales: visitando a aldeanos, dándoles la buena nueva, acariciando ovejas, meciendo bebés. Uno de ellos, más extraño que el resto, muestra la cabeza decapitada de una gorgona y un ángel con armadura de pie a su lado empuñando una espada que gotea sangre. No puedo decir que conozca esa historia bíblica en particular, ni que quiera oírla. Como es un tanto horrenda, me vuelvo hacia el altar, donde hay un párroco, alto y delgado como un espantapájaros.

El párroco, que se llama reverendo Waite, nos hace rezar oraciones que empiezan todas con «Oh, Señor» y acaban diciendo que no somos dignas: somos pecadoras, siempre hemos pecado y seguiremos pecando hasta la muerte. No es la perspectiva más optimista que haya oído nunca, pero nos anima a seguir intentándolo.

Tengo que observar a Ann y a las demás para ver cuándo hay que arrodillarse, levantarse y mover la boca para hacer ver que canto el himno. Mi familia es vagamente anglicana, como todo el mundo, pero la verdad es que en la India rara vez íbamos a la iglesia. Los domingos mi madre me llevaba de *picnic* bajo el cielo despejado y tórrido. Nos sentábamos sobre una manta y escuchábamos el viento que azotaba la tierra seca y nos silbaba.

«Esta es nuestra iglesia», decía ella, pasándose los dedos por el pelo.

Tengo el corazón en un puño mientras mis labios forman palabras que no siento. Mi madre me dijo que los ingleses sólo rezaban con toda su alma cuando querían pedirle algo a Dios. Lo que yo querría pedirle a Dios es que me devuelva a mi madre. Eso no es posible. Si lo fuera, le rezaría a cualquier dios, noche y día, para hacerlo realidad.

El párroco se sienta y la señora Nightwing se pone en pie. Ann deja escapar un suave gemido.

—Oh, no. Va a pronunciar un discurso —susurra.

—¿Lo hace en todas las vísperas? —pregunto.

—No. —Ann me mira de reojo—. Es por ti.

De pronto, noto que soy el centro de las furibundas miradas de todas las chicas. En fin, empiezo con buen pie.

—Señoritas de la Academia Spence —comienza la señora Nightwing—. Como ya saben, Spence tiene fama de ser una de las mejores escuelas para señoritas de Inglaterra desde hace veinticuatro años. Mientras podamos enseñarles las habilidades necesarias para ser las futuras esposas y madres de Inglaterra, las anfitrionas y portadoras de las tradiciones femeninas del imperio, de ustedes dependerá alimentar y enriquecer sus almas, y hacerlo con gracia, encanto y belleza. Ese es el lema de Spence: gracia, encanto y belleza. Levantémonos y digámoslo todas juntas.

Se oye el bullicio de las cincuenta chicas al ponerse en pie y recitar el lema, elevando el mentón hacia el futuro.

—Gracias. Ya pueden sentarse. Las que han vuelto con nosotros este año darán ejemplo a las demás. En cuanto a las nuevas... —la señora Nightwing recorre la capilla con la vista hasta localizarme al lado de Ann—, esperamos lo mejor de ellas, ni más ni menos.

Creyendo que eso era la despedida, me pongo en pie. Ann me tira de la falda.

—No ha hecho más que empezar —susurra.

Y efectivamente, para mi asombro, la señora Nightwing se lanza a parlotear sobre la virtud, las chicas bien educadas, la mejor fruta para el desayuno, la perniciosa influencia de los norteamericanos en la sociedad británica y los gratos recuerdos de sus tiempos en la escuela. El tiempo no significa nada. Me siento como si me hubiesen dejado morir en el desierto y estuviese esperando con impaciencia a que los buitres iniciasen su labor y acabasen con mi desdicha.

Las sombras de las velas se extienden por las paredes, dando aspecto angustiado y vacío a nuestros rostros. La capilla no es un lugar muy acogedor. Es fantasmagórico. Desde luego, no querría quedarme allí sola de noche. Me estremezco sólo de pensarlo. Por fin la señora Nightwing acaba su largo y tortuoso discurso, y yo pronuncio para mis adentros mi propia oración de gratitud. El reverendo Waite lee una bendición y nos despide para que vayamos a cenar.

Una de las chicas mayores permanece de pie junto a la puerta. Cuando nos acercamos a ella, extiende el pie y hace una zancadilla a Ann, que cae de bruces. Busca con la mirada más allá de nosotras a Felicity y Pippa.

Le tiendo la mano a Ann y le ayudo a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí —contesta con esa misma mirada vacía que parece ser su única expresión.

La otra chica la circunda.

—Deberías tener más cuidado.



Las demás siguen saliendo, mirándonos de reojo y riéndose.

—Gracia, encanto y belleza —dice Felicity al pasar a nuestro lado.

Me pregunto qué aspecto tendría si alguien le cortara el pelo mientras duerme. Mi primera velada de oraciones no me ha convertido en una chica especialmente benévola.

Fuera, la niebla se ha espesado hasta convertirse en una sopa gris que se posa en torno a nuestras piernas. Al pie de la colina se ve el contorno difuminado de la enorme escuela, interrumpido por los pequeños haces de luz de las ventanas. Sólo un ala está totalmente a oscuras. Supongo que es el ala este, la que quedó destruida por el fuego. Está allí, agazapada y callada como las gárgolas del tejado, a la espera. Pero qué es lo que espera, no lo sé.

Un movimiento. A la derecha. Una capa negra que corre entre los árboles y desaparece en la niebla. Me flaquean las piernas.

—¿Lo has visto? —pregunto con voz trémula.

—Si he visto ¿qué?

—Allá. Alguien que corría, con una capa negra.

—No, es por la niebla. Imaginas cosas.

Sé lo que he visto. Alguien esperaba allí, vigilándonos.

—Hace frío —dice Ann—. Caminemos más rápido, ¿vale?

Acelera el paso, dejando que la niebla la consuma hasta quedar reducida a una mancha azul, la sombra de una muchacha, que se desvanece en la nada.

## 6

Alguien me observa. La sensación permanece durante la aburrida cena a base de cordero con patatas y pudín de postre. ¿Quién estará observándome y por qué? Es decir, quién aparte de las chicas de Spence, que me miran y cuchichean, callando sólo cuando la señora Nightwing riñe a alguna porque se le cae el tenedor.

Después de cenar, nos conceden un rato libre en el gran salón. Es el tiempo que nos dejan para relajarnos: para leer, reír, charlar o simplemente no hacer nada. El gran salón es eso ni más ni menos: un salón enorme. Una chimenea descomunal ocupa el centro de una pared. Seis columnas de mármol hermosamente labradas forman un círculo en medio del salón. Todas tienen esculpidas criaturas míticas: hadas aladas, ninfas y sátiros. Una decoración insólita, por no decir algo peor.

En un extremo del salón, las más jóvenes juegan con muñecas. Algunas se han juntado para leer, otras para bordar y otras para cotillear. En el mejor de todos los rincones, Pippa y Felicity están rodeadas de su corte de admiradoras. Felicity ha acordonado una zona para sentarse y la ha convertido en su propio feudo, añadiendo alrededor pañuelos exóticos para que parezca la carpa de un jeque. Está contando algo, y sea lo que sea, las demás la escuchan con los cinco sentidos. Ignoro si es muy emocionante o no, ya que no me han invitado. En todo caso, no tengo interés en que me inviten. O al menos no mucho.

No veo a Ann por ninguna parte. Como sería absurdo que me quedase de pie en medio de la sala como una imbécil, busco una silla en un sitio tranquilo, junto al intenso fuego, y abro el diario de mi madre. Aunque no lo he mirado desde hace alrededor de un mes, esta noche estoy de humor para torturarme. A la luz de la lumbre, su letra elegante se agita en cada página. Por asombroso que parezca, sólo con ver sus palabras en el papel se me saltan las lágrimas. Tantas cosas de ella han empezado a difuminarse, y quiero retenerlas. Así que leo, pasando una página tras otra con anotaciones sobre sus meriendas, visitas a templos y listas de la compra, hasta que llego aquí, a la última entrada:

*2 de junio.*

*Gemma vuelve a estar enfadada conmigo. Se muere de ganas de ir a Londres. Esa voluntad de hierro suya es increíble, y todo esto me tiene agotada. ¿Qué nos acarrearán sus cumpleaños? Esta espera es una agonía, y su odio una tortura.*

A medida que las lágrimas empañan mis ojos, las frases se vuelven borrosas y las palabras se confunden. Ojalá pudiera volver al pasado y cambiarlo todo.

—¿Qué haces? —pregunta Ann, acercándose a mí.

Sin levantar la cabeza, me enjugo las mejillas con el dorso de la mano.

—Nada.

Ann toma asiento y saca agujas de punto de una canastilla.

—A mí también me gusta leer. ¿Has leído *Los avatares de Lucy, historia de una chica*?

—No, la verdad es que no.

Ya sé a qué tipo de libro se refiere: a esas bobadas vulgares y sensibleras sobre chicas maltratadas que triunfan ante la adversidad, sin perder en ningún momento esa delicadeza femenina, esa dulzura y bondad que todo el mundo parece valorar tanto. El tipo de chicas que nunca darían a sus familias motivos de preocupación o sufrimiento. Chicas que no tienen nada que ver conmigo. Me embarga una amargura demasiado grande para poder contenerla.

—Ah, ya sé —contesto—. Es aquel en que la heroína es una chica pobre y tímida que está en un internado, tan cándida que todo el mundo la martiriza. Lee para los ciegos o cría a un hermano cojo o incluso a un hermano cojo y ciego. Y al final se descubre que en realidad es una duquesa o algo así y se va a vivir como una reina a Kent. Todo porque aceptó su castigo con una sonrisa y sentido de la caridad cristiana. ¡Menudas paparruchas!

Se me corta la respiración mientras hablo. Las chicas del grupo dedicado al bordado y el cotilleo me han oído y se echan a reír, escandalizadas y a la vez divertidas con mis malos modales.

—Podría ocurrir —dice Ann con un hilo de voz.

—Vamos —digo con una risa crispada, como si quisiera disculpar la aspereza de mis palabras—. ¿Conoces a alguna huérfana que haya salido de la oscuridad y se haya convertido en duquesa?

«Debes controlarte, Gemma. No puedes llorar», me digo.

—Pero podría ocurrir —afirma Ann con renovada determinación—. ¿No te parece? Una huérfana, una chica de la que nadie espera gran cosa, a quien dejan tirada en una escuela porque sus parientes la consideran una carga; una chica de quien se burlan las demás por su falta de gracia, encanto y belleza... y esa chica quizás algún día demuestre a todos lo que vale.

Con la vista fija en el fuego, teje con vehemencia y las agujas repiquetean como dos dientes afilados en la lana. Cuando me doy cuenta de lo que he hecho, ya es demasiado tarde. He asestado un golpe a la más honda esperanza de Ann, la esperanza de llegar a convertirse en otra persona, en alguien con una vida que no consista en pasarse el resto de sus días trabajando de institutriz para los hijos de un rico, preparándolos para una vida maravillosa y oportunidades que ella nunca conocerá.

—Sí —susurro con voz ronca—. Sí, supongo que podría suceder.

—Esas chicas, las que se equivocaron al juzgar a... Lucy. Todas lo lamentarían algún día, ¿no es así?

—Sí, desde luego —coincido.

No sé qué más puedo decir, de modo que nos quedamos mirando el chisporroteo del fuego.

Sonoras carcajadas en el rincón opuesto atraen nuestra atención. Pippa sale de la carpa del jeque donde siguen las demás. Se acerca a nosotras y entrelaza su brazo con el de Ann.

—Ann, querida, Felicity y yo lamentamos muchísimo la manera en que te hemos tratado antes. Ha sido muy poco cristiano, la verdad.

Aunque Ann sigue tan inexpresiva como siempre, se sonroja, y sé que se siente complacida, segura de que está a punto de empezar una vida nueva y maravillosa entre las guapas de la escuela. El final de *Los avatares de Ann*.

—A Felicity su madre le ha enviado una caja de bombones. ¿Quieres venir a sentarte con nosotras?

A mí no me invita. Es una muestra de desprecio. En el otro extremo de la sala las demás chicas esperan a ver cómo reacciono. Ann me mira avergonzada y sé lo que va a contestar. Se sentará a comer bombones con las mismas chicas que la atormentan. Y de pronto comprendo que Ann es tan vacía como las demás. Deseo más que nunca volver a casa, pero ya no tengo casa.

—Bueno... —dice Ann, mirándose los pies.

Debería dejarla revolcarse en su incomodidad, obligarla a desairarme, pero no pienso permitir que las otras se salgan con la suya.

—Deberías ir —digo con una sonrisa tan radiante que eclipsaría al mismísimo sol—. Yo tengo que acabar de leer esto.

Pippa se deshace en sonrisas.

—Buena chica. Vamos, Ann.

Se lleva a Ann a la otra punta de la sala. Fuerzo un bostezo destinado a las chicas que me observan desde la carpa, me siento y vuelvo a abrir el diario de mi madre, como si no me importara en absoluto que me excluyan. Paso las páginas como si estuviera absorta, pese a que ya las he leído todas y cada una de ellas. ¿Quiénes se creen que son para tratarme así? Sigo pasando las hojas. Se oyen más risas en la carpa. Los bombones deben de ser de Manchester. Y esos pañuelos son ridículos. Felicity es tan bohemia como el Banco de Inglaterra. Rozo con los dedos algo agrietado y rígido dentro del diario, algo que no había visto nunca. Un artículo de un periódico sensacionalista de Londres, de los que las clases altas fingen no conocer. Ha sido doblado una y otra vez, hasta el punto de que la tinta se ha gastado en los pliegues y en otras partes, y cuesta leerlo. Sólo consigo descifrar lo fundamental, algo sobre «los escandalosos secretos de los internados de niñas».

Es escabroso, claro está. Y por eso resulta tan fascinante. Escrito con un lenguaje morboso, el artículo habla de una escuela de Gales donde unas chicas salieron a

pasear «y nunca más se supo de ellas». «Una rosa virtuosa de Inglaterra cuya vida fue segada por el trágico puñal del suicidio» en una escuela de señoritas escocesa. La mención de una niña que se volvió «loca como una regadera» tras su misteriosa vinculación con un «círculo secreto y diabólico». Lo verdaderamente diabólico es que alguien cobró por escribir semejante basura.

Estoy a punto de guardarlo cuando, casi al final, veo algo sobre el incendio de Spence veinte años atrás. Pero el papel está demasiado gastado y no puedo leerlo. Era muy propio de mi madre conservar un artículo así de sórdido para añadir a su lista de preocupaciones. No me extraña que no quisiera enviarme a Londres. Temía que acabara en primera plana. Es curioso ver cómo lo que yo no podía soportar de ella, ahora me produce una punzada en el pecho.

Se oye un chillido procedente del santuario de Felicity.

—¡Mi anillo! ¿Qué has hecho con mi anillo? —Los pañuelos se abren y sale Ann, empujada por las demás chicas, mientras Felicity la señala con dedo acusador—: ¿Dónde está? ¡Dímelo ahora mismo!

—Yo-yo no lo t-t-tengo. No... no he he-he-hecho nada.

A Ann se le traba la lengua al hablar y de pronto caigo en la cuenta de que parte de su falta de gracia, de su control, es fruto del esfuerzo por no tartamudear así.

—¿Ah-ah, no? ¿P-por qué será que no t-te creo? —dice Felicity con sorna y odio—. ¿Te invito a sentarte con nosotras y así me lo pagas? ¿Robando el anillo que me regaló mi padre? Tenía que haber esperado algo así de una chica como tú.

Todas sabemos lo que significa «como tú». De clase baja. Vulgar. Fea, pobre e inútil. Eres lo que has nacido, para siempre jamás. Esa es la idea.

Una mujer imponente con rostro atractivo se acerca a las chicas.

—¿Qué ocurre? —pregunta, interponiéndose entre Ann, que está encogida, y Felicity, que parece a punto de asar a Ann ensartada en un espetón.

Pippa abre los ojos desmesuradamente, como la ingenua en una mala obra de teatro.

—¡Ah, señorita Moore! Ann le ha robado a Felicity su anillo de zafiro.

Felicity le enseña el dedo sin anillo para demostrarlo y afecta un mohín lastimero.

—Antes lo llevaba y me he dado cuenta de que no lo tenía justo después de llegar ella.

Es una actuación muy poco convincente. Al mono del organillero se le da mejor el engaño, pero a saber si la señorita Moore se dejará embaucar por estas dos. Al fin y al cabo tienen dinero y una posición, y Ann no. Es increíble con qué frecuencia puede una tener razón siempre y cuando disponga de esas dos bazas. Me preparo para que la señorita Moore enderece la espalda y humille a Ann delante de las otras obligándola a reconocer su culpa y, además, llamándole de todo. Ciertas solteronas disfrutaban atormentando a los demás con la excusa de que hay que «dar ejemplo». Pero, para mi

sorpresa, la señorita Moore no pica el anzuelo.

—Bien, pues busquemos por el suelo. A lo mejor se ha caído. Vamos, chicas, ayudemos a la señorita Worthington a buscar su anillo.

Ann permanece de pie mirándose los zapatos, incapaz de moverse o hablar, como si esperara que la declararan culpable. Sé que debería sentir lástima por ella, pero sigo un poco molesta por la manera en que me ha abandonado, y una parte poco caritativa de mí cree que se lo merece por haber confiado en ellas. Las demás mueven las sillas y miran detrás de las cortinas en un desganado intento de encontrar el anillo.

—No está aquí —anuncia triunfalmente poco después una chica con cara de amargada cuando no aparece el anillo.

La señorita Moore exhala un largo suspiro y se mordisquea un momento el labio inferior. Cuando habla, la voz es suave pero firme.

—Señorita Bradshaw, ¿ha cogido el anillo? Si lo reconoce, el castigo será menos severo.

Ann tiene el rostro lívido. Vuelve a tartamudear.

—N-n-no, se-señorita. N-n-no lo he c-c-cogido.

—Eso pasa por permitir que alguien de su clase entre en una escuela como Spence. Seremos todas víctimas de su envidia —se regodea Felicity.

Las demás asienten. Como ovejas. Me han metido en un internado lleno de ovejas.

—Ya basta, señorita Worthington. —La señorita Moore enarca una ceja.

Felicity la fulmina con la mirada y se lleva una mano a la cadera.

—Ese anillo me lo regaló mi padre cuando cumplí dieciséis años. Estoy segura de que se llevará un disgusto cuando se entere de que me lo han robado y de que nadie hace nada al respecto.

La señorita Moore se vuelve hacia Ann y tiende la mano.

—Lo siento, señorita Bradshaw, pero voy a tener que pedirle que me deje mirar dentro de su canastilla.

Apesadumbrada, Ann le entrega la canastilla y de pronto me doy cuenta de lo que está pasando, de lo que va a suceder. Es una trampa. Una trampa espantosa y malvada. La señorita Moore encontrará el anillo ahí dentro. El incidente constará en el historial académico de Ann. ¿Y qué familia contratará a una institutriz que ha sido tachada de ladrona? La pobre estúpida sigue ahí de pie, dispuesta a aceptar su destino.

La señorita Moore saca un reluciente zafiro azul de la canastilla. Por un instante asoma a sus ojos una expresión de triste decepción, pero recobra la compostura y convierte su rostro en una máscara de comedimiento y decoro.

—Y bien, señorita Bradshaw, ¿cómo explica esto?

Poseída de una mezcla de profunda desdicha y resignación, Ann baja la cabeza y

encoge los hombros. Pippa y Felicity cruzan una fugaz mirada, la una con amplia sonrisa en los labios, la otra con una mueca. No puedo evitar preguntarme si esto ha sido un castigo a Ann por haber hablado conmigo de camino a la capilla. ¿Es una advertencia de que me ande con cuidado?

—Más vale que vayamos a ver a la señora Nightwing.

La señorita Moore coge a Ann de la mano para ir a ver a su verdugo. Yo debería volver a la chimenea y leer mi libro. La razón me aconseja callar, pasar inadvertida, ponerme del lado del equipo ganador. Pero hay días en que mi razón no puede competir con mi humor.

—Ann, querida —digo, imitando el anterior tono de camaradería de Pippa. Todas se muestran sorprendidas al oírme hablar, aunque nadie más que yo—. No seas modesta. Dile a la señorita Moore la verdad.

Ann me mira con sus grandes ojos intentando comprender.

—¿L-la v-v-verdad?

—Sí —contesto, improvisando sobre la marcha—. La verdad: que la señorita Worthington ha perdido el anillo esta noche en las vísperas. Tú lo has encontrado y guardado en el cesto para que no se perdiera.

—Si es así, ¿por qué no lo ha devuelto enseguida? —pregunta Felicity, dando un paso al frente, desafiante, con sus ojos grises muy cerca de mí.

«Muy astuta —pienso—. Hazlo bien, Gem».

—No ha querido avergonzarte delante de todo el mundo y sacar a relucir que has sido descuidada con algo tan valioso, un regalo de tu padre. Así que esperaba dártelo en un momento a solas. Ya sabes lo bondadosa que es.

Un poco de *Los avatares de Lucy*. Una bofetada a Felicity por esa historia de niña mimada sobre su querido papá. En general, no me ha salido mal.

La señorita Moore me observa. Imposible saber si me cree.

—Señorita Bradshaw, ¿es verdad?

«Vamos, Ann, sígueme la corriente. Defiéndete».

Ann traga saliva y eleva el mentón hacia la señorita Moore.

—S-s-sí.

«Buena chica».

Me siento bastante satisfecha conmigo misma hasta que mi mirada se cruza con la de Felicity, que me mira fijamente con una mezcla de admiración y odio. He ganado este asalto, pero sé que con las chicas como Felicity y Pippa siempre habrá una próxima vez.

—Me alegro de que esto se haya resuelto, ¿señorita...? —La señorita Moore se queda mirándome.

—Doyle, Gemma Doyle.

—Bien, señorita Gemma Doyle, por lo visto estamos en deuda con usted. Seguro

que la señorita Worthington querrá darles las gracias a las dos por recuperar su anillo perdido, ¿no es así?

Por segunda vez esta noche la señorita Moore me sorprende, y estoy casi segura de ver asomar una sonrisa de satisfacción en la comisura de su recatada boca británica.

—Tenía que haberlo dicho antes y no habernos asustado tanto —contesta Felicity a modo de agradecimiento.

—Gracia, encanto y belleza, señorita Worthington —la reprende la señorita Moore, moviendo un dedo con gesto de desaprobación.

Felicity parece una niña a quien se le acaba de caer el pirulí al suelo. Pero pronto se deshace otra vez en sonrisas, olvidada ya la amargura, enterrada en lo más profundo de su ser.

—Según parece, estoy en deuda contigo, Gemma —dice.

Esa familiaridad en el trato, llamándome por mi nombre de pila cuando yo no le he dado permiso, es una provocación.

—En absoluto, Felicity —respondo, devolviéndosela.

—Este anillo me lo regaló mi padre, el almirante Worthington. ¿No has oído hablar de él?

La mitad del mundo angloparlante ha oído hablar del almirante Worthington: un héroe naval, condecorado por la propia reina Victoria.

—No, me temo que no —miento.

—Es muy famoso. Me envía toda clase de cosas de sus viajes. Mi madre vive en París y recibe en su salón, y cuando Pippa y yo nos graduemos, iremos allí y mi madre nos llevará a los mejores modistos de Francia para que nos vistan. A lo mejor te llevamos a ti también.

No es una invitación. Es un reto. Quieren saber si dispongo de los medios para seguirlas.

—Tal vez —contesto.

A Ann no la invitan.

—Será una temporada maravillosa, aunque Pippa acaparará toda la atención. Tú y yo tendremos que tomárnoslo con mucha resignación —añade.

Pippa sonrío de oreja a oreja. Es tan guapa que muchos jóvenes pedirán a sus parientes que se la presenten.

—Y Ann —digo.

—Sí, y Ann, claro. Nuestra querida Ann.

Felicity se echa a reír, dando a Ann un rápido beso en la mejilla, que la hace sonrojar otra vez. Es como si no hubiera pasado nada.

El reloj da las diez y la señora Nightwing aparece en la puerta.

—Ya es hora de irse a la cama, señoritas. Buenas noches a todas.



Las chicas salen de dos en dos y de tres en tres, cogidas del brazo, bulliciosas y animadas. Las emociones de la velada continúan presentes en sus cuchicheos. Damos vueltas y más vueltas en una danza de mayo por la interminable escalera en dirección al laberinto de puertas donde están nuestras habitaciones.

Incapaz de contener mi irritación con Ann, digo:

—De nada, eh.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta.

¿Acaso aquí nadie sabe dar las gracias sin más?

—¿Por qué no te has defendido?

Se encoge de hombros.

—¿Para qué? Con ellas tengo todas las de perder.

—Ah, estás aquí, Ann, querida.

Pippa se acerca y, sujetando a Ann del brazo, la retiene para que Felicity pueda ponerse a mi lado. Me habla al oído en tono confidencial.

—Tendré que buscar una manera de compensarte por haber encontrado mi anillo esta noche. Pippa, Cecily, Elizabeth y yo formamos una especie de club privado, pero tal vez haya sitio para ti.

—¡Vaya, qué suerte tengo! Ahora mismo iré a comprarme un sombrero nuevo para la ocasión.

Felicity entrecierra los ojos, pero la sonrisa no desaparece de su rostro.

—Hay chicas que darían cualquier cosa por estar en tu lugar.

—¡Cuánto me alegro! En ese caso, propónselo a ellas.

—Verás, te estoy ofreciendo la posibilidad de que las cosas te vayan bien en Spence, de participar en algo y ser admirada por las demás chicas. Deberías pensarlo.

—¿Participar en algo como has hecho participar a Ann esta noche? —pregunto.

Me vuelvo para mirar a Ann, que ha quedado varios escalones más abajo. La nariz le gotea otra vez.

Felicity lo advierte.

—No es que queramos excluir a Ann. Es sólo que su vida no será como la nuestra. Te crees muy amable con ella, pero de sobra sabes que fuera no puedes ser su amiga. Es mucho más cruel dejar que piense lo contrario, seguirle la corriente.

Tiene razón. Sé que puedo confiar en ella tan poco como correr a toda velocidad con un corsé, pero tiene razón. La verdad es dura e injusta, pero ahí está.

—Si me interesara aceptar, y no estoy diciendo que me interese, pero en caso de que así fuera, ¿qué tendría que hacer?

—Todavía nada —contesta, esbozando el tipo de sonrisa que no me tranquiliza—. No te preocupes, ya iremos a buscarte.

Se recoge la falda y corre escalera arriba, pasando junto a las demás como una exhalación.

Es el ruido lo que me despierta. Pestañeo, luchando con los últimos vestigios de mis sueños. Estoy tumbada sobre mi lado derecho, de cara a la cama de Ann. A mis pies, en el otro lado de la habitación, están la puerta y lo que sea que hay junto a esta. Para poder verlo bien, tendría que moverme, sentarme, darme la vuelta, y no pienso dar la menor señal de que estoy despierta. Es la lógica de una niña de cinco años: si yo no puedo verlo, eso, lo que sea, no podrá verme a mí. Seguro que más de un desdichado ha acabado decapitado por pensar así.

«Muy bien, Gem, es inútil asustarse. Seguro que no es nada». Parpadeo y dejo que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Haces de luz de luna entran por el resquicio entre las largas cortinas de terciopelo y ascienden por las paredes hasta casi tocar el techo bajo. Fuera, una rama araña el cristal con un chirrido. Aguzo el oído, atenta a cualquier otro ruido, algo dentro de la habitación. Sólo oigo el ritmo regular de los ronquidos de Ann. Por un instante pienso que lo he soñado. Y de pronto vuelvo a oírlo. El crujido de las tablas del suelo, provocado por cautelosas pisadas, me indica que no lo he imaginado. Cierro los ojos, pero no del todo para que parezca que duermo y a la vez seguir viendo. A mí nadie me decapita sin que le presente batalla. Se acerca una silueta. Tengo la lengua pastosa y seca. La silueta tiende una mano y yo me incorporo en el acto, golpeándome la cabeza con el saliente situado justo encima de mi cama.

Lanzo un bufido de dolor, olvidándome de mi visita, y me llevo la palma de la mano a la frente palpitante.

Una mano sorprendentemente pequeña me tapa la boca.

—Maldita sea, ¿es que quieres despertar a toda la escuela?

Felicity está inclinada a mi lado y la luna ilumina sus facciones de manera que su rostro parece formado de ángulos duros y anchos y su piel blanca como la leche. Podría ser la propia cara de la luna.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, frotándome con los dedos el enorme chichón que empieza a salirme en la frente.

—Ya te he dicho que vendría a buscarte.

—No me has dicho que sería en plena noche, maldita sea —replico, imitando su vocabulario.

Por alguna razón, siento deseos de impresionar a Felicity, de demostrarle que puedo competir con ella y que no es tan fácil ganarme.

—Ven, quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué?

Me habla despacio, como a una niña.

—Sígueme y te lo enseñaré.

Todavía me duele la cabeza del golpe. Ann ronca suavemente, ajena a nuestra conversación.

—Vuelve por la mañana —digo, hundiéndome en la almohada.

Estoy lo bastante despierta para saber que lo que quiere enseñarme a estas horas, sea lo que sea, no puede ser nada bueno.

—No volveré a ofrecértelo. Ahora o nunca.

«Vuelve a dormirte, Gem. Esto no augura nada bueno». Es mi conciencia la que habla. Pero mi conciencia no tiene que pasarse los próximos dos años charlando de bobadas, aburriéndose hasta el punto de la catatonia. Esto es un reto, y yo jamás he rechazado un reto.

—Está bien, ya me levanto —accedo. Luego, sólo para asegurarme de que no parezco demasiado blanda, añado—: Pero espero que valga la pena.

—Claro que sí, te lo prometo.

Me veo salir de la habitación tras Felicity, recorrer el largo pasillo ante las habitaciones de las chicas dormidas detrás de esas paredes cubiertas de retratos de mujeres del pasado de Spence, fantasmas de rostros adustos, vestidos de blanco, que fruncen sus sombríos labios en señal de desaprobación a esta pequeña escapada, pero cuyos ojos tristes parecen decir: «Ve. Ve mientras puedas. La libertad es breve».

Cuando llegamos al enorme rellano y a la escalera, me detengo.

—¿Y la señora Nightwing? —pregunto, dirigiendo la mirada hacia el último tramo de la gran escalera, que sube hasta el cuarto piso, oculto en la oscuridad.

—No te preocupes por ella. En cuanto se toma su copa de jerez, ya no se despierta en toda la noche.

Felicity empieza a bajar.

—¡Espera! —susurro, alzando la voz lo justo para no despertar a nadie.

Felicity se detiene y se vuelve con expresión burlona en el rostro pálido. Contoneando las caderas, vuelve a subir hacia mí.

—Si quieres pasarte todo el tiempo que estés aquí bordando dechados con la frase «Que Dios bendiga nuestro hogar» y aprendiendo a jugar al tenis, vuelve a la cama. Pero si quieres divertirte de verdad, pues...

Y dicho esto, baja con paso ligero la escalera y dobla la esquina hacia el siguiente tramo, donde ya no la veo.

Nos encontramos con Pippa en el gran salón. Las enormes chimeneas están apagadas y sólo unas ascuas chisporrotean sin dar calor ni luz. Estaba escondida detrás de un gran helecho. Acaba de salir, inquieta y con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—Sólo han sido unos minutos —contesta Felicity.

—No me gusta esperar aquí abajo, con todos esos ojos en las columnas. Es como

si me observaran.

A oscuras, los duendecillos y las ninfas de mármol ofrecen un aspecto macabro. La sala parece estar viva, tomando nota de cada movimiento, contando cada aliento.

—No seas tan miedica. Seamos chicas valientes, ¿vale? ¿Dónde están las demás?

Como si la hubieran oído, dos chicas bajan por la escalera y se reúnen con nosotras. Me presentan a Elizabeth, una criatura pequeña con aspecto de rata que sólo da su opinión después de haber oído la de las demás, y a Cecily, la de la cara de amargura, que arruga su estrecho labio superior cuando me ve. Martha, la que puso la zancadilla a Ann en la capilla, no está, y comprendo que no pertenece al club, aunque le gustaría. Por eso hizo caer a Ann: para ganarse el favor de las demás.

—¿Listas? —pregunta Cecily con sorna.

¿En qué lío me he metido? Debería decir simplemente: «Bueno, chicas, ha sido un placer. Muchísimas gracias por este paseo nocturno al antiguo recinto palaciego. No habría querido perderme la manera en que el salón cobra vida de noche con un brillo maravilloso y terrorífico, pero ahora mismo me vuelvo a la cama». Sin embargo, las sigo al jardín trasero, donde la luna llena derrama su luz amarilla detrás de una fina y elevada capa de nubes. La niebla sigue ahí y hace un frío atroz. Sólo llevo el camisón. Ellas, más listas, se han puesto las capas de terciopelo azul.

—Seguidme.

Felicity sube por la colina hacia la capilla y la niebla la engulle a los pocos pasos. Yo voy detrás de ella y las demás me siguen a mí, así que ya no puedo echarme atrás. De pronto me asaltan serias dudas sobre mi decisión de seguir a las Hermanas del Misterio en medio de la noche neblinosa hasta las puertas de la capilla.

—Aquí en Spence tenemos una tradición —explica Felicity—. Una pequeña ceremonia de iniciación para las nuevas que podrían ser dignas de nuestro círculo más íntimo.

—¿De verdad podéis tener un círculo íntimo de sólo cuatro personas? —pregunto, aparentando más valor del que siento—. Parece más bien un cuadrado íntimo, ¿no?

—Tienes suerte de estar aquí —replica Cecily con brusquedad.

«Sí, creo que es una gran suerte estar aquí con este frío gélido y en camisón. Algunos dirían que es una gran estupidez, pero yo me siento bastante optimista».

—Bien, ¿y cómo es esa iniciación secreta?

Elizabeth mira a Felicity pidiéndole permiso para hablar.

—Sólo tienes que coger algo en la capilla.

—¿Robar algo? —pregunto, sin gustarme nada lo que se avecina, pero ya demasiado involucrada para retroceder.

—No es robar. Al fin y al cabo, nunca saldrá de Spence. Sólo es una manera de demostrar que eres de fiar —explica Felicity.

Tengo unos segundos para pensarlo y, aunque la respuesta más sensata es negarme y volver a la cama, digo:

—¿Qué queréis que coja?

Las nubes se disipan en finos jirones. La luz amarillenta de la luna se extiende por todas partes. Felicity abre la boca y se palpa los dientes delanteros con la lengua.

—El vino de la comunión.

—¿El vino de la comunión? —repito.

Pippa emite un sonido parecido al carraspeo antes de soltar una carcajada y me doy cuenta de que es una petición improvisada, una muestra de osadía por parte de Felicity que no estaba prevista.

Cecily se escandaliza.

—¡Pero, Fee, eso es un sacrilegio!

—Sí, me temo que no es una buena idea —digo.

—¿Ah, no? Pues yo creo que es una idea excelente —replica Felicity con brusquedad. A la hija del almirante no le gusta que su tripulación la desobedezca—. ¿Y tú, Elizabeth? ¿Qué piensas?

Elizabeth, el títere, mira a sus dos amas, Felicity y Cecily.

—Pues supongo que...

Pippa interviene.

—A mí me parece una idea genial.

Casi juraría que oigo a los árboles susurrar «idiota». ¿En qué lío me he metido?

—¿No irás a decirme que te da miedo entrar ahí sola? —pregunta Felicity.

Eso es precisamente lo que me da miedo, pero no puedo admitirlo.

—¿Y qué pasará cuando el reverendo Waite se dé cuenta de que falta el vino de la comunión?

Felicity deja escapar un «¡Ja!» de desdén.

—Ese borracho creerá que se lo bebió él. Además, por aquí en esta época del año siempre pasan caravanas de gitanos. Podemos echarles la culpa a ellos si es necesario.

No me gusta mucho la idea. Las puertas de la capilla parecen ahora más altas e imponentes que en las vísperas. Pero, a pesar de mis recelos, sé que voy a entrar.

—¿Dónde guarda el vino?

Pippa me empuja hacia las puertas.

—Detrás del altar. Hay un armario pequeño.

Retira la tranca de la puerta con toda su fuerza. Las puertas se abren con un chirrido y revelan la oscuridad sepulcral del interior.

—No pretenderéis que lo encuentre a oscuras.

—Busca el camino a tientas —comenta Felicity, empujándome hacia dentro.

No me lo puedo creer: estoy dentro de la capilla oscura y lúgubre, a punto de cometer un robo que es un auténtico sacrilegio. «No robarás», dice, si no recuerdo

mal, uno de los mandamientos de Dios, como si te advirtiese: «Yo que tú no lo haría o tendré que reducirte a ceniza». Dudo que sirva de atenuante el hecho de que voy a robar lo que la Iglesia considera la sangre sagrada de Cristo. Aún estoy a tiempo. Todavía puedo dar media vuelta y volver a la cama. Podría hacerlo, pero entonces cedería a esas chicas el poco poder que ahora tengo.

«Bien, en ese caso acaba con esto de una vez por todas», pienso. La luz que entra por la puerta abierta ilumina el vestíbulo, pero el otro extremo, donde se hallan el altar y el vino, está totalmente a oscuras. Me encamino hacia allí y oigo el chirrido de la puerta al cerrarse. Simultáneamente, la luz desaparece junto con las chicas y al instante me llega el ruido sordo de la tranca de madera al correrse por fuera. Me han encerrado. Sin pensar, me abalanzo contra la puerta con la esperanza de estar a tiempo para abrirla. No cede. Y encima me he hecho daño.

«¿Qué estúpida eres, Gem!». ¿Y qué esperaba? ¿Cómo he podido creerme esa historia de que querían incluirme en su club privado? La voz de Ann flota en mi cabeza: «¿Para qué? Con ellas siempre tengo todas las de perder». No hay tiempo para la autocompasión. Debo pensar.

Tiene que haber otra salida. Me basta con encontrarla. A mi alrededor, la iglesia parece respirar con las sombras. Los ratones corretean bajo los bancos arañando el suelo de mármol con las uñas. Se me pone carne de gallina sólo de pensarlo. Pero por los vitrales entra la clara luz de la luna dando vida primero a un ángel, después a la cabeza de la gorgona. Sus ojos despiden destellos amarillos en la oscuridad.

Avanzo a tientas junto a las hileras de bancos, esperando no toparme con roedores peludos o algo peor. Los ruidos se amplifican: los chasquidos de las alimañas nocturnas; los crujidos de la madera por efecto del viento. Me reprendo en silencio por haber caído en una trampa tan repulsiva. «Es sólo una pequeña iniciación que hacemos aquí en Spence: nos gusta torturarnos. Belleza, gracia y encanto..., ya, y un cuerno. Esto es una escuela para sádicas que saben servir bien el té».

Chasquidos. Un crujido.

«Probablemente Felicity es tan pariente del almirante Worthington como yo».

Más chasquidos. Un crujido. «Ni siquiera quiero ir a París». Un chasquido, un crujido. Una tos. Una tos. Yo no he tosido. Y si no he sido yo, ¿quién ha sido?

Mis piernas tardan sólo un segundo en asimilarlo y echo a correr a trompicones por el pasillo central. Tropiezo con el primer peldaño del altar y caigo de bruces en el duro suelo de mármol, me golpeo la pierna con el borde afilado. Pero oigo pasos apresurados detrás de mí, así que, a cuatro patas, me dirijo con dificultad hacia lo que veo detrás del órgano: una puerta entornada. Tras subir el último escalón me levanto y, con piernas trémulas, corro hacia lo que me espera al otro lado de la puerta. Tiendo una mano y...

Hay algo encima de mí. Dios mío, debo de estar imaginando cosas porque algo, o

alguien, vuela sobre mi *cabeza* y aterriza con ruido sordo en el espacio que me separa de la puerta. Una mano me tapa la boca y ahoga mi grito mientras un brazo me sujeta con fuerza.

Instintivamente muerdo la mano. Me tiran bruscamente al suelo. Pero vuelvo a ponerme en pie y me abalanzo hacia la puerta. Una mano me coge por el tobillo y me derriba otra vez. A causa del violento golpe, veo chispas detrás de los párpados cerrados. Intento alejarme a rastras pero me duelen demasiado la rodilla y la cabeza.

—Detente, por favor. —Es una voz joven, masculina y vagamente familiar.

Una cerilla se enciende en la oscuridad. Mis ojos siguen la llama, que prende un farol. La luz se difunde y alumbra el contorno de los hombros anchos, la capa negra, luego se eleva y enmarca el rostro de grandes ojos oscuros orlados de un halo de pestañas. Esto no lo estoy imaginando. Está realmente aquí. Me pongo en pie de un salto, pero él, más rápido que yo, me corta el paso hacia la puerta

—Gritaré. Juro que gritaré. —Mi voz no es más que un rasgueo en la oscuridad.

Él está tenso y listo, no sé para qué pero, al percibirlo, el corazón se me acelera.

—No, no lo harás. ¿Cómo explicarás qué estás haciendo aquí a medianoche, conmigo, en camisón, Gemma Doyle?

Instintivamente me envuelvo con los brazos, intentando esconder la forma de mi cuerpo bajo el fino camisón blanco. Me conoce, sabe cómo me llamo. Siento los latidos de mi pulso en los oídos. ¿Cuánto tiempo tardaría alguien en oír mis gritos? ¿Hay alguien fuera que pueda oírme?

Me pongo detrás del altar, y este queda entre ambos.

—¿Quién eres?

—No necesitas saber quién soy.

—Sabes cómo me llamo. ¿Por qué no pudo saber yo tu nombre?

Lo piensa un momento y al fin contesta con brusquedad.

—Kartik.

—Kartik. ¿Es tu verdadero nombre?

—Te he dado un nombre. Con eso basta.

—¿Qué quieres?

—Sólo hablar contigo.

«Continúa pensando, Gemma. Hazlo hablar».

—Me has seguido. Hoy, en la estación de tren. Y luego en las vísperas.

Asiente.

—Viajé de polizón en el *Mary Elizabeth* desde Bombay. Ha sido un viaje duro. Sé que los ingleses se ponen muy sentimentales con el mar, pero yo puedo prescindir de él.

Su sombra, proyectada en la pared por la luz del farol, parece un ser alado suspendido en el aire. Sigue vigilando la puerta. Permanecemos los dos inmóviles.

—¿Por qué? ¿Por qué has venido hasta aquí?

—Ya te he dicho que necesito hablar contigo. —Avanza un paso hacia mí. Retrocedo y él se detiene—. Sobre aquel día y sobre tu madre.

—¿Qué sabes de mi madre?

Mi voz sobresalta a un pájaro oculto en las vigas. Presa del pánico, vuela hasta otra viga con aleteo frenético.

—Para empezar, sé que no murió de cólera.

Respiro hondo.

—Si pretendes chantajear a mi familia...

—En absoluto.

Otro paso al frente. Sin saber aún si tendré que entablar pelea, apoyo las manos temblorosas en el mármol frío del altar.

—Sigue.

—Tú viste lo que pasó, ¿no es así?

—No.

Al mentir, se me acelera la respiración.

—Mientes.

—N-no... Es que...

Con la velocidad de una serpiente, se encarama al altar y se agacha ante mí, sosteniendo el farol a escasos centímetros de mi cara. Si se lo propusiese, podría quemarme o romperme el cuello sin grandes dificultades.

—Por última vez, ¿qué viste?

Tengo la boca seca a causa de esa clase de miedo que la induce a una a decir cualquier cosa.

—Vi... vi que la mataban. Vi que los mataban a los dos.

Aprieta la mandíbula.

—Sigue.

Los sollozos se intercalan con mi respiración entrecortada. Los reprimo.

—Quise... Intenté llamarla, pero no me oyó. Y entonces...

—¿Qué?

Siento en el pecho un peso insoportable que convierte cada palabra en un gran esfuerzo.

—No lo sé. Fue como si las sombras empezaran a moverse... Nunca había visto nada igual... Una criatura espantosa.

Por alguna razón, me sienta bien contar a un desconocido lo que he callado a todos los demás.

—Tu madre se quitó la vida, ¿verdad?

—Sí —susurro, sorprendida de que lo sepa.

—Tuvo suerte.



—¿Cómo te atreves...?

—Créeme, tuvo suerte de que esa cosa no se la llevara. En cuanto a mi hermano, no fue tan afortunado.

—¿Qué es?

—Algo contra lo que no se puede luchar.

—He vuelto a verla. Al venir hacia aquí, he tenido otra... visión.

Se asusta. Veo el miedo en él, y ahora lamento habérselo contado. Con un solo movimiento, se baja del altar y se coloca ante mí.

—Escúchame bien, Gemma Doyle. No debes hablar con nadie de lo que viste, ¿entendido?

La luz de la luna entra en haces por los vitrales.

—¿Por qué no?

—Porque sería peligroso para ti.

—¿Qué era esa cosa que vi?

—Una advertencia. Y si no quieres que sucedan más cosas terribles, debes poner fin a esas visiones.

Entre que es de noche, las bromas pesadas de mis compañeras, el miedo y el agotamiento, me es imposible contener una carcajada socarrona.

—¿Y cómo, si puede saberse, voy a evitarlas? Para empezar, yo no las he buscado.

—Si cierras tu mente a ellas, pronto desaparecerán.

—¿Y si no puedo?

Sin el menor sonido, tiende rápidamente la mano y me agarra la muñeca apretándome con fuerza los delicados huesos.

—Lo harás.

En el pasillo central, un ratón emprende una atrevida carrera hacia el otro extremo de la iglesia y, una vez allí, su presencia queda reducida al sonido de sus uñas contra el suelo. Me inclino por la presión en la muñeca. Él me suelta con una sonrisa de satisfacción. Encojo el brazo y me froto la piel escocida.

—Estaremos vigilándote, Gemma.

Oigo el traqueteo de las pesadas puertas de roble de la capilla y la voz del reverendo Waite, que canta borracho mientras forcejea con la tranca para abrirla, lanza una maldición cuando se le resbala y cae de nuevo en su alojamiento con un ruido sordo. No sé si alegrarme o temer que me encuentre allí. En cuanto me vuelvo, mi torturador ha desaparecido. Simplemente ya no está. Ahora ya nadie vigila la puerta. Puedo salir. Y entonces la veo: la vinajera de la comunión llena y lista en el armario.

La tranca de madera se levanta. El reverendo está a punto de entrar. Pero esta noche no encontrará su vino. Lo tengo yo entre los brazos y salgo por la puerta lateral

y me detengo en lo alto de una escalera oscura. ¿Y si me está esperando al pie de esa tenebrosa escalera?

El reverendo grita en estado de ebriedad:

—¿Hay alguien ahí?

Bajo disparada la escalera y salgo corriendo por detrás de la capilla. No paro a tomar aliento hasta que desciendo a trompicones por la cuesta y veo los imponentes ladrillos de Spence. Me sobresalta el graznido de un cuervo. Me siento observada por mil ojos.

«Estaremos vigilándote».

¿Qué ha querido decir? ¿A quiénes se refiere? ¿Y por qué iba a querer nadie vigilar a una chica lo bastante tonta para dejarse engañar por cuatro alumnas bromistas de un internado? ¿Qué sabe él de mi madre?

«Tú no pierdas de vista la escuela, Gemma, y no te pasará nada». Mantengo la mirada fija en las hileras de ventanas, que suben y bajan a cada uno de mis pasos. «Debes poner fin a esas visiones».

Es ridículo. De hecho, es irritante. Como si yo pudiera controlarlas. Como si me bastase con cerrar los ojos, así, ahora mismo, para tener una a voluntad. El sonido de mi respiración se vuelve más lento, más audible. Noto mi cuerpo más caliente y relajado, como si flotara en un dulce y delicioso baño de agua de rosas. Abro los ojos en cuanto huelo las rosas.

La niña del callejón está delante de mí, resplandeciente.

—Por aquí.

—¿Adónde vamos?

Sin contestar, sale como una flecha hacia una arboleda, iluminando el camino en la noche con su resplandor como las llamas tras los cristales.

—Espera —digo—, no tan rápido.

—Debemos darnos prisa.

Avanza presurosa por el sendero. Pero ¿qué estoy haciendo? Voy y no se me ocurre otra cosa que hacer precisamente lo que se me ha pedido que no haga: provocar más visiones. Pero ¿cómo iba a saber que podía conseguirlo por propia voluntad? Llegamos a una especie de claro. Ante nosotras aparece un montículo oscuro. Me aterroriza la posibilidad de que las sombras cobren vida y se oiga la voz espantosa del callejón, pero la niña no parece asustada. El montículo está hueco por dentro; es una especie de cueva. Sigo a la niña cuando se adentra en la oscuridad. Huele a húmedo. Aunque ilumina la cueva con su luz, apenas vislumbro nada más allá del trozo de roca, de la mancha de musgo brillante.

—Detrás de esa roca. —Con la mano pequeña e incandescente señala la pared más cercana de la cueva, donde hay una gran roca en la base—. Ella dice que tienes que mirar detrás.

—¿Quién es ella?

—Pues Mary, ¿quién iba a ser?

—Ya te lo he dicho: no conozco a ninguna Mary.

Estoy discutiendo con una visión, con un espíritu. El siguiente paso será creer que soy la reina de Rumania y pasearme por el sendero con mis sábanas a modo de capa.

—Pero ella a usted sí la conoce.

Mary. Es el nombre de mujer más común de toda Inglaterra. ¿Y si resulta que todo esto es un ardid, una manera de ponerme a prueba? Él me ha dicho que yo estaba en peligro. ¿Y si esta niña de otro mundo es un espíritu maligno que pretende hacerme daño? ¿Y si los cuentos que cuentan a los niños antes de irse a la cama para que se porten bien —cuentos de fantasmas, duendes y brujas que intentan engañarnos para que les entreguemos el alma— son verdad? ¿Y si ahora estoy aquí atrapada en esta cueva oscura con esa fuerza siniestra que parece sólo una pilluela perdida?

Trago saliva pero siento aún un nudo en la garganta.

—¿Y si no quiero mirar?

—Ella dice que debe hacerlo, señorita. Es la única manera de entender lo que le está ocurriendo. De entender el poder.

No tengo ni idea de qué está hablando. Sólo sé que la posibilidad de darle la espalda no me hace mucha gracia.

—Entonces, ¿por qué no vas tú a buscarlo?

La niña mueve la cabeza con gesto de negación.

—Ella dice que debe encontrarlo usted. Así son las cosas en este mundo. Me vence el cansancio, tengo frío y no estoy de humor para más misterios.

—Por favor, no entiendo nada. ¡Explícame qué significa todo esto!

—Debe darse prisa, señorita.

Dirige sus grandes ojos castaños hacia la boca de la cueva, luego otra vez hacia mí y me estremezco al pensar en lo que puede darle miedo en la oscuridad.

Pase lo que pase, no sabré menos de lo que ya sé. Aunque es una roca maciza, la puedo mover. La aparto con un gran esfuerzo. En la pared de la cueva hay un agujero de medio metro de profundidad aproximadamente. El corazón se me acelera mientras busco a tientas con los dedos el interior de la roca fría y dura. Sólo Dios sabe lo que acecha ahí dentro; tengo que morderme el labio para no gritar. Cuando estoy metida hasta los hombros, palpo algo sólido. Está firmemente sujeto, y tengo que tirar con fuerza para sacarlo a la luz. Es un diario encuadernado en piel. Abro la primera página. Caen regueros de tierra, y el resto lo aparto con la mano. Contiene un sobre bajo la tapa. El papel cruje entre mis dedos cuando retiro una hoja suelta del interior.

*¿Qué te da miedo?*

*¿Qué te pone la carne de gallina, te hace sudar las palmas de las manos, te corta el aliento y retiene el aire en tu pecho como una fiera enjaulada?*

*¿Es la oscuridad? ¿El recuerdo fugaz de un cuento infantil, de fantasmas, duendes y brujas ocultos entre las sombras? ¿Es la manera de levantarse el viento justo antes de una tormenta, ese indicio de humedad en el aire que te empuja a volver corriendo a casa para refugiarte al amor de la lumbre?*

*¿O es algo más profundo, algo que causa más miedo, un monstruo en lo más hondo de tu ser que sólo has vislumbrado en parte, todo aquello que no conoces de tu alma donde los secretos se acumulan y adquieren un poder terrible, la oscuridad interior?*

*Si escuchas, te contaré una historia: una cuyos fantasmas no puedes ahuyentar con sólo sentarte al calor de un fuego vivo. Te contaré la historia de cómo nos encontramos en un mundo donde se forjan los sueños, se elige el destino y la magia es tan real como las señales que dejas con las manos en la nieve. Te contaré cómo abrimos la caja de Pandora de nosotros mismos, catamos la libertad, nos manchamos el alma con sangre y con la posibilidad de elegir, y desatamos el horror en el mundo que destruyó nuestro más querido Orden. Estas páginas son una confesión de todo lo que ha conducido a este amanecer frío y gris. Lo que sucederá a partir de ahora ya no lo sé. ¿Se te ha acelerado el corazón?*

*¿El horizonte parece nublarse?*

*¿Sientes que se te tensa la piel del cuello en espera de un beso que tienes y a la vez necesitas?*

*¿Tendrás miedo?*

*¿Sabrás la verdad?*

Mary Dowd, 7 de abril de 1871

¿Esta es la Mary que cree conocerme? Yo no conozco a ninguna Mary Dowd. Me duele la cabeza y tengo frío, sin más abrigo que el camisón.

—Dile a Mary que me deje en paz. No quiero ese poder que me da.

—No le da el poder señorita. Solo le enseña el camino.

—¡Pues no quiero recorrerlo! ¿Lo entiendes, Mary Dowd?

Grito a la cueva hasta que oigo el eco de mi voz. Con eso basta para interrumpir la visión, y de pronto me encuentro sola en la cueva, con el diario en las manos.

La vida de Mary Dowd aguarda en mi cama, incitándome. Podría quemar el diario. Devolverlo a su sitio y enterrarlo. Pero la curiosidad puede conmigo. Sola en mi cama, enciendo una vela, la pongo en el alféizar y leo tanto como me es posible a la tenue luz. Descubro que Mary Dowd tiene dieciséis años en 1871. Le encanta pasear por el bosque, añora a su familia, querría tener la piel más clara. Su mejor amiga se llama Sarah Rees-Toome y es la chica más encantadora y virtuosa del mundo. Son como hermanas, inseparables. Siento celos de una chica que no conozco. En general, las primeras veinte páginas del diario son un auténtico aburrimiento, y no entiendo por que la niña quería que lo leyera. Se me cierran los ojos y cabeceo de sueño, así que guardo el diario en el fondo de mi armario, detrás del bate de críquet de mi padre. Luego me duermo, alejándolo de mi pensamiento.

Sueño con mi madre. Me acaricia el pelo suavemente, me peina con sus dedos cálidos como la luz del sol, me adormece y me consuela. Me estrecha entre sus brazos, pero yo me aparto y me dirijo hacia las ruinas de un antiguo templo. Entre las parras verdes que invaden uno de los altares se deslizan serpientes. De pronto estalla la tormenta y espesos nubarrones se trenzan en el cielo. Aparece la cara de mi madre, tensa de miedo. Al caer un rayo, se quita el collar, y me lo lanza. Flotando en el aire, traza lentas espirales y, al llegar a mis manos, el ángulo del ojo plateado me corta en la palma. La herida me sangra. Cuando alzo la mirada, mi madre grita por encima del estruendo de la tormenta. Me cuesta oírla por el rugido del viento. Pero una palabra me llega claramente entre todas las demás.

*Corre.*

Cuando despierto, hace una mañana radiante y azul. El sol entra a raudales por la ventana y dibuja en el suelo la forma de los cristales. Fuera todo parece dorado. Nadie me ha pedido que robara nada. No hay ningún joven con capa lanzándome enigmáticas advertencias, ni niñas misteriosas y resplandecientes montando guardia mientras hurgo en rincones oscuros. Es como si la noche de ayer no hubiera ocurrido. Mientras me desperezo, intento recordar mis extraños sueños, algo sobre mi madre, pero no lo consigo. El diario está en el armario, donde tengo la intención de dejar que acumule polvo. Hoy mi mayor prioridad es la venganza.

—Ya te has despertado, veo —dice Ann.

Está vestida y me observa sentada en su cama bien hecha.

—Sí —contesto.

—Más vale que te vistas si quieres desayunar caliente. Cuando se enfría, no hay quien se lo coma. —Hace una pausa y me mira fijamente—. He limpiado las huellas de barro que has dejado.

Echo un vistazo y veo asomar mi pie sucio fuera de la sábana blanca y almidonada. Lo escondo al instante.

—¿Adónde has ido?

No quiero mantener esta conversación. Fuera luce el sol. Abajo hay beicon. Hoy empiezo una vida nueva. Acabo de declararlo oficialmente.

—En realidad a ninguna parte. Es que no podía dormir —miento, consiguiendo esbozar lo que creo que es una sonrisa radiante.

Ann me mira mientras echo agua de una jarra floreada en la palangana y me restriego los pies y los tobillos cubiertos de barro. Por pudor, me oculto detrás del biombo mientras me pongo el vestido blanco; luego me cepillo los rizos de Medusa y me los sujeto con un moño a la altura de la nuca. Me araño el tierno cuero cabelludo con la horquilla y pienso que ojalá pudiera llevar el pelo suelto como cuando era pequeña.

Tengo problemas con el corsé. Me es imposible atarme los cordones por detrás yo sola. Y por lo visto no dispongo de ninguna doncella que me ayude a vestirme. Con un suspiro, me vuelvo hacia Ann.

—¿Te importaría?

Ann tira de los cordones con fuerza, obligándome a expulsar el aire de los pulmones hasta que creo que se me van a romper las costillas.

—Afloja un poco, por favor —chillo.

Obedece, y así me siento sólo incómoda en lugar de inmovilizada.

—Gracias —digo cuando acabamos.

—Tienes una mancha en el cuello.

Ojalá dejara de mirarme. Me veo la mancha, justo debajo de la barbilla, en el pequeño espejo de mano de mi escritorio. Me lamo el dedo y me la limpio con la esperanza de ofender así a Ann lo suficiente para que aparte la mirada y tener un poco de intimidad, antes de que decida hacer algo realmente horrible, como arrancarme una costra, examinarme un grano o buscarme pelos en la nariz. Me miro en el espejo por última vez. El rostro que veo no es hermoso pero tampoco asustaría a un caballo. Esta mañana, con el sol calentándome las mejillas, me parezco a mi madre más que nunca.

Ann se aclara la garganta.

—No deberías pasear por ahí sola, de verdad.

No estaba sola. Lo sabe, pero no estoy dispuesta a contarle a Ann cómo me humillaron las otras. A lo mejor piensa que eso nos une en la situación de marginadas, y yo me considero un bicho raro, sí, pero de una rareza en extremo complicada para explicarla o compartirla.

—La próxima vez que no pueda dormir te despertaré —digo—. Dios mío, ¿y esto qué es?

La cara interna de la muñeca de Ann es una pesadilla de finos arañazos rojos, como puntadas del sombreado de un dobladillo. Parecen hechos con una aguja o un imperdible. Se baja rápidamente las mangas para taparse las muñecas.

—N-nada —contesta—. Ha sido un ac-c-ci-d-dente.

¿Qué clase de accidente dejaría semejante señal? Yo diría que se lo ha hecho deliberadamente, pero me limito a decir «Ah» y aparto la mirada.

Ann se encamina hacia la puerta.

—Espero que hoy haya fresas. Van bien para el cutis. Lo leí en *Los avatares de Lucy*. —Se detiene en el umbral, meciéndose ligeramente. Su desconcertante mirada vacila un momento y, examinándose los dedos, añade—: Mi cutis necesita toda la ayuda que pueda recibir.

—Tienes el cutis muy bien —digo, toqueteándome el collar.

No se deja embaucar tan fácilmente.

—No te preocupes. Sé que soy poco agraciada. Todo el mundo me lo dice.

Hay un asomo de desafío en su mirada, como si me retara a desmentirlo. Si discrepo, sabrá que miento. Si callo, confirmaré sus peores temores.

—¿Conque las fresas, dices? Pues tendré que probarlas.

Ha recuperado la mirada vidriosa. Esperaba que yo le mintiera, que alguien le dijera que se equivoca, que es guapa. Le he fallado.

—Haz lo que quieras —dice, y me deja por fin sola, preguntándome si algún día entablaré amistad con alguien en Spence.

Apenas tengo tiempo para hacer la primera parada de la mañana —una pequeña señal

de agradecimiento a Felicity por su gentileza de anoche— y salgo disparada a desayunar, de pronto famélica. Como llego tarde, consigo eludir a Felicity, Pippa y las demás. Pero, por desgracia, eso significa que no me libro de las gachas y los huevos tibios, que saben tan mal como ha vaticinado Ann o incluso peor. Las gachas se cuajan en la cuchara formando grumos espesos y fríos.

—Ya te lo he dicho —recuerda Ann mientras se come el último trozo de beicon.  
Al verla, se me hace la boca agua.

Cuando llegamos a la primera clase, la de francés con *mademoiselle* LeFarge, se me acaba la suerte. Felicity y su camarilla me esperan sentadas. Montan guardia en la última fila del aula pequeña y abarrotada para obligarme a pasar entre ellas. «Bien. Allá voy».

Felicity extiende el delicado pie y me obliga a detenerme en el estrecho pasillo entre su pupitre de madera y el de Pippa.

—¿Has dormido bien?

—Bastante —contesto con una alegría desproporcionada para demostrar mi indiferencia ante las bromas nocturnas de unas colegialas.

El pie sigue allí.

—¿Cómo te las arreglaste? Para salir de allí, quiero decir —pregunta Cecily.

—Tengo poderes ocultos —contesto, divirtiéndome con esta triste verdad.

Martha se da cuenta de que la excluyeron de las travesuras de la noche, pero no se atreve a decirlo. Por el contrario, para confabularse con ellas me imita.

—Tengo poderes ocultos —repito con voz cantarina.

Me arden las mejillas.

—Por cierto, cogí el objeto que me pedisteis.

Felicity aguza la atención.

—¿Ah, sí? ¿Dónde lo has escondido?

—Ah, he pensado que no sería prudente esconderlo. A lo mejor luego no volvería a encontrarlo —contesto alegremente—. Está a la vista de todos en tu silla del gran salón. Espero que ese te parezca el lugar idóneo para dejarlo.

Horrorizada, Felicity se queda boquiabierta. Aparto su pie empujándolo con la pierna y me dirijo a un pupitre de la primera fila sintiendo en la nuca el calor de sus miradas.

—¿Y eso a qué venía? —pregunta Ann, entrelazando las manos afectadamente sobre el pupitre como una alumna modélica.

—No es nada digno de mención —contesto.

—Te dejaron encerrada en la iglesia, ¿no es así?

Levanto la tapa de mi pupitre para no ver la cara de Ann.

—No, claro que no. No digas tonterías.



Pero por primera vez veo el asomo de una sonrisa, una sonrisa de verdad, en las comisuras de sus labios.

—¿Es que nunca se cansarán de hacer eso? —murmura, sacudiendo la cabeza.

Antes de que pueda contestar, *mademoiselle* LeFarge, una mole de cien kilos, entra en el aula y pronuncia un alegre *Bonjour*. Coge un trapo y lo restriega con fuerza por la pizarra, que ya estaba limpia, sin dejar de parlotear en francés, deteniéndose de vez en cuando para preguntar algo. Descubro horrorizada que todas deben contestarle y que le contestan en francés. No tengo ni idea de lo que dicen, pues siempre me ha parecido que el francés sonaba vagamente a gárgaras.

*Mademoiselle* LeFarge da una palmada al descubrir mi presencia y se detiene ante mi pupitre.

—*Ah, une nouvelle fille! Comment vous appelez-vous?*

Su rostro se acerca peligrosamente al mío, de modo que veo un hueco entre los dos dientes delanteros y cada poro de su ancha nariz.

—¿Perdón? —pregunto.

Agita un dedo rollizo.

—*Non, non, non... En français, s'il vous plaît. Maintenant, comment vous appelez-vous?*

Vuelve a dirigirme la misma sonrisa amplia y esperanzada.

Detrás oigo las risitas de Felicity y Pippa. El primer día de mi nueva vida y me quedo atascada antes de empezar.

Se me antoja que pasan horas hasta que por fin Ann me saca del apuro.

—*Elle s'appelle Gemma.*

«¿Cómo te llamas?». ¿Todas esas vocales ahogadas para una pregunta tan estúpida? Es el idioma más tonto del mundo.

—*Ah, bon, Ann. Très bon.*

Felicity sigue conteniendo la risa. *Mademoiselle* LeFarge le pregunta algo. Rezo para que tropiece con la pregunta como una vaca, pero su francés es impecable. No hay justicia en este mundo.

Cada vez que *mademoiselle* LeFarge me pregunta algo, fijo la mirada al frente y digo «¿Perdón?», una y otra vez, como si estar sorda o ser cortés me ayudara a entender esta lengua imposible. Su amplia sonrisa se convierte poco a poco en una mueca de disgusto, hasta que renuncia a seguir preguntándome, cosa que a mí me parece muy bien. Cuando por fin se acaba la extenuante clase, he aprendido a lidiar con frases como «Qué agradable» y «Sí, mis fresas están muy jugosas».

*Mademoiselle* levanta los brazos, nos ponemos todas en pie y nos despedimos al unísono.

—*Au revoir, mademoiselle LeFarge.*

—*Au revoir, mes filles* —contesta mientras guardamos los libros y los tinteros

dentro de los pupitres—. Gemma, ¿puede esperar un momento, por favor?

Después de tanto francés, su acento inglés es tan tonificante como el agua fría. *Mademoiselle* LeFarge no es más parisina que yo.

Felicity por poco se cae de bruces en su precipitada carrera por salir del aula.

—¡*Mademoiselle* Felicity! No hay necesidad de correr.

—Perdón, *mademoiselle* LeFarge. —Me dirige una mirada furiosa—. Acabo de acordarme de que tengo que ir a buscar algo importante antes de la próxima clase.

Cuando sólo quedamos ella y yo en el aula, *mademoiselle* LeFarge acomoda toda su humanidad detrás del escritorio, despejado salvo por la fotografía de un hombre atractivo con uniforme, probablemente un hermano o cualquier otro pariente. Al fin y al cabo, es una *mademoiselle*, y tiene más de veinticinco años: una solterona sin la esperanza de casarse; de lo contrario, ¿qué hace aquí, dando clases a unas chicas como último recurso?

*Mademoiselle* LeFarge sacude la cabeza con gesto de desaprobación.

—Su francés está muy mal, *mademoiselle* Gemma. Supongo que eso ya lo sabe. Tendrá que trabajar mucho para seguir en esta clase con las demás chicas de su edad. Si veo que no mejora, tendré que pasarla a los cursos inferiores.

—Sí, *mademoiselle*.

—Puede pedir ayuda a las demás si es necesario. Felicity sabe mucho francés.

—Sí —contesto, tragando saliva, sabiendo de sobra que preferiría comer clavos antes que pedirle ayuda a Felicity.

El resto del día transcurre lentamente y sin percances. Tenemos clases de dicción. Danza, postura y latín. Tenemos música con el señor Grunewald, un austríaco pequeño y encorvado con voz cansina y mirada de derrota en el rostro flácido, que cada vez que suspira parece querer decir que enseñarnos a tocar y cantar es casi como una lenta tortura hacia la muerte. Todas sabemos tocar, aunque ninguna de manera brillante, a excepción de Ann.

Cuando se pone en pie para cantar, su voz es clara y dulce. Tiene hermosa voz, aunque un tanto tímida. De hecho, con práctica y un poco más de sentimiento, podría ser una excelente cantante. Es una lástima que nunca vaya a tener la oportunidad. Está aquí sólo para recibir la formación que le permita ponerse al servicio de otros y nada más. Cuando deja de sonar la música, vuelve a su asiento con la cabeza gacha, y me pregunto cuántas veces al día siente que se muere un poco.

—Tienes muy buena voz —le susurro cuando se sienta.

—Sólo lo dices para ser amable —responde mordiéndose una uña.

Pero sus mejillas redondas y rubicundas se sonrojan, y sé que para ella cantar significa mucho, aunque solo sea un breve momento.

La semana pasa arrastrándose con rutina soporífera. Oraciones. Deportes. Posturas. Noche y día recibo el mismo trato de paria que Ann. Por la noche, las dos nos sentamos junto a la chimenea en el gran salón. Sólo rompen el silencio las risas de Felicity y sus acólitas, que alardean de hacer caso omiso de nosotras. Al final de la semana, estoy convencida de que me he vuelto invisible. Pero no para todo el mundo.

Me llega un mensaje de Kartik. La noche posterior al hallazgo del diario encuentro una vieja carta de mi padre clavada con una navaja a mi cama. La carta, incoherente y descuidada, era difícil de leer, así que la escondí en el cajón de mi escritorio. O eso creí. Al verla en mi cama, acuchillada, con las palabras «Se te ha advertido» escritas sobre la firma de mi padre, se me hiela la sangre. La amenaza es evidente. La única manera de protegerme a mí y a mi familia es cerrar la mente a las visiones. Pero descubro que no puedo cerrar la mente sin cerrar el resto de mí. El miedo me induce a recluirme dentro de mí misma, separándome de todo, volviéndome tan inútil como el ala este incendiada del piso de arriba.

Sólo me siento viva en la clase de dibujo de la señorita Moore. Esperaba que fuera aburrida —bosquejos de conejitos correteando felices por la campiña inglesa—, pero la señorita Moore me sorprende una vez más. Para inspirarnos, ha elegido el famoso poema de lord Tennyson, *La dama de Shalott*. Trata de una mujer que morirá si abandona la seguridad de su torre de marfil. Lo más sorprendente es que la señorita Moore quiere saber qué pensamos acerca del arte. Pretende que hablemos y nos arriesguemos a dar opiniones en lugar de hacer meticulosas copias de frutos silvestres, cosa que confunde por completo a las ovejas.

—¿Qué pueden decir de este dibujo de la dama de Shalott? —pregunta la señorita Moore colocando su lienzo en el caballete.

En su cuadro, una mujer está junto a una ventana alta mirando a un caballero en el bosque. Un espejo refleja el interior de la habitación.

Todas callan.

—¿Alguien quiere contestar?

—Está hecho al carbón —dice Ann.

—Sí, eso no sería fácil discutírselo, señorita Bradshaw. ¿Alguien más? —La señorita Moore busca una víctima entre las ocho presentes—. ¿Señorita Temple? ¿Señorita Poole?

Nadie dice nada.

—Ah, señorita Worthington, es raro que usted no tenga nada que decir.

Felicity ladea la cabeza, finge pensar en el dibujo, pero me doy cuenta de que ya sabe lo que quiere decir.

—Es un dibujo precioso, señorita Moore. Una composición perfecta, con el

equilibrio del espejo y la mujer, representada al estilo de la hermandad prerrafaelita, creo.

Felicity esboza una sonrisa, esperando que la feliciten. Aquí el verdadero arte está en sus dotes de adulación.

La señorita Moore asiente.

—Una valoración precisa pero impersonal —declara, y la sonrisa de Felicity se desvanece en el acto. La señorita Moore continúa—: Pero ¿qué creen que ocurre en el cuadro? ¿Qué quiere el artista que sepamos de esta mujer? ¿Qué sienten ustedes cuando lo ven?

«¿Qué sienten?». Jamás me han hecho esa pregunta. A ninguna de nosotras. Se supone que no debemos sentir nada. Somos británicas. El aula se sume en un silencio absoluto.

—Es muy bonito —sugiere Elizabeth, en lo que, como he descubierto, es su opinión vacía de opinión—. Hermoso.

—¿Te hace sentir hermosa? —pregunta la señorita Moore.

—No. Sí. ¿Es que debería sentirme hermosa?

—Señorita Poole, no me atrevería a decirle cómo debe reaccionar ante una obra de arte.

—Pero los cuadros son bonitos y agradables, o son basura. ¿No es así? ¿Acaso no se supone que debemos aprender a hacer dibujos bonitos? —interviene Pippa.

—No necesariamente. Intentémoslo de otra manera. ¿Qué está sucediendo en este dibujo ahora mismo, señorita Cross?

—¿La mujer mira por la ventana a sir Lancelot? —dice Pippa a modo de pregunta, como si no estuviera segura de lo que ve.

—Sí. Bueno, ya conocen ustedes el poema de Tennyson. ¿Qué le pasa a la dama de Shalott?

Martha contesta, alegrándose de poder responder bien al menos a una pregunta.

—Abandona el castillo y se deja llevar río abajo en un bote.

—¿Y qué más?

Martha ya no se siente tan segura.

—Y... se muere.

—¿Por qué?

Se oyen risas nerviosas, pero nadie conoce la respuesta. Por fin la voz monótona y serena de Ann rompe el silencio.

—Porque una maldición pesa sobre ella.

—No, muere por amor —dice Pippa, dando por primera vez la impresión de saber lo que dice—. No puede vivir sin él. Es muy romántico.

La señorita Moore sonrío con ironía.

—O románticamente horrible.

Pippa está confusa.

—Yo creo que es romántico.

—No es evidente que sea romántico morir por amor. Si estás muerta, ya no puedes irte de luna de miel a los Alpes con todas las demás parejas de jóvenes modernos, y eso es una lástima.

—Pero está condenada por una maldición, ¿no? —pregunta Ann—. No es el amor. Es algo que escapa a su control. Si sale de la torre, morirá.

—Sin embargo, no muere cuando sale de la torre. Muere en el río. Interesante, ¿no? ¿Alguien más tiene algo que decir? ¿Señorita... Doyle?

Me sobresalto al oír mi nombre y se me seca la boca al instante. Frunzo el entrecejo y miro el cuadro fijamente, esperando que la respuesta venga sola. No se me ocurre nada que decir.

—Por favor no se fuerce demasiado, señorita Doyle. No me gustaría que mis chicas se quedaran bizcas en nombre del arte.

Se oyen risas ahogadas. Sé que debería avergonzarme, pero sobre todo me alegro de no tener que inventar una respuesta que no tengo. Vuelvo a recluirme dentro de mí misma.

La señorita Moore deambula por el aula y pasa junto a una larga mesa con lienzos a medio pintar, tubos de pintura al óleo, pilas de acuarelas y cubos de hojalata con pinceles cuyo pelo parece de paja. En el rincón, hay un cuadro en un caballete. Es un paisaje con árboles, hierba y campanario, réplica del que vemos por las ventanas delante de nosotras.

—Creo que la dama no muere porque abandone la torre para salir al mundo exterior, sino porque flota a través de ese mundo, dejándose arrastrar por la corriente tras un sueño.

Se produce un momento de silencio; sólo se oye el ruido de pies que se mueven bajo los pupitres y las uñas de Ann tamborileando suavemente sobre la madera como si fuera un piano imaginario.

—¿Quiere decir que tenía que haber remado? —pregunta Cecily.

La señorita Moore se echa a reír.

—En cierto modo, sí.

Ann deja de tamborilear.

—Pero da igual si rema o no. Está maldita. Haga lo que haga, morirá.

—También morirá si se queda en la torre. Tal vez mucho tiempo después, pero morirá. Todos moriremos —dice la señorita Moore con un hilo de voz.

Ann no puede dejarlo estar.

—Pero no tiene otra opción. No puede ganar. ¡No la dejan!

Se inclina hacia delante, casi cayéndose del asiento, y me doy cuenta, como todas las demás, de que ya no está hablando de la mujer del cuadro.

—Santo cielo, Ann, es sólo una bobada de poema —se burla Felicity, poniendo los ojos en blanco.

Las acólitas la imitan y añaden sus propios cuchicheos crueles.

—Chist, ya basta —les riñe la señorita Moore—. Sí, Ann, sólo es un poema. Sólo es un cuadro.

Pippa muestra una repentina agitación.

—Pero una persona puede estar maldita, ¿no? Puede tener algo, un mal, que no es capaz de controlar, ¿verdad?

Me quedo sin aliento. Siento un cosquilleo en las yemas de los dedos. «No, no me dejaré llevar. Fuera».

—Todos tenemos que cargar con nuestros retos, señorita Cross. Supongo que todo depende de cómo hacemos frente a ellos —contesta la señorita Moore con delicadeza.

—¿Usted cree en las maldiciones, señorita Moore? —pregunta Felicity.

Parece un desafío.

«Estoy vacía. No siento nada, nada, nada. Mary Dowd o quien seas, vete, por favor, te lo ruego».

La señorita Moore busca en la pared detrás de nosotras como si la respuesta estuviera allí escondida, entre sus naturalezas muertas a la acuarela en tonos pastel: manzanas rojas y maduras, uvas succulentas, naranjas ligeramente moteadas, todas pudriéndose lentamente en un frutero.

—Creo... —empieza a decir y calla.

Parece abstraída.

Por las ventanas abiertas entra un soplo de brisa y derriba un cubo lleno de pinceles. Ya no siento el cosquilleo en las yemas de los dedos. Ahora estoy a salvo. El aliento que contenía sale en una sola bocanada.

La señorita Moore recoge los pinceles.

—Creo... que esta semana iremos a pasear por el bosque y exploraremos la vieja cueva, donde hay dibujos primitivos extraordinarios. Pueden decirles a ustedes muchas más cosas que yo acerca del arte.

La clase prorrumpe en vítores. Sin duda, la posibilidad de salir del aula es una buena noticia, señal de que tenemos más privilegios que los cursos inferiores. Pero siento cierta desazón al recordar mi propia excursión a la cueva y el diario de Mary Dowd, en el fondo de mi armario.

—Bien, hace un día demasiado hermoso para estar aquí encerradas en el aula hablando de damiselas malditas a bordo de un bote. Podéis empezar la hora libre antes de tiempo y si alguien pregunta algo, decid que estáis observando el mundo exterior en busca de inspiración artística. En cuanto a esto —dice, estudiando su bosquejo—, necesita algo.

Con rápido ademán, la señorita Moore dibuja un bigote perfecto en el rostro de la

dama de Shalott.

—Dios está en los detalles —dice.

Salvo Cecily, a quien cada vez veo más como una mojitata pese a que lo disimule, todas nos reímos de su atrevimiento, encantadas de participar en ese descaro. El rostro de la señorita Moore cobra vida con una sonrisa y mi desazón desaparece.

Cuando subo a todo correr a mi habitación para recuperar el diario de Mary Dowd, tropiezo con la espalda de Brigid, que está supervisando a una criada nueva en el piso de arriba.

—Lo siento mucho —farfullo con la mayor dignidad posible, teniendo en cuenta que estoy tumbada en el suelo cuan larga soy con la falda por encima de las rodillas.

Chocar contra el cuerpo macizo de Brigid ha sido como embestir el casco de un barco. Siento un zumbido en la cabeza y temo quedarme sorda por su fuerza arrolladora.

—¿Lo sientes? Bien está que lo sientas —dice Brigid, levantándose de un tirón y arreglándose la falda a una altura decente.

La criada nueva se da la vuelta, pero noto que contiene la risa por cómo le tiemblan los hombros menudos.

Intento darle las gracias a Brigid por ayudarme a ponerme en pie, pero ella no ha hecho más que empezar su diatriba.

—¡Qué maneras de portarse son esas, corriendo como un semental que huye del cuchillo del castrador! Quisiera yo saber si consideras que esos son modales propios de una dama decente, ¿eh? ¿Qué diría la señora Nightwing si te viera armar semejante alboroto?

—Lo siento.

Me miro los pies, con la esperanza de parecer arrepentida.

Brigid chasquea la lengua.

—Pues me alegro de que lo sientas. Y a qué venían esas prisas, ¿eh? Más te vale decir la verdad a la vieja Brigid. Después de veintitantos años en esta escuela, no se me escapa nada, te lo aseguro.

—Me he olvidado el libro —digo, acercándome rápidamente al armario, donde cojo la capa y meto el diario dentro.

—Tanto correr sólo por un libro, y para colmo casi matas a alguien —refunfuña, como si hubiera sido ella, y no yo, quien yacía aturdida en el suelo hace un instante.

—Siento haberla molestado. Me voy —digo, intentando escabullirme.

—Un momento. Antes vamos a ver si estás presentable.

Brigid me coge por el mentón e inclina mi rostro hacia la luz para inspeccionarlo. De pronto sus mejillas palidecen.

—¿Pasa algo? —inquiero, preguntándome si mis lesiones son más graves de lo que pensaba.

Es posible que Brigid tenga un trasero imponente, pero dudo mucho que me esté sangrando la cabeza después de mi combate contra él.

Brigid me suelta el mentón, retrocede un paso y se frota las manos en el delantal como si las hubiese manchado.

—Nada. Es sólo... que tienes los ojos muy verdes. Eso es todo. Y ahora vete, vale más que te reúnas con las demás.

Dicho esto, se vuelve hacia Molly, que por lo visto está usando mal el plumero, y yo quedo libre para ocuparme de mis asuntos.



Cuando salgo al jardín, las chicas están tomando el fresco. El sol se ha mantenido todo el día; ahora la tarde está clara y despejada. Nubes bajas se extienden lánguidamente por el cielo. En lo alto de la colina la capilla se yergue recta y alta. Sobre el césped verde, las más jóvenes han vendado los ojos con un pañuelo a una niña de pelo castaño. Le dan vueltas en círculo y luego se desperdigán como canicas. Ella tiende los brazos al frente en ademán vacilante y, tambaleándose, avanza por el césped a la vez que anuncia a pleno pulmón: «Soy la gallinita ciega». Las demás gritan: «Gallinita ciega, ¿qué se te ha perdido?». La niña contesta: «Una aguja y un dedal». A lo que las demás responden: «Pues date tres vueltas y los encontrarás», y ella camina hacia sus voces agudas. Sentada en un banco, Ann lee su periódico de medio penique. Me mira disimuladamente, pero yo finjo no verla. No es muy amable de mi parte, pero prefiero estar sola.

Atraída por el agradable bosque que se extiende a mi derecha, me refugio en su frescor. La luz del sol se filtra entre las hojas creando retazos de calor. Intento atrapar su dulzura con las manos pero se me escurre entre los dedos y se desparrama por la tierra. Reina el silencio, roto sólo por las voces amortiguadas de las niñas en su juego. Llevo el diario de Mary Dowd escondido bajo la capa, dentro del bolsillo, y noto en el muslo el peso de sus secretos ocultos.

Si puedo averiguar lo que ella quiere que sepa, a lo mejor encuentro una manera de entender qué me está pasando. Abro una página nueva y leo:

*31 de diciembre de 1870*

*Hoy cumplo dieciséis años. Sarah ha estado muy insolente conmigo. «Ahora sabrás lo que es», ha dicho. Al insistirle en que me lo explicara, se ha negado: ¡a mí, que soy como su propia hermana! «No puedo decírtelo, mi querida, mi queridísima amiga. Pero pronto lo sabrás. Y será como una puerta que se abre ante ti».*

*No me importa decir que me he enfadado mucho con ella. Ella tiene dieciséis años y sabe más que yo, querido diario. Pero luego me ha cogido las dos manos entre las suyas, y sólo puedo sentir cariño por ella cuando es tan amable conmigo.*

No me explico qué puede tener de tan maravilloso cumplir dieciséis años. Si esperaba que el diario de Mary se volviera más interesante o revelador, me equivocaba. Pero como no tengo nada más que hacer, leo otra entrada.

*7 de enero de 1871*

*Me están ocurriendo cosas tan terroríficas, querido diario, que me da miedo contarlas aquí. Me da miedo hablar de ellas, incluso a Sarah. ¿Qué será de mí?*

Siento un nudo extraño en el estómago. ¿Qué puede ser tan terrible que no se atreve a confiarse siquiera a su diario? La brisa trae consigo el bullicio de las niñas. «Gallinita ciega, ¿qué se te ha perdido...? Una aguja y un dedal». La siguiente

entrada está fechada el 12 de febrero. Se me acelera el corazón cuando empiezo a leer.

*¡Mi querido diario, qué alivio por fin! No estoy loca, como temía. Las visiones ya no me dominan con su poder, pues al final he aprendido a controlarlas. ¡Ay, diario, no son terroríficas sino hermosas! Sarah me lo prometió, pero confieso que temía demasiado su esplendor para abandonarme del todo a ellas. Me arrasaban contra mi voluntad, pese a mi resistencia. ¡Pero hoy ha sido realmente magnífico! Al sentir que la fiebre se apoderaba de mí, le he pedido que viniera. Yo la quiero, me he dicho, armándome de valor. No he sentido esa presión sobre mí. Esta vez ha sido sólo un ligero estremecimiento, y de pronto la he visto: una hermosa puerta de luz. ¡Ay, diario, tras cruzarla he entrado en un reino hermoso, en un jardín con un río cantarín y flores que caían de los árboles como suave lluvia! Allí todo lo que imaginas puede ser tuyo. He echado a correr veloz como un ciervo, con piernas fuertes y resistentes, y me ha embargado una alegría indescriptible. Tenía la impresión de llevar horas allí, pero cuando he vuelto a salir por la puerta, era como si nunca me hubiera marchado. Me encontraba otra vez en mi habitación, donde me esperaba Sarah para abrazarme. «¡Querida Mary, lo has conseguido! Mañana juntaremos las manos y nos uniremos a nuestras hermanas. Entonces conoceremos todos los misterios de los reinos».*

Estoy temblando. Tanto Mary como Sarah tenían visiones. No estoy sola. En algún sitio hay dos chicas —dos mujeres— que podrían ayudarme. ¿Eso es lo que ella quiere que yo sepa? Una puerta de luz. Yo nunca la he visto, tampoco un jardín. No he visto nada hermoso. ¿Y si mis visiones no se parecen en absoluto a las de ellas? Kartik me advirtió que me pondrían en peligro y, a juzgar por todo lo que me ha sucedido, tenía razón. Kartik, que podría estar vigilándome ahora mismo, aquí en el bosque. Pero ¿y si se equivoca? ¿Y si miente?

Son demasiadas cosas para asimilarlas de golpe. Vuelvo a esconder el libro y me paseo entre los árboles rozando con los dedos los ásperos bultos de la vieja corteza. El suelo está cubierto de bellotas, hojas muertas, ramas, la vida del bosque.

Llego a un claro y, ante mí, veo un pequeño lago liso como un cristal. En el otro extremo hay un cobertizo. Amarrado a un tronco, encuentro un bote azul en muy mal estado y con un solo remo. La brisa lo mece de un lado al otro y riza ligeramente la superficie del agua. No hay nadie alrededor que me vea, de modo que suelto la amarra del bote y me subo. El sol me acaricia el rostro con su calor cuando reclino la cabeza en la proa. Pienso en Mary Dowd y en sus hermosas visiones de una puerta de luz y un jardín fantástico. Si pudiera controlar mis visiones, lo que más querría ver es la cara de mi madre.

—La elegiría a ella —susurro, conteniendo las lágrimas.

«Ya puedes llorar, Gem». Me tapo la cara con el brazo, sollozo en silencio, hasta que no puedo más y me arden los ojos cuando parpadeo. El chapoteo rítmico del agua contra el casco del bote me adormece y pronto caigo bajo el hechizo del sueño.

Sueño que corro descalza por el suelo de un bosque en la noche neblinosa, sin

resuello. Persigo a un ciervo, y su cuerpo marrón lechoso asoma entre los árboles como las burlas de un fuego fatuo. Pero voy acercándome. Mis piernas cobran tal velocidad que casi vuelo, con las manos extendidas hacia la ijada del ciervo. Mis dedos rozan su piel y ya no es un ciervo sino el vestido azul de mi madre. Es mi madre, mi madre que está aquí mismo; la tela de su vestido es real entre mis dedos. Sonríe.

—Encuéntrame si puedes —dice, y se va corriendo.

Un trozo de su dobladillo se engancha en la rama de un árbol, pero ella lo desprende de un tirón. Cojo el trozo de tela, lo guardo en el corpiño y corro tras ella por el bosque neblinoso hasta las ruinas de un templo antiguo, con el suelo cubierto de pétalos de lirio. Creo haberla perdido, pero la veo hacerme señas desde el sendero. La persigo entre la niebla, hasta que llegamos a los húmedos salones de Spence, subimos por la interminable escalera, recorremos el pasillo de la tercera planta donde cuelgan en fila las fotografías de cinco promociones. Sigo su risa por el último tramo de la escalera hasta que me encuentro, sola, en el último piso, ante las puertas cerradas del ala este. El aire me susurra una nana: «Ven con nosotros, ven con nosotros, ven con nosotros». Empujo la puerta con la palma de la mano. El interior ya no es un espacio ruinoso reducido a cenizas. La habitación, con las paredes doradas y el suelo resplandeciente, está llena de luz. Mi madre ha desaparecido. En su lugar, veo a la niña inclinada sobre su muñeca.

Me mira con sus grandes ojos, sin pestañear.

—Me prometieron una muñeca.

Quiero decir: «Perdona, no te entiendo», pero las paredes se disipan hasta desaparecer. Estamos en una tierra de árboles estériles, en el crudo invierno. La oscuridad se desliza sobre el horizonte. Aparece el rostro de un hombre. Lo conozco. Es Amar, el hermano de Kartik. Tiene frío, está perdido y huye de algo que no veo. Y entonces la oscuridad me habla.

—Tan cerca...

Despierto de golpe, y por un instante, con el sol reflejándose en el agua en forma de picos afilados, no sé muy bien dónde estoy. Noto que mi corazón late con fuerza. El sueño parece más real que el agua que me lame los dedos. Y mi madre. Estaba lo bastante cerca para sostenerme entre sus brazos. ¿Por qué ha echado a correr? ¿Adónde me llevaba?

Una suave risa femenina procedente de detrás del cobertizo interrumpe mis pensamientos. No estoy sola. Vuelvo a oír la risa y la reconozco: es Felicity. De pronto todo se me viene encima. La añoranza de mi madre, que se me escapa incluso en sueños. Las capas de misterio en el diario de Mary. El intenso odio que me despiertan Felicity y Pippa, y todos aquellos que viven libres de preocupaciones. Se han equivocado de día y de chica para jugar malas pasadas. Ya les demostraré quién

es más cruel. Podría partirles esos esbeltos cuellos como ramas.

«Cuidado. Soy un monstruo. Más os vale correr a refugiarnos. Escapad a toda prisa con vuestras pequeñas pezuñas de ciervo».

Salgo del bote con el sigilo de una pluma al caer en la nieve y rodeo el cobertizo oculta entre los arbustos. Hoy no seré yo quien se lleve un susto. Ni hablar. Las risas se han convertido en cuchicheos y en algo más. Oigo una voz más grave. Masculina. Las Gemelas de la Tortura no están solas. Tanto mejor. Los sorprenderé a todos, les demostraré que nunca más volveré a ser su servicial payaso.

Avanzo dos pasos y me asomo justo a tiempo de ver a Felicity abrazada a un gitano. Al advertir mi presencia, lanza un grito espeluznante. Yo también grito. Ella vuelve a gritar. Y nos quedamos las dos jadeando mientras el gitano de camisa blanca nos mira con las pobladas y oscuras cejas enarcadas y expresión de asombro y desconcierto en sus ojos moteados de oro.

—¿Qué... qué haces aquí? —pregunta Felicity con voz entrecortada.

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti —contesto, señalando a su compañero con la cabeza.

Ser descubierta a solas con un hombre es todo un escándalo: razón suficiente para una boda rápida y necesaria. ¡Pero ser descubierta con un gitano! Si lo contara, arruinaría la vida de Felicity para siempre. Si lo contara.

—Me llamo Ithal —dice él con marcado acento rumano.

—No le digas nada —espetea Felicity, que sigue temblando.

La voz estridente de la señora Nightwing avanza hacia nosotros a través del bosque.

—¡Niñas! ¡Niñas!

El pánico asoma a los ojos grises de Felicity.

—Dios mío, no puede encontrarnos aquí.

Una docena de voces nos llaman. Están cada vez más cerca.

Ithal se acerca a Felicity.

—Mejor así. Que nos encuentren. No me gusta esconderme.

Ella lo aparta y le dice con voz áspera:

—¡Para! ¿Estás loco? No pueden verme contigo. Debes volver.

—Ven conmigo.

La coge de la mano e intenta llevársela, pero ella se resiste.

—¿Es que no lo entiendes? No puedo irme contigo. —Felicity se vuelve hacia mí —. Tienes que ayudarme.

—¿Eso me lo pide la misma chica que me dejó encerrada en la capilla anoche? —digo, cruzando los brazos ante el pecho.

Ithal intenta rodearle la cintura con el brazo, pero ella se aparta.

—Anoche no actué con mala intención. Lo hicimos sólo para divertirnos, nada

más. —Cuando nota que yo no le veo ninguna gracia, prueba otra táctica—. Por favor, Gemma. Te daré lo que quieras. Mi juego de plumas. Mis guantes. ¡Mi anillo de zafiro!

Se acerca para quitárselo del dedo pero yo la detengo. Por muy delicioso que sea ver a Felicity sometida al interrogatorio de la señora Nightwing, prefiero saber que se libraré de este lío gracias a mi caridad. Eso es suficiente castigo para ella.

—Estarás en deuda conmigo —digo.

—Entendido.

La empujo hacia el lago.

—¿Qué haces?

—Salvarte —digo, y la meto en el agua. Mientras farfulla y chilla en el agua fría del lago, señalo hacia el otro extremo, donde está el bosque, y le digo a Ithal—: ¡Ahora vete si quieres volver a verla!

—No huiré como un cobarde.

Se planta obstinadamente, adoptando lo que debe de considerar una pose heroica. Lo que se está buscando es que pase una paloma y haga sus necesidades encima de él.

—¿De verdad crees que verás su herencia? La dejarían sin un penique. Eso si antes no te ponen a ti unos grilletos y te cuelgan en Newgate —digo, mencionando la cárcel más famosa de Londres.

Palidece pero se mantiene en sus trece. El orgullo masculino. Si no consigo que se vaya, estamos perdidas.

Kartik aparece por detrás de un árbol, sobresaltándome. Salvo por la capa negra, va vestido como un gitano, con pañuelo alrededor del cuello, vistoso chaleco y el pantalón remetido en botas altas. En un rumano vacilante, habla con Ithal. No sé qué le ha dicho, pero el gitano se va en silencio tras él. En el sendero, Kartik se vuelve y nuestras miradas se cruzan. No sé por qué, asiento para darle las gracias en silencio. Él me responde con un breve gesto, y los dos se alejan a paso rápido para refugiarse en el campamento gitano.

—Toma mi mano, cógete.

Saco del lago a una Felicity furiosa. Con el forcejeo, no se ha dado cuenta de nada.

—¿Por qué me has hecho esto?

Está calada, y tiene las mejillas sonrosadas de rabia. La señora Nightwing ya nos ha visto.

—¿Qué pasa aquí? ¿A qué venían todos esos gritos?

—¡Ay, señora Nightwing! Felicity y yo queríamos salir a dar una vuelta en bote por el lago y ella se ha caído sin querer. Ha sido una tontería por nuestra parte y sentimos muchísimo haber asustado a todo el mundo.

Nunca he hablado tan atropelladamente en mi vida. Felicity, muda por la sorpresa,

se limita a estornudar, y muy oportunamente, pues enseguida la señora Nightwing empieza a preocuparse y alborotar de esa manera tan irritante suya.

—Señorita Doyle, déjele su capa a la señorita Worthington antes de que coja una pulmonía. Ahora debemos volver todas a la escuela. Este no es lugar para señoritas. A veces hay gitanos en el bosque. Tiemblo sólo de pensar lo que podría haber sucedido.

Felicity y yo mantenemos la vista fija en el suelo. Para mi sorpresa, me da un codazo en las costillas.

—Sí —dice, muy seria—. Eso que ha dicho me dará que pensar, señora Nightwing. Las dos le agradecemos mucho sus sabios consejos.

—Bueno, en adelante tened más cuidado —dice la señora Nightwing, ufana gracias a la hábil manipulación de Felicity—. Bien, chicas, volvamos a la escuela. Todavía hay luz de día y tenemos trabajo.

La señora Nightwing reúne a las chicas y las conduce de vuelta por el sendero. Le cubro los hombros a Felicity con mi capa.

—Eso ha sido un poco melodramático, ¿no? «¿Las dos le agradecemos mucho sus sabios consejos?» —digo.

No quiero que piense que a mí me puede engañar.

—¿Acaso no ha surtido efecto? Si les dices lo que quieren oír, no se molestan en indagar —explica.

Pippa se acerca corriendo, sin aliento.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? Debes contármelo. Me muero de curiosidad.

De pronto Ann aparece a mi lado como una sombra. Sin decir nada, me sigue con pasos lentos y pesados.

—Pues ha sido tal y como lo ha contado Gemma —miente Felicity—. Me he caído al agua y ella me ha sacado.

Pippa pone cara de decepción.

—¿Sólo eso?

—Sí, sólo eso.

—¿No ha pasado nada más?

—¿No basta con que haya estado a punto de ahogarme? —espeta Felicity.

Lo hace tan bien que casi juraría que ella misma se lo cree. Ahora ya sé que nunca le ha hablado de su pretendiente gitano a Pippa, su mejor amiga. Felicity y yo tenemos un secreto, y no lo comparte con nadie más.

Pippa intuye que no hemos contado toda la verdad. Sus ojos adquieren esa mirada recelosa y herida de las chicas cuando saben que se han caído del peldaño más alto de la amistad y alguien las ha reemplazado, pero no saben cuándo ni cómo se ha producido el cambio.

Se acerca a Felicity.

—¿Y qué hacías con *ella*?

—Creo que ya nos basta con una sola directora, Pippa —se burla Felicity—. Francamente, tienes tanta imaginación que deberías emplearla para escribir novelas. Gemma, ven a mi lado.

Me coge del brazo y las dos nos apartamos de Pippa que, para guardar las apariencias, desaira a Ann y se aleja corriendo a charlar con las otras chicas.

—A veces se comporta como una niña —dice Felicity cuando quedamos un poco rezagadas de las demás.

—Creía que erais íntimas amigas.

—Adoro a Pippa, de verdad. Pero está sobreprotegida. Hay cosas que nunca podría contarle. Como lo de Ithal. Pero tú sí lo entiendes. Lo sé. Creo que vamos a ser muy amigas, Gemma.

—¿Seguiríamos siendo amigas si yo no tuviera un secreto tuyo pendiendo sobre tu cabeza? —pregunto.

—¿Acaso las amigas no comparten secretos?

¿Compartiría yo mis secretos con cualquiera de estas chicas? ¿O se irían corriendo horrorizadas al descubrir la verdad sobre mí? Por delante, la señorita Moore acompaña a las niñas más pequeñas entre los árboles hacia el jardín. Nos mira con expresión curiosa, como si fuéramos ventanas al pasado. Fantasmas.

—Vamos, chicas —grita—. No os entretengáis.

—¿Entretenenos? Pero si apenas puedo respirar tras subir la cuesta al galope — replica Felicity con desdén.

—¿Cuánto tiempo hace que la señorita Moore da clases en Spence? —pregunto.

—Llegó este verano. Te aseguro que es un soplo de aire fresco en este lugar tan rancio. Eh, ¿qué es esto?

—¿Qué? —pregunto.

—Esto que te cuelga del corpiño. Un trozo de tela. Bah, y está manchado de barro. Si necesitas un pañuelo limpio, pídemelo. Tengo un montón.

Pone la tela en mi mano abierta. Es de seda azul, rota y sucia por los bordes, como arrancada de una rama. Me tiemblan tanto las piernas que tengo que apoyarme en el primer árbol que veo.

Felicity se muestra confusa.

—¿Qué te pasa?

—Nada —digo en un susurro tenso.

—Tienes cara de haber visto un fantasma.

Es posible.

La seda azul manchada de barro es una promesa en mis manos. Mi madre ha estado aquí. «La elegiría a ella». Es lo que he dicho antes de dormirme. De algún modo, he cambiado las cosas. La he traído de vuelta con este extraño poder mío. Por primera vez, quiero saberlo todo. Si Kartik no quiere contármelo, lo averiguaré por

mi cuenta. Buscaré a Mary Dowd y conseguiré que me explique lo que necesito saber. No pueden impedirlo.

Felicity me tira de la mano.

—Date prisa.

—Ya voy —digo, y aprieto el paso hasta salir del bosque y volver a la calidez del sol.



Después de cenar, finjo tener jaqueca y la señora Nightwing me envía de inmediato a la cama con una bolsa de agua caliente. Eso me ahorra responder a la invitación de Felicity a su santuario, cuyas puertas —gracias a mi nuevo rango de guardiana de sus secretos— me ha abierto de pronto en el gran salón, pero sólo me preocupa una cosa: tiene que haber una manera de controlar las visiones sin que ellas me controlen a mí.

Cuando estoy en el pasillo, me detiene un pequeño ruido. Se agitan sombras en el suelo y las paredes. Hay alguien en mi habitación. Con el corazón acelerado, me arrimo a la pared, me acerco sigilosamente a mi habitación y asomo la cabeza. Kartik está ante mi escritorio, sin duda dejándome otra enigmática advertencia. Muy bien. Esta vez no. Como un rayo, corro hacia la ventana por la que ha entrado y la cierro con el pestillo. Él se vuelve, dispuesto a luchar.

—Ahora sólo hay una salida —digo sin resuello.

Entorna los ojos.

—Apártate.

—No hasta que hayas contestado a unas cuantas preguntas.

He interceptado su única salida. Si emito un sonido, si grito, lo atraparán. Cruza los brazos ante el pecho y me lanza una mirada furibunda, a la espera de que yo hable.

—¿Qué haces en mi habitación?

—Nada —contesta, mientras lo oigo arrugar el papel que esconde en el puño cerrado.

—¿Ibas a dejarme otro mensaje?

Se encoge de hombros. Así no vamos a ninguna parte.

—¿Por qué me has ayudado hoy en el bosque?

—Lo necesitabas.

Me encolerizo.

—Por supuesto que no.

Adopta una actitud burlona y vuelve a parecer sólo un muchacho de diecisiete años, con aspecto menos amenazador.

—Como tú digas.

—¿Acaso mi plan no ha salido bien?

Estira los brazos y abre los ojos desmesuradamente.

—Tu plan ha salido bien porque he convencido a Ithal de que se fuera. ¿Qué crees que habría sucedido de no ser por mí?

La verdad es que no tengo ni idea. No sé qué contestar.

—Pues te lo diré. Ese gitano terco se habría quedado allí y tu amiguita, a la que le gusta jugar con fuego, se habría quemado gravemente: expulsada, su vida arruinada,

la señalarían con el dedo el resto de su vida. —Imita la voz aguda y remilgada de una matrona de la sociedad—: «Ah, ¿te has enterado? Pues sí, querida, la pillaron en el bosque con un pagano». Dile a tu amiga que se limite a tratar con los suyos y que no siga jugueteando con Ithal.

—No es mi amiga —replico.

Enarca una ceja.

—Entonces, ¿quiénes son tus amigas?

Abro la boca pero no digo nada. Sonríe.

—¿Puedo irme ya?

—Todavía no —contesto con una audacia que en realidad no siento. Pero necesito más información—. ¿A quién te referías cuando hablabas de «nosotros»? ¿Por qué temen mis visiones?

—No tengo que explicarte nada.

Le odio, allí de pie en mi habitación como si fuera mi dueño, lanzando advertencias e insultos, sin compartir nada.

—¿Quieres que te cuente lo que sucederá si grito pidiendo socorro en este momento y te toman por ladrón?

No tenía que haberlo dicho. Como un rayo, me inmoviliza contra la pared y me oprime la garganta con el brazo.

—¿Crees que puedes detenerme? Soy un Rakshana. Nuestra hermandad ha existido desde hace siglos, desde los tiempos de los Caballeros Templarios, Arturo y Carlomagno. Ahora somos los guardianes de los reinos, y no tenemos la menor intención de devolverlos. Ya ha pasado el tiempo de las viejas costumbres. No permitiremos que los hagas volver.

La presión de su brazo me marea.

—No... no lo entiendo.

—Podrías cambiarlo todo. Entrar en los reinos. Por eso te quieren.

Afloja el brazo y me suelta. Se me humedecen los ojos. Me froto la garganta.

—¿Quién? ¿Quién me quiere?

—La Orden —contesta con un bufido—. Circe.

«Circe». Es el nombre que el hermano de Kartik le dijo a mi madre en el mercado.

—No conozco esos nombres. Quiénes son los Rakshana, la Orden, Circe...

Me interrumpe.

—Sólo necesitas saber lo que te digo, y es que debes detener las visiones antes de que te pongan en peligro.

—¿Y si te digo que hoy se me ha aparecido mi madre en una visión?

—No te creo —contesta Kartik, pero palidece.

—Me ha dejado esto.

Saco la tela que llevaba escondida junto al corazón. Él la mira.

—También he visto a tu hermano.

—¿Has visto a Amar?

—Sí, estaba en una especie de páramo helado...

—Calla —dice en voz baja pero con aspereza.

—¿Conoces ese lugar? ¿Es allí donde está mi madre?

—¡Te he dicho que calles!

—Pero ¿y si intentan llegar a mí a través de estas visiones? Si no, ¿por qué iba a dejarme esto mi madre?

Le enseño la seda azul.

—¡Esto no demuestra nada! —exclama, y me sujeta los brazos con fuerza—. Escúchame: esas personas que has visto no eran mi hermano ni tu madre, ¿lo entiendes? Sólo ha sido una ilusión. Debes quitártelo de la cabeza.

¿Quitármelo de la cabeza? Sólo vivo para eso.

—Creo que mi madre intentaba decirme algo.

Él niega con un gesto.

—No es real.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Circe y la Orden actúan así —afirma, eligiendo las palabras con sumo cuidado—: Emplearán cualquier truco que esté a su alcance para conseguir lo que quieren. Tu madre y mi hermano están muertos. Los mataron para llegar a ti. Recuérdalo la próxima vez que te tienten las visiones, Gemma Doyle.

Me mira con lástima. Eso es más difícil de soportar que su odio.

—Los reinos deben permanecer cerrados. Por el bien de todos.

Soy responsable de sus muertes. Es lo que ha dicho poco más o menos. No me ayudará. Es inútil intentarlo. Las voces amortiguadas de las chicas nos llegan desde abajo. Están a punto de subir. Pero necesito saber una cosa más.

—¿Y Mary Dowd? —pregunto, para averiguar qué sabe de ella.

—¿Quién es Mary Dowd? —dice, distraído por el ruido sordo de pasos en la escalera.

No la conoce. Sean quienes sean las personas para las que trabaja, no le confían toda la información.

—Mi amiga. ¿Acaso no me has preguntado si tenía amigas?

—Así es.

Se oyen pasos en el rellano. Me aparta, salta como un gato al alféizar y sale por la ventana. Veo la cuerda contra la pared, anudada a un aro de la pequeña barandilla. Oculta entre las hojas de una frondosa parra, cuesta verla si uno no la busca. Un truco astuto pero no infalible. Como tampoco él lo es.

Tras cerrar la ventana, acerco la boca al cristal y veo que mi aliento lo empaña a

cada palabra que susurro.

—Puedes transmitir un mensaje de mi parte a los Rakshana, Kartik *el Mensajero*. La persona a quien he visto hoy en el bosque era mi madre. Y pienso encontrarla con o sin tu ayuda.

Al día siguiente, pese a que la tarde está gris y borrascosa, la señorita Moore mantiene su promesa de llevarnos a la cueva. Es una auténtica excursión por el bosque. Vamos más allá del cobertizo del lago y seguimos por el borde de un profundo barranco. Ann tropieza en la pedregosa pendiente y casi se despeña.

—Cuidado —advierte la señorita Moore—. Este barranco es un poco traicionero. Parece surgir de la nada y al menor descuido una se cae y se parte el cuello.

Atravesamos el barranco por un pequeño puente y al otro lado el bosque se abre formando un reducido claro circular. Contengo la respiración. Es el mismo lugar al que me llevó la niña, en donde encontré el diario de Mary Dowd. La cueva está delante de nosotras, bajo un saliente cubierto de enredaderas que nos rozan los brazos cuando las atravesamos para entrar en la oscuridad aterciopelada. La señorita Moore enciende los faroles que hemos traído y las paredes de la cueva parecen oscilar en la repentina claridad. A lo largo de los siglos la lluvia ha alisado la piedra hasta tal punto que en algunos sitios veo mi reflejo fragmentado en la superficie irregular: un ojo, una boca, otro ojo, una mezcla de piezas mal encajadas.

—Ya hemos llegado. —La voz grave y melódica de la señorita Moore reverbera en los abruptos salientes y los suaves planos de la cueva—. Los pictogramas están aquí, en esta pared.

Dirige la luz hacia un gran espacio abierto. Todas acercamos los faroles y de pronto los dibujos cobran vida, sorprendiéndonos como un tesoro recién revelado.

—¿No los encuentras muy burdos? —pregunta Ann, examinando el tosco perfil de una serpiente. Recuerdo al instante su pulcro edredón sin la menor arruga, perfectamente remetido bajo el colchón.

—Son primitivos, Ann. Los hombres de las cavernas dibujaban con lo que tenían a mano: piedras afiladas, cuchillos improvisados, un poco de arcilla o tintura. A veces incluso sangre.

—¡Qué asco!

Es Pippa, por supuesto. Incluso a oscuras, casi siento cómo arruga su naricilla respingona en una mueca de aversión.

Felicity se ríe y adopta el tono de una mujer de mundo.

—Querida, los Bryn-Jones acaban de decorar su salón con maravillosos dibujos hechos con sangre humana. ¡Tenemos que hacer lo mismo en el nuestro inmediatamente!

—A mí me parece asqueroso —declara Pippa, aunque sospecho que su repugnancia se debe, más que a la mención de la sangre, a que Felicity y yo compartamos una broma.

—La sangre se empleaba en los dibujos sagrados para rendir tributo a una diosa

cuando se requería su influencia. Mirad. —La señorita Moore señala una imagen roja apenas visible, en apariencia un arco y una flecha—. Este es para Diana, la diosa romana de la luna y la caza. Era la protectora de las niñas. De la castidad.

Al oírla, Felicity me da un fuerte codazo en las costillas. Todas tosemos y movemos los pies para disimular nuestra vergüenza. La señorita Moore continúa.

—Lo increíble de esta cueva es que aquí hay representaciones de toda clase de diosas. No sólo paganas o romanas, sino también nórdicas, germánicas, celtas. Lo más probable es que este fuera un lugar conocido por los viajeros, donde sabían que podían practicar su magia a salvo.

—¿Magia? —pregunta Elizabeth—. ¿Eran brujas?

—No en el sentido que ahora le damos a la palabra. Estas eran místicas y curanderas, mujeres que empleaban hierbas y atendían partos. Pero seguro que despertaban recelos. Las mujeres con poder siempre son temidas —observa con tristeza.

Me pregunto cómo llegó la señorita Moore a este lugar, por qué está enseñándonos a hacer dibujos bonitos en lugar de vivir en el mundo. No es fea. Tiene rostro cálido, sonrisa fácil y figura esbelta. Lleva un broche en el cuello con varios rubíes, lo que indica que no carece de medios.

—Son extraordinarios —dice Felicity, acercando el farol a la pared.

Recorre con los dedos una tosca silueta de lo que parece una mujer cuervo flanqueada por otras dos mujeres parcialmente borradas por el tiempo.

—¡Uy, ese sí es horrible! —exclama Cecily.

Las sombras parpadean sobre su rostro y por un instante la imagino cuando sea mayor: flaca y encogida, con la nariz grande.

La señorita Moore examina el dibujo.

—Es posible que esa dama en particular tenga relación con Morrigan.

—¿Con quién? —pregunta Pippa con un pestañeo y una sonrisa que sin duda inducirá a los hombres a prometerle el mundo entero.

—Morrigan. Una antigua diosa celta de la guerra y la muerte. Era muy temida. Se decía que la veían lavando la ropa de los que estaban a punto de morir en combate, y después sobrevolaba los campos de batalla llevándose furiosa los cráneos de los muertos.

Cecily se estremece.

—¿Y por qué adoraban a una diosa así?

—¿No tiene usted espíritu guerrero, señorita Temple? —pregunta la señorita Moore.

Cecily se horroriza.

—Espero que no. Eso es... muy poco atractivo.

—¿Por qué?

—Pues... —Cecily está visiblemente incómoda—. Es como... como ser un hombre, ¿no? Una mujer nunca debería ser tan indecorosa.

—Pero sin la chispa de la ira, sin destrucción, no puede haber renacimiento. Morrigan siempre se relacionó con la fuerza, la independencia y la fertilidad. Era la guardiana del alma hasta que se regeneraba, o eso dicen.

Ann señala con un dedo rechoncho los dibujos deslucidos.

—¿Quiénes son estas mujeres?

—Morrigan era una diosa con tres aspectos distintos: la representaban como una hermosa doncella, como la gran madre y como la vieja bruja sanguinaria. Podía cambiar de forma a su antojo. Es sin duda fascinante.

Felicity mira a la señorita Moore con frialdad.

—¿Cómo es que sabe tanto de diosas y esas cosas, señorita Moore?

La señorita Moore acerca su cara a la de Felicity hasta casi rozarla. Sospecho que Felicity está a punto de recibir una reprimenda por su impertinencia. La señorita Moore contesta despacio, midiendo las palabras.

—Lo sé porque leo. —Retrocede y, tras erguirse y ponerse en jarras, nos desafía—: ¿Me permiten una sugerencia? Lean, y mucho. Créanme, es agradable tener algo de qué hablar además del tiempo y de la salud de la reina. La mente no es una jaula. Es un jardín. Y hay que cultivarla. Creo que ya hemos tenido suficiente mitología por hoy. Ahora vamos a dibujar un poco, ¿de acuerdo?

Obedientes, sacamos nuestros cuadernos de dibujo y carboncillos. Pippa ya se está quejando de que hace demasiado calor en la cueva para dibujar. La verdad es que no sabe dibujar. En absoluto. Al final todos sus dibujos parecen una pila de rocas sombrías, y luego no se lo toma nada bien. Ann acomete la tarea con su habitual perfeccionismo, trazando pequeñas y cuidadosas líneas en la página. Mi carboncillo vuela sobre el papel, y cuando acabo, he capturado la imagen borrosa de la diosa de la caza, lanza en mano, con un ciervo corriendo ante ella. Parece que le falta algo, de modo que añado unos cuantos símbolos por mi cuenta. Pronto cobra forma al pie de la hoja el símbolo de la luna y el ojo del collar de mi madre.

—Muy interesante, señorita Doyle. —La señorita Moore mira por encima de mi hombro—. Ha dibujado el ojo de la luna creciente.

—¿Se llama así?

—Ah, sí. Es un símbolo muy conocido. Casi como la pirámide de los masones.

—Es como el de ese collar tan raro que llevas —interviene Ann.

Las chicas me miran con recelo. Le daría una patada a Ann por bocazas. La señorita Moore enarca una ceja.

—¿Tiene un collar con este símbolo?

Con esfuerzo, saco el amuleto, escondido bajo el cuello de la blusa.

—Era de mi madre. Se lo dio una mujer de una aldea hace mucho tiempo.

La señorita Moore se inclina para examinarlo. Pasa el pulgar por el metal repujado de la luna.

—Sí, es el mismo, sin duda.

—¿Qué es exactamente? —pregunto mientras lo vuelvo a esconder bajo el corpiño. La señorita Moore se yergue y se arregla el sombrero.

—Dice la leyenda que el ojo de luna creciente era el símbolo de la Orden.

—¿De qué? —pregunta Cecily con una mueca.

—¿Nunca han oído hablar de la Orden? —dice la señorita Moore, como si tuviera que resultarnos tan familiar como la aritmética elemental.

—¡Cuéntenoslo, señorita Moore! —suplica al instante Pippa, capaz de cualquier cosa con tal de no tener que dibujar.

—Ah, la Orden. Pues es una historia muy interesante. Si mal no recuerdo, estaba formada por un grupo de brujas muy poderosas y existió desde tiempos inmemoriales. Se supone que sus miembros tenían acceso a un mundo místico más allá de este, a un lugar de muchos reinos donde podían practicar su magia.

Kartik dijo algo de reinos. También se mencionaban en el diario de Mary Dowd. Tengo la carne de gallina, y me muero por saber más.

—¿Qué clase de magia? —pregunto sin querer.

—La más grande de todas: el poder de la ilusión.

—No veo qué tiene eso de especial —comenta Cecily con desdén.

Elizabeth se cruza de brazos. Obviamente no saben aprovechar a la señorita Moore.

—¿Ah, sí, señorita Temple? Esa peineta que lleva en el pelo es muy moderna, ¿no?

Cecily se siente halagada.

—Pues sí.

—¿Y eso implica que usted es moderna o simplemente crea la ilusión de que lo es?

—Me temo que no la entiendo —responde Cecily con ojos centelleantes.

—Seguro que no —dice la señorita Moore, que vuelve a esbozar su sonrisa irónica.

—¿Podían hacer algo más? —pregunto.

—Ah, sí. Esas mujeres podían ayudar a los espíritus en su tránsito al más allá. Tenían el poder de la profecía y la clarividencia. Para ellas el velo entre el mundo sobrenatural y este era muy fino. Podían ver y sentir cosas imperceptibles para los demás.

Siento la boca seca como el serrín.

—¿Tenían visiones?

—Si que estás interesada —se burla Elizabeth.



Felicity le tira del pelo; ella da un breve grito y calla.

—¿Y cómo llegaban a ese otro mundo?

Ahora es Felicity quien habla, quien pregunta lo que yo quiero saber. Un escalofrío me recorre los brazos.

—¡Cielos, menuda la que he armado! —La señorita Moore se ríe—. ¿No tenían ustedes niñeras sádicas que les contaban cuentos para que se portaran bien y callaran por la noche? Dios mío, ¿qué será del imperio si las institutrices han perdido la capacidad de aterrorizar a sus niñas?

—Por favor, cuéntenos más, señorita Moore —ruega Pippa, lanzando una mirada fugaz a Felicity.

—Según las leyendas, y según mi despiadada niñera, que su malvada alma descanse en paz, las hermanas de la Orden se cogían de la mano y se concentraban en una entrada: una puerta o algún tipo de portal.

Una puerta de luz.

—¿Tenían que hacer algo para pasar al más allá? ¿Tenían que decir algo, un conjuro o algo así? —insisto.

Detrás de mí, Martha me imita de modo irritante y, si yo no estuviera tan absorta, la pondría en su sitio.

La señorita Moore se echa a reír y sacude la cabeza.

—¡Dios santo! ¡No tengo ni idea! Es un mito, como todos estos símbolos. Un fragmento de historia que se ha transmitido de generación en generación. O que se ha perdido de una a otra. Este tipo de leyendas ha tendido a desaparecer con la industrialización.

—¿Quiere decir que las cosas deberían volver a ser como antes? —pregunta Felicity.

—En absoluto. No se puede volver atrás. Hay que seguir hacia delante en todo momento.

—Señorita Moore —pregunto sin poder evitarlo—, ¿qué razón podría haber para que alguien regalase a mi madre el ojo de luna creciente?

La señorita Moore lo piensa.

—Supongo que esa persona pensó que necesitaba protección.

Me asalta una idea terrible.

—Y si una persona no tiene el collar, no tiene esa protección, ¿qué podría ocurrirle?

La señorita Moore niega con la cabeza.

—No creía que usted fuera tan impresionable, señorita Doyle.

Las chicas se ríen por lo bajo. Me sonrojo.

—Estos símbolos no son más eficaces que la pata de un conejo. No daría mucho por el poder protector de su amuleto, por bonito que sea.

No puedo dejarlo estar.

—Pero ¿y si...?

La señorita Moore me interrumpe.

—Si desean saber algo más sobre las leyendas antiguas, señoritas, hay un lugar que puede serles de ayuda. Se llama biblioteca. Y creo que Spence tiene una.

Saca un reloj de la bolsa de lona donde lleva el material de pintura. Nunca he visto a una mujer con un reloj de hombre, y eso la reviste de un misterio aún mayor.

—Ya casi es hora de volver —dice, cerrando el reloj con gesto decidido—. Bien, ¿cómo hemos acabado hablando de diosas antiguas si veníamos a admirar arte? Quiero que sigan dibujando cerca de la boca de la cueva. Pueden reunirse conmigo cuando acaben de recoger sus cosas.

Tras ponerse la bolsa bajo el brazo, se dirige con paso resuelto hacia la salida, dejándonos solas en la penumbra. Me tiemblan tanto los dedos que apenas puedo guardar el material. Soy vagamente consciente de la presencia de las demás niñas. Sus cuchicheos llenan la cueva como el zumbido de las moscas.

—¡En fin, qué manera de perder el tiempo! —murmura Cecily—. Seguro que a la señora Nightwing le interesaría saber lo que nos está enseñando la señorita Moore.

—Es una persona rara —coincide Elizabeth—. Mucho.

—A mí me ha parecido todo muy interesante —dice Felicity.

—Mi futuro marido no pensará lo mismo —se queja Cecily—. Querrá que yo sepa dibujar algo bonito para impresionar a nuestros invitados, no que le estropee la cena hablando de brujas sanguinarias.

—Al menos hemos pasado la tarde fuera de esa escuela vieja y deprimente —les recuerda Felicity.

A Ann se le resbalan los lápices de la mano y caen al suelo con un estrépito que resuena en toda la cueva. Se arrodilla torpemente e intenta recogerlos.

—La cara de Ann debe de ser un talismán contra todos los hombres —susurra Elizabeth en voz lo bastante alta para que las demás la oigan.

Las otras se ríen como suelen hacer las chicas cuando no pueden creer que alguien sea cruel hasta el punto de decir lo que todas sienten. Ann ni siquiera levanta la vista.

Felicity me coge del brazo y musita:

—No pongas esa cara. En realidad, son inofensivas.

Me aparto.

—Son las perras del infierno. ¿Quieres ahuyentarlas, por favor?

Cecily suelta una risita.

—Ten cuidado, Felicity, podría echarnos el mal de ojo.

Ni siquiera Felicity puede contener una carcajada. Ojalá pudiera echar el mal de ojo. O al menos mandar a paseo a Cecily.

La señorita Moore nos conduce hacia la luz del día y a través del bosque por otro sendero, que va a dar a un pequeño camino de tierra. Por detrás del muro bajo de piedra que bordea el camino, veo una caravana de gitanos entre los árboles. De pronto Felicity aparece junto a mí y, aprovechando mi estatura, se oculta por si Ithal anda cerca.

—Ann, creo que la señorita Moore te llama —dice.

Ann obedece y se acerca a la maestra resoplando con su habitual falta de gracia.

—Gemma, no te enfades, por favor. —Estirando el cuello, Felicity escruta por encima del muro—. ¿Lo ves?

Allí sólo hay tres carros y unos cuantos caballos.

—No —contesto con hosquedad.

—Menos mal. —Sin preocuparse por mi mal humor, me coge del brazo—. Qué violento habría sido. ¿Te imaginas?

Pretende granjearse mi voluntad con su encanto. Y lo está consiguiendo. Sonríe a mi pesar y ella me obsequia con una de esas sonrisas amplias nada frecuentes que parecen convertir el mundo en un lugar divertido y acogedor.

—Oye, se me ha ocurrido una idea genial. ¿Por qué no creamos nuestra propia orden?

Me paro en seco.

—¿Y qué haríamos?

—Vivir.

Aliviada, sigo caminando.

—Eso ya lo hacemos.

—No, jugamos a su juego predeterminado. Pero ¿y si tuviéramos un lugar donde sólo jugaríamos con nuestras propias reglas?

—¿Y se puede saber dónde haríamos algo así?

Felicity mira alrededor.

—¿Por qué no reunirnos aquí, en la cueva?

—No hablas en serio —digo—. Es broma, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—Piénsalo: trazaríamos nuestros propios planes, ejerceríamos nuestra propia influencia, nos divertiríamos mientras pudiéramos. Seríamos las dueñas de Spence.

—Nos expulsarían, eso es lo que conseguiríamos.

—No nos cogerán. Somos demasiado listas.

Por delante, Cecily parlotea con Elizabeth, que parece consternada porque se le están manchando las botas de barro. Miro a Felicity.

—Cuando las conoces, no están tan mal —dice.

—Seguro que las pirañas también resultan agradables a sus familiares, pero no quiero acercarme demasiado a ellas.

Ann se vuelve hacia mí, boquiabierta. Acaba de descubrir que la señorita Moore no la necesita para nada. Nadie la necesita. Ese es el problema. Pero a lo mejor eso se puede cambiar.

—De acuerdo —digo—. Acepto, pero con una condición.

—Dime.

—Que invites a Ann.

Felicity no sabe si echarse a reír o escupirme veneno.

—No puedes decirlo en serio. —Al ver que no contesto, añade—: Me niego.

—Si no recuerdo mal, estás en deuda conmigo.

Esboza una sonrisa de suficiencia como dando a entender que la idea misma es absurda.

—Las demás no lo consentirán, y tú lo sabes.

—Ese es tu problema. —Y no puedo evitar añadir con una sonrisa—: No pongas esa cara. Son inofensivas. De verdad.

Felicity entorna los ojos y se aleja hacia donde están Pippa, Elizabeth y Cecily. Enseguida empiezan a discutir. Elizabeth y Cecily niegan con la cabeza y Felicity resopla contrariada. En cuanto a Pippa, parece alegrarse de recibir la atención de Felicity. Poco después Felicity vuelve a mi lado, furiosa.

—Ya te lo he dicho: no la quieren. No es de su clase.

—Lamento oír que tu pequeño club ha fracasado antes de empezar —digo con cierta petulancia.

—¿Acaso he dicho yo que no se haría? Sé que puedo convencer a Pippa. Cecily está muy arrogante últimamente. Yo la saqué de la nada. Si Elizabeth y ella creen que pueden llegar a algún sitio en esta escuela sin mi influencia, están muy equivocadas.

He subestimado la necesidad de control de Felicity. Prefiere que la vean conmigo y con Ann antes que reconocer la derrota ante sus acólitas. Al fin y al cabo, es la hija de un almirante.

—¿Cuándo nos reunimos?

—Hoy a medianoche —contesta Felicity.

Estoy casi segura de que esto nos llevará a todas a la perdición, la desgracia y, como mínimo, a tener que escuchar a Pippa explayarse hasta la saciedad sobre el ideal romántico del amor, pero al menos dejarán de atormentar a Ann por un tiempo.

En la curva del camino aparece Ithal. De pronto Felicity se detiene como un caballo asustado. Me aprieta el brazo, negándose a mirarlo.

—Dios mío —dice con voz entrecortada.

—No se atreverá a hablar contigo delante de todo el mundo, ¿no? —susurro, procurando permanecer indiferente a las uñas de Felicity clavadas en mi brazo.

Ithal se detiene para arrancar una flor. Cantando, salta al muro y se la ofrece a Felicity como si yo no estuviera entre ambos. Las demás se paran y miran a ver qué

ocurre. Lanzan gritos ahogados y se ríen disimuladamente, sorprendidas y encantadas con la escena. Felicity mantiene la cabeza gacha, con la mirada fija en el suelo.

La señorita Moore parece encontrar graciosa la situación.

—Veo que tiene un admirador, Felicity.

Las chicas miran alternativamente a Ithal y a Felicity una y otra vez, a la espera. Ithal le tiende la flor, roja y fragante, sujeta entre los dedos.

—Belleza por belleza —dice, con una voz tan grave que parece un gruñido.

—¡Qué descaró! —musita Cecily.

Felicity, con el rostro como una máscara de piedra, tira la flor al suelo.

—Señorita Moore, ¿por qué no echan a toda esta chusma del bosque? Es una plaga.

Sus palabras son una bofetada. Se recoge la falda delicadamente con las dos manos, aplasta la flor con la bota y, echándose a correr, adelanta al grupo. Las demás la siguen.

No puedo evitar sentirme humillada por Ithal. De pie sobre el muro, nos observa alejarnos. Cuando llegamos al desvío de la escuela, sigue allí con la flor destrozada en la mano, lejos de nosotras..., una estrella pequeña y mortecina que se apaga en nuestra constelación.

Salimos sigilosamente poco después de la medianoche y nos adentramos en el bosque a la luz de los faroles hasta llegar al oscuro seno de la cueva. Felicity enciende velas que ha robado de un armario. A los pocos minutos, el espacio está iluminado y los dibujos vuelven a danzar en las paredes de roca. En el inquietante resplandor, los cráneos de la diosa Morrigan se doblan y retuercen como seres vivos, obligándome a apartar la mirada.

—¡Uy, qué húmedo está esto! —dice Pippa, sentándose con cuidado en el suelo de la cueva. Felicity la ha convencido para que venga, y de momento no ha hecho más que quejarse por todo—. ¿A alguien se le ha ocurrido traer algo de comer? Me muero de hambre.

Mira a Ann, que ha sacado una manzana del bolsillo de la capa. Ann la sostiene en la mano mientras se debate en la duda: por un lado, el hambre; por otro, la necesidad de ser aceptada. Tras un minuto atroz, se la ofrece a Pippa.

—Puedes quedarte con mi manzana.

—Supongo que tendré que conformarme con eso —dice Pippa con un suspiro. Tiende la mano, pero Felicity se le adelanta y agarra la manzana.

—Todavía no. Esto hay que hacerlo bien. Con un brindis.

Con ojos brillantes, Felicity saca de debajo de la enagua la botella de vino de la comunión. Los chillidos de placer de Pippa invaden el espacio cavernoso. Abraza a Felicity.

—¡Felicity, eres genial!

—Sí, ¿verdad?

Quiero decirles que fui yo quien arriesgó la vida, el cuerpo, el alma y la permanencia en la escuela para conseguir el vino, pero sé que sería inútil y que me tomarían por una resentida.

—¿Qué es eso? —pregunta Ann.

Felicity pone los ojos en blanco.

—Aceite de hígado de bacalao. ¿Qué crees que es?

Ann palidece.

—¿No será alcohol?

Pippa se lleva la mano a la garganta con gesto melodramático.

—¡Cielos, no!

Ann acaba de darse cuenta de dónde se ha metido. Intenta restar importancia a la situación siguiendo la broma.

—Las señoritas no beben alcohol —dice, remedando la voz afectada de la señora Nightwing.

Es una imitación perfecta, y todas nos echamos a reír. Encantada, Ann repite la

broma una y otra vez hasta que deja de ser divertida y empieza a irritarnos.

—Ya basta —la reprende Felicity.

Ann se refugia otra vez tras su máscara.

—Desde luego la señora Nightwing no deja pasar una sola noche sin su jerez. Son tan hipócritas... A vuestra salud —brinda Pippa, echando un trago generoso y muy poco femenino de la botella.

Se la pasa a Ann, que limpia la boca con la mano y vacila.

—Vamos, no muerde —dice Felicity.

—Nunca he bebido.

—¿Ah, no? ¡Qué sorpresa!

Pippa se ríe con fingido asombro, y no puedo evitar preguntarme qué pasaría si derramara el contenido de la botella sobre sus rizos perfectos.

Ann intenta devolver la botella, pero Felicity se mantiene firme.

—No te lo pedimos. Si no bebes, no podrás pertenecer al club. Tendrás que volver sola a Spence.

Ann la mira con los ojos muy abiertos. Las niñas mimadas no tienen ni idea de lo que supone para Ann violar las reglas. Si ellas se meten en un lío, casi siempre se las arreglan para salir impunes, pero para Ann una infracción puede suponer la ruina.

—Déjala en paz, Felicity.

—Eras tú quien quería que viniera, no nosotras —dice, mostrando su crueldad—. Se acabaron los favores. Si quiere estar en el club, tiene que beber. Y lo mismo te digo a ti.

—Bien, pues pásamela —contesto.

Me dan la botella.

—Y no vale volver a escupirlo en la botella —añade Felicity con tono provocador.

Al acercarme la botella a los labios, percibo un olor dulzón y áspero a la vez. Es un aroma intenso, mágico y prohibido. Me arde en la garganta y me hace toser y resoplar, como si alguien hubiera prendido mis pulmones con una cerilla.

—¡Ah, la sal de la vida! —exclama Felicity con una sonrisa diabólica, y todas ríen, incluida Ann, que así muestra su gratitud.

—¿Qué es? —pregunto con voz ronca.

No se parece en nada al vino que he tomado de las copas de mis padres; seguro que es algo que usan las criadas para limpiar los suelos o mezclar el barniz.

Nunca he visto a Felicity tan encantada.

—*Whisky*. Te has llevado sin querer la colección privada del reverendo Waite.

Se me saltan las lágrimas por el sabor acre, pero al menos vuelvo a respirar. Me recorre el cuerpo un sorprendente calor, unido a una agradable pesadez. Me gusta la sensación, pero Felicity ya me ha quitado la botella y se la ha dado a Ann, que toma

la medicina como una buena chica, haciendo sólo una ligera mueca por el sabor. Cuando Felicity bebe su trago, ya estamos todas iniciadas. Aunque todavía no sé muy bien en qué. Nos pasamos la botella unas cuantas veces más, hasta que los miembros nos flojean como a terneras recién nacidas. Me siento flotar. Podría seguir así días y días. Ahora el mundo real, con su sufrimiento y sus decepciones, es sólo una palpitación tras la membrana protectora que la ebriedad ha formado a nuestro alrededor. Está en algún lugar fuera de nosotras, a la espera, pero estamos demasiado aturdidas para preocuparnos. Mientras contemplo el brillo de las rocas y mis nuevas amigas hablan en susurros, me pregunto si es así como pasa los días mi padre, envuelto en su capullo de láudano. Sin dolor, sintiendo sólo el latido distante del recuerdo. La idea me inspira una tristeza insoportable, y me sumerjo en ella.

—¿Gemma? ¿Estás bien?

Es Felicity, que se ha acercado y me mira, confusa, y de pronto me doy cuenta de que estoy llorando.

—No es nada —contesto, enjugándome los ojos con el dorso de la mano.

—No me digas que eres una de esas borrachas sensibleras —dice, intentando bromear, pero sólo consigue avivar mi llanto—. Pues ya no beberás más. Toma, come algo. —Deja la botella detrás de una roca y me da la manzana, que sigue intacta—. Esta fiesta está muy aburrida. ¿A quién se le ocurre algo interesante?

—Si esto es un club, ¿no debería tener un nombre?

Pippa reclina la cabeza contra la roca, con los ojos brillantes por la bebida.

—¿Qué os parece las Señoritas de Spence? —sugiere Ann.

Felicity hace una mueca.

—Con ese nombre parecemos solteronas desdentadas.

Me río con excesiva estridencia, pero me alegro de que las lágrimas hayan cesado a pesar de que todavía me cuesta respirar con normalidad.

—Lo he dicho sin pensar —replica Ann con brusquedad.

El *whisky* la ha envalentonado.

—No seas tan susceptible —le reprocha Felicity—. Toma, bebe un poco más.

Ann niega con la cabeza, pero Felicity sigue tendiéndole la botella, así que bebe otro trago con los labios apretados.

Pippa da una palmada.

—Ya lo sé: ¡podemos llamarnos las Damas de Shalott!

—¿Significa eso que nos moriremos? —pregunto, y me echo a reír descontroladamente.

Mi cabeza es una pluma al viento.

Felicity se ríe conmigo.

—Gemma tiene razón. Es demasiado deprimente.

Proponemos más nombres, riéndonos de los más extravagantes —las Princesas de



Atenas, las Hijas de Perséfone— y gimiendo con los más terribles, como los Cuatro Vientos del Amor. Al final callamos, recostadas contra la roca. En las paredes, las diosas cazan y retozan, libres de preocupaciones, creadoras de sus propias reglas, castigadoras de intrusos.

—¿Por qué no nos llamamos la Orden? —pregunto.

Felicity yergue la espalda de manera tan súbita que segundos después todavía siento su calor junto a mí, rezagado como una estela.

—¡Es perfecto! Gemma, eres un genio.

Un poco avergonzada, retuerzo el rabillo de la manzana hasta partirlo. Felicity se lleva mi mano a la boca y muerde la fruta. Con los labios aún pegajosos y dulces, besa los míos. Tengo que cubrírmelos con los dedos para detener el cosquilleo y una sensación de rubor recorre todo mi cuerpo.

Felicity, con su puño pálido, me levanta la mano que sostiene la manzana.

—Damas, os comunico que ha renacido la Orden.

—¡La Orden ha renacido! —repetimos, y el eco de nuestras voces se propaga en ondas por la cueva.

Incluso Pippa me abraza. Cobramos vida con nuestro nuevo secreto, con la sensación de que nos pertenecemos unas a otras y formamos parte de algo ajeno a ese monótono paso del tiempo en el que la rutina diaria es nuestra única aspiración. Me siento incluso más poderosa que después de tomar el *whisky*, y quiero seguir siempre así.

—¿Creéis que de verdad existió esa orden de mujeres? —pregunta Pippa.

Felicity lanza un bufido.

—No seas tonta, Pip; es sólo un cuento de hadas.

—Era sólo una pregunta, nada más —responde Pippa, dolida.

No quiero que el hechizo de esta noche se rompa tan pronto.

—¿Y si fuera verdad?

Saco el delgado diario encuadernado en piel y lo muestro sin pensar en lo que hago.

—¿Qué es eso? —pregunta Ann.

—El diario secreto de Mary Dowd.

Ann teme haberse perdido algo.

—¿Quién es Mary Dowd?

Les cuento lo que sé de Mary Dowd, de su amiga Sarah y de su participación en la Orden. Felicity me arranca el diario de las manos y las tres empiezan a leer, atónitas, volviendo las páginas cada vez más deprisa.

—¿Habéis llegado al momento en que entra en el jardín? —pregunto.

—Ya lo hemos pasado —contesta Felicity.

—¡Esperad! Yo sólo he llegado hasta ahí —protesto—. ¿Por dónde vais?

—El quince de marzo. Espera, ya leo yo en voz alta —propone Felicity—. «Hoy Sarah y yo nos hemos portado mal y hemos entrado en los reinos sin dejarnos guiar por nuestras hermanas. Al principio, temíamos habernos extraviado, pues nos encontrábamos en un bosque neblinoso donde muchos espíritus perdidos, esas pobres almas en pena, nos pedían ayuda, pero todavía no podíamos hacer nada por ellos. Eugenia dice...».

—¡Eugenia! ¿Creéis que se refiere a la señora Spence? —pregunta Ann.

Todas la mandamos callar, y Felicity sigue.

—«Eugenia dice que no pueden irse hasta que su alma haya acabado su trabajo, ya sea en un plano u otro, y sólo entonces podrán descansar. Algunas de estas almas errantes nunca se liberan, y entonces se corrompen, convirtiéndose en espíritus oscuros capaces de toda clase de maldades. Son expulsadas a las Tierras Invernales, un reino de fuego y hielo y sombras, adonde sólo pueden ir las hermanas más fuertes y sabias, pues las almas oscuras de ese reino son capaces de suscitar mil anhelos. Te convierten en esclava del poder si no sabes utilizarlas y apartarlas de ti como hacen las mayores. Responder a uno de esos espíritus caídos, unirte a él, podría alterar el equilibrio de los reinos para siempre». —Felicity se interrumpe—. ¡Vamos, esto es el peor intento de escribir una novela gótica que he visto! Sólo faltan los crujidos en el suelo de un castillo y una heroína a punto de perder la virtud.

Pippa se endereza, riéndose.

—¡Sigamos leyendo a ver si ellas pierden la virtud!

—«Hoy estábamos otra vez en el jardín de la belleza donde los mejores deseos pueden hacerse realidad...» —continúa Felicity, y añade—: Esto ya me gusta más. Aquí seguro que hay algo carnal. «El brezo, con su dulce aroma, del color del vino, se mece bajo el cielo de tonos naranja y dorado. Nos pasamos horas tumbadas entre los arbustos, sin carecer de nada, transformando las hojas de hierba en mariposas sólo con el roce de los dedos, haciendo realidad cuanto imaginábamos mediante la voluntad y el deseo. Las hermanas nos mostraron que podíamos conseguir cosas maravillosas, curaciones, conjuros para la belleza y el amor...».

—¡Ah, eso quiero saberlo yo! —exclama Pippa.

Felicity levanta la voz para hacerse oír, hasta que Pippa calla.

—«... para hacernos invisibles a los demás, para doblegar la mente de los hombres a la voluntad de la Orden, influyendo en sus pensamientos y sueños hasta que sus destinos se presenten ante ellos como un dibujo en las estrellas de la noche. Estaba todo escrito en el Oráculo de las Runas. Bastaba el contacto de esos cristales con nuestras manos para crear un canal por el que fluía el universo con el ímpetu y la velocidad de un río. De hecho, su grandeza era tal que no pudimos quedarnos más de unos segundos. Pero cuando nos alejamos, habíamos cambiado por dentro. “Os habéis abierto”, dijeron nuestras hermanas...».

Pippa se ríe.

—A lo mejor sí perdieron la virtud.

—¿Quieres dejarme acabar? —gruñe Felicity—. «... y nosotras también lo notamos. Llevando nuestra pequeña magia dentro de nosotras, atravesamos el velo por el que entramos en este mundo. Nuestro primer intento ha tenido lugar en la cena. Sarah se ha quedado mirando su pan y su sopa miserables, ha cerrado los ojos y ha dicho que era faisán. Y en eso se ha convertido: tenía el mismo aspecto y el mismo sabor, del primero al último bocado. Estaba tan delicioso que Sarah, con sonrisa de satisfacción, ha pedido más».

Absorta en mis pensamientos, no me doy cuenta de que Felicity ha parado de leer. No se oye nada salvo el goteo del agua por una pared.

—¿Dónde has encontrado esto?

Me mira como si yo fuera una delincuente.

«Pues, verás, una cría fantasmagórica me condujo en plena noche hasta él. ¿A ti nunca te ha pasado?».

—En la biblioteca —miento.

—¿Y de verdad te has creído lo que cuenta de la hora de las brujas en Spence? —Felicity me mira con expresión de desconcierto.

—No, claro que no —vuelvo a mentir—. Sólo quería divertirme con vosotras.

—Ah, la hora de las brujas de la Orden. ¿Cuándo es? ¿Justo antes de las vísperas o después de música?

Pippa se ríe de tal modo que resopla como un caballo. Es un gesto muy poco atractivo, y soy tan malvada que disfruto viéndoselo.

—¡Qué gracia! Eres muy aguda —digo, intentando aparentar buen humor cuando me siento hosca y humillada.

Felicity sostiene el diario en alto y adopta expresión seria.

—Me he abierto, hermanas. A partir de ahora, esto será nuestro libro sagrado. Empezaremos cada reunión con una lectura de este diario, un diario —me mira un momento— muy convincente y absolutamente verídico.

Al oírla, Pippa prorrumpe en carcajadas.

—¡Creo que es una idea espléndida! —Se le traba la lengua y dice *espléndida*.

—Oye, que es mío —digo, intentando coger el diario, pero Felicity lo guarda en el bolsillo.

—¿No has dicho que estaba en la biblioteca? —pregunta Ann.

—¡Ja! ¡Bien dicho, Ann!

Pippa le sonrío y empiezo a lamentar el inicio de esa amistad. Me he metido en este lío por mi propia mentira y ahora me encuentro sin el libro y sin el medio de comprender lo que me está pasando, el significado de mis visiones. Pero me es imposible recuperarlo sin contarles toda la verdad y no estoy dispuesta a eso hasta

que yo misma lo haya entendido.

Ann vuelve a pasarme la botella y la rechazo con un gesto.

—*Je ne voudrais pas le whiskey* —digo arrastrando las palabras en un francés espantoso.

—Tenemos que ayudarte con el francés, Gemma, antes de que LeFarge te degrade —dice Felicity.

—¿Y tú cómo sabes tanto francés? —pregunto, irritada.

—Para tu información, señorita Doyle, mi madre recibe en su famoso salón de París —pronuncia *salón* con acento francés—. Los mejores escritores de Europa han pasado por allí.

—¿Tu madre es francesa? —pregunto.

Tengo la cabeza aún un poco espesa por el *whisky*. Me entran ganas de reír por cualquier cosa.

—No. Es inglesa, descendiente de los York. Y vive en París.

¿Por qué vivirá en París y no aquí, adonde vuelve su marido después de cumplir sus obligaciones para con Su Majestad?

—¿Es que tus padres no viven juntos?

Felicity me lanza una mirada feroz.

—Mi padre está casi siempre en el mar. Mi madre es una mujer hermosa. ¿Por qué no habría de disfrutar de la compañía de sus amigos en París?

No sé qué he dicho que pueda haberla molestado. Empiezo a disculparme pero Pippa me interrumpe.

—Ojalá mi madre recibiera en su salón. O hiciera algo interesante. Lo único que hace es volverme loca con sus críticas. «Pippa, ponte derecha. Así nunca conseguirás un marido». O «Pippa, debemos mantener las apariencias en todo momento». O «Pippa, lo que pienses de ti misma no es ni la mitad de importante que lo que los demás digan de ti». Y para colmo está su último protegido, el señor Bumble, un hombre torpe e insulso.

—¿Quién es el señor Bumble? —pregunto.

—El amado de Pippa —contesta Felicity, alargando la palabra.

—¡No es mi amado! —grita Pippa.

—No, pero quiere serlo. Si no, ¿por qué está siempre en tu casa?

—¡Debe de tener al menos cincuenta años!

—Y debe de ser muy rico porque si no tu madre no te lo endilgaría.

—Para mi madre, el dinero es lo más importante de esta vida —explica Pippa con un suspiro—. No le gusta que mi padre juegue. Le da miedo que lo pierda todo. Por eso le preocupa tanto que me case con un rico.

—Seguro que te encontrará a alguien con un pie deforme y doce hijos, todos mayores que tú —dice Felicity, y se echa a reír.

Pippa se estremece.

—Deberíais ver algunos de los hombres que ha hecho desfilar ante mí. ¡Uno medía un metro veinte!

—¡No puede ser! —exclamo.

—Bueno, a lo mejor llegaba al metro y medio. —Pippa suelta una carcajada contagiosa y nos desternillamos de risa—. Otra vez me presentó a un hombre que no paró de pellizcarme el trasero mientras bailábamos. ¿Os lo imagináis? «Ah, qué vals tan bonito», y un pellizco. «¿Te apetece un ponche?». Otro pellizco. Los morados me duraron una semana.

Nuestros chillidos parecen sonidos animales, desenfrenados y salvajes. Se apagan hasta quedar reducidos a toses y murmullos.

—Ann y Gemma —dice Pippa—, vosotras no tenéis que preocuparos por madres imposibles que intentan controlar cada minuto de vuestras vidas. Sois afortunadas.

Me quedo sin aire en los pulmones. Felicity da una fuerte patada a Pippa en la espinilla.

—Oye, eso no ha estado bien, eh.

Pippa se frota la pierna de manera ostensible.

—No seas tan delicada —dice Felicity con malicia, pero cuando nuestras miradas se cruzan, veo en sus ojos un asomo de amabilidad y pienso por primera vez que quizá lleguemos a ser amigas de verdad.

—¡Qué asco!

Ann ha estado hojeando el diario. Sostiene una especie de ilustración, que enseguida tira como si le quemara las manos.

—¿Qué es?

Pippa se abalanza a cogerla, pues su curiosidad puede más que su orgullo. Nos inclinamos a su alrededor. Es el dibujo de una mujer con uvas en el pelo apareándose con un hombre cubierto de pieles de animal y una máscara con cuernos en la cabeza. La leyenda reza: *Los ritos de la primavera según Sarah Rees-Toome*.

Todas ahogamos un grito y decimos que es repugnante a la vez que intentamos verlo mejor.

—Creo que el hombre ya ha derramado —digo, soltando una risa tan aguda que ni siquiera yo la reconozco.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Ann.

—¡La mujer está tumbada pensando en Inglaterra! —dice Pippa, repitiendo lo que las madres inglesas dicen a sus hijas sobre el acto carnal.

Se supone que no debemos disfrutar, sino sólo pensar en traer niños al mundo, en el futuro del imperio y en complacer a nuestros maridos. Por alguna razón, la cara que surge en mi pensamiento es la de Kartik. Esos ojos ribeteados de negro que se acercan y que me hacen abrir los labios. Siento un calor extraño en el estómago que

se extiende por mi cuerpo.

—Ann, no me digas que no sabes lo que hacen los hombres y las mujeres cuando están juntos. ¿Quieres que te lo enseñe?

Felicity se baja de la roca y se arrastra a cuatro patas por el suelo, acercándose a Ann, que retrocede hasta que su espalda topa contra la pared.

—No, gracias —murmura.

Felicity se queda mirándola un momento y luego le da un lametón en la mejilla. Horrorizada, Ann se limpia con la mano. Felicity se ríe y, reclinándose contra una pequeña roca, estira los brazos por encima de la cabeza. Sus pechos turgentes se perfilan bajo el corpiño del vestido. Tiene la mirada fija en un punto más allá de nuestras cabezas.

—Yo tendré muchos hombres —comenta con naturalidad, como si hablara del tiempo, pero sin duda sabe que está diciendo algo escandaloso.

Pippa, que no sabe si reír o gritar, hace las dos cosas.

—Pero, Felicity, eso es vergonzoso.

Felicity huele sangre. Ha percibido nuestro malestar y no piensa dejar escapar la ocasión.

—Así es. ¡Hordas de hombres! Miembros del Parlamento y mozos de cuadra. Moros e irlandeses. ¡Duques venidos a menos! ¡Reyes!

Pippa se tapa los oídos con las manos.

—¡No! —exclama—. ¡No me digas nada más!

Pero también se ríe. Le encanta el descaro de Felicity.

Felicity se ha levantado, ahora baila y da vueltas como una endemoniada.

—¡Tendré presidentes y grandes empresarios! ¡Actores y gitanos! ¡Poetas y artistas y hombres que morirán sólo por tocarme el dobladillo del vestido!

—¡Has olvidado a los príncipes! —grita Ann, con una pequeña sonrisa culpable.

—¡Príncipes! —grita Felicity con placer.

Coge a Ann de las manos y, con el pelo ondeando, la hace bailar en círculo.

Pippa se levanta y se une a ellas.

—¡Y trovadores!

—¡Y trovadores que cantan a los zafiros de mis ojos!

Yo también me uno a ellas, atrapada en la agitación general.

—¡No olvidéis a los malabaristas, acróbatas y almirantes!

Felicity se detiene y, con voz fría, dice:

—No, almirantes no.

—Lo siento, Felicity, no lo he dicho con mala intención —me disculpo, alisándome el vestido, mientras Pippa y Ann, incómodas, miran abajo.

El silencio es pura electricidad entre nosotras: basta un gesto, una palabra equivocada, para que ardamos. Felicity tiene la botella. Bebe un largo trago, se

agacha por la fuerza del *whisky* y con el dorso de la mano pálida se seca los labios, oscuros a causa de la bebida.

—¿Qué os parece si celebramos un ritual?

—¿Qué... qué clase de r-r-ritual?

Ann no se da cuenta de que se ha alejado unos cuantos pasos de nosotras, aproximándose a la enorme boca de la cueva.

—Ya lo sé. ¡Podríamos hacer un juramento! —dice Pippa, muy ufana.

—Tiene que ser algo que nos comprometa más —dice Felicity con la mirada perdida—. Las promesas pueden olvidarse. Hagamos un ritual de sangre. Necesitamos algo afilado. —Sus ojos se posan en mi amuleto, que cuelga por fuera del vestido—. Eso nos sirve, creo.

Instintivamente, me llevo la mano al collar.

—¿Qué vas a hacer?

Felicity exhala un suspiro y pone los ojos en blanco con actitud teatral.

—Voy a sacarte las tripas y dejarlas en el jardín clavadas en una estaca como advertencia para las que llevan joyas grandes.

—Era de mi madre —digo.

Todas me miran con expectación. Al final, cedo a su muda presión y entrego el collar.

—*Merci*.

Felicity hace una reverencia. Con un rápido gesto, se acerca el borde de la luna a la yema del dedo y se lo clava. Enseguida mana sangre a borbotones.

—Toma —dice, manchándome las mejillas con su sangre—. Nos haremos la señal unas a otras. Será un pacto.

Le tiende el collar a Pippa, que hace una mueca.

—No me puedo creer que me propongas una cosa así. Es una salvajada. No soporto la sangre.

—Bien, en ese caso te lo haré yo. Cierra los ojos. —Felicity le corta la piel y Pippa lanza un alarido como si hubiese recibido una herida mortal—. ¡Santo cielo, todavía respiras! No seas boba. —Pasa los dedos de Pippa por las mejillas rubicundas de Ann.

Ann, por su parte, se limpia los dedos sangrientos en la piel de porcelana de Pippa.

—Por favor, daos prisa. Voy a vomitar.

—Lo sé —gimotea Pippa.

Por fin me toca a mí. El extremo afilado de la luna se cierne sobre mi dedo. Recuerdo el fragmento de un sueño: una tormenta, creo, y mi madre que grita, y yo tiendo la mano abierta, herida.

—Vamos —me insta Felicity—. No me digas que también tendré que hacértelo a

ti.

—No —digo, y me clavo la punta en el dedo.

El dolor me recorre el brazo y un bufido escapa de mis labios. El pequeño corte enseguida empieza a sangrar. Me arde el dedo cuando lo froto con suavidad en los pómulos de Felicity, blancos como la nieve.

—Ya está —dice, mirándonos una por una, todas recién bautizadas a la luz de las velas—. Tended las manos. —Estira el brazo y ponemos las palmas encima de la suya—. Nos juramos lealtad mutua y nos comprometemos a mantener en secreto los ritos de nuestra Orden, saborear la libertad y no permitir que nadie nos traicione. Nadie. —Al decirlo, me mira a mí—. Este es nuestro santuario. Y mientras estemos aquí diremos sólo la verdad. Juradlo.

—Lo juramos.

Felicity acerca una vela al centro.

—Que cada una diga sobre esta vela cuál es su mayor deseo y lo haga realidad.

Pippa coge la vela y declara con solemnidad:

—Encontrar el amor verdadero.

—¡Qué bobada! —dice Ann, intentando pasarle la vela a Felicity, que la rechaza.

—Tu mayor deseo, Ann —insiste Felicity.

Sin mirar a nadie, Ann dice:

—Ser hermosa.

Felicity agarra la vela con firmeza y proclama resueltamente:

—Deseo ser tan poderosa que nadie pueda pasarme por alto.

De pronto, la vela está en mi mano, la cera caliente gotea por los lados y me quema la piel antes de enfriarse y solidificarse en la muñeca. ¿Cuál es mi mayor deseo? Quieren la verdad, pero la respuesta más sincera que puedo dar es que me conozco tan poco que ni siquiera eso sé.

—Entenderme.

Esto parece satisfacerlas, pues Felicity recita:

—Ah, grandes diosas de estas paredes, concedednos nuestros mayores deseos.

Una brisa entra por la boca de la cueva y apaga la vela. Se nos corta la respiración.

—Creo que nos han oído —susurro.

Pippa se lleva la mano a la boca.

—Es una señal.

Felicity nos pasa la botella una última vez y bebemos.

—Por lo visto, las diosas nos han contestado. Por nuestra nueva vida. Bebed. La primera reunión de la Orden ha concluido. Volvamos antes de que las velas se consuman.



A la mañana siguiente, en la clase de francés de *mademoiselle* LeFarge, me encuentro fatal. Los efectos del *whisky* son atroces. La cabeza no ha parado de palpitarme ni un solo momento, y el desayuno —una tostada seca con mermelada— flota precariamente en el mar revuelto en que se ha convertido mi estómago.

Nunca jamás volveré a probar el *whisky*. Ahora, me limitaré al jerez.

Pippa está tan apagada como yo. A Ann se la ve bien, aunque sospecho que fingió beber más de lo que bebió en realidad, una lección que yo debería aprender para la próxima vez. Salvo por las ojeras, Felicity no parece sufrir los estragos de la velada.

Elizabeth ve mi aspecto alicaído y frunce el entrecejo.

—¿Qué demonios le pasa? —dice, intentando congraciarse de nuevo con Felicity y Pippa.

Me pregunto si picarán el anzuelo, si se olvidarán de la amistad de anoche y volverán a excluirnos a Ann y a mí.

—Me temo que no podemos divulgar los secretos de nuestra Orden —contesta Felicity, lanzándome una mirada furtiva.

Elizabeth se enfurruña y le susurra algo a Martha, que asiente. Pero Cecily no se da por vencida tan fácilmente.

—Fee, no te enfades —dice, rezumando dulzura—. He comprado papel de carta. ¿Quieres que esta noche escribamos a nuestras familias en tu zona del salón?

—Me temo que tengo otros compromisos —dice Felicity, muy seca.

—Conque así están las cosas, ¿eh?

Cecily aprieta los delgados labios. Sería la perfecta esposa para un párroco, con esa mezcla mortífera de superioridad moral e inexorabilidad. Yo disfrutaría más de su merecida frustración si no me sintiera tan mal. Se me escapa un eructo, para horror de las demás, pero después me siento mucho mejor.

Martha agita una mano ante la nariz.

—Hueles como una destilería.

Al oírla, Cecily levanta la cabeza. Felicity y ella se miran: Felicity muy seria; Cecily con una sonrisa parca y hostil en los labios. *Mademoiselle* LeFarge irrumpe en el aula y, al oírla escupir frases en francés, me da vueltas la cabeza. Nos manda traducir quince oraciones en nuestros cuadernos. Cecily entrelaza las manos sobre el escritorio.

—*Mademoiselle* LeFarge...

—*En français!*

—Perdón, *mademoiselle*, pero creo que la señorita Doyle no se encuentra bien.

Lanza a Felicity una mirada triunfal cuando *mademoiselle* me pide que me acerque a su mesa para examinarme con detenimiento.

—Es verdad que tiene mal aspecto, señorita Doyle. —Olisquea y añade en voz baja y tono severo—: Señorita Doyle, ¿ha bebido alcohol?

Detrás de mí, se detiene el rasgueo de las plumas sobre el papel. No sé qué es más palpable, el *whisky* que exudan mis poros o el olor a pánico en el aula.

—No, *mademoiselle*. Es que he tomado demasiada mermelada en el desayuno —digo medio sonriendo—. Es mi debilidad.

Vuelve a olisquear, como si intentara convencerse de que la ha engañado el olfato.

—Bien, puede sentarse.

Temblorosa, vuelvo a mi asiento, lanzando una mirada fugaz a Felicity, que sonrío de oreja a oreja. Por la cara de Cecily, se diría que de buena gana me estrangularía cuando esté dormida. Felicity me pasa una nota discretamente: «Creía que te habían pillado».

Le garabateo: «Yo también. Me siento como una piltrafa. ¿Cómo está tu cabeza?». Pippa ve el furtivo trasiego del papel doblado. Estira el cuello para leer qué hemos escrito y saber si tiene que ver con ella. Felicity tapa el contenido de la nota con la mano. A regañadientes, Pippa vuelve a sus lecciones, pero antes me dirige una mirada furibunda con sus ojos violáceos.

Rápidamente, Felicity me entrega otra vez la nota justo antes de que *mademoiselle* LeFarge levante la vista.

—¿Qué está pasando ahí?

—Nada —contestamos Felicity y yo al unísono, poniendo de manifiesto que en efecto está pasando algo.

—No voy a repetir la lección de hoy, de modo que espero que tomen nota de todo concienzudamente.

—*Oui, mademoiselle* —dice Felicity, rebosante de encanto francés y deshaciéndose en sonrisas.

Cuando *mademoiselle* vuelve a agachar la cabeza, abro la nota que me ha pasado Felicity.

«Volveremos a reunirnos esta noche después de las doce. ¡Lealtad a la Orden!».

Gimo para mis adentros ante la perspectiva de otra noche en vela. En estos momentos, mi cama, con su gruesa manta de lana, me resulta más tentadora que tomar el té con un duque. Pero ya sé que esta noche cruzaré otra vez el bosque, deseosa de conocer más secretos del diario.

Cuando miro, veo que Pippa le está pasando su propia nota a Felicity. Me cuesta reconocerlo, pero me muero de ganas de saber qué dice. Una expresión dura y malvada asoma por un instante al rostro de Felicity, pero enseguida da paso a una forzada sonrisa. Sorprendentemente, no contesta a Pippa sino que, para horror de ésta, me pasa la nota a mí. Esta vez *mademoiselle* LeFarge se ha levantado y avanza

por el pasillo entre los pupitres, así que no me queda más remedio que esconder la nota entre las páginas de mi libro y esperar para leerla más tarde. Cuando acaba la clase, *mademoiselle* LeFarge vuelve a pedirme que me acerque a su escritorio. Felicity me lanza una mirada de advertencia al salir. Yo le devuelvo la mirada, preguntando: «¿Y qué quieres que haga?». Pippa, consciente de que su nota sigue al rojo vivo en mi libro de francés, tiene una expresión mezcla de miedo y náuseas. Está a punto de decirme algo, pero Ann cierra la puerta, dejándome a solas con *mademoiselle* LeFarge y los acelerados latidos de mi corazón.

—Señorita Doyle —dice, mirándome con recelo—, ¿está usted segura de que su aliento huele a mermelada y no a otra sustancia?

—Sí, *mademoiselle* —contesto, intentado exhalar el menor aliento posible.

Sospecha que miento, pero no lo puede demostrar. Deja escapar un suspiro de decepción. Por lo visto, ese es el efecto que ejerzo en la gente.

—Ya sabe que el exceso de mermelada no es bueno para la silueta.

—Sí, *mademoiselle*, lo tendré en cuenta.

El hecho de que *mademoiselle* LeFarge, con su amplio contorno, crea estar en posición de hacer comentarios sobre la silueta me parece increíble, pero en estos momentos no pienso más que en escapar con la cabeza intacta.

—Sí, bien, procure que así sea. A los hombres no les gustan las mujeres regordetas —dice. Su franqueza nos impide mirarnos a la cara—. Bueno, a algunos hombres.

Instintivamente, acaricia con un dedo la foto del joven en uniforme.

—¿Es un pariente? —pregunto, intentando ser amable.

Ya no es el *whisky* lo que me revuelve el estómago, sino mi propio sentimiento de culpa. La verdad es que *mademoiselle* LeFarge me cae bien y no me gusta engañarla.

—Es mi novio. Reginald —pronuncia su nombre con orgullo, pero también con un asomo de deseo que me hace sonrojar.

—Parece... muy... —Me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué puedo decir sobre ese hombre. No lo conozco. Sólo es una imagen en una mala fotografía. Pero ya he empezado—. Muy digno de confianza —digo con dificultad.

Eso parece complacer a *mademoiselle* LeFarge.

—Tiene un rostro amable, ¿verdad?

—Sin duda —contesto.

—No la retendré más. No debe llegar tarde a la clase del señor Grunewald. Y recuerde: modérese con la mermelada.

—Sí, lo haré. Gracias —digo, y salgo del aula.

Me siento inferior a un crustáceo. Ni siquiera merezco a una profesora como *mademoiselle* LeFarge. Y aun así, sé que esta noche iré a la cueva, defraudándola de maneras que espero nunca descubra.

La nota de Pippa asoma por el borde de mi libro de francés. La abro lentamente. Su letra perfecta y redonda es cruel y burlona.

*Encontrémonos en el cobertizo esta tarde. Mi madre me ha enviado guantes nuevos, y te los prestaré. Por el amor de Dios, a ella no la invites. Como intente meter sus enormes manos de buey, me estropeará los guantes irremediablemente.*

Por primera vez ese día, temo vomitar de verdad, aunque ya no por el *whisky* sino por lo mucho que las odio a las dos en estos momentos: a Pippa por escribir la nota, y a Felicity por dármela.

Al final resulta que Pippa no irá al cobertizo. El gran salón bulle de emoción por la noticia: ha venido el señor Bumble. Todas las niñas de Spence, desde las de seis años hasta las de dieciséis, están apiñadas alrededor de Brigid, que nos está contando el último cotilleo con voz entrecortada. Habla interminablemente de lo atractivo y respetable que es, de lo guapa que está Pippa y de que los dos forman muy buena pareja. Creo que nunca he visto a Brigid tan animada. ¿Quién habría dicho que esa vieja amargada en el fondo es una romántica?

—Ya, pero ¿qué aspecto tiene? —quiere saber Martha.

—¿Es guapo? ¿Alto? ¿Tiene todos los dientes? —insiste Cecily.

—Sí —contesta Brigid con aires de entendida. Está encantada con su papel de oráculo—. Guapo y respetable —repite por si no hemos oído esa destacada cualidad la primera vez—. ¡Ah, qué pareja tan buena ha encontrado Pippa! Que esto les sirva de lección: si escuchan con atención todo lo que les dicen la señora Nightwing y las demás, incluida yo misma, llegarán a estar en la misma situación en la que veremos a Pippa: camino del altar en el carruaje de un hombre rico.

No parece el momento más oportuno para comentar que si la señora Nightwing y las demás, incluida Brigid, realmente supiesen tanto, ellas mismas estarían camino del altar. Por la cara de ingenuo embelesamiento de las niñas, me doy cuenta de que se creen las palabras de Brigid a pies juntillas.

—¿Y ahora dónde están? —pregunta Felicity con interés. Brigid se inclina hacia ella.

—Pues he oído decir a la señora Nightwing que irían a dar un paseo por los jardines, pero...

Felicity se vuelve hacia las niñas.

—¡Podemos ver los jardines desde la ventana del rellano del segundo piso!

Pese a las protestas de Brigid, subimos de estampida a la ventana. Las mayores nos abrimos paso a codazos entre las más pequeñas, y su airada exclamación «¡No es justo!» de nada sirve contra nuestro poder y nuestra fuerza. A los pocos segundos,

nos hemos asegurado una posición junto a la ventana y las demás se apretujan alrededor de nosotras intentando ver algo.

En los jardines, la señora Nightwing, en el papel de carabina, acompaña a Pippa y el señor Bumble por el sendero que serpentea entre las hileras de rosas y jacintos. Por la ventana abierta, vemos a los dos mantener las distancias, perceptiblemente incómodos. Pippa hunde la cara en un ramillete de flores rojas que él ha debido de regalarle. Parece mortalmente aburrida. La señora Nightwing parlotea sobre las plantas cercanas.

—¿Queréis dejarnos sitio, por favor? —pregunta una niña regordeta, en jarras.

—Vete a la porra —gruñe Felicity, usando ese vocabulario a propósito para intimidarla.

—¡Voy a contárselo a la señora Nightwing! —chilla la niña.

—Hazlo y verás. Y ahora calla. ¡Intentamos oírlos!

Detrás de nosotras, las demás se retuercen y empujan, pero al menos no se oyen más quejas. Resulta muy raro ver a Pippa y al señor Bumble juntos. Pese a la descripción elogiosa de Brigid, en realidad es un hombre gordo de cejas pobladas, mucho mayor que Pippa. Mantiene la mirada fija en algún punto más allá de la cabeza de la señora Nightwing, como si estuviera por encima de todo. Por lo que veo, no tiene nada de especial.

Algunas de las niñas más pequeñas han conseguido pasar a rastras por debajo de nosotras, forcejeando entre nuestros cuerpos y la ventana como mala hierba atraída por la luz. Las empujamos, y ellas nos empujan a nosotras. Nos apelotonamos unas encima de otras, intentando ver y escuchar.

—Qué suerte tiene Pip —dice Cecily—. Poder casarse con un hombre decente sin tener que aguantar siquiera una temporada, sometida a examen por todos los hombres y sus madres para saber si es digna del matrimonio.

—Me parece que Pip no estaría de acuerdo contigo —señala Felicity—. No creo que sea eso lo que quiere en absoluto.

—Bueno, pero tampoco podemos hacer lo que queremos, ¿no? —dice Elizabeth con franqueza.

Nadie tiene nada que añadir. Nos llega la brisa, trayéndonos la voz de la señora Nightwing. Dice algo de que las rosas son la flor del amor verdadero. Y en ese momento doblan por un seto muy alto y los perdemos de vista.

—¿Os podéis creer que me trajo claveles rojos? ¿Sabéis lo que significan en el lenguaje de las flores? ¡Admiración! ¡Te admiro! Seguro que eso conquistará el corazón de una chica.

Pippa destroza uno por uno los vistosos claveles y los desparrama por el suelo de la cueva.

—A mí me gustan los claveles —comenta Ann.

—¡Sólo tengo diecisiete años! Apenas he empezado la temporada. Me propongo disfrutarla, no casarme con el primer viejo picapleitos forrado de dinero que se presente.

Pippa arranca el resto de los pétalos del clavel que tiene en la mano y muestra el tallo nudoso.

Yo no he dicho una sola palabra. Sigo ofendida por la molesta carta de esta tarde y porque Felicity lleva uno de los guantes nuevos de Pippa mientras Pippa calza el otro, como símbolo de su amistad.

—¿Por qué tiene tu madre tanta prisa en casarte? —pregunta Ann.

—No quiere que nadie sepa... —Pippa calla, afligida.

—No quiere que nadie sepa ¿qué? —pregunto.

—Con qué van a encontrarse hasta que ya sea demasiado tarde. —Tira el tallo de la flor al suelo.

No sé a qué se refiere. Pippa es hermosa. Es posible que su familia pertenezca a la clase comerciante, pero tiene dinero y es respetable. Aparte de ser vanidosa, repelente y propensa a las ilusiones románticas, tampoco está tan mal.

—¿Qué haces cuando estás con un pretendiente? —pregunta Ann a la vez que traza pequeñas aspas en el suelo con un clavel decapitado.

Pippa suspira.

—Casi siempre es lo mismo. Tienes que adularlos. Después de aburrirte mortalmente contándote una historia sobre un caso legal que han llevado, tienes que bajar la vista y decir algo como «Cielos, no tenía ni idea de que el derecho pudiera ser tan fascinante, señor Bumble. Pero contado así, es como si leyera una novela».

Nos desternillamos de risa.

—¡No! —exclama Felicity—. ¿Has dicho eso?

Pippa empieza a animarse.

—¡Claro que sí! Y a ver qué os parece esta. —Parpadea y adopta una expresión tímida y dulce—: «Bueno, a lo mejor podría comer sólo un bombón más...».

Me río a mi pesar. Todas sabemos que en el fondo Pippa es una glotona.

—¿Un bombón? —repite Felicity—. ¡Dios mío, si ese hombre te viera arramblando con una bandeja entera de *tofes*, se horrorizaría! Cuando te cases,

tendrás que ocultarlos en tu tocador y comértelos a escondidas.

Pippa lanza un chillido y, en broma, pega a Felicity con el tallo del clavel.

—¡Qué mala eres! No pienso casarme con el señor Bumble. ¡Dios mío, hasta el nombre suena ridículo!

Felicity se aparta para no estar al alcance del clavel.

—¡Ah, sí que te casarás con él! Ya ha venido a verte cuatro veces. Seguro que tu madre está planeando la boda en este mismo instante.

La risa de Pippa se apaga.

—No lo pensarás en serio, ¿verdad?

—No —se apresura a contestar Felicity—. Sólo era una broma muy pesada.

—Quiero casarme con mi verdadero amor. Sé que es una tontería, pero no puedo evitarlo.

De pronto Pippa parece tan pequeña, allí sentada entre los pétalos desparramados, que casi olvido lo enfadada que estoy. Además, nunca he sido rencorosa.

Felicity le levanta el mentón a Pippa con el dedo.

—Y así será. Ahora pongamos orden en la reunión. Pip, ¿por qué no administras tú el sacramento?

Vuelve a sacar el whisky. Yo gimo para mis adentros.

Pero cuando me llega, cojo el veneno y me doy cuenta de que no está tan mal si lo tomo a pequeños sorbos. Esta vez sólo bebo hasta que entro en calor y me siento ligera, no más.

—Tenemos que hacer una lectura del diario de nuestra hermana, Mary Dowd. Gemma, ¿nos concedes el honor esta noche?

Felicity me tiende el diario con una reverencia. Me aclaro la garganta y empiezo a leer:

*21 de marzo de 1871*

*Hoy hemos estado entre las Runas del Oráculo. Guiadas por Eugenia, las hemos tocado un instante con los dedos para recibir la magia. La sensación ha sido abrumadora, como si percibiéramos nuestros mutuos pensamientos, como si fuéramos una misma cosa.*

Felicity enarca una ceja.

—Parece que están haciendo algo malo. Seguro que Mary y Sarah eran safistas.

—¿Qué demonios es una safista? —Pippa ya se aburre.

Se da vueltas a las puntas de los tirabuzones negros con el dedo de la mano sin guante, intentando formar bucles aún más perfectos.

—¿Es que he de explicártelo todo? —se burla Felicity.

Yo tampoco tengo ni idea de qué es una safista, pero no pienso preguntarlo ahora.

—Viene de la poetisa griega Safo, que gozaba con el amor de otras mujeres.

Pippa para de toquetearse el pelo.

—¿Y eso qué tiene de malo?

Felicity agacha la cabeza y lanza una mirada torva a Pippa.

—Las safistas prefieren el amor de las mujeres al de los hombres.

Ahora lo entiendo, al igual que Ann; lo deduzco por la manera en que se alisa nerviosamente la falda con las manos, sin mirar a nadie a los ojos. Pippa mira a Felicity con los ojos entornados como si ésta tuviese la explicación escrita en la frente hasta que, poco a poco, empieza a asomarle el rubor al cuello y las mejillas y dice con voz entrecortada:

—¡Cielos! ¿No querrás decir que...? ¿O sea..., como dos esposos?

—Sí, eso mismo.

Pippa enmudece. El rubor no desaparece de su cara y su cuello. Yo también siento vergüenza, pero no quiero que se den cuenta.

—¿Puedo seguir?

*Hoy han vuelto los gitanos para levantar el campamento. Al ver el humo de su fogata, Sarah y yo enseguida hemos ido a visitar a la Madre Elena.*

—¡La Madre Elena! —dice Ann con voz ahogada—. ¿Esa loca con el pañuelo hecho jirones en la cabeza? —Pippa arruga la nariz con una mueca de desagrado.

—¡Chist! Sigue —insta Felicity.

*Nos ha recibido con afecto, ofreciéndonos una infusión y contándonos historias de sus viajes. Hemos regalado caramelos a Carolina, que los ha devorado. A la Madre le hemos dado cinco peniques. Y entonces nos ha prometido echarnos las cartas, como ya hizo otras veces. Pero al acabar de disponer las cartas en la habitual forma de cruz, se ha detenido y ha vuelto a barajarlas. «Hoy las cartas están de mal genio», ha dicho con una sonrisa, pero en realidad parecía tener un mal presentimiento. Me ha pedido que le enseñara la palma de la mano y me ha recorrido las líneas con su afilada uña. «Estás en un viaje oscuro —ha dicho, soltándome la mano como si fuera una piedra caliente—. No veo el final». Y entonces, de pronto, nos ha pedido que nos fuéramos porque tenía que comprobar que todo estaba en orden en el campamento.*

Ann está mirando por encima de mi brazo, intentando adelantarse en la lectura. Yo aparto el diario y se me cae. Las hojas se desparraman.

—¡Bravo, a eso se le llama gracia! —dice Felicity, aplaudiendo.

Ann me ayuda a recoger las hojas. No soporta el desorden. Al hacerlo, queda a la vista parte de su muñeca. Veo las líneas rojas, frescas e inflamadas. Eso no es un accidente. Es algo que se está haciendo a sí misma. Se da cuenta de que estoy mirando y se estira de las mangas al instante, ocultando su secreto.

—Vamos —reprende Felicity—. ¿Qué más tiene que contarnos el diario de Mary Dowd esta noche?

Cojo una hoja. No es la de antes, pero eso a ellas no les importa.

—Sigamos —digo.

*1 de abril de 1871*



*Sarah ha venido llorando.*

*—Mary, Mary, no encuentro la puerta. El poder me abandona.*

*—Estás nerviosa, Sarah. Sólo es eso. Vuelve a intentarlo mañana.*

*—No, no —ha gemido—. Llevo horas intentándolo. Te aseguro que ha desaparecido.*

*Se me ha helado el corazón.*

*—Vamos, Sarah. Te ayudaré a encontrarlo.*

*Se ha vuelto hacia mí con tal furia que casi no he reconocido en ella a mi amiga de siempre.*

*—¿Es que no lo entiendes? Debo hacerlo yo misma o de lo contrario no es real. No puedo emplear tu poder, Mary. —Entonces ha roto a llorar—. Ay, Mary, Mary, no soporto la idea de que nunca más volveré a tocar las runas ni a sentir su magia fluir dentro de mí. No soporto pensar que a partir de ahora seré una persona normal y corriente.*

*Durante el resto de la velada no he podido descansar ni comer. Eugenia se ha percatado de mi tristeza y me ha invitado a su habitación. Me ha dicho que eso suele ocurrir: de buenas a primeras, una chica que tiene poder, un día lo pierde. El poder debe ser alimentado en lo más hondo del alma, de lo contrario se desvanece. Ay, diario, me ha confiado que el poder de Sarah es así: poco sólido y fugaz. Ha dicho que los reinos deciden quién ha de ascender en la Orden y aprender todos los antiguos misterios y quién ha de quedarse atrás. Eugenia me ha dado unas palmadas en la mano y me ha asegurado que yo tengo mucho poder, pero me siento perdida cuando pienso en seguir adelante sin mi querida amiga y hermana.*

*Cuando Sarah ha venido a verme a última hora, me sentía dispuesta a hacer cualquier cosa para que todo volviera a ser como antes, cuando las dos estábamos unidas como hermanas, con la magia de los reinos a nuestro alcance. Así se lo he dicho.*

*—Ay, Mary —se ha lamentado—. Me animas mucho. Hay una manera en que podremos estar las dos juntas para siempre.*

*—¿Cómo?*

*—Tengo que confesarte algo. He visitado las Tierras Invernales. Las he visto.*

*Me he quedado atónita, sobrecogida.*

*—Pero, Sarah, todavía no podemos conocer ese reino. Hay cosas que no debemos ver si no nos guían las mayores.*

*Sarah me ha mirado con dureza.*

*—¿Es que no te das cuenta? Nuestras mayores quieren que sepamos sólo lo que ellas pueden controlar. Nos temen, Mary. Por eso Eugenia me está quitando el poder. He hablado con un espíritu que vaga por el reino y me ha contado la verdad.*

*Sus palabras parecían sinceras, pero yo estaba asustada de todos modos.*

*—Sarah, tengo miedo. Invocar a un espíritu oscuro es ir contra todo lo que nos han enseñado.*

*Sarah me ha cogido de las manos.*

*—Sólo es para darnos el poder que necesitamos. Someteremos al espíritu y hará todo lo que le pidamos. No te preocupes tanto, Mary. Seremos sus dueñas, no al revés, y en cuanto la Orden vea de qué somos capaces, cuánto poder tenemos las dos solas, me dejarán quedarme. Podremos estar siempre juntas.*

*Me he estremecido al expresar en voz alta la siguiente pregunta:*

*—¿Y qué tenemos que hacer?*

*Sarah me ha acariciado la mejilla cariñosamente.*

*—Un pequeño sacrificio, nada más. De una culebra o un gorrión, tal vez. Ya nos lo dirá el espíritu. Ahora duerme, Mary. Y mañana haremos planes.*

*Ay, diario, albergo muchas dudas acerca de esta empresa. Pero ¿qué puedo hacer? Sarah es mi mejor amiga. No puedo vivir sin ella. Y a lo mejor tiene razón. A lo mejor, si nuestro corazón se mantiene fuerte y puro, podemos doblegar a esa criatura a nuestra voluntad, empleándola sólo con la mejor de las intenciones.*

Pippa está casi sin aliento.

—¡Pues vaya un momento para interrumpir la lectura!

—Sí, la trama se enreda —observa Felicity—. De hecho, estamos en un verdadero nudo.

Todas ríen a carcajadas menos yo. Me he quedado inquieta tras este pasaje. O quizá sea el calor. Hace un calor anormal para septiembre. Dentro de la cueva se nota bochorno, y sudo bajo el corsé.

—¿La Madre Elena podría echarnos la buenaventura? —musita Ann.

No puedo evitarlo. Al pensar en los gitanos, cruzo una mirada con Felicity. Ella me fulmina, como si la traicionara sólo con mirarla.

—Me temo que la Madre Elena no podría decirnos ni el día en que estamos —afirma Felicity.

—Se me ocurre una idea genial —gorjea Pippa, y al instante la veo venir—. ¿Por qué no intentamos hacer magia nosotras?

—Yo me apunto —dice Felicity—. ¿Quién más quiere comunicarse con el más allá?

Pippa se sienta a la derecha de Felicity y se cogen de las manos enguantadas. Ann se coloca al lado de Pippa.

Se me erizan los pelos de la nuca.

—Creo que no es una buena idea —empiezo a decir, y al mismo tiempo, me doy cuenta de que pueden interpretarlo como cobardía.

—¿Te da miedo que te convirtamos en rana? —Felicity da unas palmadas al suelo. No hay escapatoria. Tendré que unirme al círculo. A regañadientes, me siento y cojo de la mano a Ann y a Felicity.

A Pippa le entra otra vez la risa tonta.

—¿Cómo empezamos?

—Que cada una diga algo por turno —indica Felicity—. Empiezo yo. Oh, grandes espíritus de la Orden. Somos vuestras hijas. Habladnos ahora. Contadnos vuestros secretos.

—Venid a nosotras, oh, hijas de Safo —dice Pippa, y prorrumpe en una carcajada.

—No sabemos si son safistas —replica Felicity, irritada—. Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien.

Escarmentada, Pippa dice en voz baja:

—Venid a nosotras en este lugar.

—Os lo pedimos —añade Ann.

Se produce un silencio. Ahora me toca a mí.

—De acuerdo —asiento, suspirando y poniendo los ojos en blanco—. Pero lo hago en contra de mi parecer, y espero que más adelante no me repitáis estas palabras

en broma. —Cierro los ojos y me concentro en la respiración congestionada y anhelante de Ann, intentando dejar la mente en blanco—. Sarah Rees-Toome y Mary Dowd, donde sea que estéis en este mundo, mostraos. Sois bienvenidas en este lugar.

Sólo se oye el goteo del agua que se desliza por las paredes de la cueva. No hay ningún espíritu. Ninguna visión. No sé si sentir alivio o cierta decepción por mi falta de poder. No tengo ocasión de darle muchas vueltas a este dilema. De pronto resplandecen en el aire destellos de luz. Es como si se hubiese prendido fuego en la cueva, las llamas se elevasen hacia el techo, y hace tanto calor que no puedo respirar.

—¡No!

Con todas mis fuerzas, rompo el círculo y me encuentro otra vez en la cueva, ante la mirada de estupefacción de Pippa, Ann y Felicity.

—Gemma, ¿qué pasa? —pregunta Ann, respirando hondo.

Estoy jadeando.

—Vaya, vaya. Me temo que alguien se ha asustado un poco —comenta Felicity.

—Supongo que es eso —digo, dejándome caer al suelo.

Me pesan los brazos, pero me alegro de que no haya ocurrido nada.

—Aunque es curioso —observa Pippa—, pero juraría que he sentido una especie de cosquilleo.

—Y yo —añade Felicity, intrigada.

Ann asiente con la cabeza.

—Yo también.

Las tres me miran. Mi corazón late tan deprisa que temo que se me salga del pecho. Revisto mis palabras de una calma que no siento.

—No sé de qué estáis hablando.

Felicity se lleva la punta de un mechón a la boca y se la humedece con los labios.

—¿Tú no has sentido nada?

—Nada.

Intento por todos los medios contener el temblor.

—Pues por lo visto las demás tenemos un poco de poder mágico —dice con una sonrisa triunfal—. Lástima que tú no, Gemma.

Menuda ironía. Piensan que no tengo ningún don sobrenatural. Si no estuviera tan alterada, me reiría.

—¡Por Dios, Gemma! —exclama Pippa, arrugando la nariz con una mueca de aversión—. Estás sudando como un estibador.

—Es porque aquí hace demasiado calor —respondo, alegrándome de poder cambiar de tema.

Felicity se pone en pie y me tiende la mano.

—Vamos. Ya hemos acabado por hoy.

Salimos de la cueva tambaleándonos. Por encima de nosotras, a gran altura, la luna ha empezado a menguar y su contorno a desvanecerse, nos deleitamos bajo su luz, aullando como lobas. Cogidas de la mano, corremos en círculo y respiramos el aire frío y húmedo de la noche, que nuestros pulmones apenas pueden retener. Enseguida me siento mejor.

—Hace mucho calor. Casi no puedo respirar con este corsé —dice Felicity.

—Sí, ojalá pudiéramos darnos un baño en el lago —añade Ann.

—¿Y por qué no? —musita Felicity—. ¿Quién me desata el corsé? ¿Alguien se ofrece?

Pippa se tapa la boca y suelta una risita, abochornada por la idea pero, a la vez, temerosa de quedar como una mojigata.

—No podemos.

—¿Por qué no? Nadie nos verá. Y quiero respirar un rato tranquila. Ven, Gemma, ayúdanos.

Tras forcejear con cordones y arandelas, dejo al descubierto la fina enagua y la suave piel de Felicity. Resplandece a la luz de la luna como un hueso.

—Bien, ¿quién quiere darse un baño?

—¡Espera! —Pippa corre tras ella—. ¿Qué haces? Felicity, eso es una obscenidad.

—¿Cómo pueden ser obscenos mis brazos y mis tobillos? —pregunta.

—Pero no puedes mostrarlos. ¡No es decente!

La voz de Felicity flota hacia nosotras.

—Eso es cosa vuestra. Yo me meto en el lago.

El agua parece fresca y acogedora. Con un esfuerzo, consigo liberarme del apretado corsé. Mi cuerpo se relaja agradecido.

—¿Tú también? —pregunta Pippa cuando paso a su lado.

El agua gélida mitiga de inmediato mi calor y convierte en fragmentos de hielo el aire de mis pulmones. Cuando por fin recupero el aliento, digo a Pippa y a Ann con voz ronca:

—Venid. El agua está perfecta, siempre y cuando no os importe dejar de respirar o sentir las piernas.

Pippa lanza un grito agudo en cuanto el agua le llega a las rodillas.

—Chist, no grites. Como nos descubra la señora Nightwing, nos obligará a dar clases en Spence durante el resto nuestras vidas, igual que esas profesoras solteronas y amargadas que tiene ahora —dice Felicity.

Pippa intenta taparse con las manos en un gesto de recato. A mí en estos momentos no me importaría que me viera el mismísimo príncipe Alberto. Sólo quiero flotar, quedarme suspendida en el tiempo.

—Si eres tan recatada, Pip, escóndete bajo el agua —la insta Felicity.

—¡Está muy fría! —contesta Pippa con la misma voz aguda.

—Como quieras —dice Felicity, y se echa a nadar hacia el centro del lago.

Ann se queda en la orilla, totalmente vestida.

—Yo vigilo —dice.

Las demás nos cogemos del brazo para darnos calor y acariciamos el fondo arenoso con los pies. Somos como una banda de nómadas flotantes.

—¿Qué creéis que diría la señora Nightwing si nos viera con toda nuestra gracia, encanto y belleza? —dice Pippa, y se echa a reír.

—Seguro que se caería muerta en el acto —contesta Ann.

—¡Ja! —exclama Felicity—. Ojalá.

Inclina la cabeza hacia atrás y deja flotar el pelo como una aureola.

De pronto Pippa yergue la cabeza.

—¿Habéis oído eso?

—¿Qué?

El agua en los oídos me impide oír bien. Pero sí que hay algo. El chasquido de una rama al partirse reverbera en el bosque.

—¡Otra vez! ¿No lo habéis oído?

—¡Cielos! —exclama Ann con voz ronca.

—¡La ropa!

Pippa sale tambaleándose del agua y se abalanza sobre la camisa justo cuando Kartik surge de entre los árboles con un bate de *criquet* improvisado. No sé quién se horroriza o se sorprende más, Kartik o Pippa.

—¡No mires! —dice Pippa al borde de la histeria, intentando taparse desesperadamente con la prenda de encaje.

Demasiado atónito para discutir, Kartik aparta la mirada, pero no antes de que yo vea la expresión de sus ojos, una expresión de asombro y sobrecogimiento, como si hubiese visto a una diosa en carne y hueso. El impacto visceral de la belleza de Pippa es más poderoso que cualquier palabra o hecho. La ofuscación de mi mente se disipa lo suficiente para percatarme de ello.

—En otros tiempos le habríamos perseguido y arrancado los ojos por lo que ha visto —gruñe Felicity desde el lago.

Kartik no dice nada. Desaparece tan deprisa como ha aparecido, alejándose a todo correr entre los árboles.

—La próxima vez sí que le arrancaremos los ojos —dice Felicity, acercándose a Pippa.

La habitación está a oscuras, pero sé que no duerme. No se oyen sus ronquidos.

—Ann, ¿estás despierta? —No contesta, pero no me rindo—. Sé que lo estás, así que más te vale contestarme. —Silencio—. No desistiré hasta que lo hagas. —Fuera,

un búho anuncia su proximidad—. ¿Por qué te haces eso? ¿Esos cortes?

Tarda más de un minuto en contestar, y creo que quizá sí se ha dormido, pero de pronto la oigo: una voz tan baja que tengo que hacer un esfuerzo para oírla, para percibir el suave llanto que está conteniendo.

—No lo sé. A veces, no siento nada y tengo mucho miedo. Miedo de dejar de sentir por completo. De perderme dentro de mí misma. —Tose y se sorbe la nariz—. Simplemente necesito sentir algo.

El búho vuelve a emitir su reclamo en la noche, a la espera de que alguien le conteste.

—No vuelvas a hacerlo —digo—. ¿Me lo prometes?

Ann vuelve a sorberse la nariz.

—De acuerdo.

Siento que debería hacer algo. Rodearle la cintura con el brazo. Estrecharla contra mí. No sé qué puedo hacer sin que las dos nos horroricemos o avergoncemos.

—Si no paras, tendré que quitarte tu costurero, y ¿qué será de ti entonces sin la satisfacción de acabar el bordado de tu holandésita y el molino con hilo de siete colores? ¿Eh?

Suelta una débil risa, y siento alivio.

—¿Gemma? —dice al cabo de un tiempo.

—¿Hum?

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—No.

Más secretos. ¿Cómo he acabado con tantos? Satisfecha, Ann se revuelve en la cama y empieza a roncar. Yo me quedo mirando la pared, esperando a que me venza el sueño, escuchando el reclamo del búho a una noche que nunca contesta.

—Sé que crees que anoche no pasó nada, pero opino que deberíamos intentar volver a ponernos en contacto con el más allá —me susurra Felicity.

Estamos en medio de la gran sala de baile, esperando a la señora Nightwing para empezar la clase de danza. Por encima de nosotras, las lágrimas de cristal de las cuatro arañas proyectan resplandecientes cuadrados de luz en el suelo de mármol.

—No me parece que sea una buena idea —digo, conteniendo el pánico.

—¿Por qué no? ¿Estás dolida porque no te pasó lo mismo que a nosotras?

—No digas tonterías —respondo con un resoplido, sonido que parece acompañar a mis mentiras, lo cual es poco afortunado.

Voy camino de convertirme en una idiota que resopla.

—¿Qué ocurre, pues?

—Me aburre, eso es todo.

—¿Te aburre? —Felicity se queda boquiabierta—. ¿Eso te aburre? Lo que vas a hacer ahora sí es aburrido.

Pippa, con Cecily y sus amigas, intenta captar la atención de Felicity desesperadamente.

—Fee, ven aquí con nosotras. La señora Nightwing está a punto de formar las parejas.

Cada vez que Pippa empieza a caerme bien, hace algo así para que vuelva a detestarla.

—Es agradable sentirse querida —digo entre dientes.

Felicity mira el grupo de moda y les da la espalda, de una manera bastante obvia y deliberada. A Pippa se le demuda el rostro. No puedo evitar regodearme un poco.

—Señoritas, atención, por favor. —La voz de la señora Nightwing resuena en la sala—. Hoy vamos a ensayar el vals. Recuerden: la postura es fundamental. Deben imaginar que su columna vertebral está sujeta a un hilo del que tira el propio Dios.

—Habla como si fuéramos los títeres de Dios —murmura Ann.

—Lo somos, según el reverendo Waite y la señora Nightwing —dice Felicity guiñándole el ojo.

—¿Hay algo que desea compartir con las demás, señorita Worthington?

—No, señora Nightwing, disculpe.

La señora Nightwing calla un momento, y nos encogemos de miedo bajo su mirada.

—Señorita Worthington, formará pareja con la señorita Bradshaw. La señorita Temple con la señorita Poole, y usted, señorita Cross, baile con la señorita Doyle, por favor.

¡Vaya una suerte! Pippa exhala un suspiro de irritación, se planta delante de mí

con cara de malhumor y lanza una mirada a Felicity, que se encoge de hombros.

—A mí no me mires, no es mi culpa —digo.

—Tú diriges, yo quiero hacer de mujer —replica Pippa.

—Se turnarán para dirigir. Todo el mundo tendrá una oportunidad —dice la señora Nightwing con hastío—. Allá vamos, señoritas. Los brazos en alto, sin doblar los codos. Vigilen la postura, siempre la postura. Para muchas mujeres, la posibilidad de encontrar un buen marido ha dependido de su porte perfecto.

—Sobre todo si el porte va junto con un montón de dinero —bromea Felicity.

—Señorita Worthington... —advierte la señora Nightwing.

Felicity se endereza como la aguja de Cleopatra. Satisfecha, la directora acciona la manivela del fonógrafo y pone la aguja en el disco. Los rítmicos compases de un vals llenan la sala.

—Y uno, dos, tres, uno, dos, tres. ¡Sientan la música! ¡Señorita Doyle! ¡Cuidado con los pies! Los pasos han de ser cortos, femeninos. Es usted una gacela, no un elefante. ¡Señoritas, la espalda bien recta! ¡Nunca encontrarán marido si miran el suelo!

—Obviamente nunca ha visto a esos hombres después de beber unas cuantas copas —susurra Felicity al pasar a mi lado.

La señorita Nightwing da unas sonoras palmadas.

—¡Silencio! A los hombres no les gustan las mujeres charlatanas. Cuenten los pasos en voz alta, por favor. Un, dos, tres, un, dos, tres. Y ahora que dirija la otra, un, dos, tres.

El cambio confunde a Elizabeth y a Cecily, pues las dos intentan dirigir y se topan de frente con Pippa y conmigo. Luego chocamos con Ann y Felicity y todas caemos al suelo unas encima de otras.

La música se detiene de repente.

—Si bailan con tan poca gracia, se les acabará la temporada antes de empezar siquiera. ¿Me permiten que les recuerde, señoritas, que esto no es un juego? La temporada de Londres es un asunto muy serio. Es su oportunidad de demostrar que son dignas de los deberes que se les impondrán como madres y esposas. Y su conducta es, sobre todo, reflejo de la propia alma de Spence.

Llaman a la puerta y la señora Nightwing se disculpa mientras nos ponemos en pie. Nadie ayuda a Ann. Le tiendo una mano y ella la coge tímidamente, sin mirarme a los ojos, todavía avergonzada por la sinceridad de anoche.

—¿Spence tiene alma? —digo, bromeando para aliviar la tensión.

—No hace gracia —protesta Pippa con vehemencia—. Algunas de nosotras queremos aprender. Me han dicho que en cuanto llegas a tu primer baile todo el mundo te juzga en silencio. No quiero que chismorreen sobre mí y que digan: «Esa es la chica que no sabe bailar».



—No te preocupes, Pippa —interviene Felicity, alisándose la falda—. Ya verás qué bien te irá todo. No te quedarás soltera. Sin duda, el señor Bumble se ocupará de eso.

Pippa se da cuenta de que todas las miradas están fijas en ella.

—No recuerdo haber dicho que pensara casarme con el señor Bumble. Al fin y al cabo, podría conocer a alguien especial en un baile.

—Como un duque o un lord —dice Elizabeth con voz soñadora—. Eso es lo que yo quisiera.

—Exacto. —Pippa dirige a Felicity una sonrisa de superioridad.

Un destello de dureza asoma a los ojos de Felicity.

—Querida Pip, ¿no empezarás otra vez con esa fantasía?

Pippa se aferra a su sonrisa de debutante.

—¿Qué fantasía?

—La que últimamente revolotea por tu cabeza con tenues alas. La de que tu verdadero amor es un príncipe que busca a su princesa y casualmente tú tienes el vestido listo en tu armario, perfectamente planchado.

Pippa se esfuerza por mantener la compostura.

—Bueno, una mujer siempre tiene que aspirar alto.

Felicity se cruza de brazos.

—Eso es mucha ambición para la hija de un comerciante.

Se respira una repentina tensión en el ambiente. Pippa se sonroja.

—¿Quién eres para dar consejos, con el historial que tiene tu familia?

—¿Qué insinúas? —pregunta Felicity con fría serenidad.

—No insinúo nada. Estoy afirmando un hecho. Sean lo que sean mis padres, al menos mi madre no es... —Calla.

—No es ¿qué? —gruñe Felicity.

—Creo que ya viene la señora Nightwing —avisa Ann nerviosa.

—Sí, ya basta de discutir —dice Cecily.

Intenta apartar a Felicity, pero no lo consigue.

Felicity se acerca a Pippa.

—No. Si Pippa tiene algo que decir acerca de mí, quiero oírlo. Al menos tu madre no es ¿qué?

Pippa se endereza.

—Al menos mi madre no es una puta.

La bofetada de Felicity reverbera en la habitación como un disparo. Su súbita violencia nos sobresalta. Pippa se queda boquiabierta y los ojos de color violáceo se le empañan por el escozor.

—¡Retira lo que acabas de decir! —exige Felicity entre dientes.

—¡Ni hablar! —Pippa está llorando—. Sabes que es verdad. Tu madre es una

cortesana y una consorte. Dejó a tu padre por un artista. Se fugó a Francia para irse con él.

—¡No es verdad!

—¡Sí! Se fugó y te abandonó.

Ann y yo estamos demasiado atónitas para movernos. Cecily y Elizabeth apenas si pueden disimular las sonrisas. Es una noticia sorprendente, y sé que después se lo contarán a todo el mundo. Felicity ya no podrá ir por los pasillos de Spence sin oír cuchicheos a sus espaldas. Y todo por culpa de Pippa.

Felicity suelta una carcajada cruel.

—Me llamará cuando me gradúe. Iré a París y un artista famoso me hará un retrato. Y entonces lamentarás haber dudado de mí.

—¿Todavía crees que te llamará? ¿Cuántas veces la has visto desde que estás aquí? Te lo diré: ninguna.

Los ojos de Felicity brillan de odio.

—Me llamará.

—Ni siquiera se molestó en enviarte algo para tu cumpleaños.

—Te odio.

Se oye un coro de gritos ahogados de las más remilgadas. Para mi sorpresa, Pippa se serena.

—No es a mí a quien odias, Fee. No es a mí —dice en voz baja.

En ese momento la señora Nightwing irrumpe en la sala. Percibe que ha pasado algo como si se tratara de un cambio de tiempo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —respondemos al unísono, apartándonos las unas de las otras, todas con la mirada clavada en el suelo.

—Pues sigamos.

Enciende el fonógrafo.

Felicity le coge la mano a Ann, y Pippa y yo nos preparamos para empezar. Esta vez ella hace de hombre, de modo que me rodea la cintura con el brazo y me coge la mano izquierda con la derecha. Bailamos hacia las ventanas, alejándonos de Ann y Felicity.

—He metido la pata —se lamenta Pippa—. Nos llevábamos tan bien... Lo hacíamos todo juntas. Pero eso era antes...

Calla. Las dos sabemos cómo sigue la frase: antes de que tú llegaras.

Acaba de destruir a Felicity y ahora quiere que la compadezca.

—Seguro que mañana volveréis a ser como uña y carne y os habréis olvidado de todo este asunto —digo, dando una vuelta un poco más brusca de lo necesario.

—No, ahora ya ha cambiado todo. Ahora siempre te propone a ti las cosas antes que a mí. Me ha sustituido.

—No es cierto —digo con una risita desdeñosa, porque se me da muy mal mentir cuando es realmente necesario.

—Ten cuidado de que no se harte también de ti. La caída es muy dura.

La señora Nightwing cuenta los compases en voz alta, corrigiendo nuestros pasos, nuestra postura, e incluso nuestros pensamientos antes de que se nos ocurran. Mientras Pippa me arrastra por la sala, me pregunto si Kartik se imagina que la sostiene entre sus brazos. Pippa no tiene ni idea del efecto que ejerce sobre los hombres, y ojalá yo pudiera experimentar semejante poder sólo por una vez. Me encantaría salir de aquí y ser otra persona en un lugar donde nadie me conozca ni espere nada de mí.

Lo que sucede a continuación no es mi culpa. Al menos, no lo hago a propósito. Me invade la necesidad de huir. Vuelve el cosquilleo familiar y me arrastra antes de que yo pueda controlarlo. Pero esta vez es distinto. No me caigo, sino que me muevo. Paso por un umbral brillante para entrar en un bosque neblinoso. Suspendida allí por un instante, entre dos mundos, veo la cara de Pippa. Está pálida. Confusa. Asustada. Y me doy cuenta de que ella también viene.

«Santo cielo, ¿qué está pasando? ¿Dónde estoy? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Tengo que impedirlo, no puedo dejar que Pippa caiga conmigo».

Cierro los ojos y lucho contra la irresistible oleada de la visión con todas mis fuerzas. Pero eso no basta para impedirme ver imágenes fugaces. Oscuridad en el horizonte. Un chapoteo. Y el grito ahogado de Pippa.

Hemos vuelto. Jadeando, sujeto todavía la mano de Pippa como en un abrazo mortal. ¿Ha visto algo? ¿Conoce mi secreto? No dice nada. Tiene los ojos en blanco y parecen moverse como las alas de un pájaro.

—¿Pippa?

El pánico en mi voz alerta a la señora Nightwing, que corre hacia nosotras mientras el cuerpo de Pippa se pone rígido. Me golpea la boca con el brazo al encogerlo hacia el pecho. Siento sangre caliente y cobriza en el labio. Con un agudo gemido, Pippa cae al suelo, retorciéndose y sacudiéndose como si agonizara.

Pippa está muriéndose. ¿Qué le he hecho?

La señora Nightwing coge a Pippa por los hombros y la inmoviliza contra el suelo.

—¡Ann, trae una cuchara de madera de la cocina! ¡Cecily, Elizabeth, id a buscar a una maestra de inmediato! ¡Rápido! —Y a mí me espeta—: Sujétale la cabeza.

Pippa agita la cabeza entre mis manos. «Pippa, no sabes cuánto lo siento. Por favor, perdóname».

—Ayúdame a darle la vuelta —dice la señora Nightwing—. No debe morderse la lengua.

Con un esfuerzo, la ponemos de lado. Para ser tan delicada, es sorprendente lo

que pesa. Brigid entra en la sala de baile y suelta un grito.

La señorita Nightwing brama órdenes como un comandante condecorado.

—¡Brigid! ¡Llama al doctor Thomas urgentemente! Señorita Moore, acérquese, por favor.

Brigid sale corriendo mientras la señorita Moore se acerca con la cuchara en la mano. La mete en la boca gorgoteante de Pippa como si pretendiera ahogarla con ella.

—¿Qué hace? —grito—. ¡No puede respirar!

Intento quitarle la cuchara, pero la señorita Moore me coge la mano.

—La cuchara le impedirá morderse la lengua.

Quiero creerla, pero por la manera en que Pippa se agita en el suelo, me cuesta creer que podamos hacer algo para ayudarla.

De pronto se detiene el violento temblor. Pippa cierra los ojos y permanece inmóvil como una muerta.

—¿Está...? —susurro, pero no puedo acabar la frase.

No quiero saber la respuesta.

La señora Nightwing se pone en pie.

—Señorita Moore, ¿puede ir a ver qué se sabe del doctor Thomas?

La señorita Moore asiente con la cabeza y se encamina hacia la puerta abierta, echando a las niñas que asoman la cabeza.

La señora Nightwing tapa a Pippa con su chal. Tumbada allí en el suelo, parece una princesa durmiente de un cuento de hadas.

Ni siquiera me doy cuenta de que le estoy murmurando en voz baja:

—Lo siento, Pippa, lo siento.

La señora Nightwing me mira con curiosidad.

—No sé qué estará pensando, señorita Doyle, pero esto no es culpa suya. Pippa es epiléptica. Y ha sufrido un ataque.

—¿Epiléptica? —repite Cecily, pronunciando la palabra como si dijera «leprosa» o «sifilítica».

—Sí, señorita Temple. Y ahora debo pedirles que no digan ni una sola palabra a nadie de esto. Deben olvidarlo. Si llego a oír algún chismorreo acerca de este asunto, aplicaré a las culpables treinta puntos negros de castigo y les retiraré todos los privilegios. ¿Está claro?

Asentimos en silencio.

—¿Podemos hacer algo para ayudarla?

La señora Nightwing se enjuga la frente con un pañuelo.

—Pueden rezar.

Oscurece lentamente. Las primeras sombras entran por las altas ventanas, arrebatando

poco a poco su color a las salas. En la cena no tengo apetito y después, en lugar de reunirme con las demás en el santuario engalanado de pañuelos de Felicity, me voy a dar una vuelta. De pronto me encuentro ante la puerta de la habitación de Pippa. Llamo suavemente y me abre la señorita Moore. Detrás de ella, Pippa yace en la cama, hermosa e inmóvil.

—¿Cómo está?

—Duerme —contesta la señorita Moore—. Entre, no tiene sentido que se quede en el pasillo.

Abre la puerta para dejarme pasar. Me cede la silla que hay junto a la cama y acerca otra para ella. Es un gesto amable y, no sé por qué, aumenta mi tristeza. Si ella supiera lo que le he hecho a Pippa, lo mentirosa que soy, no sería tan amable conmigo.

Pippa respira con regularidad y se la ve tranquila. A mí me da miedo dormir. Me da miedo ver el rostro aterrorizado de Pippa al aparecer en mi maldita y estúpida visión. El temor y la culpa me han agotado. Demasiado cansada para contener las lágrimas, hundo la cara en las manos y rompo a llorar, por Pippa, mi madre, mi padre, todo.

La señorita Moore me rodea los hombros con el brazo.

—Chist, no te preocupes, Pippa se pondrá bien en un par de días.

Asiento con la cabeza y lloro todavía más.

—No sé por qué sospecho que estas lágrimas no son sólo por Pippa.

—Soy espantosa, señorita Moore. No sabe de qué soy capaz.

—Vamos, vamos, ¿qué tonterías son esas? —susurra.

—Es verdad. No soy buena persona. De no ser por mí, mi madre seguiría viva.

—Tu madre murió de cólera. Eso no fue culpa tuya.

He reprimido la verdad durante tanto tiempo que de pronto sale a borbotones y se desparrama por todas partes.

—No, no es verdad. Murió asesinada. Me escapé, y cuando ella fue a buscarme, la asesinaron. La maté con mi desconsideración. Yo tuve la culpa, sólo yo.

Mis sollozos se han convertido en un hipo entrecortado. La señorita Moore sigue sosteniéndome entre sus brazos firmes, que ahora mismo me recuerdan tanto a los de mi madre que apenas lo soporto. Al final ya no me quedan lágrimas y tengo la cara hinchada como un globo. La señorita Moore me da su pañuelo y me dice que me suene. Vuelvo a tener cinco años. Por mucho que crea que he madurado, cuando lloro, siempre vuelvo a tener cinco años.

—Gracias —digo, intentando devolverle el pañuelo de encaje de color blanco.

—Quédatelo —dice diplomáticamente, observando el trozo de tela flácida y repugnante en mi mano—. Señorita Doyle, Gemma, escúchame bien. Tú no has matado a tu madre. Todos somos desconsiderados alguna vez. Todos hacemos cosas

de las que luego nos arrepentimos. Al final, esas lamentaciones simplemente acaban formando parte de lo que somos, junto con todo lo demás. Perder el tiempo intentando cambiar eso es, en fin, como perseguir nubes.

Las lágrimas vuelven a resbalar por mis mejillas. La señorita Moore me coge la mano y me acerca el pañuelo a la cara.

—¿De verdad se pondrá bien? —digo, mirando a Pippa.

—Sí, aunque creo que le pesa mantener algo así en secreto.

—¿Por qué tiene que ser un secreto?

La señorita Moore guarda silencio mientras tira del borde de la manta para tapar a Pippa hasta la barbilla.

—Si se supiera, nadie querría casarse con ella. Se considera un defecto en la sangre, como la locura. Ningún hombre querría a una mujer con semejante enfermedad.

Recuerdo el extraño comentario de Pippa acerca de la urgencia por casarse antes de que fuese demasiado tarde. Ahora lo entiendo.

—Es injusto.

—Sí, lo es, pero así son las cosas.

Nos quedamos las dos viendo respirar a Pippa, viendo subir y bajar la manta a un ritmo reconfortante.

—Señorita Moore... —Me interrumpo.

—Me llamo Hester, y en privado puedes tutearme.

—Hester —digo, y tengo la sensación de pronunciar un nombre prohibido—. Esas historias que nos contaste acerca de la Orden. ¿Crees que podrían ser ciertas?

—Supongo que todo es posible.

—Y si ese poder existiera, y si no supieras si es bueno o malo, ¿lo explorarías igual?

—Has pensado mucho en ello.

—Sólo me lo he preguntado, nada más —digo, mirándome los pies.

—Las cosas no están bien o mal en sí mismas. Todo depende de lo que hagamos con ellas. Al menos, yo lo veo así. —Me lanza una sonrisa enigmática—. Y ahora, dime la verdad, ¿a qué viene todo esto?

—Nada —contesto, pero se me quiebra la voz—. Lo pregunto por curiosidad.

Sonríe.

—Más vale que no comentemos nuestra conversación en la cueva. No todo el mundo tiene una mente tan abierta, y si corre la voz, es posible que no pueda llevaros a ningún sitio salvo al aula de arte para pasar la tarde pintando fruteros.

Me aparta un mechón de pelo lacio y me lo pone detrás de la oreja en un gesto tan tierno, tan propio de mi madre, que volvería a llorar.

—Entiendo —digo por fin.

Pippa mueve la mano, como si intentase coger el aire con los dedos. Respira hondo una vez y luego vuelve a sumirse en un profundo sueño.

—¿Crees que se acordará de lo que le ha sucedido cuando se despierte?

No estoy pensando en su ataque, sino en lo ocurrido justo antes, cuando la arrastré conmigo.

—No lo sé —contesta la señorita Moore.

Me ruge el estómago.

—¿Has cenado?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no bajas con las demás niñas y tomas un té? Te sentará bien.

—Sí, señorita Moore.

—Hester.

—Hester.

Cuando cierro la puerta, por fin pronuncio una plegaria: pido que Pippa no se acuerde de nada.

En el pasillo, las cuatro fotos de las promociones anteriores me saludan en todo su esplendor con los rostros sombríos.

—Hola, señoritas —digo a los ojos de mirada vacía y resignada—. Procuren no estar tan alegres. Podría sentarles mal.

Una capa de polvo cubre los rostros. La aparto con la yema del dedo y aparecen las caras granuladas. Contemplan un futuro que no muestra sus secretos. ¿Se escaparían alguna vez al bosque oscuro en luna nueva? ¿Beberían *whisky* y desearían cosas que no podían explicar con palabras? ¿Harían amigas y enemigas, llorarían a sus madres, verían y sentirían cosas que no podían controlar?

Dos de ellas sí, eso lo sé. Sarah y Mary. ¿Por qué nunca se me había ocurrido buscarlas en estas paredes? Tienen que estar aquí. Rápidamente miro las fechas anotadas en la parte inferior de cada foto: 1870, 1872, 1873, 1874...

No hay ningún retrato de la promoción del año 1871.

Encuentro a las demás en el comedor. Tras la ajetreada tarde, la señora Nightwing se ha apiadado de nosotras y, por mediación de Brigid, le ha pedido a la cocinera que nos preparase más natillas. Famélica, devoro el postre dulce y cremoso como si creyera que es mi última cena.

—¡Santo cielo, señorita Doyle, no estamos en las carreras, y usted no es un pura sangre! —me riñe la señora Nightwing—. Hágame el favor de comer más despacio.

—Sí, señora Nightwing —digo, avergonzada entre cucharada y cucharada.

—Y ahora, ¿de qué podemos hablar? —pregunta la señora Nightwing como una

abuela indulgente que quiere saber cómo se llaman nuestras muñecas preferidas.

—¿De verdad vamos a asistir a la sesión de espiritismo de *lady* Wellstone la semana que viene? —pregunta Martha.

—Sí, así es. La invitación dice que habrá una médium de verdad: una tal *madame* Romanoff.

—Mi madre asistió a una de esas sesiones —interviene Cecily—. Están muy de moda. Hasta la reina Victoria es adepta.

—Mi prima Lucy, o sea, *lady* Thornton —se corrige Martha para recordarnos lo bien relacionada que está—, me contó que estuvo en una donde un jarrón de cristal levitó por encima de la mesa como si alguien lo sostuviera. —Pronuncia las últimas palabras en un susurro para darles el debido efecto dramático.

Felicity pone los ojos en blanco.

—¿Y por qué no sencillamente ir a ver a los gitanos y que nos echen la buenaventura?

—Los gitanos son unos miserables ladrones que van por tu dinero, o algo peor —dice Martha de manera elocuente.

Elizabeth se inclina hacia ella, aguzando la atención por si entra en detalles más sórdidos. La señora Nightwing deja la taza en el plato con cierta brusquedad y lanza una mirada de advertencia a Martha.

—Señorita Hawthorne, compórtese.

—Sólo he querido decir que los gitanos son falsos y criminales, y que el espiritismo es una ciencia de verdad, practicada por personas con las mejores intenciones.

—Es una moda pasajera. Nada más —opina Felicity, bostezando.

—Seguro que será una velada de lo más agradable —tercia la señora Nightwing para poner paz—. Aunque me temo que no me entusiasman esas paparruchas, *lady* Wellstone es sin duda una mujer excelente y una de las principales benefactoras de Spence, y seguro que vuestra visita con *mademoiselle* LeFarge será de algún modo... provechosa.

Bebemos el té a sorbos. La mayor parte de las niñas más pequeñas se han alejado cuchicheando y riéndose en grupos de tres y cuatro. Oigo el creciente zumbido de sus voces por el pasillo que lleva a la gran sala. Aburridas, Cecily y su séquito se disculpan, así que las demás ya no podemos dejar a la señora Nightwing sin quedar mal. Ahora ya sólo estamos nosotras cuatro en el comedor vacío, y Brigid yendo de un lado al otro.

—Señora Nightwing —me interrumpo para armarme de valor—. Es curioso... En el pasillo no hay una fotografía de la promoción de 1871.

—Así es —contesta con su habitual parquedad.

—Me preguntaba la razón.



Intento aparentar inocencia, pero tengo el corazón en un puño.

La señora Nightwing no me mira.

—Fue el año del incendio en el ala este. No se hizo la fotografía por respeto a las muertas.

—¿Las muertas? —repito.

—Las dos niñas que perdimos en el incendio. —Me mira como si fuera idiota.

Estamos las cuatro en ascuas. En uno de los pisos de arriba, donde pesadas puertas esconden suelos podridos y chamuscados, murieron dos niñas. Me recorre otro escalofrío.

—Y esas dos chicas que murieron... ¿cómo se llamaban?

La señora Nightwing se exaspera. Revuelve el té con vehemencia.

—¿Es necesario hablar de algo tan desagradable tras un día tan largo y agotador?

—Lo siento —me disculpo, incapaz de dejar el tema—. Sólo sentía curiosidad por saber sus nombres.

La señora Nightwing suspira.

—Sarah y Mary —responde por fin.

Felicity se atraganta con la última cucharada de natillas.

—¿Cómo?

Ya empiezo a digerir la noticia. Me pesa en el cuerpo. Con cara de infinita paciencia, la señora Nightwing repite los nombres lentamente, como el tañido de alarma de una campana.

—Sarah Rees-Toome y Mary Dowd.

Las únicas dos personas que podrían compartir mi secreto y explicármelo murieron hace ya veinte años, llevándose a la tumba todo lo que sabían.

—Es terrible —dice Felicity, lanzándome una rápida mirada.

—Sí, mucho —responde la señora Nightwing—. Creo que deberíamos pasar a otro tema más agradable. Acabo de recibir una carta encantadora de una de nuestras exalumnas, la actual *lady* Buxton. Ha vuelto de un viaje a Oriente, donde tuvo ocasión de ver la famosa danza de los derviches. Su carta es una demostración perfecta de inteligencia: entretiene y no agobia al destinatario con problemas de índole personal. Si alguien quiere verla, está a su disposición.

Toma un sorbo de té. Perdemos terreno a marchas forzadas. Miro a Felicity, que mira a Ann, quien a su vez me mira a mí. Al final, Felicity exhala un hondo suspiro y se le humedecen los ojos.

—Señorita Worthington, ¿qué demonios le ocurre?

—Ay, lo siento, señora Nightwing, pero no puedo evitar pensar en esas chicas y en el fuego y en lo terrible que debió de ser todo eso para usted.

Me quedo tan atónita que tengo que clavarme las uñas en la palma de la mano para no reírme a carcajadas. Pero la señora Nightwing se traga el anzuelo por completo.

—Sí, fue terrible —dice como si estuviera muy lejos—. Entonces yo estaba aquí de profesora y la directora era la señora Spence, que en paz descanse. Murió en el incendio cuando intentó rescatar a las niñas. Todo para nada, para nada.

El recuerdo parece torturarla, y me siento culpable por obligarla a revivir lo ocurrido. Brigid, de pie a mi lado, recoge platos y escucha. Felicity apoya el mentón en las manos.

—¿Cómo eran Sarah y Mary?

La señora Nightwing piensa un momento.

—Como todas las chicas, supongo. Mary era una chica tranquila y leía mucho. Quería viajar, conocer España y Marruecos, y la India. Era una de las favoritas de la señora Spence.

—¿Y Sarah? —pregunto.

Brigid detiene la mano sobre los platos como si hubiera olvidado su intención inicial. En silencio, recoge los cubiertos.

—Sarah tenía un espíritu más libre. Viéndolo en retrospectiva, pienso que la señora Spence tendría que haber ejercido mayor control sobre ella. Eran chicas imaginativas, aficionadas a los cuentos de hadas, de magia y esas cosas.

Me quedo mirando el plato de natillas.

—¿Y cómo ocurrió el incendio? —pregunta Cecily.

—Fue un accidente absurdo. Las chicas se fueron al ala este con una vela cuando tenían que estar acostadas. Nunca sabremos qué hacían allí. Sin duda una de sus fantasiosas aventuras. —La señora Nightwing, ensimismada, bebe un sorbo de té—. La vela prendió en una cortina, supongo, y las llamas enseguida se propagaron. La señora Spence debió de acudir en su ayuda y la puerta se cerró tras ella... —Calla, mirando el té fijamente como si pudiera ayudarlo—. Yo no pude abrirla. Era como si algo pesado la sujetara con fuerza. Supongo que deberíamos considerarnos muy afortunadas. Podría haber ardido la escuela entera.

No se oye nada salvo el ruido de los platos en las manos de Brigid.

—¿Es verdad que Sarah y Mary andaban metidas en algo sobrenatural? —interviene Ann.

Se cae un plato al suelo. Brigid, de rodillas, recoge los trozos rotos y se los pone en el delantal.

—Lo siento, señora Nightwing, iré a buscar una escoba.

La señora Nightwing lanza una mirada furibunda a Ann.

—¿De dónde ha sacado ese rumor insidioso?

Revuelvo el té con la concentración propia de una monja durante sus rezos, maldiciendo a Ann y su estupidez.

—Leímos...

Interrumpo a Ann con una patada en la pierna.

—N-n-no me acuerdo.

—¡Majaderías! Si alguien le ha estado contando semejantes patrañas, debo saberlo de inmediato...

Felicity acude en su auxilio.

—Me alegro de que no sea verdad y de que la reputación de Spence esté por encima de toda duda. ¡Qué accidente tan terrible! —Al pronunciar la palabra «accidente», fulmina a Ann con la mirada.

—Yo no creo en absoluto en lo sobrenatural —dice la señora Nightwing con desdén, enderezando la espalda y apartándose de la mesa—. Pero sí creo en el poder de la mente de las niñas para conjurar toda clase de duendes, que no tienen nada que ver con lo oculto y sí con las malas acciones. Así que repetiré mi pregunta: ¿Alguien ha estado llenándoles la cabeza de historias de magia y esas bobadas? Porque no pienso tolerarlo.

Estoy segura de que oye los latidos de mi corazón desde el otro lado de la mesa cuando todas juramos nuestra inocencia. La señora Nightwing se pone en pie.

—Si llego a descubrir lo contrario, castigaré a las responsables con severidad. Y ahora ha llegado el momento de despedirnos hasta mañana. Ha sido un largo día.

Prometemos retirarnos en cuanto hayamos acabado, y la señora Nightwing, como todas las noches, se va al gran salón para anunciar que es hora de irse a la cama.

—¿Es que te diste un golpe en la cabeza cuando eras pequeña o qué? —pregunta Felicity a Ann con aspereza en cuanto sale la señora Nightwing.

—L-l-lo siento —tartamudea Ann—. ¿Por qué no queríais que supiera lo del libro?

—¿Y que nos lo confisque? Ni hablar —contesta Felicity con sorna.

Brigid vuelve a entrar secándose las manos con un trapo.

—Se la ve nerviosa esta noche, Brigid —observa Felicity.

—Sí —asiente mientras retira migas de la mesa—. Sólo de hablar de esas dos chicas me entran escalofríos. Me acuerdo muy bien de ellas, y no eran tan santas como las pinta la señora.

Para saber algo de lo que ocurre en una casa, hay que preguntárselo a los criados, como solía decir mi padre. Invito a Brigid a sentarse a mi lado.

—Debería descansar un poco, Brigid. Le hará bien.

—Pues lo haría encantada. Ay, mis pies.

—Háblenos de ellas —la insta Ann—. Cuéntenos la verdad.

Brigid deja escapar un suave silbido.

—Eran niñas malvadas. Sobre todo esa Sarah. Una descarada. Yo entonces era joven, y nada fea. Tenía un montón de pretendientes que venían a buscarme los domingos para acompañarme a la iglesia. Siempre iba a la iglesia, lloviera o tronara, todos los domingos.

Brigid tiene cuerda para rato. Podemos pasarnos toda la noche oyéndola hablar sobre su devoción.

—¿Y las chicas? —insisto.

Brigid me mira fijamente.

—A eso iba, ¿no? Como decía, yo iba a la iglesia los domingos. Pero un domingo, la señora Spence, que era como el ángel del Señor sentado a mi diestra, va y me pide que me quede con la pobre Sarah, que se sentía mal. Esto ocurrió más o menos una semana antes del incendio. —Se interrumpe y tose para llamar la atención—. Cuesta hablar con la garganta seca.

Ann, diligente, le sirve una taza de té.

—Buena chica. Bien, sólo les contaré lo que sé a ciencia cierta. Y no puede salir de estas cuatro paredes. Tienen que jurarlo.

Nos apresuramos a jurárselo, y Brigid reanuda su relato, encantada de tener un público tan atento.

—La verdad es que no me hizo ninguna gracia quedarme. Mi pretendiente, Paulie, iba a venir a buscarme y, además, yo tenía un sombrero nuevo. Pero el deber es el deber. Ya lo verá, señorita Ann, cuando empiece a trabajar.

Avergonzada, Ann aparta la mirada y no puedo evitar compadecerme de ella.

—Vaya, esto necesita azúcar... —dice Brigid, y tiende la taza como una reina.

Se está aprovechando de nosotras pero, como tiene información que necesitamos, voy a buscar el azucarero y esperamos mientras se sirve dos terrones y revuelve el té.

—Reconozco que ese día no me sentí muy caritativa con la señorita Sarah. Pero cuando fui a llevarle el desayuno en una bandeja, en lugar de estar en la cama, la encontré en el suelo, agazapada como un animal, hablando con Mary. Discutían. Oí a Mary decir: «Ah, no, Sarah, eso no lo podemos hacer. ¡No podemos!». Y Sarah dijo algo así como: «Para ti es muy fácil decirlo. Lo que pasa es que quieres irte y dejarme». Mary se echa a llorar, y Sarah la abraza y la besa de la manera atrevida. Yo casi me caigo de espaldas allí mismo, la verdad. «Estaremos juntas, Mary. Siempre». Y luego le dijo algo más, no sé qué exactamente, sobre un «sacrificio». Y añadió: «Esto es lo que hay que hacer, Mary, te lo aseguro. Es la única salida». Y entonces Mary la cogió y le dijo: «Pero es un asesinato, Sarah». Eso dijo: «Asesinato». Se me hieló otra vez la sangre sólo de pensarlo.

Ann se está mordiendo las uñas. Felicity me coge la mano, y siento que se le ha enfriado la piel. Brigid mira por encima del hombro hacia la puerta para asegurarse de que estamos solas.

—En fin, debí de hacer algún ruido o algo así, y Sarah se levantó como un rayo con mirada asesina y me empujó contra la pared. Eso hizo. Me miró a la cara, con esos ojos fríos que tenía, ojos sin alma, y dijo: «¿Conque espiando, Brigid?». Y yo le contesté: «No, señorita. Sólo le traía la bandeja, como me dijo la señora». Porque estaba muerta de miedo, no me importa reconocerlo. Allí había algo fuera de lo normal.

Todas contenemos el aliento, a la espera. Brigid se inclina hacia nosotras.

—Tenía una de esas muñecas para maleficios, de las de trapo, como las que llevan las niñas gitanas, y la acercó a mi cara y me dijo: «Brigid, ¿sabes qué les pasa a los espías y traidores? Los castigan». Y entonces me arrancó un mechón de pelo de cuajo y lo envolvió alrededor de la muñeca. «Mantén la boca cerrada», me advirtió, «o la próxima vez...». En fin, nunca he corrido tan rápido en mi vida. Me quedé toda la tarde en la cocina. Pocos días después murieron las dos, y no puedo decir que lo haya lamentado. Aunque fue una lástima por la pobre señora Spence.

Brigid se santigua rápidamente.

—Yo ya sabía que no tramaban nada bueno, las dos con sus secretos y corriendo a ver a la Madre Elena cada vez que venían los gitanos. —A Brigid no le pasa inadvertido el codazo que me da Ann—. Sí, sé lo de las visitas a la Madre Elena. La vieja Brigid no nació ayer. Más les vale mantenerse alejadas de ella. No está bien de la cabeza, siempre parloteando de esto y aquello. Espero que no estén ustedes metidas en nada de eso.

Nos mira con dureza. A mí prácticamente se me cae el azucarero de las manos.

—Claro que no —dice Felicity, recuperando el tono de altivez.

Como ha conseguido lo que quería de Brigid, ya no le ve sentido a seguirle la corriente.

—Eso espero. No me gustaría que empezaran a darse aires, a cambiarse de nombre como ellas. Se creían que eran duquesas o algo así. Sarah me obligaba a llamarla... ¿cómo era? —Se detiene a pensar, pero no lo recuerda—. En fin, la trampilla de acero de la memoria, que tan pronto se abre como se cierra. Y eso que lo tenía en la punta de la lengua. Pero si alguna vez veo a cualquiera de las tres haciendo tonterías con esos gitanos, las arrastraré hasta la iglesia cogidas de las orejas y las dejaré allí una semana. No les quepa la menor duda. —Apura el té rápidamente—. Y ahora, ¿quién es la buena chica que le sirve otra taza de té a la pobre Brigid?

Tras servirle a Brigid más té y prometerle que nos iremos derecho a la cama, pasamos un momento por el gran salón. Las demás chicas se han ido a dormir. En la sala, dos criadas cumplen silenciosamente con sus obligaciones, apagando las lámparas hasta que lo único que se ve de ellas es el delantal blanco; luego también se van. El fuego de la chimenea se ha reducido a un débil resplandor; las columnas de mármol parecen cobrar vida entre las sombras proyectadas por su parpadeo y el humo.

—Hemos estado leyendo el diario de una muerta —dice Felicity con un estremecimiento—. Es escalofriante.

—¿Crees que lo que escribió Mary podría ser verdad? —pregunta Ann—. ¿Todo aquello sobre lo sobrenatural?

De pronto nos sobresalta el sonoro chasquido de una chispa que salta de la chimenea.

—Tenemos que ver a la Madre Elena —anuncia Felicity.

«No. De ninguna manera —pienso—. Corramos las cortinas y quedémonos aquí dentro, bien calentitas y seguras, lejos del alarmante bosque».

—¿Quieres que vayamos al campamento de los gitanos? ¿Esta noche? ¿Solas? —pregunta Ann.

No sé si la idea la aterroriza o la entusiasma.

—Sí, esta noche. Ya sabes cómo son los gitanos: nunca se quedan mucho tiempo en el mismo sitio. A lo mejor mañana ya se han marchado para todo el invierno. Tenemos que ir esta noche.

—¿Y qué pasa con...?

Estoy a punto de pronunciar el nombre de Ithal, pero me contengo. Felicity me lanza una mirada de advertencia.

—Que pasa con ¿qué? —pregunta Ann, confusa.

—Con los hombres —digo, dirigiéndome deliberadamente a Felicity—. Hay hombres en el campamento. ¿Cómo haremos para asegurarnos de que no nos pasa

nada?

—Los hombres —repite Ann con solemnidad.

«Hombres». Cómo es posible que una sola palabra contenga una carga tan poderosa...

Felicity, imitando mi tono, me manda un mensaje en clave:

—Seguro que podemos manejar a los hombres. Ya sabéis cómo son esos gitanos, que se inventan toda clase de mentiras. Simplemente les seguiremos la corriente.

—Creo que no debemos ir —objeta Ann—. Por lo menos sin una acompañante.

—Ah, claro —se burla Felicity—. ¿Por qué no vas ahora mismo a pedirle a Brigid que nos acompañe a visitar a los gitanos a media noche? Seguro que aceptaría gustosa.

—Lo digo en serio.

—¡Pues no vengas!

Ann se muerde de inmediato una uña rota.

—Oye, mira, somos tres. —Felicity le rodea los hombros con el brazo—. Seremos nuestras propias carabinas; y también protectoras si hace falta. Aunque sospecho que más que temer una violación, lo que os pasa es que os estáis haciendo ilusiones.

—Ann, creo que nos están insultando —digo, abrazándola yo también. Flota en el aire una excitación casi palpable, una determinación que nunca he sentido. Y quiero más—. ¿Estás insinuando que no somos dignas de ser violadas?

Felicity sonrío de oreja a oreja, y todo su rostro cobra vida.

—Averiguémoslo.

Para llegar al campamento de los gitanos tenemos que caminar media legua entre zarzas, arañándonos las piernas. Las noches son cada vez más frías. El aire es húmedo y cortante. Me arden los pulmones cuando lo aspiro y me sale por la boca en forma de pequeñas nubes de vapor. Cuando llegamos al borde del campamento y vemos las tiendas de campaña y la hoguera, los grandes carros de madera y los hombres tocando violines destartalados, me duele el costado.

—¿Y ahora qué? —susurra Ann sin aliento.

Las mujeres están en sus tiendas. Unos cuantos niños deambulan por el campamento. Cinco jóvenes beben sentados alrededor del fuego, hablando en un idioma que no entendemos. Uno de ellos hace un comentario jocoso. Sus amigos dan palmadas y se echan a reír. El sonido de su risa, grave y gutural, penetra en mis entrañas de tal modo que me entran ganas de huir en busca de un lugar seguro; o de huir hasta que me atrapen. Para enfrentarme a qué, lo ignoro. Mi mente no llega tan lejos. Sólo sé que el corazón me late con fuerza.

Uno de los jóvenes es Ithal. A la luz del fuego, sus extraños ojos dorados parecen danzar. Cruzo una mirada con Felicity y se lo señalo con la cabeza.

Ann se da cuenta y mira alrededor, asustada.

—¿Qué pasa?

—Cambio de planes. Tendremos que volver mañana, de día.

Ann protesta.

—Pero habéis dicho que...

Me doy la vuelta para irme, pero piso una rama y se parte. Se oye un sonoro crujido. Los perros empiezan a ladrar furiosamente. Ithal se levanta con su puñal, alerta como una criatura salvaje, y manda callar a sus amigos en su lengua materna. Ahora también ellos están vigilantes, listos para atacar.

—Enhorabuena —dice Felicity con brusquedad.

—Díselo al bosque; yo no tengo la culpa —replico entre dientes.

Ithal levanta un dedo para pedir silencio a sus compañeros y pregunta en inglés:

—¿Quién va?

—Estamos perdidas —murmura Ann, petrificada.

—No del todo —responde Felicity.

Se endereza y sale de detrás del árbol. Tiramos de ella para que vuelva a agacharse.

—¿Qué haces? —dice Ann en un susurro demasiado audible, aterrorizada.

Felicity no nos hace caso. Se dirige hacia ellos, una aparición vestida de blanco y terciopelo azul, con la cabeza en alto. La miran sobrecogidos, como si fuera una diosa. Todavía no sé qué se siente cuando se tiene poder. Pero seguro que es algo así,



y creo que comienzo a entender por qué esas mujeres de la Antigüedad tenían que esconderse en cuevas, por qué nuestros padres, maestras y pretendientes quieren que nos portemos bien y de manera predecible. No es que quieran protegernos, es que nos temen.

Ithal esboza una sonrisa lasciva. Le hace una reverencia. Al vernos escondidas detrás de un árbol como si fuera el delantal de nuestra madre, nos silba dulcemente, pero conserva la sonrisa rapaz.

Quiero irme corriendo y no parar hasta llegar a Spence. Pero no puedo dejar a Felicity aquí. Y quizá los hombres me perseguirían en la profunda oscuridad del bosque. Cojo la mano húmeda de Ann y me encamino erguida hacia el círculo de hombres altos que se estrecha en torno a nosotros.

—Sabía que no podrías mantenerte alejada —dice Ithal en tono provocador a Felicity.

—No sabías nada de eso. Si no recuerdo mal, el otro día te dejé plantado al otro lado del muro. Ese es el lugar donde te corresponde estar: al otro lado.

Se está burlando de él. No parece la actitud más sensata, pero yo nunca me había encontrado rodeada de gitanos viriles por el bosque en plena noche. No estoy en posición de dar consejos ni de discutir. Sólo puedo contener la respiración y esperar.

Ithal se acerca a Felicity y juguetea con la cinta de su capa, atada al cuello. Habla con voz estridente, risueña, pero la sonrisa no le llega a los ojos, que conservan una expresión dolida, iracunda.

—Esta noche no estoy al otro lado del muro.

—Por favor —dice Ann con voz ronca—, sólo hemos venido a ver a la Madre Elena.

—La Madre no está aquí —responde uno de los hombres.

En realidad es casi un niño. Tendrá unos quince años, con la nariz todavía demasiado grande para su rostro. Si tuviéramos que salir corriendo, sería el primero al que le daría una patada.

—Exijo ver a la Madre Elena —insiste Felicity, tranquila y segura en apariencia.

Yo soy la única que se da cuenta de lo asustada que está. Y su miedo me asusta más que la situación en sí.

«¿Cómo nos hemos metido en este lío? ¿Y cómo vamos a salir?».

—¿Qué ocurre?

Kartik aparece de pronto con su disfraz de gitano y el bate de *criquet* improvisado en la mano. Cuando me ve, se queda atónito.

—Por favor, tenemos que ver a la Madre Elena —digo, esperando que no se note lo aterrorizada que estoy.

Ithal levanta las manos, exponiendo los gruesos callos de las palmas, señal de una vida dura al aire libre.

—Ah..., esta *gachí* es tuya. Disculpa, amigo.

Kartik se ríe.

—No es... —Se interrumpe—. Sí, es mía.

Me coge de la mano y me aparta del círculo.

Nos sigue un coro de silbidos y ovaciones. Otra mano me coge por la muñeca libre. Es del chico de la nariz grande que he visto antes.

—¿Cómo sabemos que es tuya? No parece muy dispuesta —bromea—. A lo mejor me prefiere a mí.

Kartik vacila, lo suficiente para provocar pocas risas de sospecha entre los hombres. El otro muchacho me tiene cogida con fuerza y noto el miedo, frío y metálico, en la boca. No hay tiempo para recatos. Aquí no sirve la razón. Sin previo aviso, beso a Kartik. Sus labios, apretados contra los míos, me sorprenden. Son cálidos, ligeros como el aliento, firmes como la piel de un melocotón contra mi boca. Un olor a canela quemada pende en el aire, pero no estoy teniendo una visión. Es su olor, que me ha impregnado. Un olor que me contrae el estómago. Un olor que aleja de mi cabeza todo pensamiento y lo sustituye por una irresistible sed de más.

La lengua de Kartik se desliza un momento entre mis labios, y me crispo. Me aparto, sin aliento, ruborizada. No puedo mirar a nadie; y menos a Felicity y a Ann. ¿Y ahora qué pensarán de mí? ¿Qué pensarían si supieran lo mucho que me ha gustado? ¿Qué clase de chica soy que disfruto con un beso que he dado con tal descaro, sin esperar a que me lo pidieran, como habría sido lo correcto? Un hombre fornido se echa a reír.

—¡Ya veo que es tuya!

—Sí —dice Kartik con voz ronca—. Ya las acompaño yo hasta la Madre Elena para que les eche la buena ventura. Seguid bebiendo. Necesitamos su dinero, no sus problemas.

Kartik nos conduce a la tienda de la Madre Elena. Por el camino, Felicity se vuelve hacia Kartik, que va a mi lado. Primero lo mira a él, después a mí y luego otra vez a él. Yo me mantengo inexpresiva y finalmente Felicity se vuelve. Kartik retira la cortina para dejar pasar a Felicity y Ann, pero a mí me aparta con brusquedad.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—He venido a que me echen la buena ventura —contesto. Es una respuesta tonta, pero mis labios todavía sienten el contacto de su beso y estoy demasiado avergonzada para pensar en algo inteligente—. Perdona mi comportamiento —consigo decir a duras penas—. Me han obligado las circunstancias. Espero que no me consideres demasiado atrevida.

Coge una bellota del suelo, la lanza al aire y la golpea con el bate de *criquet*. El bate está tan viejo y roto que no sirve de gran cosa. Kartik tiene los labios apretados.

—Ahora no me dejarán en paz.

El cosquilleo en mi estómago se detiene en el acto.

—Lamento que te veas en esa situación por mi culpa —digo.

No contesta, y me siento tan humillada que deseo desaparecer en ese mismo instante.

—¿Dónde está la cuarta del grupo? ¿Escondida en el bosque?

Tardo un momento en comprender que se refiere a Pippa. Me acuerdo de cómo la miró a orillas del lago. Salta a la vista que no ha parado de pensar en ella. Es la primera vez que se muestra realmente amable, y me sorprende lo mucho que me molesta.

—Está enferma —contesto, irritada.

—Nada grave, espero.

No sé por qué me duele tanto el evidente interés de Kartik por Pippa. No hay nada entre nosotros. No hay nada que nos una salvo este secreto oscuro que ninguno de los dos desea. No es el anhelo de Kartik lo que duele. Es el mío. Es saber que yo nunca tendré lo que tiene ella: una belleza tan poderosa que ejerce esa clase de atracción. Siento que siempre tendré que perseguir lo que sea que quiera. Siempre tendré que preguntarme si soy deseada de verdad o si simplemente se han conformado conmigo.

—No, nada grave —digo, tragando saliva—. ¿Y ahora puedo entrar?

Hago ademán de retirar la cortina, pero él me agarra la muñeca.

—No vuelvas a hacerlo —advierde.

A continuación me empuja hacia la tienda y se aleja en dirección al bosque para convertirse en los ojos de la noche, siempre vigilándome.

—Ah, ya estás aquí —dice Felicity desde una mesa pequeña a la que están sentadas con la vieja gitana—. La Madre Elena nos contaba una historia muy interesante: según ella, Ann será una gran belleza.

—Me ha dicho que tendré muchos admiradores —la interrumpe Ann, emocionada.

La Madre Elena me hace una seña con el dedo.

—Acércate, niña. La Madre Elena te echará la buena ventura.

Me abro paso entre las pilas de libros, pañuelos de vivos colores, frascos de hierbas y tinturas de toda clase que llenan la tienda. Un farol cuelga de un gancho detrás de la anciana. La luz es intensa y veo su rostro arrugado y moreno. Lleva pendientes en las orejas y anillos en cada dedo. Me acerca un cesto con unos cuantos chelines en el fondo.

Felicity se aclara la garganta y susurra:

—Dale unos peniques.

—Pero entonces no me quedará nada hasta que venga mi familia el día de la Asamblea —contesto.

—Dale los peniques —dice entre dientes con una sonrisa.

Con un profundo suspiro, echo mis últimas monedas en el cesto. La Madre Elena lo sacude. Satisfecha con el tintineo, vacía el contenido en su monedero.

—Y ahora decidme, ¿qué queréis? ¿Las cartas? ¿La mano?

—Madre Elena, creo que a nuestra amiga le interesaría oír la historia que nos contaba de las dos niñas de Spence.

—Ah, sí, sí. Pero no con Carolina aquí. Carolina, vete a buscar agua.

No hay nadie más en la habitación. Empiezo a ponerme nerviosa. La Madre Elena da ligeras palmadas a la baraja de cartas. Ladea la cabeza como si quisiera escuchar algo que ha olvidado: el trozo de una canción o una voz del pasado. Y cuando me mira, es como si fuéramos viejas amigas que acaban de encontrarse.

—¡Ah, Mary, qué agradable sorpresa! ¿Qué puede hacer hoy por ti la Madre Elena? Tengo unos pasteles de miel deliciosos, de lo más dulces. Toma.

Sirve pasteles imaginarios en una bandeja imaginaria. Las tres nos miramos. ¿Está actuando o es que la pobre vieja está como un cencerro? Me ofrece la supuesta bandeja.

—Mary, querida, no seas tímida. Coge un dulce. Te has cambiado el peinado. Te sienta bien.

Felicity asiente con la cabeza y me insta a que le siga la corriente.

—Gracias, Madre.

—¿Y dónde está nuestra alegre Sarah?

—¿Nuestra Sarah? —titubeo.

—Se ha ido a practicar la magia que usted le ha enseñado —se apresura a contestar Felicity.

La Madre frunce el entrecejo.

—¿Qué yo le he enseñado? La Madre no juega con esas cosas. Sólo con las hierbas y los conjuros para el amor y la protección. Te refieres a ellas.

—¿Ellas? —repito.

—Las mujeres que vienen al bosque —susurra—. A enseñar sus conocimientos. La Orden. De eso no puede salir nada bueno, Mary, hazme caso.

Estamos construyendo un castillo de naipes. Basta con una palabra equivocada para que se derrumbe toda la torre antes de completarla.

—¿Y usted cómo sabe qué nos enseñan? —pregunto. La mujer se da unos golpecitos en la sien con un nudoso dedo.

—La Madre sabe. La Madre ve. Ellas ven el futuro y el pasado. Le dan forma. — Se inclina hacia mí—. Ven el mundo de los espíritus.

Siento que la habitación da vueltas hasta convertirse en una imagen borrosa y de pronto se detiene otra vez. Aunque hace frío, el sudor que me resbala por el cuello me empapa el vestido.

—¿Se refiere a los reinos?

La madre asiente con la cabeza.

—¿Y usted puede entrar en los reinos, Madre? —pregunto.

Las palabras reverberan en mis oídos. Tengo la boca seca.

—Ah, no. Sólo los vislumbro. Pero Sarah y tú sí habéis ido, Mary. Mi Carolina me ha dicho que le habéis traído brezo fresco y mirto del jardín. —La sonrisa de la Madre se desvanece—. Pero hay otros lugares. Las Tierras Invernales. Ay, Mary, temo lo que vive allí... Temo por Sarah y por ti...

—Sí, ¿qué sabe de Sarah...? —pregunta Felicity.

La Madre vuelve a fruncir el entrecejo.

—Sarah es una chica ávida y quiere algo más que conocimientos. Quiere poder. Debemos apartarla del camino equivocado, Mary. Debemos apartarla de las Tierras Invernales y de las cosas oscuras que habitan allí. Temo que Sarah las atraiga, que alguna se una a ella, y eso corrompa su mente.

Me da unas palmadas en la mano. Siento en los nudillos su piel seca y agrietada. Estoy a punto de desmayarme. Tengo que hacer un enorme esfuerzo para seguir adelante.

—¿Qué... cosas oscuras?

—Espíritus heridos, llenos de rabia y de odio. Quieren volver a este mundo. Descubrirán vuestra debilidad y se aprovecharán de ella.

Felicity no se cree ni una palabra. A espaldas de la Madre, hace una mueca. Pero

yo he visto la oscuridad moverse y gritar.

—¿Y ella cómo podía atraer a un ser así?

Pese al frío, estoy empapada de sudor y atontada.

—La cosa le pide un sacrificio y, a partir de ese momento, ella tendrá poder —susurra la Madre—. Pero quedará ligada para siempre a la oscuridad.

—¿Qué clase de sacrificio? —consigo preguntar a duras penas con voz ronca.

La Madre Elena, con ojos vidriosos, se esfuerza por recordar. Levantando la voz, repito:

—¿Qué clase de sacrificio?

—No te dejes llevar tanto..., Mary —dice Ann entre dientes.

La mirada distante de la Madre se ha desvanecido. Me observa con recelo.

—¿Quién eres?

Felicity intenta hacerla volver.

—Es su Mary, Madre Elena. ¿No se acuerda?

La Madre gimotea como un animal asustado.

—¿Dónde está Carolina con el agua? Carolina, no seas mala. Ven conmigo.

—Mary puede acompañarla a buscarla —sugiere Felicity.

—¡Basta! —grito.

—Mary, ¿eres tú que has vuelto a mí tras tanto tiempo?

La madre me rodea el rostro con sus manos ajadas.

—Soy Gemma —digo con dificultad—. Gemma, no Mary. Lo siento, Madre.

La Madre Elena retira las manos. Se le abre el pañuelo y queda a la vista el brillo del ojo de luna creciente en torno al cuello curtido. Retrocede.

—Tú. Tú nos lo has traído.

Los perros ladran cuando alza la voz.

—Creo que debemos irnos —señala Ann.

—Nos has destruido. Lo has perdido todo...

Felicity echa otro chelín a la mesa.

—Gracias, Madre. Nos ha ayudado mucho. Los pasteles de miel estaban deliciosos.

—¡Has sido tú!

Me tapo los oídos. Su voz reverbera en el bosque, como el aullido de un animal, una hembra que llora la muerte de su cría devorada por un depredador en el gran ciclo de la vida. Es ese sonido más que otra cosa lo que me impulsa a salir corriendo, pasando ante los hombres, ahora ya demasiado borrachos para ir tras nosotras, dejando atrás a Felicity y Ann. No me detengo hasta adentrarme en el bosque. Estoy sin aliento y a punto de desmayarme. El maldito corsé. Con los dedos ateridos por el frío, tiro de los cordones pero no puedo desatármelos. Al final, caigo de rodillas y lloro de frustración. Siento la mirada de él incluso antes de verlo. Pero ahí está,

mirando: simplemente mirando.

—¡Déjame en paz! —grito.

—¡Vaya una manera de tratarnos! —exclama Felicity, que aparece jadeando, y Ann está detrás de ella, también sin resuello—. ¿Se puede saber qué demonios te ha pasado ahí dentro?

—Es que... es que me he asustado —contesto, intentando recobrar el aliento.

Kartik sigue ahí. Siento su presencia.

—La Madre Elena tal vez esté loca, pero es inofensiva. O tal vez no esté nada loca. A lo mejor, si no te hubieras ido corriendo, habría acabado su numerito y nos habría dicho la buenaventura; has malgastado cinco peniques inútilmente.

—Lo siento —farfullo.

Ya no hay nadie detrás del árbol. Se ha ido.

—¡Qué noche! —murmura Felicity, y se pone a caminar, dejándome de rodillas bajo la mirada vigilante de las lechuzas.

En el sueño, corro, y mis pies se hunden en la tierra fría y lodosa a cada paso. Me detengo a la entrada de la tienda de Kartik. Está durmiendo, destapado, su pecho desnudo expuesto como una escultura romana. Una línea de vello oscuro desciende por su abdomen terso y desaparece bajo la cintura del pantalón, en un mundo que desconozco.

Su rostro. Sus mejillas, nariz, labios, ojos. Bajo los párpados, los ojos se mueven rápidamente. Las espesas pestañas descansan sobre los pómulos. La nariz, pronunciada y recta, desciende en perfecta proporción hasta la boca, que tiene ligeramente abierta para respirar.

Quiero volver a saborear esa boca. El deseo se apodera de mí y me quedo inmóvil, con sensación de mareo. Sólo existe el deseo. Pienso en acercar mis labios a los suyos y es como si me derritiera. Sus ojos negros se abren, me ven. La escultura cobra vida. Cuando se levanta, se flexiona cada músculo de su cuerpo; me obliga a tenderme y se echa sobre mí. Bajo su peso, el aire escapa de mis pulmones como de un fuelle y, aun así, suena como el más suave de los suspiros. Y su boca vuelve a estar junto a la mía, un calor, una presión, una promesa de lo que está por venir, una promesa que quiero ver cumplida.

Sus dedos son un susurro en mi piel. Un pulgar se desliza hacia mi pecho, traza círculos alrededor. Acercó la boca a la piel salada de su cuello. Siento que una rodilla me aparta los muslos. Algo se desploma dentro de mí. Es como si dejara de respirar por un momento. Estoy vacía. Busco.

Los dedos cálidos van bajando, vacilan y luego rozan una parte de mi cuerpo que todavía no entiendo, un lugar que no me he permitido explorar.

—Espera —susurro.

No me oye o no quiere oírme. Sus dedos, fuertes y seguros y no del todo rechazados, vuelven, y noto el contacto de toda la palma de su mano. Quiero huir. Quiero quedarme. Quiero las dos cosas a la vez. Su boca se une a la mía. Estoy clavada en el suelo por decisión de él. Podría flotar, perderme dentro de él y volver a renacer siendo otra persona. Frota la piel de mi pecho con el pulgar y experimento una deliciosa sensación de estar en carne viva, como si nunca antes hubiera sentido verdaderamente la piel. Todo mi cuerpo se eleva para acoger su presión. Su decisión podría ser la mía. Podría engullirme si llegase a dejarme ir. Dejarme ir. Dejarme ir. Dejarme ir.

No.

Apoyo las manos en la piel resbaladiza de su pecho y lo empujo hacia atrás. Él se aparta. Al dejar de sentir su peso, me siento como si me hubieran amputado un miembro y la irresistible necesidad de atraerlo de nuevo hacia mí. Le brilla la frente por el sudor, cuando parpadea en sueños, confuso y aturdido. Está otra vez dormido, tal como lo he encontrado. Un ángel oscuro fuera de mi alcance.

Es un sueño, sólo un sueño. Eso me digo cuando despierto, jadeando, en mi propia cama, en mi propia habitación, con Ann roncando plácidamente a unos pasos de mí.

Sólo es un sueño.

Pero parecía tan real... Me llevo los dedos a los labios. No los tengo hinchados por los besos. Estoy intacta. Pura. Una mercancía útil. Kartik está muy lejos de aquí, perdido en un sueño que nada tiene que ver conmigo. Pero esa parte de mí que no he explorado me duele, y tengo que tumbarme de lado con las rodillas juntas para aliviarme la molestia.

Sólo es un sueño.

Pero lo que me da más miedo es lo mucho que deseo que no lo sea.



El doctor Thomas ha dictaminado que Pippa está plenamente recuperada y, como es domingo y ya hemos ido a misa, tenemos toda la tarde para hacer lo que queramos. Nos encontramos junto al lago, lanzando los últimos pétalos de las flores de finales del verano a su superficie en calma. Ann se ha quedado a ensayar su aria para el día de la Asamblea: el día en que nuestras familias vendrán a Spence para ver cómo nos estamos convirtiendo en mujeres maravillosas. Tiro un puñado de flores silvestres desmenuzadas. Permanecen inmóviles en el lago hasta que la brisa las arrastra hacia el centro y se quedan ahí, absorbiendo el agua poco a poco hasta hundirse por completo. Al otro lado del lago, varias niñas más pequeñas, sentadas en una manta, hablan y comen ciruelas sin hacernos caso como tampoco nosotras se lo hacemos a ellas.

Pippa está tumbada en el bote de remos. No recuerda nada de lo sucedido antes del ataque, y me alegro. Está muy avergonzada por su falta de control, por lo que pudo haber dicho o hecho.

—¿Hice ruidos vulgares? —pregunta.

—No —contesto para tranquilizarla.

—En absoluto —añade Felicity.

Apoyada en la proa, Pippa relaja los hombros. Al cabo de unos segundos, asaltada por una nueva preocupación, vuelve a tensarlos.

—¿No... no me habré hecho nada encima? —Apenas puede decirlo.

—¡No, no! —contestamos Felicity y yo al unísono.

—Es vergonzoso, ¿verdad? Mi enfermedad.

Felicity entrelaza flores pequeñas para formar una corona.

—No más vergonzoso que tener una madre que es una consorte a sueldo.

—Lo siento, Felicity. No tenía que haberlo dicho. ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar. Es la verdad.

—La verdad —dice Pippa con desprecio—. Mi madre dice que no debo permitir que nadie se entere de mis ataques. Dice que si siento que voy a tener uno, debo decir que me duele la cabeza y marcharme. —Ríe con amargura—. Cree que debería ser capaz de controlarlo.

Sus palabras tiran de mí como un ancla. Quiero decirle desesperadamente que la entiendo. Quiero contar mi secreto. Me aclaro la garganta. El viento cambia de dirección y lanza los pétalos hacia mi pelo. Siento que ha pasado el momento, que se hunde bajo la superficie de las cosas, escondiéndose de la luz.

—Pasando a un tema más alegre —dice Pippa—, mi madre me ha dicho que mi padre y ella tienen una sorpresa para mí. Espero que sea un corsé nuevo. Las ballenas de este se me clavan cada vez que respiro. ¡Santo cielo!

—Tal vez no deberías comer tantos *tofes* —observa Felicity.

Pippa está demasiado cansada para indignarse en serio. Afecta enfado.

—¡No estoy gorda! ¡En absoluto! Mi cintura sólo mide cuarenta centímetros.

Pippa tiene una cintura de avispa, como les gustan a los hombres, según dice. Nuestros corsés nos envuelven y doblegan para adaptar nuestros talles a esta exigencia de la moda, a pesar de que nos cuesta respirar y a veces nos mareamos por la presión. No tengo ni idea de las medidas de mi cintura. Yo no soy en absoluto delicada y tengo los hombros como los de un chico. Toda esta conversación me aburre.

—¿Este año vendrá tu madre, Fee? —pregunta Pippa.

—Está visitando a unos amigos. En Italia —contesta Felicity mientras termina su corona.

Se la pone en la cabeza como una reina de hadas.

—¿Y tu padre?

—No lo sé. Espero que sí. Me encantaría que las tres lo conocierais, y que él vea que tengo amigas de carne y hueso. —Sonríe con tristeza—. Creo que temía que yo me convirtiera en una de esas chicas hoscas a las que nunca invitan a ningún sitio. Era un poco así después de que mi madre se... marchara.

Esa es la palabra que flota en el aire, que nadie dice. Pertenece a la misma lista que «vergüenza», «secretos», «miedo», «visiones» y «epilepsia». Todas esas cosas no expresadas son un lastre que nos distancia a unas de otras. Cuanto más intentamos salvar esa distancia, mayor es el peso que nos impide acercarnos.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo ves? —pregunto.

—Tres años.

—Seguro que esta vez vendrá —dice Pippa—. Y estará muy orgulloso cuando vea que te has convertido en toda una señorita.

Felicity sonríe y es como si reflejase los rayos del sol sobre nosotras.

—Sí, sí, en eso me he convertido, ¿verdad? Creo que estará contento. Si viene.

—Te dejaría mis guantes nuevos de cabritilla, pero mi madre espera vérmelos puestos como prueba de que somos alguien —comenta Pippa con un suspiro.

—¿Y tu familia? —Felicity dirige su penetrante mirada hacia mí—. ¿Van a venir los misteriosos Doyle?

Mi padre no me ha escrito en las últimas dos semanas. Pienso en la última carta de mi abuela:

*Mi querida Gemma:*

*Espero que estés bien. He tenido una pequeña neuralgia, pero no debes preocuparte porque el médico ha dicho que es sólo por la tensión de atender a tu padre y que se me pasará cuando vuelvas a casa y me ayudes a compartir la carga como debe hacer toda buena hija. Tu padre parece hallar consuelo en el jardín, donde se pasa largas horas sentado en un banco, con la mirada perdida, moviendo la cabeza, pero por lo demás está en paz.*

*No te preocupes por nosotros. Estoy segura de que mi dificultad para respirar no es nada grave. Te veremos*

dentro de un par de semanas junto con Tom, que te envía recuerdos y pregunta si ya le has encontrado una buena esposa, aunque seguro que lo dice en broma.

Con cariño, tu abuela.

Cierro los ojos e intento borrarlo todo de mi mente.

—Sí, van a venir.

—No parece que te haga mucha ilusión.

Me encojo de hombros.

—Tampoco he pensado mucho en ello.

—Nuestra misteriosa Gemma —dice Felicity, demasiado certera en su juicio sobre mí para que me sirva de consuelo—. Ya averiguaremos lo que nos escondes.

—Tal vez una tía loca en el desván —interviene Pippa.

—O un maníaco sexual que acecha a las muchachas —dice Felicity enarcando las cejas.

Pippa chilla horrorizada, pero la sola idea le encanta.

—Os habéis olvidado del jorobado —añado con una risa falsa.

Estoy agrandando la distancia entre nosotras, las envío a la otra orilla.

—¡Un depravado sexual jorobado! —exclama Pippa.

Sin duda ya se ha recuperado. Las tres nos reímos. El bosque absorbe nuestras carcajadas en forma de ecos breves y entrecortados, pero hemos llamado la atención de las niñas más pequeñas del otro lado del lago. Con sus uniformes blancos y almidonados, parecen somormujos perdidos que salpican el paisaje. Nos miran con los ojos entrecerrados; luego se vuelven y siguen charlando.

El cielo de septiembre presenta un aspecto inestable. De pronto está gris y amenazador; de pronto adquiere prometedores tonos azulados.

Felicity reclina la cabeza contra la orilla cubierta de hierba. El pelo se le extiende en abanico en torno a su rostro pálido como si fuera un mandala.

—¿Creéis que lo pasaremos bien esta noche en la sesión espiritista de *lady* Wellstone?

—Según mi padre, eso del espiritismo es una bobada —dice Pippa, meciendo el bote con el pie descalzo—. Pero ¿qué es exactamente el espiritismo?

—Es la creencia de que los espíritus pueden hablarnos desde el más allá a través de una médium como *madame* Romanoff —explica Felicity.

Las dos nos enderezamos, pensando lo mismo.

—¿Pensáis que...? —empieza a decir Felicity.

—¿...que podríamos pedirle que se pusiera en contacto con Sarah o Mary? —acabo yo.

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¡Genial! —A Pippa se le demuda el rostro—. Pero ¿cómo vamos a decírselo?

Tiene razón, claro. *Madame* Romanoff nunca iría a visitar a un grupo de colegialas. Tenemos tantas posibilidades de comunicarnos con los muertos como de ser parlamentarias.

—Yo se lo pido si me ayudáis a congraciarme con *madame* Romanoff — propongo.

—Dejádmelo a mí —dice Felicity con una sonrisa.

—Si te lo dejamos a ti, me temo que acabaremos todas en apuros —dice Pippa, y se echa a reír.

Felicity se levanta como un rayo y, con dedos ágiles, desamarra el bote de Pippa y lo lanza hacia el centro del lago de un empujón. Pippa se levanta con dificultad para coger la cuerda pero ya es tarde. Se está alejando, abriéndose paso por la superficie del agua.

—¡Tirad la cuerda! ¡Quiero volver!

—Eso no ha sido muy amable de tu parte —reprocho.

—Tiene que saber cuál es su sitio —dice Felicity en respuesta.

Aun así, le lanza un remo. No llega y queda flotando en la superficie.

—Ayúdame a traerla —digo.

Las niñas somormujo se han levantado y nos miran risueñas. Les divierte nuestro mal comportamiento.

Felicity se sienta en el suelo y se ata un cordón de la bota.

Con un suspiro, pregunto a Pippa:

—¿No llegas al remo?

Tiende la mano por encima de la borda del bote hacia el remo, que está muy cerca. No lo alcanza, pero se estira más intentándolo. El bote se ladea precariamente. Pippa cae al agua chapoteando y pega un grito. Felicity y las otras niñas se ríen a carcajadas. Pero recuerdo la breve visión que tuve justo antes del ataque de Pippa, los ruidos escalofriantes del chapoteo y el grito ahogado de Pippa sumergida en el agua turbia.

—¡Pippa! —grito, abalanzándome hacia la gelidez del lago.

Alargo una mano y encuentro una pierna. La tengo, y tiro de ella con toda mi fuerza.

—¡Agárrate! —farfullo mientras vuelvo con Pippa a la orilla sujetándola por la cintura.

Ella intenta zafarse.

—Gemma, ¿qué haces? ¡Suéltame! —Se separa. El agua sólo le llega hasta los hombros—. Puedo caminar desde aquí, gracias —dice indignada, aparentando indiferencia a las risas y los dedos que la señalan desde el otro lado del lago.

Me siento ridícula. Recuerdo claramente la impresión de Pippa luchando bajo el agua durante mi visión. Supongo que no recuerdo bien las cosas a causa del susto. De

todos modos, aquí estamos, empapadas pero sanas y salvas. Y eso es lo único que importa.

—Voy a estrangularte, Felicity —murmura Pippa mientras intenta mantenerse erguida en el agua.

Aliviada al ver que está bien, la abraza y casi la hundo otra vez.

—¿Qué haces? —chilla, dándome manotazos como si yo fuera una araña.

—Lo siento —me disculpo—. Lo siento.

—Estoy rodeada de locas —gruñe mientras se arrastra hasta la hierba—. ¿Y dónde se ha metido Felicity?

No hay nadie en la orilla. Es como si se hubiera esfumado. Pero entonces la veo desaparecer en el bosque, con la corona de margaritas ceñida en la cabeza. Se marcha tan tranquila, sin siquiera mirar atrás para ver si estamos bien.

El cartel escrito a mano en la elegante casa de Grosvenor Square reza:

UNA VELADA DE TEOSOFÍA Y ESPIRITISMO CON *MADAME* ROMANOFF,  
 GRAN VIDENTE DE SAN PETERSBURGO.  
 ELLA, QUE TODO LO SABE.  
 ELLA, A QUIEN TODO LE ES REVELADO.  
 SESIÓN ÚNICA.

Las calles de Londres son un cuadro impresionista de adoquines brillantes, farolas anaranjadas, setos bien podados y paraguas negros. El dobladillo se me ha mojado en los charcos y el vestido me pesa. Corremos a refugiarnos en las puertas abiertas, pisando con cuidado el suelo resbaladizo con nuestros delicados zapatos de vestir.

La clase social de los asistentes salta a la vista de inmediato. Los hombres en esmoquin y sombrero de copa. Las mujeres con sus joyas y guantes de ópera. Todas vestimos nuestras mejores galas. Nos sentimos extrañas y maravillosas con nuestras sedas y enaguas en lugar del habitual uniforme de la escuela. Cecily ha aprovechado la ocasión para presumir de un sombrero nuevo. No tiene edad para llevarlo y se destaca de manera ostensible, pero es la última moda, y se ha empeñado en ponérselo. *Mademoiselle* LeFarge luce un vestido de seda verde de cuello alto con volantes, sombrero a juego y un par de pendientes de granates en forma de lágrimas. Todas la colmamos de elogios.

—Está usted impresionante —dice Pippa al entrar en el imponente vestíbulo de mármol y pasando ante los atentos mayordomos.

—Gracias, querida. Siempre es importante ir bien arreglada.

Cecily se pavonea, convencida de que acaba de recibir un cumplido.

Nos conducen a través de tupidas cortinas a un invernadero con capacidad de sobra para doscientas personas. Pippa estira el cuello para inspeccionar al público.

—¿Veis a algún hombre atractivo menor de cuarenta años?

—¡Por favor, Pippa! —la reprende Felicity—. Sólo te interesaría el más allá si hubiese alguna posibilidad de encontrar marido allí.

Pippa hace un mohín.

—*Mademoiselle* LeFarge se toma esto en serio, y no he visto que te burlaras de ella.

Felicity pone los ojos en blanco.

—*Mademoiselle* LeFarge nos ha traído desde Spence a una de las casas más de moda de Londres. Por mí puede buscar a Enrique VIII. No olvidemos nuestra misión, ¿de acuerdo?

*Mademoiselle* LeFarge aposenta su mole en una silla con un cojín rojo y las

demás la seguimos. La gente empieza a sentarse. Al frente está el escenario con una mesa y dos sillas; sobre la mesa una bola de cristal.

—Esa bola de cristal le permite ponerse en contacto con los espíritus de los muertos —susurra *mademoiselle* Le Farge mientras lee el programa.

Detrás de nosotras, un caballero oye nuestros cuchicheos y saluda con la cabeza a *mademoiselle* LeFarge.

—Me siento en la obligación de decirle, señora, que esto no es más que un juego de manos. Trucos de magia.

—Ah, no, señor, se equivoca —interviene Martha—. *Mademoiselle* LeFarge ha visto a *madame* Romanoff cuando estaba en trance.

—¿Ah, sí? —pregunta Pippa con los ojos muy abiertos.

—Me ha hablado de sus dotes una prima que es íntima de una muy buena amiga de la cuñada de *lady* Dorchester —afirma *mademoiselle* LeFarge—. Es una médium increíble.

El caballero sonrío. Su sonrisa es amable y cálida, como la propia *mademoiselle* LeFarge. Lástima que esté comprometida, pues ese hombre me cae bien y creo que sería un marido estupendo.

—Me temo, querida señorita, querida *mademoiselle* —dice, pronunciando la palabra con énfasis—, que la han engañado. El espiritismo tiene tanto de ciencia como el robo. Pues de eso se trata: de timadores muy hábiles que estafan a quienes han perdido a seres queridos y están dispuestos a pagar a cambio de un pequeño rayo de esperanza. La gente ve lo que quiere ver cuando lo necesita.

Se me encoge el corazón en el pecho. ¿Es posible que yo vea a mi madre, que tenga esas visiones, sólo porque quiero o necesito verlas? ¿Puede el dolor ejercer un efecto tan poderoso? Y sin embargo conservo aquel trozo de tela. Sólo albergo la esperanza de saber algo con certeza antes de que acabe la velada.

*Mademoiselle* LeFarge aprieta los labios.

—Se equivoca, señor.

—Si la he disgustado, lo siento. Soy el inspector Kent de Scotland Yard. —Le da una tarjeta con las letras en relieve, que ella rechaza. Con calma, él vuelve a guardársela en el bolsillo de la pechera—. Supongo que habrá venido para entrar en contacto con un ser querido. ¿Con un hermano o un primo difunto?

Está indagando, pero *mademoiselle* LeFarge no se da cuenta de que le interesa algo más que su preocupación por lo oculto.

—Estoy aquí como simple observadora de la ciencia y como acompañante de mis alumnas. Y ahora, si nos disculpa, parece que la sesión está a punto de empezar.

Varios hombres recorren rápidamente los pasillos laterales de la sala bajando la intensidad de la luz de las lámparas de gas. Visten camisas negras de cuello alto y fajas rojas alrededor de la cintura. Una mujer atractiva con una túnica larga y suelta

de color verde bosque sube al escenario. Lleva los ojos ribeteados de *kohl* negro y turbante con una pluma de pavo real. *Madame* Romanoff. Cierra los ojos y levanta una mano hacia el público como si nos palpara. Cuando llega al lado izquierdo de la sala, abre los ojos y fija la mirada en un hombre robusto sentado en la segunda fila.

—Usted, señor. Los espíritus desean comunicarse con usted. Por favor, venga a sentarse conmigo —dice con pronunciado acento ruso.

El hombre obedece y se sienta a la mesa. *Madame* Romanoff observa la bola de cristal y se le relajan los músculos. En ese estado, le dice al hombre:

—Tengo un mensaje para usted del más allá...

El hombre, impaciente y sudoroso, se inclina hacia delante.

—¡Sí! Soy todo oídos. ¿Es de parte de mi hermana? Por favor, Dora, ¿eres tú?

*Madame* Romanoff habla con voz aguda y dulce como la de una niña.

—Johnny, ¿eres tú?

El hombre lanza una exclamación de alegría y dolor.

—¡Sí, sí, soy yo, mi querida, mi queridísima hermana!

—Johnny, no debes llorar. Aquí soy muy feliz, acompañada de todos mis juguetes.

Escuchamos boquiabiertas. En el escenario, el hombre y su hermanita disfrutan de una emotiva reunión, con lágrimas y declaraciones de amor eterno. Apenas puedo quedarme quieta. Quiero que acaben ya para poder ocupar mi lugar junto a la médium.

A nuestras espaldas, el inspector se inclina y dice:

—Una actuación brillante. El hombre es un cómplice, por supuesto.

—¿Cómo? —pregunta Ann.

—Lo sientan entre el público para que parezca un espectador honrado, uno más entre la multitud. Pero está conchabado con ella.

—Hágame el favor, caballero. —*Mademoiselle* LeFarge se abanica con el programa.

El inspector Kent la saluda con la cabeza y se reclina otra vez en la silla. No puedo evitar cierta simpatía hacia él, con sus manos anchas y su poblado bigote. Ojalá *mademoiselle* LeFarge le diera una oportunidad. Pero ella sigue fiel a su Reginald, el misterioso novio, como debe ser, aunque nunca lo hayamos visto visitarla.

Tras beber un vaso de agua, *mademoiselle* Romanoff llama a varias personas más. A algunas les hace preguntas aparentemente muy generales, pero todas se apresuran a contar sus historias. Casi parece que ella las engatusa para que contesten sin su ayuda. Pero yo nunca he visto a una médium en acción y no estoy segura de que así sea.

Felicity se inclina y me susurra al oído:



—¿Estás lista?

Se me revuelve el estómago.

—Creo que sí.

*Mademoiselle* LeFarge nos manda callar. Elizabeth y Cecily nos miran con recelo. En el escenario, *madame* Romanoff pide un último candidato. Felicity se pone en pie como una flecha y me levanta a mí tirándome del brazo.

—Por favor, *madame* —dice, dando la impresión de que está a punto de llorar cuando en realidad está conteniendo un ataque de risa—. Mi amiga es demasiado recatada para pedir su ayuda. ¿Podría ayudarla a hablar con su querida y difunta madre, la señora Sarah Rees-Toome?

Se oye un coro de murmullos y gritos ahogados. Se me ha cortado la respiración.

—Eso sobraba —digo entre dientes.

—Quieres que sea creíble, ¿no? Además, a lo mejor sacas algo de provecho ahí arriba.

—¡Niñas, siéntense ahora mismo!

*Mademoiselle* LeFarge me tira con fuerza de la falda para obligarme a tomar asiento. Pero es inútil. *Madame* Romanoff ha aceptado la petición de Felicity. Dos de sus auxiliares se acercan y me acompañan por el pasillo. No sé si matar a Felicity o darle las gracias. A lo mejor también pueda comunicarme con mi madre. Me sudan las palmas de las manos sólo de pensar que dentro de unos instantes quizá vuelva a hablar con ella, aunque tenga que hacerlo a través de una médium y el espíritu de Sarah Rees-Toome.

Al subir al pequeño escenario, oigo el susurro de los programas, los murmullos del público mezclados con los suspiros de los decepcionados que han perdido la oportunidad de hablar con los difuntos, una oportunidad usurpada por una pelirroja cuyos ojos verdes despiden destellos de esperanza.

*Madame* Romanoff me invita a sentarme. En la mesa hay un reloj de bolsillo abierto que marca las 21.48. Tiende las manos desde el otro lado de la mesa y coge la mía.

—Querida, me temo que has sufrido mucho. Todos debemos ayudar a esta señorita a encontrar a su querida madre. Cerremos los ojos y concentrémonos para ayudarla. Bien, ¿cómo se llama la difunta?

«Virginia Doyle. Virginia Doyle. Virginia Doyle». Cuando contesto, tengo la garganta seca y tensa.

—Sarah Rees-Toome.

*Madame* Romanoff pasa los dedos por la bola de cristal y dice en voz grave:

—Llamo al espíritu de la querida madre Sarah Rees-Toome. Alguien desea hablar contigo, alguien que necesita tu presencia aquí.

Por un instante, casi espero oír a Sarah decir que me vaya al cuerno, que la deje

en paz, que no siga fingiendo que la conozco. Pero sobre todo deseo oír la voz de mi madre, riéndose de mi engaño, perdonándomelo todo, incluso este inocente truco.

Desde el otro lado de la mesa, la voz de *madame* Romanoff no es ya un gruñido sino dulce como una salmodia.

—Querida, ¿eres tú? Ah, cuánto te he echado de menos.

Sólo entonces me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento, deseando una oportunidad, esperando un milagro. El corazón me late con una fuerza inusitada y no puedo evitar decir:

—¿Madre? ¿Eres tú?

—Sí, cielo, soy yo, tu querida madre.

Varios miembros del público se sorben la nariz. Mi madre nunca hablaría así. Suelto una mentira para ver qué pasa.

—Madre, ¿añoras mucho nuestra casa de Surrey? ¿Los rosales del jardín trasero, al lado del pequeño Cupido?

Estoy rogando que me diga: «Gemma, ¿qué te pasa? ¿Estás tonta o qué?». Algo. Cualquier cosa. Pero no esto.

—Ah, la estoy viendo ahora mismo, querida. Los campos verdes de Surrey. Las rosas de nuestro maravilloso jardín. Pero no me eches demasiado de menos, hija mía. Volveré a verte algún día.

El público se sorbe la nariz y emite sentimentales suspiros de aprobación mientras la mentira se vuelve amarga en mis entrañas. *Madame* Romanoff no es más que una simple actriz. Finge ser mi madre, una mujer llamada Sarah Rees-Toome que vive en una casa con un Cupido en el jardín, cuando mi propia madre era Virginia Doyle, una mujer que no pisó Surrey en su vida. Me gustaría demostrarle a *madame* Romanoff cómo es estar realmente del otro lado, donde los espíritus no se alegran de verte. No me doy cuenta de que estoy apretando con fuerza su mano, porque de pronto se produce un destello de luz, como si se abriera el mundo, y vuelvo a caer a lo largo del túnel, arrastrada a toda velocidad por mi propia rabia.

Pero esta vez no estoy sola.

De algún modo, he logrado llevar conmigo a *madame* Romanoff, como estuve a punto de hacer con Pippa. No tengo ni la menor idea de cómo ha ocurrido, pero aquí está, clara como el día, chillando como una verdulera.

—¡Diantre! ¿Dónde estoy? —La señora Romanoff es rusa, sí, pero una rusa salida de los bajos fondos de Londres, a juzgar por su verdadero acento—. ¿Qué clase de demonio es usted?

No puedo contestarle. Me he quedado sin habla. Estamos en un bosque oscuro y neblinoso, que reconozco de mis sueños. Tiene que ser el mismo bosque neblinoso que menciona Mary Dowd en su diario. Lo he conseguido. Estoy en los reinos. Y son tan reales como la estafadora que chilla a mi lado. Me agarra de la manga con fuerza.

—¿Y eso qué diantres es?

Algo se mueve entre los árboles. La niebla se desliza por el suelo. Empiezan a salir, uno por uno, hasta que hay veinte o más. Los muertos. Con las cuencas de los ojos vacías. Los labios pálidos. La piel estirada y brillante sobre los huesos. Una mujer harapienta lleva un recién nacido al pecho. Está empapada y le cuelgan del pelo tiras de vegetación verde y reluciente. Dos hombres avanzan tambaleándose con los brazos extendidos. Veo los muñones redondos allí donde les han cortado las manos. Siguen acercándose, emitiendo un murmullo espantoso: «Ven con nosotros. Ven con nosotros».

*Madame Romanoff* grita y se aferra a mí, colgándose prácticamente de mi costado.

—¿Qué demonios pasa aquí? ¡Santo cielo, sáqueme de aquí! ¡Por favor! No volveré a engañar a nadie, lo juro por la tumba de mi madre.

—Deteneos —digo, tendiendo la mano. Sorprendentemente, obedecen—. ¿Quién de vosotros es Sarah Rees-Toome?

Ninguno de los espíritus se mueve.

—¿Hay alguien entre vosotros que se llame así?

Nada.

—Dígales que se vayan —suplica *madame Romanoff*.

Coge una rama del suelo y, gruñendo de miedo, la agita con fuerza ante sí para ahuyentarlos.

De pronto la veo entre los árboles. La seda azul de su vestido. Oigo el ámbar cálido de su risa.

«Encuétrame si puedes, cariño».

Cojo a *madame Romanoff* por los hombros.

—¿Cómo se llama? Su nombre de verdad.

—Sally Carny —contesta con la voz ronca de miedo.

—Sally, escúcheme bien. Tengo que dejarla sola un momento, pero volveré enseguida. No le pasará nada.

—¡No, no me deje aquí sola con ellos, mala pécora, o cuando vuelva le arrancaré esos escalofriantes ojos verdes! ¡Ya verá como lo haré!

Sigue chillando, pero yo ya corro entre los árboles, persiguiendo ese rayo de esperanza azul, siempre fuera de mi alcance, hasta que llego a las ruinas de un templo. Hay un buda con las piernas cruzadas sentado en un altar rodeado de velas. Está todo muy tranquilo. No se oye nada salvo el canto de los pájaros. No hay nada que temer. Paso las yemas de los dedos por la llama azul anaranjada de las velas, pero no siento calor ni dolor. Por la puerta abierta entra un suave aroma de lirios. Pienso que ojalá pudiera ver esas flores de mi infancia, de mi madre y la India; de pronto aparecen por todas partes. La habitación se llena de flores blancas. «Lo he

conseguido sólo con pensarlo». Es tan hermoso que podría quedarme aquí para siempre.

—¿Madre? —digo en voz baja, esperanzada.

La habitación se ilumina. No la veo, pero la oigo.

—Gemma...

—Madre, ¿dónde estás?

—No puedo aparecer aquí ni quedarme mucho tiempo. Es posible que este bosque no sea un lugar seguro. Hay espías por todas partes.

No sé a qué se refiere. Sigo sin asimilar la idea de que estoy aquí. De que ella está aquí.

—Madre, ¿qué me está ocurriendo?

—Gemma, tienes muchos poderes, cariño.

El eco de su voz reverbera en el templo: «... cariño, cariño, cariño...».

Se me tensa la garganta.

—No lo entiendo. No puedo controlarlo.

—Ya lo conseguirás, con el tiempo. Pero debes usar tu poder, trabajar con él, de lo contrario se desvanecerá y morirá, y ya no podrás recuperarlo. Te espera un gran destino, Gemma, si así lo decides.

Aparece el mono del organillero. Se sienta sobre el hombro redondo del buda y me observa moviendo la cabeza a un lado y otro.

—Hay gente que no quiere que lo use. Me lo han advertido.

Mi madre contesta con voz serena, consciente de todo.

—Los Rakshana. Te temen. Temen lo que puede ocurrir si fracasas y, sobre todo, temen el poder que tendrás si lo consigues.

—¿Si consigo qué?

—Recuperar la magia de los reinos. Eres el vínculo con la Orden. Su magia está dentro de ti, cariño. Eres la señal que esperan desde hace muchos años. Pero también hay peligro. Ella también quiere tus poderes, y no dejará de buscar hasta que te encuentre.

—¿Quién?

—Circe.

«Circe. Circe. Circe».

—¿Quién es? ¿Dónde puedo encontrarla?

—Tiempo al tiempo, Gemma. Es demasiado poderosa para que te enfrentes con ella ahora.

—Pero... —Se me quiebra la voz a consecuencia del llanto—. Ella te asesinó.

—No te dejes llevar por el afán de venganza, Gemma. Circe ha elegido su camino. Tú debes elegir el tuyo.

—¿Cómo sabes todo eso?

Los bordes de los lirios empiezan a doblarse. Se oscurecen y arrugan; las hojas caen al suelo de piedra.

—Se nos ha acabado el tiempo. Aquí ya no estás a salvo. Vete.

—¡No, todavía no!

—Debes concentrarte en el lugar que has dejado atrás. La puerta de luz aparecerá. Crúzala.

—Pero ¿cuándo volveré a hablar contigo?

—Me encontrarás en el jardín. Es un lugar seguro.

—Pero ¿cómo...?

—Decídelo tú, y la puerta te llevará hasta allí. Tengo que irme.

—¡Espera, no te vayas!

Pero su voz se desvanece en una gélida cortina de susurros que se convierte en éter.

«Muévete. Muévete. Muévete».

La luz cobra tal intensidad que me ciega. Tengo que taparme los ojos con el brazo. Cuando vuelvo a abrirlos, el templo está en ruinas y el suelo cubierto de flores marchitas. Ella ha desaparecido.

Una espesa niebla flota entre los árboles cuando voy a buscar a Sally Carny. Apenas veo nada, pero no es por la niebla. Es por las lágrimas. Mi mayor deseo es volver a esa habitación con olor a lirio y reunirme con mi madre. Una figura oscura aparece en el sendero ante mí y, por un instante, me olvido de todo salvo del terror que corre por mis venas y de las palabras de mi madre al advertirme que me buscan.

Es un hombre alto de hombros anchos. Lleva el uniforme militar de la guardia de Su Majestad: no de oficial, sino de soldado raso. Se acerca tímidamente, con el sombrero en las manos. Tiene un rostro dulce y juvenil que me resulta familiar. Salvo por su palidez sobrenatural, podría ser el vecino de la casa de al lado o un ser querido de una foto de familia.

—Perdone, pero ¿es usted la que estaba con mi Polly esta tarde?

—¿Polly? —repito.

Estoy hablando con un fantasma, de modo que puedo infringir las normas de cortesía. Estoy segura de haberlo visto antes.

—Sin duda la he visto con ella, la señorita Polly LeFarge.

Un hombre de uniforme. Una sonrisa distante. Una foto deslucida en un escritorio ordenado. Reginald, el amado de *mademoiselle* LeFarge, en realidad está muerto y enterrado, no es más que un recuerdo que ella no puede abandonar.

—¿Se refiere a *mademoiselle* LeFarge? ¿Mi profesora? —pregunto en voz baja.

—Sí, señorita. Mi Polly hablaba a menudo de dar clases, pero le prometí que ganaría mucho dinero en el ejército y luego volvería a casa y me ocuparía de ella

como es debido, con una boda en la iglesia y una casita en Dover. A mi Polly le encanta el mar.

—Pero no volvió a casa —digo, preguntándolo más que afirmándolo, como si yo todavía esperara que él entrara un día en el aula.

—La gripe —dice Reginald. Baja la mirada hacia el sombrero, le da vueltas con las manos como a las ruedas de la fortuna en las ferias—. ¿Puede darle un mensaje a mi Polly de mi parte, señorita? ¿Puede decirle que Reggie siempre la querrá, y que todavía conservo la bufanda que me tejí la Navidad antes de irme? Aguantó bien, sin duda. —Me sonrío y, aunque veo el color azul de sus labios, sigue siendo una sonrisa agradable, sincera—. ¿Me hará ese favor, señorita?

—Sí —susurro.

—Le estoy muy agradecido por ayudarme a pasar. Y ahora creo que debe volver. Si se queda aquí, la buscarán.

Se pone el sombrero y vuelve a adentrarse en la niebla por donde ha salido hasta desaparecer.

Encuentro a *madame* Romanoff, también llamada Sally Carny, cantando viejos salmos con voz trémula. Los muertos se han ido, pero ella sigue aferrada a la rama desesperadamente. Cuando me ve, casi se tira a mis brazos.

—¡Por favor, sáqueme de aquí!

—¿Por qué habría de sacarla de aquí después de la manera tan displicente en que trata a quienes lloran la muerte de sus seres queridos?

—Nunca he pretendido hacer daño a nadie, señorita, se lo juro. No puede echarle la culpa a una mujer cuya única intención es ganarse la vida.

Es verdad, no puedo. Si no se dedicara a esto, Sally Carny estaría en la calle, abriéndose paso por medios mucho más odiosos y dañinos para el alma.

—De acuerdo, la sacaré de aquí, pero sólo con dos condiciones.

—Haré lo que sea.

—Primero: nunca, bajo ninguna circunstancia, y eso incluye borracheras en público, le contaré a nadie lo que ha ocurrido aquí esta noche. Porque si lo hace...

Me callo, pues no sé muy bien con qué amenazarla, pero da igual. Sally se ha llevado la mano al corazón.

—Pongo a Dios por testigo: ni una palabra.

—Lo tendré en cuenta. En cuanto a la segunda condición... —Estoy pensando en el rostro amable de *mademoiselle*—. Le transmitirá un mensaje del mundo de los espíritus a un miembro del público, una mujer que se llama Polly. Debe decirle que Reggie quiere mucho a su Polly, y que todavía guarda la bufanda que le tejí en Navidad. —Lo siguiente me lo invento yo—: Y que quiere que siga con su vida y que sea feliz. ¿Entendido?

Vuelve a llevarse la mano al corazón.

—Lo repetiré palabra por palabra. —Sally me rodea los hombros con un brazo—. Pero, señorita, ¿por qué no se une a mí y los chicos? Con su don y mi promoción, ganaríamos una fortuna. Piénselo. Y ya no digo nada más.

—Muy bien, en ese caso quédese aquí.

—¡Olvídese de lo que he dicho! —grita Sally, y estoy bastante segura de que la he asustado lo suficiente para que no abra la boca.

Ahora debo pensar en volver. Mi madre ha dicho que debía pensar en el lugar que he dejado atrás. Pero nunca lo he intentado, y no estoy segura de conseguirlo. Por lo que sé, Sally y yo podríamos quedarnos en este bosque neblinoso para siempre.

—Supongo que sabrá usted volver, ¿no?

—Claro que sí —contesto, irritada.

«Dios mío, permite que esto dé resultado, te lo ruego». Cogiendo de la mano a Sally, me concentro en el auditorio. No ocurre nada. Abro un ojo y seguimos en el bosque, Sally a mi lado en un estado de pánico absoluto.

—¡Virgen santa! No lo consigue, ¿verdad? ¡Jesús de mi vida, sálvame!

—¿Quiere callarse?

Empieza a salmodiar otra vez. El sudor me corre por el labio superior. Cierro los ojos, y sólo pienso en el auditorio. Mi respiración se vuelve más sonora y lenta. Tengo la sensación de que algo tira de mí. Los contornos del bosque se difuminan; la niebla se repliega en un gran agujero de luz y, de pronto, estamos otra vez en el escenario del auditorio. ¡Lo he conseguido! El tictac del reloj de bolsillo es un consuelo para mis oídos, igual que la hora: 21.49. Nuestra excursión al mundo de los espíritus sólo ha durado un minuto, aunque la cara de Sally Carny parece haber envejecido diez años en ese breve tiempo. Yo también he cambiado.

*Madame Romanoff* ha vuelto y anuncia con voz trémula:

—He recibido un mensaje del mundo de los espíritus para alguien que se llama Polly. Reggie desea que sepa que la quiere con todo su corazón... —Se calla.

—La bufanda —digo entre dientes.

—Que guarda aún aquella bufanda de Navidad y que debe vivir feliz sin él. Y nada más. —Suelta un largo gemido y se derrumba en la silla. Pocos segundos después, «despierta»—. Los espíritus han hablado y ahora mi don debe descansar. Les doy las gracias por venir y les recuerdo que el mes que viene volveré a comunicarme en Covent Garden.

Cuando el público aplaude, Sally Carny alias *Madame Romanoff* se levanta de un salto y va a refugiarse al fondo del escenario, donde sus confusos lacayos esperan una explicación por el cambio de planes de esta velada.

—¡Sabía que tramabas algo! —susurra Cecily, cogiéndome del brazo—. ¿Ha sido

extraordinario?

—¿Has visto a los espíritus entrar en el cuerpo de *madame* Romanoff? —interviene Elizabeth—. ¿Se le han helado las manos? Me han dicho que eso puede ocurrir.

De pronto me he convertido en la chica más famosa de Spence.

—No, no he visto ningún espíritu. Tenía las manos calientes y demasiado húmedas. Y estoy bastante segura de que sus anillos eran falsos —digo, caminando rápidamente, poniendo la mayor distancia posible entre *mademoiselle* LeFarge y yo.

Elizabeth hace un mohín.

—Pero ¿qué le cuento a mi madre de la experiencia de esta tarde?

—Dile que no gaste más dinero en semejantes tonterías.

—Gemma Doyle, eres espantosa —refunfuña Cecily.

—Sí —coincido, poniendo fin a mi reinado de un minuto como soberana de Spence.

—¡Qué impostora! —anuncia Felicity mientras me uno a la muchedumbre que sale del auditorio—. Se ha creído que tu madre se llamaba Sarah. Y luego en lugar de la auténtica Sarah Rees-Toome se nos aparece ese Reggie enamorado que busca a su Polly.

—¿Qué bicho le ha picado a *mademoiselle* LeFarge? Creía que a estas alturas ya nos habría puesto cuarenta puntos negros a cada una —susurra Pippa.

—Seguro que lo hará en el camino de vuelta —dice Ann, asustada—. Le contará a la señora Nightwing lo que hemos hecho y no nos dejarán ir al baile el mes que viene.

Al oírla, hasta Felicity palidece, y seguro que yo acabo en la picota o algo parecido. *Mademoiselle* se ha quedado atrás. No parece especialmente sombría. Por el contrario, tras enjugarse los ojos con un pañuelo, sonrío al inspector Kent, que se ofrece a acompañarnos hasta el carruaje.

—Creo que todo irá bien —digo.

La muchedumbre se apiña intentando acceder a los carruajes sin mojarse. Cuando estoy separada de las demás, una pareja de ancianos se me adelanta y afloja el paso hasta casi detenerse. No puedo pasarlos y apenas veo alejarse la cabeza rubia de Felicity.

—¿Puedo ayudarle, señorita? —Tras oír la voz familiar, una mano también familiar me arrastra hacia un estrecho callejón junto a la gran casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a Kartik.

—Te vigilo —contesta—. ¿Te importaría explicarme a qué ha venido el truco de



esta tarde?

—Ha sido por pura diversión, nada más. Una broma de colegialas.

Alguien grita mi nombre en la calle.

—Me buscan —digo, esperando que me deje marchar.

Me aprieta la muñeca.

—Esta tarde ha ocurrido algo. Lo he percibido.

—Ha sido un accidente... —empiezo a decir.

—¡No me lo creo!

Kartik hace volar una piedra del suelo de un violento puntapié.

—No es lo que crees —farfullo, intentando defenderme—. Puedo explicarte...

—¡Nada de explicaciones! Nosotros damos las órdenes y tú debes obedecerlas. Se acabaron las visiones, ¿entendido?

Esboza una sonrisa de desprecio. Espera que me ponga a temblar y que acepte sus condiciones. Pero esta noche ha cambiado algo dentro de mí. Y no puedo echarme atrás.

Le muerdo la mano y él, lanzando un grito, me suelta la muñeca.

—No vuelvas a hablarme así —gruño—. Ya no me conformo con ser la colegiala obediente y asustada. ¿Quién te crees que eres, tú, un simple desconocido, para decirme lo que puedo y no puedo hacer?

—Soy un Rakshana —gruñe.

Me río.

—Ah, sí, el gran y misterioso Rakshana. La poderosa hermandad que se siente amenazada por cosas que no entiende y tiene que esconderse detrás de un «muchacho» —digo, y recibe la palabra como un escupitajo—. Tú no eres un hombre. Eres su «lacayo». Tú no me importas, ni tu hermano, ni tu ridícula organización. A partir de ahora haré exactamente lo que me dé la gana y no podrás evitarlo. No me sigas. No me vigiles. Ni siquiera intentes ponerte en contacto conmigo o lo lamentarás. ¿Entendido?

Kartik permanece inmóvil, frotándose la mano herida. Está demasiado sorprendido para decir nada. Por primera vez permanece en absoluto silencio. Y lo dejo así.

*Mademoiselle* LeFarge no nos riñe en ningún momento. Se pasa todo el camino de vuelta callada, con los ojos cerrados y una sonrisa triste. Pero sostiene entre los dedos la tarjeta de visita del inspector. Tras la larga velada y con el traqueteo del carruaje, están todas medio dormidas. Todas salvo yo.

Me siento exaltada por lo que he visto esta tarde. Los reinos son reales, y mi madre está allí, esperándome. Las advertencias de Kartik ya no significan nada para mí. No sé qué encontraré al otro lado de esa puerta de luz, y la verdad es que me da

un poco de miedo averiguarlo. Lo que sí sé con total certeza es que ya no puedo pasar por alto el poder que hay dentro de mí. Ha llegado el momento.

Acerco la mano al hombro de Felicity y la sacudo con suavidad para despertarla.

—¿Qué... qué pasa? ¿Ya hemos llegado? —dice frotándose los ojos.

—No, todavía no —murmuro—. Necesito convocar una reunión de la Orden.

—Sí, muy bien —dice adormilada, y cierra otra vez los ojos—. Mañana.

—No, es importante. Esta noche. Debemos reunirnos esta noche.

Se supone que no debo usar mi poder. Se supone que no debo provocar las visiones voluntariamente. Los reinos han estado cerrados durante veinte años, pues lo que sucediera con Mary y Sarah lo cambió todo. Pero si no recorro ese camino, no volveré a ver a mi madre. Nunca sabré nada. En la boca del estómago, donde las intenciones se convierten en decisiones, sé que ya he emprendido ese camino incierto.

Eso barrunto mientras estoy sentada en la cueva oscura con las otras. El ambiente está bochornoso. La lluvia de la noche no ha refrescado el aire. De hecho, sólo ha servido para que el persistente calor se vuelva más pesado e insoportable.

Felicity lee la última entrada del diario de Mary, pero no me entero de gran cosa. Mi secreto va a darse a conocer esta noche, y todo mi ser está tenso por la espera.

Felicity cierra el diario.

—Bien, ¿y qué pasa, pues?

—Sí —dice Pippa con aspereza—. ¿Por qué no podías esperar hasta mañana?

—Porque no —contesto. Tengo los nervios a flor de piel. Todos los ruidos se amplifican en mis oídos—. ¿Y si os dijera que la Orden existe? ¿Qué los reinos existen? —Respiro hondo—. ¿Y que sé llegar hasta allí?

Pippa pone los ojos en blanco.

—¿Me has obligado a salir en una noche horrible como esta, con los caminos llenos de barro, por gastar una broma?

Ann resopla y mueve la cabeza en señal de asentimiento, mostrando su solidaridad con su nueva mejor amiga. Felicity cruza una mirada conmigo. Se da cuenta de que ha cambiado algo.

—Yo no creo que Gemma hable en broma —dice en voz baja.

—Tengo un secreto —anuncio por fin—. Debo contaros algo.

No me callo nada: el asesinato de mi madre, mis visiones, lo que sucedió cuando le cogí la mano a Sally Carny y acabamos en el bosque neblinoso, el templo y la voz de mi madre. Lo único que no cuento es lo de Kartik. Todavía no estoy preparada para compartir eso.

Cuando acabo, me miran como si estuviera loca o como si fuera un prodigio, no estoy del todo segura. Y ahora entiendo que la verdad produce su propio hechizo, un hechizo al que no sé cómo aferrarme, aunque estoy desesperada por intentarlo.

—Tienes que llevarnos —dice Felicity.

—No sé qué encontraremos allí. No sé nada; ya no —contesto.

Felicity me tiende la mano.

—Estoy dispuesta a arriesgarme.

Veo un símbolo en el que nunca me había fijado al pie de una pared de la cueva. Aunque está parcialmente borrado hay una parte todavía visible. Una mujer y un cisne. A primera vista, da la impresión de que la ataca una gran ave blanca, pero si se mira más detenidamente, la mujer y el cisne parecen unidos. Una gran criatura mítica. Una mujer dispuesta a volar, aunque para ello deba perder las piernas.

Cojo la mano tendida de Felicity. Siento sus dedos fuertes entrelazados con los míos.

—Adelante —digo.

Encendemos velas, las ponemos en el centro del círculo y nos apiñamos en torno a su luz, cogidas de la mano.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Felicity.

La luz de las velas proyecta en la pared una sombra, alta y delgada como un campanario.

—Sólo he podido controlarlo una vez, esta tarde al intentar volver —adviento.

No quiero decepcionarlas. ¿Y si ahora no puedo hacerlo y creen que me lo he inventado todo?

Pippa es la primera en asustarse.

—Todo esto me parece un poco peligroso. Tal vez no deberíamos hacerlo. — Nadie le contesta—. ¿No te parece, Ann?

Espero que Ann coincida con Pippa, pero no dice nada.

—Bueno, de acuerdo —añade Pippa—, pero cuando se vea que es todo un montaje, os diré que ya os lo había advertido y no me daréis ninguna pena.

—No le hagas caso —me dice Felicity.

No puedo evitar hacerle caso. Yo temo lo mismo.

—Mi madre dijo que debía concentrarme en la imagen de una puerta... — explico, intentando controlar mis dudas.

—¿Qué clase de puerta? —pregunta Ann—. ¿Una puerta roja, de madera, grande, pequeña...?

Pippa suspira.

—Más vale que le digas cómo es o no podrá concentrarse. Ya sabes que necesita conocer las reglas antes de empezar con cualquier cosa.

—Una puerta de luz —contesto. Con eso Ann se da por satisfecha. Respiro hondo—. Cerrad los ojos.

¿Debería decir algo para cobrar impulso? Si es así, ¿cuáles son las palabras? Otras veces he resbalado, me he caído, me he visto arrastrada por un túnel. Pero esta vez es distinto. ¿Cómo debo comenzar? En lugar de buscar las palabras adecuadas, cierro los ojos y dejo que las palabras me encuentren a mí.

—Estoy decidida.

En los rincones de la cueva se oyen susurros. Crecen hasta convertirse en un zumbido. Al cabo de un segundo, el mundo desaparece bajo mis pies. Felicity me aprieta la mano. Pippa deja escapar un grito ahogado. Están asustadas. Un cosquilleo me recorre los brazos, conectándome a las demás. Ahora mismo podría detenerme, obedecer a Kartik y dar marcha atrás. Pero el zumbido me arrastra, y a toda costa tengo que saber qué hay al otro lado. El zumbido se detiene y se convierte en un estremecimiento que me recorre el cuerpo como una melodía y, cuando abro los ojos, veo el maravilloso contorno de una puerta de luz, resplandeciente, invitándome a entrar como si siempre hubiera estado allí, a la espera de que yo la encontrara.

Ann está atónita.

—Caramba...

—¿Veis esa...? —pregunta Pippa, maravillada.

Felicity, al intentar abrirla, la atraviesa con la mano. La puerta es como la proyección de una linterna mágica. Ninguna de las tres puede abrirla.

—Gemma, prueba tú —dice Felicity.

A la luz incandescente de la puerta, mi mano parece de otra persona: el miembro de un ángel visible sólo por un instante. Percibo en los dedos el contacto sólido y cálido del pomo. Algo surge en la superficie de la puerta. Una forma. El contorno se vuelve más nítido y resplandeciente hasta que veo el símbolo familiar del ojo de luna creciente. Mi propio collar reluce igual que el ojo de la puerta, como si uno llamara al otro. De pronto el pomo cede bajo mi mano.

—Lo has conseguido —dice Ann.

—Sí, ¿eh? —Sonrío a pesar del miedo.

La puerta se abre y entramos en un mundo de tal colorido que me duelen los ojos al verlo. Cuando se me acostumbra la vista, lo asimilo todo a pequeños sorbos. De los árboles caen hojas de color verde dorado y naranja rojizo. El cielo azul violáceo cubre un horizonte teñido de brillo anaranjado, como una interminable puesta de sol. Las flores de lavanda se mecen en la cálida brisa que huele ligeramente a mi infancia: a lirios, al tabaco de mi padre y al curry de la cocina de Sarita. En nuestro jardín la hierba está empapada de rocío; un ancho río nos separa de la otra orilla.

Pippa acerca un dedo a una hoja. Esta se curva, se funde, se convierte en mariposa y se aleja volando hacia el cielo.

—Ah, qué hermoso.

—Extraordinario —coincide Ann.

Del cielo caen flores y se derriten en nuestro pelo como gruesos copos de nieve, haciéndolo brillar. Resplandecemos.

Felicity da vueltas y vueltas, embriagada de felicidad.

—¡Es real! ¡Es todo real! —Se detiene—. ¿Lo oléis?

—Sí —contesto, inhalando esa reconfortante mezcla de aromas de la infancia.

—Bolos calientes. Los comíamos los domingos. Y el aire del mar. Siempre lo olía en los uniformes de mi padre cuando volvía de un viaje. Cuando volvía a casa. —Se le humedecen los ojos.

Pippa está confusa.

—No, te equivocas. Huele a lilas. Como las que yo cogía en el jardín y ponía en mi habitación.

Flota en el aire un intenso aroma a agua de rosas.

—¿Qué es eso? —pregunta Pippa.

Oigo el fragmento de una canción. Una de las nanas de mi madre. Viene de un valle más abajo. Diviso el contorno de un arco y un sendero que conduce a un jardín exuberante.

—Espera un momento, ¿adónde vas? —pregunta Pippa.

—Enseguida vuelvo —contesto, y aprieto el paso gradualmente hasta que echo a correr hacia la voz de mi madre.

Atravieso el arco y paso entre elevados setos con árboles intercalados que me recuerdan a paraguas abiertos. Ella está allí, justo en el centro, con su vestido azul, inmóvil y risueña. Esperándome.

Se me quiebra la voz.

—¿Madre?

Me tiende las manos, y temo estar otra vez persiguiendo un sueño. Pero en esta ocasión son realmente sus brazos los que me estrechan. Huelo el agua de rosas en su piel.

Se vuelve todo borroso por las lágrimas.

—Madre, eres tú. Eres tú realmente.

—Sí, cariño.

—¿Por qué has huido de mí tanto tiempo?

—Yo siempre he estado aquí. Has sido tú quien huía.

No entiendo qué quiere decir, pero da igual. Tengo tantas cosas que contarle. Tantas cosas que preguntarle.

—Madre, lo siento mucho.

—Chist —dice, alisándome el pelo—. Todo eso ya ha pasado. Ven, vamos a dar una vuelta.

Me conduce a una gruta, más allá de un alto círculo de cristal de roca, delicado como el vidrio. Un ciervo se acerca correteando. Se detiene a olisquear las bayas que sostiene mi madre en la palma de la mano. Las mordisquea y vuelve hacia mí sus ojos de color azabache. Sin inmutarse, se aleja lentamente por la hierba alta y exuberante y se tumba bajo un árbol de tronco amplio y nudoso. Son tantas las preguntas que albergo dentro de mí y pugnan por salir que no sé por dónde empezar.

—¿Qué son los reinos exactamente? —pregunto.

La hierba está tan tentadora que me tumbo de lado, con la cabeza apoyada en la palma de la mano.

—Un mundo entre mundos. Un lugar donde todo es posible. —Mi madre se sienta. Sopla hacia un diente de león y un vendaval de pelusa blanca se propaga con la brisa—. Es donde la Orden viene a reflexionar, a perfeccionar su magia y a sus miembros, a atravesar el fuego y a renovarse. Todo el mundo viene aquí alguna vez, en sueños, cuando nacen las ideas. —Hace una pausa—. Al morir.

Se me cae el alma a los pies.

—Pero tú no estás... —Muerta. No me atrevo a decirlo—. Estás aquí.

—De momento.

—Pero ¿cómo sabes todo esto?

Mi madre se vuelve hacia el otro lado. Toca el hocico del ciervo con caricias largas y regulares.

—Al principio no sabía nada. Cuando tú tenías cinco años, vino a verme una mujer. De la Orden. Me lo explicó todo. Que tú eras especial: la niña prometida que restauraría la magia de estos reinos y devolvería el poder a la Orden. —Se interrumpe.

—¿Qué pasa?

—También me dijo que Circe nunca dejaría de buscarte, para que el poder sea sólo de ella. Tuve miedo, Gemma. Quería protegerte.

—¿Por eso no querías enviarme a Londres?

—Sí.

Magia. La Orden. Yo, la niña prometida. Mi cabeza no puede asimilarlo todo.

Trago saliva.

—Madre, ¿qué pasó aquel día, en la tienda? ¿Qué era... aquella cosa?

—Un espía de Circe. Su rastreador. Su asesino.

No puedo mirarla. Doblo una y otra vez una brizna de hierba para formar con ella un acordeón.

—Pero ¿por qué te...?

—¿Por qué me maté? —dice, y cuando levanto la vista, veo que ha fijado en mí su mirada penetrante—. Para que no me llevara consigo. Si me hubiese encontrado con vida, ahora estaría perdida, también sería una cosa oscura.

—¿Y Amar?

Tensa los labios.

—Era mi guardián. Dio su vida por mí. No pude hacer nada para salvarlo.

Me estremezco al pensar en lo que puede haber sido del hermano de Kartik.

—Ahora no nos preocupemos por eso, ¿quieres? —dice mi madre, apartando unos mechones de pelo de mi cara—. Te contaré lo que pueda. En cuanto a lo demás,

tendrás que buscar a las otras para reorganizar la Orden.

Me incorporo.

—¿Es que hay más?

—Ah, sí. Cuando se cerraron los reinos, se escondieron. Algunas han olvidado lo que sabían. Otras le han dado la espalda. Pero otras siguen siendo fieles, y esperan el día en que los reinos se abran y puedan recuperar la magia.

Las briznas de hierba mecidas por la brisa me hacen cosquillas en las yemas de los dedos. Parece todo tan irreal: el cielo crepuscular, las flores que caen, la brisa cálida, y mi madre, tan cerca que puedo tocarla. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. Sigue allí.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Tengo miedo de que esto no sea real. Es real, ¿verdad?

Mi madre se vuelve hacia el horizonte. El resplandor suaviza las angulosas líneas de su perfil hasta difuminarlas como el borde ajado del papel de un libro muy querido.

—La realidad es un estado de ánimo. Para el banquero, el dinero de su libro de contabilidad es muy real, aunque en realidad no lo ve ni lo toca. Para el *brahmán*, en cambio, simplemente no existe del mismo modo que existen el aire y la tierra, el dolor y la pérdida. Para él, la realidad del banquero es absurda, mientras que para el banquero, las ideas del *brahmán* son tan intrascendentes como el polvo.

Niego con la cabeza.

—Estoy perdida.

—¿A ti te parece real?

El viento me agita el pelo y los mechones me rozan los labios haciéndome cosquillas. Bajo mi falda siento la humedad de la hierba cubierta de rocío.

—Sí —contesto.

—Bien, pues.

—Si todo el mundo viene aquí alguna vez, ¿por qué nadie habla de esto?

Mi madre se sacude de la falda la pelusa de un diente de león. Esta se aleja volando, brillante como joyas bajo el sol.

—No se acuerdan. Únicamente recuerdan fragmentos de un sueño a los que no pueden dar sentido por mucho que lo intenten. Sólo las mujeres de la Orden podían cruzar esa puerta. Y ahora tú.

—He traído a mis amigas.

Me mira sorprendida.

—¿Las has traído tú sola?

—Sí —contesto, vacilante.

Temo haber hecho algo mal, pero una amplia sonrisa se forma lentamente en los labios de mi madre.



—En ese caso tu poder es aún mayor de lo que esperaba la Orden. —De pronto frunce el entrecejo—. ¿Confías en ellas?

—Sí —contesto. No sé por qué, su duda me irrita, me hace sentirme como una niña pequeña otra vez—. Claro que confío en ellas. Son mis amigas.

—Sarah y Mary eran amigas. Y se traicionaron.

A lo lejos oigo los gritos de alegría de Felicity y luego los de Ann. Me llaman.

—¿Qué les pasó a Sarah y Mary? Veo otros espíritus. ¿Por qué no puedo comunicarme con ellas?

Una oruga reptante por encima de mis nudillos. Doy un respingo. Mi madre la aparta con suavidad y se convierte en un petirrojo con el pecho de color rubí, que da brincos con sus delicadas patas.

—Ya no existen.

—¿A qué te refieres? ¿Qué les ha sucedido?

—No perdamos el tiempo hablando del pasado —dice mi madre, restándole importancia. Me sonrío—. Sólo quiero verte. Dios mío, estás hecha una señorita.

—Estoy aprendiendo a bailar el vals. No se me da muy bien, pero lo intento, y creo que lo dominaré bastante cuando tengamos el primer baile.

Quiero contárselo todo. Las palabras salen de mí a borbotones. Me escucha con tanta atención que no quiero que este día acabe nunca.

En el suelo hay un racimo de moras, maduras y apetitosas. Cuando estoy a punto de llevarme una a la boca, mi madre me la quita de la mano.

—No debes comerlas, Gemma. No son para los vivos. —Mi madre ve el desconcierto en mi rostro—. Los que comen las moras se convierten en parte de este mundo. No pueden volver.

Las tira y aterrizan delante del ciervo, que las devora con avidez. Mi madre ve a la niña: la de mis visiones. Está escondida detrás de un árbol.

—¿Quién es? —pregunto.

—Mi ayudante —contesta mi madre.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

Mi madre cierra los ojos con fuerza, como si le doliera algo.

—Madre, ¿qué te pasa?

Vuelve a abrirlos, pero está pálida.

—Nada, estoy un poco cansada de tantas emociones. Ahora debes irte.

Me pongo en pie.

—Pero todavía hay tantas cosas que necesito saber...

Mi madre se levanta y me rodea los hombros con los brazos.

—Se te ha acabado el tiempo por hoy, cariño. El poder de este lugar es muy grande. Hay que tomarlo a pequeñas dosis. Ni siquiera la Orden venía aquí más que

cuando lo necesitaba. Recuerda que tu lugar está allá.

Me duele la garganta.

—No quiero dejarte.

Sus dedos me rozan las mejillas con la mayor delicadeza y no puedo contener las lágrimas. Me besa la frente y se inclina para mirarme fijamente a la cara.

—Yo nunca te dejaré, Gemma.

Se vuelve y sube por la colina, con la mano de la niña en la suya. Caminan hacia la puesta de sol hasta que se confunden con ella y no queda nada, salvo el ciervo y yo, y el olor persistente a rosas en el viento.

Cuando me reúno otra vez con mis amigas, las encuentro jugueteando como locuelas.

—¡Mira! —dice Felicity.

Sopla suavemente hacia un árbol y la corteza se vuelve azul, roja y luego otra vez marrón.

—¡Y mira esto! —Ann saca agua del río con las manos y se convierte en polvo dorado—. ¿Lo has visto?

Pippa está tumbada en una hamaca.

—Despertadme cuando llegue la hora de irse. Mejor dicho, no me despertéis. Esto es un sueño demasiado divino.

Estira los brazos hacia el cielo y deja una pierna suspendida a un lado de la hamaca, descansando en su capullo.

Estoy cambiada y agotada. Quiero regresar a mi habitación y dormir cien años. Y quiero volver corriendo a ese valle y quedarme allí con mi madre para siempre.

Felicity me rodea con el brazo.

—Tenemos que volver mañana. ¿Te imaginas si nos viera esa mojigata de Cecily? Lamentaría no haber querido unirse a nosotras.

Pippa extiende un brazo para coger un puñado de moras.

—¡No lo hagas! —grito, dándole una palmada en la mano.

—¿Por qué no?

—Si las comes, tendrás que quedarte aquí para siempre.

—Con razón parecen tan tentadoras —observa.

Tiendo la mano. A regañadientes, me las da y yo las tiro al río.

Nos pasamos el día como sonámbulas, con una sonrisa ridícula en el rostro. Las demás niñas pasan corriendo a nuestro lado por los pasillos como ortigas arrastradas por el viento sobre el césped. Nosotras flotamos entre ellas de clase en clase, cumpliendo con nuestras obligaciones, sin asimilar nada. Mantenemos viva la promesa de anoche a través de miradas furtivas y pequeños apartes en los que nos hablamos en clave, sorprendiendo a nuestras maestras y haciéndonos sonreír. Nos entendemos. Compartimos un secreto. No un secreto terrible como el que me une a mi familia y a Kartik, sino un secreto deliciosamente prohibido que nos ata. La expectación corre por nuestras venas y nos tensa la piel hasta que parece a punto de estallar. Es lo único que podemos hacer para pasar el día y esperar a que llegue la noche para abrir la puerta de luz y entrar otra vez en el reino. Somos como un único ser. No habrá extraños. Nadie se inmiscuirá en nuestra experiencia.

En la clase de música, el señor Grunewald se pasa toda la hora hablando de los méritos de una ópera en particular. Elizabeth, Cecily y Martha, atentas como buenas chicas, toman apuntes y asienten con la cabeza al unísono. Escuchan, escriben, escuchan, escriben.

Nosotras no anotamos ni una palabra. Estamos en un territorio donde podemos hacer lo que nos venga en gana. El señor Grunewald llama a Cecily al piano para que nos toque la pieza del día de la Asamblea. Interpreta un minueto con perfección y esmero.

—Muy bien, señorita Temple. Muy preciso.

El señor Grunewald está satisfecho, ahora nosotras sabemos cómo es la música de verdad y cuesta fingir interés en lo simplemente bonito.

Después de clase, Cecily simula creer que ha tocado muy mal.

—Bah, lo he destrozado, ¿no? Decid la verdad.

Martha y Elizabeth protestan y le dicen que ha estado genial.

—¿Qué te ha parecido, Fee?

Es evidente que quiere oír las alabanzas de Felicity.

—Muy bien —se limita a contestar Felicity.

—¿Sólo bien? —Con risa forzada, Cecily finge que no le importa—. Pues en ese caso debe de haber sido realmente horrible.

—Era un vals precioso —dice Felicity, equivocándose.

Apenas puede contener la sonrisa.

Yo aparto la mirada, procurando no esbozar la misma sonrisa ridícula.

—No era un vals. Era un minueto —la corrige Cecily con un claro mohín.

Elizabeth nos mira como si no nos conociera.

—¿Por qué nos miras así, como si fuéramos bichos raros? —pregunta Pippa.

—No lo sé muy bien. Algo ha cambiado en vosotras.

Nos miramos al instante.

—Ha cambiado algo, ¿no es así? Vamos, si tenéis un secreto, más vale que lo compartáis.

—Eso sería contarlo, ¿no? —dice Felicity con una sonrisita.

El polvo danza en el haz de luz que entra por la ventana del pasillo.

—Pippa, querida, tú me lo contarás, ¿no es así?

Elizabeth rodea con el brazo los hombros de Pippa, que se aparta.

Cecily está disgustada.

—Las Pip y Fee de antes no nos habrían escondido un secreto.

—Pero esas chicas ya no existen —afirma Felicity con una sonrisa radiante—. Están muertas y enterradas. Somos chicas nuevas para un mundo nuevo.

Y dicho esto pasamos por su lado y las dejamos atrás en el pasillo como polvo que aterriza lentamente en el suelo.

La señorita Moore nos ha preparado unos lienzos. La tela está bien estirada y tensa en los bastidores, las acuarelas listas. ¿Pueden las escenas de playas bucólicas y los arreglos florales estar muy lejos? Veo el frutero colocado en una mesa en el centro de la habitación. Otra naturaleza muerta. Si lo que quiere es una naturaleza muerta, para eso podemos pintar el futuro para el que nos prepara Spence día tras día. Espero algo más de la señorita Moore.

—¿Una naturaleza muerta? —Mi voz rezuma desprecio.

La señorita Moore está de pie junto a las ventanas. Recortada contra el resplandor gris del cielo, parece un espantapájaros.

—¿Acaso percibo insatisfacción en su voz, señorita Doyle?

—No es un gran reto.

—Los mejores artistas del mundo no han puesto pegas a pintar naturalezas muertas de vez en cuando.

Ahí me ha cogido, pero no voy a rendirme sin pelear.

—¿Qué clase de reto puede plantear una manzana?

—Lo averiguaremos —contesta, entregándome una bata.

Felicity inspecciona el frutero. Elige una manzana y la muerde con un sonoro crujido.

La señorita Moore se la quita y la vuelve a poner en el frutero.

—Felicity, por favor, no coma la fruta expuesta o la próxima vez me verá obligada a usar fruta de cera y se llevará una desagradable sorpresa.

—Supongo que no nos queda más remedio que pintar una naturaleza muerta —comento con un suspiro, hundiendo el pincel en la pintura roja.

—Por lo visto, ha estallado una rebelión. Pero el otro día no le importó tanto

pintar.

Felicity esboza una de sus pícaras sonrisas.

—No somos las mismas que las del otro día. La verdad es que hemos cambiado por completo, señorita Moore.

Cecily exhala un sonoro suspiro.

—No intente razonar con ellas, señorita Moore. Hoy están imposibles.

—Sí —dice Elizabeth en tono malicioso—. Son chicas nuevas para un mundo nuevo. ¿No es así, Pippa?

Volvemos a intercambiar miradas furtivas, que no pasan inadvertidas a la señorita Moore.

—¿Es verdad, señorita Doyle? ¿Estamos en plena revolución privada?

Me coge desprevenida. Me siento extraña cuando estoy en el punto de mira de la señorita Moore. Es como si supiera qué estoy pensando.

—Así es —digo por fin.

—¿Lo ve? —pregunta Cecily, enfurruñada.

La señorita Moore junta las manos.

—Pues sí que podríamos hacer algo distinto. He sido derrotada. Aquí tienen los lienzos, señoritas. Hagan lo que quieran.

Todas vitoreamos. De pronto el pincel me resulta más ligero en la mano. Pero Cecily no está contenta.

—Pero, señorita Moore, sólo faltan dos semanas para el día de la Asamblea, y no tendré nada decente que enseñar a mi familia cuando venga —se queja con un mohín.

—Cecily tiene toda la razón —interviene Martha—. Me da igual lo que quieran ellas. No puedo mostrar a mi familia un esbozo primitivo de la pared de una cueva. Se horrorizarían.

La señorita Moore levanta el mentón y las mira con altivez.

—No querría ser la causa de semejante disgusto para ustedes y sus familias, señorita Temple y señorita Hawthorne. Tomen, el frutero es suyo. Estoy segura de que a sus padres les gustará una naturaleza muerta.

Felicity se acerca a un trozo de arcilla.

—¿Puedo hacer una escultura, señorita Moore?

—Si así lo desea, señorita Worthington. Dios mío, no sé si la que está al frente de esta clase soy yo o ustedes.

Entrega a Felicity un trozo de arcilla para moldear.

—Y ahora, para que la tarde no deje de ser educativa —dice la señorita Moore mirando a Cecily—, les leeré en voz alta un fragmento de *David Copperfield*. Primer capítulo: «Tanto si me convierto en el héroe de mi vida, como si esa posición la ocupa otra persona, estas páginas deben reflejar...».

Al final de la hora, la señorita Moore examina nuestras pinturas musitando alabanzas y corrigiéndolas. Cuando se acerca a la mía —una gran manzana deforme que ocupa todo el lienzo—, aprieta los labios durante lo que se me antoja un largo rato.

—¡Qué moderno, señorita Doyle!

Cecily suelta una risa aguda cuando la ve.

—¿Eso es una manzana?

—Claro que es una manzana —contesta Felicity con brusquedad—. A mí me parece maravillosa, Gem. Muy *avant-garde*.

No estoy satisfecha.

—Necesita más luz por delante para aumentar el brillo.

No paro de añadir blanco y amarillo, pero sólo consigo aclararlo todo.

—Tienes que añadir un poco de sombra por la parte de atrás.

La señorita Moore moja el pincel en el sepia y pinta una curva por el borde exterior de la manzana. Enseguida se ve el brillo de la manzana y queda mucho mejor.

—Los italianos lo llaman *chiaroscuro*. Se refiere al juego de luz y sombras en un cuadro.

—¿Por qué no podía Gemma añadir simplemente el blanco para que brillara la manzana? —pregunta Pippa.

—Porque la luz no se percibe sin un poco de sombra. Todo tiene oscuridad y luz. Hay que jugar con esos dos elementos hasta conseguirlo.

—¿Y cuál es el título de esta pintura? —pregunta Cecily con desdén.

—*La elección* —digo, sorprendiéndome a mí misma.

La señorita Moore asiente con la cabeza.

—El fruto del conocimiento. Muy interesante, realmente.

—¿Cómo en la manzana de Eva? ¿Cómo en el Jardín del Edén? —pregunta Elizabeth.

Diligentemente, intenta añadir sombras sepia a su pintura, dando a su fruta un aspecto feo y magullado. Pero no pienso decírselo.

—Preguntémoslo a la artista. ¿Es eso lo que pretendía, señorita Doyle?

En realidad, no tengo ni idea de lo que pretendía. Intento darle un sentido.

—Supongo que es cualquier elección que nos lleva a saber más, a ver más allá de lo que hay.

Felicity me mira con expresión de complicidad.

Cecily niega con la cabeza.

—Pues no es un título muy preciso. Eva no eligió comer la manzana. La tentó la serpiente.

—Sí —asiento, mientras brotan de mí los pensamientos a medio formar—. Pero... no tenía que comérsela. Fue una elección.

—Y por eso perdió el paraíso. No te arriando la ganancia. Yo en su lugar me habría quedado en el jardín —dice Cecily.

—Eso también es una elección —señala la señorita Moore.

—Mucho más segura —apunta Cecily.

—No hay elecciones seguras, señorita Temple. Sólo elecciones distintas.

—Mi madre dice que las mujeres no deben tener muchas posibilidades de elegir, que eso las abrume. —Pippa lo repite como si fuera una lección bien aprendida—. Por eso tenemos que delegar en nuestros maridos.

—Toda elección tiene sus consecuencias —señala la señorita Moore con voz distante.

Felicity coge la manzana del frutero y ve la señal de su mordisco. La dulce carne blanca se ha oscurecido con el aire. Hunde en ella los dientes otra vez y deja una nueva señal.

—Deliciosa —dice, con la boca llena y jugosa.

La señorita Moore se echa a reír.

—Veo que Felicity no se complica la vida dando vueltas a las cosas. Es como un halcón que se abalanza sobre su presa.

—¡Come o te comerán!

Felicity da otro mordisco.

Estoy pensando en Sarah y Mary, preguntándome cuál fue su terrible elección. En cualquier caso, tuvo trascendencia suficiente para destruir la Orden. Y eso me lleva a pensar en la elección que hice el día que huí de mi madre en el mercado. La elección que al parecer lo desencadenó todo.

—¿Y si te equivocas en tu elección? —pregunto en voz baja.

La señorita Moore coge una pera del frutero y nos ofrece las uvas para que nos las comamos.

—Debes intentar corregirla.

—¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si ya no puedes?

Los ojos felinos de la señorita Moore muestran compasión y tristeza cuando vuelve a mirar mi pintura. Traza una tenue línea de sombra en la parte inferior de la manzana, llenándola de vida.

La tarde es agradable, y en los jardines de Spence las niñas van en bicicleta, hacen mimo, pasean o chismorrean. Las cuatro estamos jugando al tenis sobre hierba. Formamos parejas, Felicity y Pippa contra Ann y yo. Cada vez que mi raqueta toca la pelota, temo decapitar a alguien. Creo poder afirmar que el tenis es otra de las habilidades que nunca adquiriré. En un golpe de suerte consigo devolver una pelota a mis oponentes y pasa junto a Pippa, que la mira con el entusiasmo de una cocinera que observa el agua cuando rompe a hervir.

Felicity, exasperada, echa la cabeza atrás.

—¡Pippa!

—No ha sido culpa mía. ¡Era un saque espantoso!

—Tenías que haber intentado darle —dice Felicity, haciendo girar su raqueta.

—¡Estaba claramente fuera de mi alcance!

—Pero ahora hay tantas cosas a nuestro alcance —dice Felicity de manera enigmática.

Es posible que las chicas que nos miran jugar no sepan a qué se refiere, pero yo sí. Sin embargo, Pippa no está de humor.

—Estoy aburrida y me duele el brazo —se queja.

Felicity pone los ojos en blanco.

—Bueno, pues vamos a dar una vuelta, ¿queréis?

Dejamos las raquetas a cuatro niñas impacientes de mejillas sonrosadas. Finalizado pues el partido, entrelazamos los brazos y caminamos entre los grandes árboles, pasando ante un grupo de niñas que juegan a *Robin Hood*. El problema es que todas quieren ser la doncella Marian y nadie quiere ser el monje Tuck.

—¿Volverás a llevarnos a los reinos esta noche? —pregunta Ann cuando las voces se desvanecen y quedan reducidas a un murmullo a nuestras espaldas.

—No podríais evitarlo. —Sonrío—. Quiero que conozcáis a alguien.

—¿A quién? —pregunta Pippa, y se agacha para coger unas bellotas.

—A mi madre.

Ann se queda boquiabierta. Pippa yergue la cabeza.

—Pero ¿no está...?

Felicity la interrumpe.

—Pippa, ayúdame a recoger *solidagos* para llevárselos a la señora Nightwing. Así esta noche la tendremos de buen humor.

Pippa sigue a Felicity diligentemente para cumplir con su misión y pronto todas nos ponemos a buscar las flores de septiembre. Al llegar al lago, veo a Kartik apoyado contra el cobertizo, cruzado de brazos, mirándome. El viento agita su capa negra. Me pregunto si sabe la suerte que corrió su hermano. Por un instante me da un



poco de pena. Pero entonces me acuerdo de sus amenazas y de su hostilidad, de la suficiencia con que intentó manipularme, y toda mi compasión desaparece. Altiva y desafiante, me detengo y le devuelvo la mirada.

Pippa se acerca.

—Santo cielo, ¿ese no es el gitano que me vio en el bosque?

—No me acuerdo —miento.

—Espero que no intente sobornarnos.

—Lo dudo —contesto, aparentando desinterés—. Ah, mira, un diente de león.

—Es bastante guapo, ¿no te parece?

—¿Tú crees? —no puedo evitar preguntar.

—Para un pagano, claro está. —Ladea la cabeza en un gesto coqueto—. Parece que me está mirando.

No se me había ocurrido que Kartik podía estar observando a Pippa en lugar de a mí y, por alguna razón, me molesta. Aunque me haga rabiar, quiero que sólo me mire a mí.

—¿Qué miráis? —pregunta Ann.

Tiene las manos llenas de hierbajos mustios y amarillentos.

—A ese chico de allí. El que me vio en ropa interior la otra noche.

Ann entrecierra los ojos.

—Ah, sí. ¿No es al que besaste, Gemma?

—¿Qué dices? —exclama Pippa, atónita.

—Pues sí —dice Ann con toda naturalidad—. Pero sólo para salvarnos de los gitanos.

—¿Habéis estado con los gitanos? ¿Cuándo? ¿Por qué no me habéis llevado?

—Es una historia un poco larga. Ya te la contaré en el camino de vuelta —dice Felicity.

Pippa se queja de que le hemos ocultado información vital, pero Felicity mira fijamente a Kartik y después a mí. Advierto en sus ojos una mirada tan comprensiva que de pronto siento deseos de salir corriendo en busca de refugio. Luego rodea los hombros de Pippa con el brazo y le cuenta la historia de nuestras aventuras en el campamento de los gitanos de tal manera que me exonera de toda culpa. Soy una chica noble y sacrificada que soportó el beso para salvarnos. Es tan convincente que casi yo misma me lo creo.

Cuando volvemos a cruzar la puerta de luz, el reino del jardín nos acoge con sus dulces fragancias y un cielo brillante. Estoy preocupada. No sé de cuánto tiempo dispondré para estar con mi madre, y una pequeña parte de mí no quiere compartirla con mis amigas. Pero son mis amigas, y a lo mejor mi madre se quedará más tranquila si las conoce.

—Seguidme —digo, y las guío hasta la gruta.

No la veo por ningún lado. Sólo hay árboles y, más allá, el círculo de extraños cristales.

—¿Dónde está? —pregunta Ann.

—¿Madre? —la llamo.

Silencio. Sólo se oye el trino de los pájaros. ¿Y si en realidad no está aquí? ¿Y si la imaginé? Mis amigas no me miran a los ojos. Pippa susurra algo al oído de Felicity.

—¿No lo habrás soñado? —insinúa Felicity en voz baja.

—¡Estaba aquí! ¡Hablé con ella!

—Pues ahora no está —señala Ann.

—Ven con nosotras —dice Pippa, hablándome como a una niña—. Lo pasaremos muy bien, te lo prometo.

—¡No!

—¿Me buscabas?

Mi madre aparece con su vestido de seda azul, tan hermosa como siempre. Mis amigas se quedan atónitas al verla.

—Felicity, Pippa, Ann, os presento a Virginia Doyle, mi madre.

Mis amigas la saludan cortésmente en susurros.

—Encantada de conoceros —dice mi madre—. Sois guapísimas —dice, produciendo el efecto deseado: las tres se sonrojan, complacidas—. ¿Os gustaría ir a dar un paseo conmigo?

Pronto empiezan a contarle anécdotas de Spence y de sí mismas, todas compitiendo por su atención, y yo me pongo de mal humor, pues quiero tener a mi madre sólo para mí. Pero entonces mi madre me guiña un ojo, me coge de la mano y vuelvo a estar contenta.

—¿Nos sentamos? —propone mi madre.

Señala una manta de hilo plateado y fino, extendida en la hierba. Para ser tan ligera, es asombrosamente resistente y cómoda. Felicity acaricia el delicado hilo, que emite sorprendentes sonidos.

—Cielos —dice, fascinada—. ¿Lo oís? Pippa, Pruébalo.

Todas lo hacemos. Parece como si dirigiéramos una sinfonía de arpas con los dedos, y nos echamos a reír.

—¿No es maravilloso? —musita Felicity—. Me pregunto qué más podemos hacer.

Mi madre sonrío.

—Cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —repite Ann.

—En este reino, todo lo que deseáis puede ser vuestro. Basta con que sepáis lo

que queréis.

Intentamos asimilarlo, sin entenderlo del todo. Finalmente, Ann se levanta.

—Voy a probarlo. —Se interrumpe—. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Qué es lo que más quieres? No, no nos lo digas. Piensa en ello, como si fuera un deseo.

Ann asiente y cierra los ojos. Pasa un minuto.

—No ha ocurrido nada —susurra Felicity—. ¿Verdad?

—No lo sé —dice Pippa—. ¿Ann? Ann, ¿estás bien?

Ann se balancea hacia delante y hacia atrás. Separa los labios. Creo que ha entrado en una especie de trance. Miro a mi madre, que se lleva un dedo a la boca. Ann abre los labios y emite un sonido que no se parece en nada a la música que he oído hasta ahora, un sonido claro y alto, dulce como la voz de un ángel. Su canto me pone la carne de gallina. Cada nota parece transformarla. Sigue siendo Ann, pero de algún modo la música la vuelve dolorosamente hermosa. Le brilla el pelo. Sus mejillas se vuelven suaves y lustrosas. Es como una criatura acuática de las profundidades: una sirena que sale a la superficie resplandeciente del río.

—Ann, estás hermosa —dice Pippa con voz entrecortada.

—¿Ah, sí? —Corre hacia el río y mira su reflejo—. ¡Es verdad!

Se echa a reír, feliz. Es sorprendente oír a Ann reír con auténticas ganas. Cierra los ojos y deja que la música emane de ella.

—¡*Incredible!* —dice Felicity, alardeando de sus conocimientos de francés—. ¡Quiero probarlo!

—¡Yo también! —exclama Pippa.

Cierran los ojos, meditan un momento y vuelven a abrirlos.

—No lo veo —dice Pippa, mirando alrededor.

—¿Me esperabais, mi señora? —Un hermoso caballero aparece de detrás de un gran roble dorado e hinca una rodilla en el suelo ante Pippa. Ella lanza un grito ahogado—. Os he asustado. Perdonadme.

—Tenía que haberlo adivinado —me susurra Felicity al oído con sorna.

Por su expresión, se diría que Pippa ha ganado todos los premios de una feria. Atolondrada, contesta:

—Estáis perdonado.

El caballero se pone en pie. No tendrá más de dieciocho años, pero es alto, con el pelo del color del maíz maduro y los hombros anchos, cubiertos con una cota de malla tan ligera que es casi líquida. Ofrece la imagen de un león: poderoso, digno, noble.

—¿Dónde está vuestro campeón, mi señora?

A Pippa se le traba la lengua mientras intenta comportarse como una dama y controlarse.

—No tengo campeón.

—En ese caso, tendré que solicitaros ese honor. Si la señora me concede su favor.

Pippa se vuelve hacia nosotras y, en un susurro que raya en chillido de emoción, dice:

—Por favor, decidme que no lo estoy soñando.

—No estás soñando —dice Felicity—. A menos que soñemos todas.

Pippa necesita hacer un gran esfuerzo para no echarse a gritar de alegría y dar brincos como una niña.

—Noble caballero, os concedo mi favor.

Intenta mostrarse imperiosa, pero apenas puede contener la risa.

—Mi vida por la vuestra.

El caballero hace una reverencia y espera.

—Creo que tienes que darle algo tuyo, una prenda en señal de afecto —le digo.

—Ah.

Pippa se sonroja. Se quita un guante y se lo entrega.

—Mi señora —dice el caballero con recato—. Soy vuestro.

Estira un brazo y ella, tras echar la vista atrás hacia nosotras, se deja conducir al prado.

—¿Hay algún caballero para ti? —pregunto a Felicity, que niega con la cabeza—. ¿Qué has pedido?

Me dirige una sonrisa enigmática.

—Simplemente poder.

Mi madre la mira con calma.

—Ten cuidado con lo que deseas.

Una flecha pasa silbando junto a nuestras cabezas. Se clava en un árbol justo detrás de nosotros. Aparece una cazadora sigilosamente. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza como una diosa. Un carcaj lleno de flechas le cuelga de la espalda y empuña un arco. Aparte del carcaj, está tan desnuda como Dios la trajo al mundo.

—Podías habernos matado —digo, conteniendo el aliento e intentando no mirar su desnudez.

Recupera la flecha.

—Pero no os he matado. —Mira a Felicity, que la observa, intrigada e impertérrita—. Veo que no tienes miedo.

—No —dice Felicity, cogiendo la flecha. Pasa los dedos por la punta—. Sólo siento curiosidad.

—¿Eres cazadora?

Felicity le devuelve la flecha.

—No, pero mi padre sí cazaba. Decía que era el deporte que más admiraba.

—Pero ¿no lo acompañabas?

Felicity sonríe con amargura.

—Sólo los hijos varones pueden salir a cazar, las hijas no.

La cazadora aprieta el brazo de Felicity en su parte superior.

—Tienes un brazo muy fuerte. Podrías ser buena cazadora. Muy poderosa. —La palabra «poderosa» arranca una sonrisa a Felicity, y s e que va a conseguir lo que se propone—.  Te gustaría aprender?

A modo de respuesta, Felicity coge el arco y la flecha.

—Hay una serpiente enroscada alrededor del tronco de ese árbol —dice la cazadora.

Felicity cierra un ojo y dispara el arco con todas sus fuerzas. La flecha se eleva en el aire y, al caer, rebota en el suelo. Felicity, decepcionada, se sonroja.

La cazadora aplaude.

—No est  mal el intento. Todavía puedes ser una buena cazadora. Pero antes debes observar.

 Felicity, observar? Imposible. Por muy cazadora que sea, le queda un largo camino por recorrer si tiene que enseñar a Felicity a ser paciente. Pero, para mi sorpresa, Felicity no se burla ni discute. Sigue a la cazadora y se deja enseñar la técnica una y otra vez.

— Y t  qué has deseado? —me pregunta mi madre cuando nos quedamos solas.

—Ya tengo lo que quiero: que t  estás aquí.

Me acaricia la mejilla.

—S , durante un ratito más.

Mi buen humor se desvanece.

— A qué te refieres?

—Gemma, no puedo quedarme aquí para siempre; acabaría atrapada como uno de esos pobres espíritus perdidos que nunca llevan a cabo la misión de su alma.

— Y cuál es la tuya?

—Debo enmendar lo que hicieron Mary y Sarah hace muchos años.

— Y qué hicieron?

Antes de que mi madre tenga ocasión de contestar, Pippa se acerca corriendo y casi me derriba con su gran entusiasmo. Me abraza con fuerza.

— Lo has visto?  No te ha parecido el caballero más perfecto?  Ha jurado ser mi campeon!  De hecho ha jurado dar su vida por la mía!  Hab is oído alguna vez algo la mitad de romántico?  Lo pod is aguantar?

—Apenas —contesta Felicity irónicamente. Acaba de volver de su cacería, agotada pero feliz—. No es tan fácil como parece, os lo aseguro. Me doler  el brazo toda una semana.

Mueve el hombro en pequeños círculos y hace una mueca de dolor. Pero s e que se alegra de que le duela el brazo, de tener una prueba de sus fuerzas ocultas.

Ann se acerca, con su pelo fino y lacio rizándose sobre los hombros y formando nuevos tirabuzones. Incluso la nariz, que le gotea permanentemente, parece haberse despejado. Señala los cristales altos y finos dispuestos en círculo detrás de mi madre.

—¿Y eso qué es?

—Son las Runas del Oráculo, el corazón de este reino —explica mi madre. Me aproximo a una—. No las toques —advierte mi madre.

—¿Por qué no? —pregunta Felicity.

—Primero debes entender cómo actúa la magia del reino, cómo se controla, antes de dejar que viva en ti y de usarla en el otro lado.

—¿Podemos llevar este poder al otro mundo? —pregunta Ann.

—Sí, pero todavía no. Cuando se haya restablecido la Orden, ya os enseñarán. Pero hasta entonces no es seguro.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Hace mucho tiempo que la magia no se usa allí. ¿Quién sabe qué sucedería? Podría escaparse algo. O entrar.

—Emiten un zumbido —dice Felicity.

—Tienen una energía muy poderosa —explica mi madre, haciendo cunitas con una madeja de hilo dorado.

Cuando ladeo la cabeza, casi da la impresión de que los cristales desaparecen. Pero cuando me vuelvo otra vez, los veo elevarse del suelo, brillando más que los diamantes.

—¿Y cómo actúa exactamente? —pregunto.

Sus dedos serpentean en torno al hilo.

—Cuando tocas las runas, es como si tú misma te convirtieras en magia. Fluye por tus venas. Y entonces puedes hacer en el otro mundo lo mismo que aquí.

Felicity acerca una mano a una runa.

—¡Qué raro! Dejé de emitir el zumbido en cuanto me he acercado.

No puedo resistirlo. Tiendo la mano y, sin tocarlo, casi lo rozo. Me invade una corriente de energía. Parpadeo. El deseo de tocar la runa es sobrecogedor.

—¡Gemma! —ordena mi madre.

Aparto la mano rápidamente. Mi amuleto resplandece.

—¿Qué ha sido eso?

—Eres el conducto —dice mi madre—. La magia fluye a través de ti.

A Felicity se le nubla el rostro. Pero enseguida esboza una amplia sonrisa, pues se le ha ocurrido alguna idea malvada. Se tiende en la hierba, apoyada sobre los codos.

—¿Os imagináis si tuviéramos este poder en Spence?

—Podríamos hacer lo que quisiéramos —añade Ann.

—Tendría un armario lleno de vestidos a la última moda. Y montañas de dinero —declara Pippa, riendo.

—Yo sería invisible durante todo un día —dice Felicity.

—Yo no —contesta Ann con amargura.

—Yo podría aliviar el dolor de mi padre.

Miro a mi madre, que entorna los ojos.

—No —responde mientras deshace una escalera.

—¿Por qué no?

Me arden las mejillas.

—Tendríamos cuidado —añade Pippa.

—Sí, mucho cuidado —interviene Felicity, intentando seducir a mi madre como si fuera una de nuestras maestras más impresionables.

Mi madre aplasta la madeja en el puño y sus ojos despiden chispas.

—El uso de este poder no es un juego. Es un trabajo arduo. Requiere preparación, no la curiosidad desenfundada de colegialas impacientes.

Felicity se queda desconcertada. A mí me irrita el comentario de mi madre, el hecho de que me riñan delante de mis amigas.

—No estamos demasiado impacientes.

Mi madre apoya la mano en mi brazo, me dirige una débil sonrisa, y yo me siento mal por haber actuado como una niña.

—Cuando llegue el momento.

Pippa observa detenidamente la base de una runa.

—¿Qué son esas señales?

—Es una lengua antigua, más antigua que el griego y el latín.

—Pero ¿qué dice? —quiere saber Ann.

—«Yo cambio el mundo, el mundo me cambia a mí».

Pippa mueve la cabeza con gesto de incompreensión.

—¿Y eso qué significa?

—Todo lo que haces vuelve a ti. Cuando influyes en una situación, tú también te ves influida.

—¡Mi señora!

El caballero ha vuelto. Trae un laúd. Pronto empieza a dar una serenata a Pippa, entonando una canción sobre la belleza y la virtud.

—¿No es perfecto? Creo que voy a morir de felicidad. Quiero bailar. ¡Venid conmigo! —Pippa tira de Ann y se dirige hacia el galante caballero, olvidándose por completo de las runas.

Felicity, también olvidada de todo, las sigue.

—¿Vienes?

—Enseguida —contesto.

Mi madre reanuda su meticulosa construcción con el hilo. Le vuelan los dedos, y de pronto se detienen. Cierra los ojos y lanza un grito ahogado, como si la hubieran

herido.

—Madre, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? ¡Madre!

Cuando abre los ojos, respira con dificultad.

—Es tan difícil mantenerla alejada.

—Mantener alejada ¿qué?

—A la criatura. Sigue buscándonos.

La niña con la cara sucia nos observa desde detrás de un árbol. Mira a mi madre con los ojos muy abiertos. La expresión de mi madre se suaviza. Respira otra vez con normalidad. Vuelve a ser la presencia autoritaria que recuerdo trajinando por la casa, dando órdenes y cambiando los cubiertos en el último momento.

—No hay por qué preocuparse. Puedo engañar a la bestia durante un tiempo.

Felicity me llama.

—Gemma, te estás perdiendo lo más divertido.

Ella y las demás dan vueltas y bailan al son del laúd y la canción.

Mi madre empieza a construir un platillo y una taza con el hilo. Le tiemblan las manos.

—¿Por qué no vas con ellas? Me gustaría verte bailar. Ve, cariño.

Me acerco a regañadientes a mis amigas. Por el camino veo a la niña, que sigue mirando a mi madre con ojos asustados. Hay algo en ella que me cautiva, algo que siento que debería saber, aunque no sé qué es.

—¡Ha llegado la hora de bailar! —exclama Felicity.

Me coge de las dos manos y me hace girar. Mi madre nos aplaude. El caballero toca el laúd a un ritmo cada vez más rápido, azuzándonos. Nos apretamos una a otra las muñecas y, con el cabello ondeando al viento, cogemos velocidad.

—¡No me sueltes, por lo que más quieras! —grita Felicity, mientras echamos los cuerpos hacia atrás, desafiando la gravedad, hasta que no somos más que una mancha borrosa de colores en el paisaje.

Cuando volvemos a nuestras habitaciones, el cielo nocturno es de un tono ligeramente más claro. Faltan pocas horas para el amanecer. Mañana pagaremos las consecuencias.

—Tu madre es hermosa —dice Ann mientras se mete en la cama.

—Gracias —musito, cepillándome el pelo.

Con el baile, y la posterior caída en la hierba, se me ha enredado mucho, igual que mis pensamientos.

—Yo no recuerdo a mi madre. ¿Crees que eso es terrible?

—No —contesto.

Medio dormida, Ann apenas logra farfullar:

—Me pregunto si se acordará de mí...



Me dispongo a responder, pero no sé qué decir. Además, da igual. Ya está roncando. Desisto con el cepillado y, cuando me meto bajo las sábanas, noto crujir algo. Busco a tientas con la mano y encuentro una nota oculta entre las sábanas. Tengo que acercarla a la ventana para leerla.

*Señorita Doyle:*

*Está usted jugando a un juego muy peligroso. Si no lo deja ya, me verá obligado a actuar. Le pido que se detenga ahora que aún está a tiempo.*

Hay otra palabra garabateada a toda prisa y tachada. *Por favor.*

No ha firmado, pero sé que es obra de Kartik. Rompo la nota en pedazos. Luego abro la ventana y dejo que se la lleve la brisa

Y así pasaron tres días. Cogidas de la mano, entramos en nuestro propio paraíso privado, donde somos dueñas de nuestras vidas. Bajo la tutela de la cazadora, Felicity se convierte en una hábil arquera, veloz e imparable. La voz de Ann es cada vez más potente. Y Pippa ya no es la princesa mimada que era hace una semana. Está más amable, menos estridente. El caballero la escucha como nadie lo había hecho. Pippa me irritaba tanto cada vez que abría la boca que nunca me había parado a pensar que, a lo mejor, parloteaba así porque temía que nadie la escuchara. Prometo darle esa oportunidad a partir de ahora.

Aquí no nos da miedo estar más unidas. Nuestra amistad echa raíces y florece. Nos ponemos guirnaldas en el pelo, nos contamos chistes subidos de tono, reímos y gritamos, nos confesamos nuestros temores y esperanzas. Incluso eructamos libremente. Aquí no hay nadie que nos reprima. Nadie que nos diga que lo que pensamos y sentimos está mal. No es que hagamos lo que deseamos. Es que nos está permitido desear.

—¡Mirad! —dice Felicity.

Cierra los ojos y, al cabo de un instante, cae una lluvia cálida del cielo en perpetua puesta de sol. Nos cala hasta los huesos y la sensación es deliciosa.

—¡No es justo! —grita Pippa, pero se ríe.

Nunca he sentido una lluvia tan maravillosa. Desde luego, nunca he podido disfrutarla así. Quiero beberla, tumbarme bajo ella.

—¡Ajá! —grita Felicity triunfalmente—. ¡Lo he conseguido! ¡Sí!

Chillamos y echamos a correr, resbalando en charcos de barro y levantándonos otra vez. Cubiertas de lodo, nos lo tiramos a puñados. Cada vez que una de nosotras recibe el golpe de una bola de tierra húmeda, da un aullido y jura vengarse. Pero en realidad nos encanta la sensación de estar mugrientas, totalmente libres de preocupaciones.

—Estoy un poco mojada —anuncia Pippa cuando la hemos empapado por completo.

Está cubierta de barro de pies a cabeza.

—Bien, pues.

Cierro los ojos, imagino el sol caliente de la India y en pocos segundos cesa la lluvia. Estamos limpias, secas y presentables, listas para las vísperas o una visita. Más allá del arco de plata están las runas de cristal, y su poder bien resguardado en el interior del amplio círculo.

—¿No sería maravilloso enseñarles a todos lo que podemos hacer? —musita Ann.

Le cojo la mano y advierto que no tiene señales nuevas en la muñeca, sino sólo las débiles cicatrices de lesiones pasadas.

—Sí, desde luego.

Nos tumbamos en la hierba, con las cabezas juntas, como un molino de viento. Y permanecemos así mucho rato, creo, cogidas de la mano, sintiendo nuestra amistad en los dedos, en la calidez sólida y segura de la piel, hasta que a alguien se le ocurre la brillante idea de provocar otra lluvia.

—Cuéntame otra vez cómo actúa la magia de las runas.

Estoy tendida en la hierba junto a mi madre, contemplando las nubes y su continua metamorfosis. Un pato gordo e hinchado deja de oponer resistencia y, estirándose, se convierte en otra cosa.

—Requiere meses y años de formación —contesta mi madre.

—Eso ya lo sé. Pero ¿qué hace? ¿Las runas cantan? ¿Hablan en lenguas desconocidas? ¿Empiezan cantando *Dios salve a la reina*? —pregunto con insolencia, pero es que ella me ha provocado.

—Sí, en sol menor.

—¡Madre!

—Creo que eso ya te lo expliqué.

—Cuéntamelo otra vez.

—Cuando tocas las runas con las manos, el poder penetra en ti y permanece un tiempo en tu interior.

—¿Eso es todo?

—En esencia, sí. Pero antes tienes que saber controlarlo. Tu estado de ánimo, tus objetivos, tu fuerza influyen en él. Es una magia poderosa, con la que no se puede jugar. Ah, mira, veo un elefante.

En el cielo, la mancha en forma de pato se ha convertido en una mancha con una trompa.

—Sólo tiene tres patas.

—No, hay una cuarta.

—¿Dónde?

—Allí. Pero no te fijas.

—¡Claro que sí! —afirmo, indignada. Pero da igual. La nube se mueve y se transforma en otra cosa—. ¿Cuánto dura la magia?

—Depende. Un día. A veces menos. —Se sienta y me mira fijamente—. Pero, Gemma, no debes...

—Usar la magia todavía. Sí, creo que me lo has dicho alguna vez.

Mi madre permanece un momento en silencio.

—¿De verdad crees que estás lista?

—¡Sí! —contesto casi gritando.

—Mira esa nube, la que está justo encima de nosotras. ¿Qué ves?

Veo el contorno de unas orejas y una cola.

—Un gatito.

—¿Seguro?

Me está poniendo a prueba.

—Sé reconocer a un gatito cuando lo veo. Para eso no necesitas poderes mágicos.

—Vuelve a mirar —dice mi madre.

Encima de nosotras, veo un cielo turbulento. Las nubes se agitan y despiden relámpagos. El gatito ha desaparecido y en su lugar aparece el rostro amenazador de una pesadilla. Nos grita hasta que tengo que taparme los ojos con el brazo.

—¡Gemma!

Aparto el brazo. El cielo se ha calmado. El gatito se ha convertido en un gato grande.

—¿Qué ha pasado? —murmuro.

—Una muestra —contesta—. Tienes que poder ver lo que hay en realidad. Circe intentará hacerte ver un monstruo cuando sólo hay un gatito. Y al revés.

Sigo temblando.

—Pero parecía tan real.

Me coge la mano y nos quedamos allí tumbadas, inmóviles. A lo lejos, Ann canta una antigua canción popular, algo sobre una mujer que vende mejillones y berberechos. Es una canción triste y me produce una sensación extraña, como si perdiera algo pero no sé qué es.

—Madre, ¿y si no puedo hacerlo? ¿Y si sale todo mal?

Las nubes se agolpan y luego se dispersan. No se ven formas nuevas.

—Es un riesgo que debemos correr. Mira.

Por encima de nosotras las nubes, desparramadas, forman un tenue aro sin principio ni fin, en cuyo centro hay un círculo perfecto azul intenso.

El viernes recibimos una visita sorpresa. Mi hermano me espera en el salón. Un grupo de niñas inventa excusas para pasar por delante de la puerta y verlo. Cierro la puerta al entrar, separando a Tom de su rebaño de admiradoras, antes de que las náuseas se apoderen de mí.

—¡Vaya! ¡Mi querida y adusta hermana! —dice Tom, de pie—. ¿Ya me has encontrado una buena esposa? No soy quisquilloso; me conformo con una chica bonita, tranquila, con una modesta fortuna y toda la dentadura. De hecho, soy flexible respecto a todos los puntos salvo en lo que se refiere a la moderada fortuna. A menos, claro está, que la fortuna sea grande.

Por alguna razón, la presencia de Tom, tan responsable, altivo y superficial, me

llena de alegría. No me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Lo abrazo y él primero se pone rígido, pero enseguida me devuelve el abrazo.

—Ya, bien, deben de estar tratándote muy mal para que te alegres de verme. He de decir que tienes buen aspecto.

—Me siento bien, Tom. De verdad. —Ardo en deseos de contarle lo de nuestra madre, pero sé que no puedo. Todavía no—. ¿Sabes algo de la abuela? ¿Cómo está nuestro padre?

La sonrisa de Tom se apaga.

—Ah, sí. Están bien.

—¿Vendrá padre el día de la Asamblea? Tengo muchas ganas de verlo y de presentárselo a todas mis amigas.

—Pues yo que tú no me haría muchas ilusiones, Gemma. Es posible que no pueda venir.

Tom se arregla los puños de la camisa. Es un gesto nervioso, un gesto que, empiezo a darme cuenta, sólo hace cuando miente.

—Ya veo —digo con un hilo de voz.

Llaman a la puerta y entra Ann, con cara de extrañeza, horrorizada al ver que estoy sola con un hombre en el salón. Se tapa los ojos con la mano para no vernos.

—Ah, lo siento. Sólo quería decirle a Gemma, a la señorita Doyle, que ya podemos practicar el vals.

—Ahora no, tengo una visita.

Tom se pone en pie, aliviado.

—No dejes el vals por mi culpa. Oye, ¿estás bien?

Mira a Ann, que sigue desviando la mirada.

—Ay, por Dios —murmuro entre dientes. Los presento—: Señorita Ann Bradshaw, te presento al señor Thomas Doyle. Mi hermano. Voy a acompañarlo a la puerta y luego practicaremos ese horrible vals.

—¿Era tu hermano? —pregunta Ann tímidamente mientras la llevo por la sala de baile.

—Sí, la bestia en persona.

Sigo un poco alterada por las noticias de mi padre. Esperaba que a estas alturas ya se hubiera repuesto.

—Parece muy amable.

Ann me pisa los dos pies y hago una mueca de dolor.

—¿Tom? ¡Ja! No abre la boca más que para darse aires. Está muy pagado de sí mismo. Pobre de la chica que se quede con él.

—De todos modos, creo que parece amable. Un auténtico caballero.

Cielo santo. Le gusta mi hermano. Es tan risible que va más allá de la comedia

para convertirse en tragedia.

—¿Está... comprometido con alguien?

—No. Nadie parece estar a la altura de su primer amor.

A Ann se le ensombrece el rostro. Se detiene sin previo aviso y yo doy un giro incómodo antes de volver a su lado.

—¿Ah, sí?

—Consigo mismo.

Tarda un poco en captar la broma, pero de pronto se echa a reír y se ruboriza un poco más. No me atrevo a decirle que Tom busca una esposa rica, probablemente también guapa, y que ella nunca podrá competir. Ojalá él pudiera verla y oírla cuando está en los reinos. Resulta exasperante que lo que podemos hacer allí —todo ese poder— deba permanecer allí por el momento.

—No puedo bailar ni un paso más contigo porque tendré magulladuras toda la semana.

—Eres tú la que no recuerda el ritmo —se queja Ann, siguiéndome al pasillo.

—Y tú olvidas que mis pies y el suelo no son una única y misma cosa.

Ann está a punto de replicar, pero nos interrumpe Felicity, que se acerca por el pasillo agitando una hoja de papel por encima de la cabeza.

—¡Va a venir! ¡Va a venir!

—¿Quién va a venir? —pregunto.

Nos coge de la mano y nos hace girar en círculos.

—¡Mi padre! Acabo de recibir una nota. ¡Va a venir para el día de la Asamblea! ¿No os parece maravilloso? —Calla por un instante—. Dios mío, tengo que prepararme. Vamos, no os quedéis ahí paradas. Si no aprendo a bailar bien el vals de aquí al domingo, estoy perdida.

El paraíso se ha vuelto amargo. Mi madre y yo discutimos.

—Pero ¿por qué no podemos llevarnos la magia de los reinos a donde podemos hacer el bien?

—Ya te lo he dicho: todavía no es seguro. En cuanto lo hagas, en cuanto vuelvas a sacar la magia por esa puerta, quedará totalmente abierta y entonces cualquiera que sepa hacerlo podría entrar.

Se interrumpe e intenta controlarse. Recuerdo estas peleas, en las que yo acababa odiándola.

Cojo un puñado de moras y les doy vueltas en las manos.

—Podrías ayudarme. Entonces estaría a salvo.

Mi madre me quita las moras.

—No, no puedo. No puedo volver, Gemma.

—No quieres ayudar a padre. —Es un golpe bajo, y lo sé.

Respira hondo.

—Eso es injusto.

—No confías en mí. ¡No me crees capaz!

—¡Ay, Gemma, por el amor de Dios! —Sus ojos echan chispas—. Ayer, sin ir más lejos, no podías distinguir una nube de una ilusión. El espíritu oscuro dirigido por Circe es mucho más astuto que eso. ¿Cómo piensas expulsarlo?

—¿Y por qué no puedes enseñarme a hacerlo? —replico con brusquedad.

—¡Porque no sé! No hay una regla fija, ¿lo entiendes? El quid está en conocer al espíritu en cuestión, en conocer sus puntos débiles. Es cuestión de no permitir que emplee tus puntos débiles en tu contra.

—¿Y si sólo necesitara un poco de magia, justo lo suficiente para ayudar a padre y a mis amigas, nada más?

Me coge por los hombros como a una niña.

—Gemma, debes escucharme. No saques la magia de los reinos. Prométemelo.

—¡Sí, muy bien! —digo, apartándome. No puedo creer que ya nos estemos peleando otra vez. Me escuecen los ojos por las lágrimas—. Lo siento. Mañana es el día de la Asamblea y tengo que dormir.

Ella asiente.

—¿Te veré mañana?

Estoy demasiado enfadada para contestarle. Me alejo para reunirme con mis amigas. Felicity está en la cima de una colina, disparando con el arco. Parece el bajorrelieve de una diosa. Con un ruido seco, lanza una flecha, que parte limpiamente un trozo de madera por la mitad. La cazadora la alaba y las dos entablan conversación. No puedo evitar preguntarme de qué hablarán en sus cacerías o por qué Felicity cada vez me cuenta menos cosas. Tal vez he estado demasiado absorta en mis propios asuntos para interesarme por ella.

Pippa, tumbada en la hamaca, escucha a su caballero, que la obsequia con el relato de las hazañas que ha llevado a cabo por ella. La mira como si fuera la única chica del mundo. Y ella lo absorbe todo como si fuera ambrosía. Ann canta con la mirada fija en el río, donde ha reunido a un público imaginario de centenares de personas que aplauden y suspiran y la adoran. Yo soy la única enfurruñada; me siento descontenta e impotente. Empieza a decaer la emoción de nuestras aventuras. ¿De qué me sirve tener este supuesto poder si no puedo usarlo?

Al final Pippa se acerca, haciendo girar una rosa en las manos.

—Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre.

—Pues no puedes —digo.

—¿Por qué no? —pregunta Ann, acercándose por detrás.

Lleva el pelo suelto y ondulado a la altura de los hombros.

—Porque este no es un lugar para quedarse —contesto a la defensiva—. Es un

lugar para soñar.

—¿Y si prefiero soñar? —pregunta Pippa.

Es tan propio de Pippa decir algo así: algo tonto y provocador.

—¿Y si no te dejo venir la próxima vez?

Felicity ha logrado cazar un conejo pequeño, que cuelga rígido e inerte de su flecha.

—¿Qué ocurre?

Pippa hace un mohín.

—Es Gemma. No quiere volver a traernos.

Felicity sigue sosteniendo la flecha ensangrentada en la mano.

—¿Y eso a qué viene, Gemma? —pregunta muy seria y resuelta, y yo pongo fin al concurso de miradas, desviando la mía.

—No he dicho eso.

—Pues lo has insinuado —contesta Pippa en tono lastimero.

—¿Podemos olvidar esta discusión tan tonta? —pregunto con aspereza.

—Gemma —Pippa saca el labio inferior en un mohín exagerado—, no te enfades.

Felicity pone esa misma cara ridícula.

—Gemma, por favor, basta ya. Me cuesta mucho hablar con la boca así.

Ann la imita.

—No sonreiré hasta que sonrías Ann. No podréis obligarme.

—Sí. —Felicity se ríe con su mueca de *bulldog*—. Y todo el mundo dirá: «Eran tan monas. Lástima que tengan ese problema con el labio».

Incapaz de contenerme, me echo a reír. Nos revolcamos por el suelo, las cuatro chillando y haciendo las muecas más necias imaginables, hasta que acabamos agotadas y es hora de irnos.

Aparece la puerta, y salimos una por una. Yo soy la última. Empiezo a sentir el cosquilleo en mi piel por la poderosa energía de la puerta cuando de pronto veo a mi madre con la niña cogida de la mano. Bajo el gran delantal blanco, el vestido de la niña es vistoso e inusual, no como los que se verían en una escuela de niñas inglesa. Es curioso que nunca me haya fijado.

Las dos me miran, esperanzadas y alertas. Como si yo pudiera cambiar las cosas para ellas. Pero ¿cómo puedo ayudarlas cuando ni siquiera sé ayudarme a mi misma?



Hoy es el día de la Asamblea. Mi diccionario no tiene una entrada oficial para esta ocasión, pero si la tuviera, diría algo así:

*Día de la Asamblea (s.)* Tradición de los internados en la que la familia visita a la alumna, ocasión que da lugar a la mortificación de todos y al placer de nadie.

Me he arreglado el pelo y acicalado como una auténtica dama, o eso he intentado. Pero por dentro todavía no me he recuperado de la última visita a mi madre y nuestra discusión. Me porté fatal. Esta noche iré a verla y me disculparé, y volveré a sentir su cálido abrazo.

Aun así, ojalá pudiera contar a mi familia —sobre todo a mi padre— que he visto a mi madre, que en un lugar más allá de este, en otro mundo, sigue tan viva, cariñosa y hermosa como la recordamos. No tengo ni idea de lo que encontraré cuando baje, y me siento arrastrada a la vez por la esperanza y el deseo. A lo mejor aparece mi padre, con buen aspecto y bien vestido, con su elegante traje negro. A lo mejor me da un regalo, algo envuelto en papel dorado. A lo mejor me llama «su joya»; incluso a lo mejor consigue que la amargada de Brigid se ría de sus historias, a lo mejor me abraza. A lo mejor. A lo mejor. A lo mejor. ¿Acaso hay un opiáceo más poderoso que esa palabra?

—Tal vez pueda acompañarte —dice Ann, mientras intento dominar mi pelo por enésima vez.

Se niega a quedar bien sujeto en lo alto de mi cabeza como corresponde a una dama.

—Te morirías de aburrimiento a los cinco minutos —digo, pellizcándome las mejillas para que asome un rubor que desaparece enseguida. No quiero que venga Ann cuando no sé con qué voy a encontrarme.

—¿Vendrá tu hermano? —pregunta Ann.

—Sí, que Dios nos ampare —mascullo. No quiero que Ann se haga ilusiones con Tom. Dos suaves rizos caen sobre mi frente. Tengo que hacer algo con este pelo.

—Al menos tienes un hermano que te irrita.

En el espejo del lavabo veo a Ann sentada en la cama con expresión compungida, de punta en blanco sin tener a donde ir, sin nadie a quien ver. Y yo me quejo de tener que ver a mi familia cuando ella se pasará todo el día sola. El día de la Asamblea debe de ser un suplicio para ella.

—De acuerdo —suspiro—. Si estás dispuesta a soportar semejante tortura puedes venir.

No me da las gracias. Las dos sabemos que lo he dicho por lástima, aunque no sé si por ella o por mí. La miro. Un vestido blanco que le ciñe el cuerpo regordete. Mechones de pelo lacio que se le escapan del moño y le cuelgan sobre los ojos

llorosos. No es la belleza que vi anoche en el jardín.

—Veamos qué podemos hacer con ese pelo.

Intenta mirarse en el espejo por detrás de mí.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Nada que no se pueda remediar con un buen cepillado y unas cuantas horquillas. No te muevas.

Le suelto el pelo. El cepillo tira de un nudo en la base del cráneo.

—¡Ay!

—El precio de la belleza —digo a modo de disculpa sin disculparme de verdad.

Al fin y al cabo, ha dicho que quería venir.

—Querrás decir el precio de la calvicie.

—Si no te movieras, sería más fácil.

De pronto se queda tan inmóvil que se la podría confundir con una piedra. Subestimamos el dolor como medio de motivación. Le pongo lo que me parecen mil horquillas para sujetarle el pelo. No queda mal. Al menos está mejor, y de hecho estoy un poco impresionada conmigo misma. Ann se coloca delante del espejo.

—¿Qué te parece? —pregunto.

Ladea la cabeza a derecha e izquierda.

—Me gustaba más antes.

—¡Qué agradecida! No vas a pasarte todo el día con esa cara, ¿verdad? Porque si es así...

Felicity abre la puerta y se apoya provocativamente contra el marco en actitud coqueta. Lleva los cordones del corsé tan ceñidos que le levanta los pechos perceptiblemente.

—*Bonjour, mesdemoiselles*. Soy yo, la reina de Saba. Podéis ahorraros las genuflexiones para después. ¿Qué os parece, queridas? ¿No estoy irresistible?

—Hermosa —contesto.

Al notar que Ann vacila, le doy una patada en el pie.

—Sí, hermosa —repite.

Felicity sonrío como si acabara de descubrir el mundo.

—Va a venir. Me muero de ganas de que me vea convertida en una dama después de dos años. ¿Os dais cuenta de que no veo a mi padre desde hace dos largos años? —Da vueltas por la habitación—. Tenéis que conocerlo, claro está. Os adorará a todas, seguro. Quiero que vea lo bien que me va aquí. ¿Alguna de vosotras tiene perfume?

Ann y yo negamos con la cabeza.

—¿Ningún tipo de perfume? ¡No puedo ir si no huelo maravillosamente!

El buen humor de Felicity se desvanece en el acto.

—Toma —digo, sacando una rosa del alféizar. Los pétalos se aplastan fácilmente,

dejando un jugo pegajoso y dulce en mis dedos. Se lo paso por detrás de las orejas y las muñecas. Felicity se acerca las muñecas a la nariz e inhala.

—¡Perfecto! Gemma, eres un genio.

Me abraza y me da un beso. Esa faceta de Felicity resulta un poco desconcertante; es como tener de animal doméstico a un tiburón que se considera un pez de colores.

—¿Dónde está Pip? —pregunta Ann.

—Abajo. Sus padres han venido con el señor Bumble. ¿Os dais cuenta? Esperemos que hoy lo envíe a freír espárragos. Bien —dice Felicity antes de marcharse—, *adieu, les filles*. Hasta luego.

Con una profunda reverencia, desaparece envuelta en una nube de rosas y esperanza.

—Vamos, pues —digo a Ann, frotándome los restos de la flor en los dedos—. Acabemos con esto de una vez por todas.

Cuando llegamos abajo, el salón delantero está abarrotado de niñas y familiares. He visto los infames trenes de la India mejor organizados. No veo a mi familia por ningún lado.

Pippa se acerca a nosotras, con la cabeza gacha. La sigue una mujer que lleva un sombrero ridículo con penacho. Luce un vestido de noche y más propio de una mujer joven y una estola de piel en los hombros. La acompañan dos hombres. En seguida reconozco al señor Bumble con su poblado bigote. Deduzco que el otro es su padre. Tiene la misma tez y cabello oscuros.

—Padre, madre, os presento a las señoritas Gemma Doyle y Ann Bradshaw —dice casi en un susurro.

—Encantada. Es un placer conocer a las amiguitas de Pippa.

La madre de Pip es tan guapa como su hija, pero tiene un rostro más duro, cosa que intenta disimular con abundantes joyas.

Ann y yo saludamos cordialmente. Tras un silencio, el señor Bumble se aclara la garganta.

La boca de la señora Cross esboza una sonrisa tensa.

—Pippa, ¿no te olvidas de alguien?

Pippa traga saliva.

—Permitidme que os presente también al señor Bartleby Bumble. —Y añade como con tono quejumbroso—: Mi prometido.

Ann y yo, atónitas, nos quedamos sin habla.

—Es un placer conocerlas. —Nos mira con altivez—. Espero que sirvan el té pronto —dice, mirando el reloj de bolsillo con impaciencia.

¿Este viejo grosero y carigordo va a ser el marido de la hermosa Pippa? Pippa, que se pasa cada minuto de su existencia sumida en pensamientos sobre el amor puro,

eterno, romántico, ha sido vendida al mejor postor, a un hombre a quien no conoce, que no le importa. Pippa mantiene la mirada fija en la alfombra persa como si esperase que fuera a abrirse y tragársela entera, salvándola.

Ann y yo tendemos la mano y se la estrechamos lánguidamente.

—Me alegro de ver que mi prometida se relaciona con las chicas adecuadas —dice el señor Bumble con desdén—. Hay tantas cosas que pueden mancillar a una chica joven e influenciable. ¿No le parece, señora Cross?

—Ah, por supuesto, señor Bumble.

Se merece que le claven la cabeza en una estaca y la expongan a la vista de todos con la advertencia: «Si eres insoportable, no vengas aquí, o te haremos papilla».

—Ah, ahí está la señora Nightwing —dice la señora Cross—. Habrá que darle la noticia. Es posible que quiera anunciarla hoy mismo.

Atraviesa la habitación seguida de su marido. El señor Bumble sonrío detrás de Pippa como si ella fuera el premio mayor de la feria.

—¿Vamos? —dice, ofreciéndole el brazo.

—¿Me concede un momento con mis amigas, por favor? Para comunicarles la noticia —pregunta Pippa, con voz queda y triste.

El muy idiota se siente halagado.

—Claro, querida. Pero no tardes mucho.

Cuando se ha ido, hago ademán de cogerle las manos a Pippa.

—Por favor, no —dice.

Las lágrimas asoman a sus ojos. No sé qué decirle.

—Parece muy distinguido —aventura Ann tras un momento de silencio.

Pippa suelta una carcajada breve y aguda.

—Sí, no hay nada mejor que un abogado rico para liquidar las deudas de juego de mi padre y salvarnos de la ruina. En realidad, no soy más que una moneda de cambio.

No lo dice con amargura. Eso es lo malo. Ha aceptado su destino sin luchar.

Detrás de ella, el señor Bartleby Bumble espera con impaciencia a su futura esposa.

—Tengo que irme —dice Pippa con el entusiasmo de una mujer a punto de reunirse con su verdugo.

—El anillo es precioso —dice Ann poco después.

Por encima de la multitud nos llegan las felicitaciones a voz en cuello de la señora Nightwing y de otras que la imitan.

—Sí, mucho —coincido.

Intentamos tomárnoslo bien. Ninguna de las dos quiere reconocer lo desesperada e indignante que es la situación; ni nuestro sentimiento de culpa por el alivio que supone no estar en las mismas circunstancias. Al menos, por ahora. Sólo cabe esperar que, cuando llegue el momento, no me endilguen al primer hombre que deslumbre a

mi familia.

Felicity se acerca. Lleva un pañuelo en la mano que ha retorcido hasta convertirlo en un bulto arrugado.

—¿Qué os pasa? Cualquiera diría que se ha acabado el mundo.

—Pippa se ha prometido con el señor Bumble —explico.

—¿Qué? Ah, pobre Pip —dice, cabeceando.

—¿Ha venido tu padre? —digo, esperando una noticia más alegre.

—Todavía no. Perdonad, pero estoy demasiado nerviosa para esperar aquí. Voy a esperarlo en el jardín. ¿Seguro que estoy presentable?

—Por última vez, sí —digo, poniendo los ojos en blanco.

Felicity está tan nerviosa que ni siquiera replica con brusquedad. Por el contrario, asiente agradecida y, con cara de no poder retener el desayuno en el estómago un segundo más, se dirige a toda prisa al jardín.

—Vaya, vaya, aquí está la señorita Doyle.

Con una reverencia y ademán de mano exagerados, Tom anuncia su llegada. Lo acompaña la abuela, con su mejor vestido de duelo de crepé negro.

—¿Está padre? ¿Ha venido?

Nerviosa, estiro el cuello para buscarlo.

—Sí —contesta Tom—. Gemma...

—Entonces, ¿dónde está?

—Hola, Gemma.

Al principio no veo a mi padre. Pero allí está, escondido detrás de Tom, un fantasma con traje que le queda grande y profundas ojeras. La abuela lo coge del brazo en un intento de disimular su temblor. Estoy segura de que le ha dado sólo una pequeña parte de su dosis habitual para pasar el día, prometiéndole más para después. Apenas puedo contener el llanto.

Me da vergüenza que mis amigas lo vean así.

Y me da vergüenza sentir vergüenza.

—Hola, padre —consigo decir, besando sus mejillas hundidas.

—¿Alguien sabía que hoy veríamos a una reina? —bromea.

La risa le provoca un violento ataque de tos, y Tom tiene que sujetarlo. No puedo mirar a Ann.

—Van a servir el té en la sala de baile —digo mientras los llevo al piso de arriba, a una mesa tranquila y apartada, lejos de la multitud y los chismorreos.

Cuando nos hemos sentado, les presento a Ann.

—Es un placer volver a verla, señorita Bradshaw —dice Tom.

Ann se sonroja.

—¿Y dónde está tu familia hoy? —pregunta mi abuela, mirando alrededor en

busca de alguien más interesante que nosotras con quien hablar. Tenía que preguntarlo, y nosotras tendremos que contestar, y entonces nos quedaremos todos sumidos en un silencio incómodo; o mi abuela dirá algo desagradable pretendiendo ser amable.

—Están en el extranjero —miento.

Por suerte, Ann no intenta corregirme. Creo que se alegra de no tener que explicar que es huérfana ni soportar una compasión cordial y silenciosa. De pronto mi abuela se muestra interesada; sin duda quiere saber si la familia de Ann es rica, si tiene un título o las dos cosas.

—¡Qué emocionante! ¿Y adónde han ido?

—A Suiza —contesto.

—A Austria —responde Ann al mismo tiempo.

—Austria y Suiza —añado—. Es un viaje largo.

—Austria —interviene mi padre—. Hay un chiste muy bueno acerca de los austríacos... —Se calla, y le tiemblan los dedos.

—¿Sí, padre?

—¿Hum?

—Decías algo de los austríacos —le recuerdo.

Frunce el entrecejo.

—¿Ah, sí?

Tengo un nudo en la garganta. Le paso el azucarero a Tom. Ann observa fascinada cada uno de sus gestos, a pesar de que él apenas se ha fijado en ella.

—Bien —dice Tom, echándose tres terrones de azúcar en el té—. Señorita Bradshaw, ¿la ha sacado de quicio mi hermana con esa excesiva franqueza suya?

Ann se ruboriza.

—Es una chica muy amable.

—¿Amable? ¿Estamos hablando de la misma Gemma Doyle? Abuela, por lo visto Spence es algo más que una escuela. Es una casa de curas milagrosas.

Todo el mundo ríe cordialmente a mi costa y la verdad es que no me importa. Es tan agradable oírlos reír, que no me importaría aunque se pasaran toda la tarde burlándose de mí. Mi padre mueve torpemente la cuchara como si no supiera qué hacer con ella.

—Padre —digo con suavidad—, ¿me permites que te sirva el té?

Me sonrío débilmente.

—Sí, gracias, Virginia.

Virginia. Ante el nombre de mi madre, se produce un incómodo silencio. Tom remueve su té más de lo necesario.

—Soy yo, padre. Soy Gemma —digo en voz baja.

Entorna los ojos, me observa con la cabeza ladeada y asiente lentamente.

—Ah, sí, ya lo veo.

Se pone a jugar otra vez con la cuchara.

Mi corazón es una piedra que se hunde por momentos. Conversamos de temas triviales. La abuela nos habla de su jardín, de sus visitas y de quién no se habla con quién últimamente. Tom parlotea acerca de sus estudios, y Ann sorbe sus palabras como si fuera un dios. Mi padre está ensimismado. Nadie me pregunta cómo estoy ni qué hago. No les importa en absoluto. Somos todas espejos y sólo existimos para reflejar las imágenes que les gustaría ver de sí mismos. Somos recipientes vacíos que hay que enjuagar para eliminar hasta el último rastro de ambiciones, deseos y opiniones personales, para llenarlos después con el agua tibia de la complacencia cortés.

Se forma una grieta en el recipiente. Me estoy resquebrajando.

—¿Se ha sabido algo de madre? ¿La policía ha averiguado algo más?

—¡Vaya! —farfulla Tom—. Conque ya estamos otra vez con eso, ¿eh? Señorita Bradshaw, tendrá que disculpar a mi hermana. Tiene un sentido muy agudo de lo dramático. Nuestra madre murió de cólera.

—Ya lo sabe. Se lo he contado —digo, observando sus reacciones.

—Lamento que mi hermana le haya gastado una broma tan pesada, señorita Bradshaw. —Y añade entre dientes a modo de advertencia—: Gemma, ya sabes que el cólera se llevó a nuestra pobre madre.

—Sí, el cólera. Lo increíble es que el cólera no nos ha matado a todos. O a lo mejor sí. A lo mejor lo tenemos metido en la sangre y nos asfixia cada día lentamente con su veneno —replico con una sonrisa igual de ponzoñosa.

—Creo que lo mejor será cambiar de tema. Sin duda la señorita Bradshaw no tiene por qué soportar semejante histrionismo —dice la abuela, y zanja la cuestión bebiendo un sorbo de té.

—Y yo creo que mi pobre madre es un excelente tema de conversación. ¿Tú qué opinas, padre?

«Vamos, padre, detente. Dime que me comporte, que me vaya al infierno, algo, cualquier cosa. Veamos un poco de ese viejo espíritu de lucha». Lo único que entra y sale de su boca flácida es un silbido dulzón de aire húmedo. No escucha. Está absorto en su propio reflejo, que lo contempla, hinchado y distorsionado, desde la concavidad brillante de la cucharilla que mueve con sus dedos esqueléticos.

No soporto verlos de espaldas a la verdad, sordos y ciegos a cualquier cosa mínimamente real.

—Gracias por venir. Como veis, me va muy bien aquí. Habéis cumplido con vuestra obligación, y ahora ya podéis volver a lo que sea que tengáis que hacer.

Tom se echa a reír.

—Menuda manera de dar las gracias. Me he perdido un partido de *criquet* por

venir. ¿No se suponía que tenían que civilizarte en este sitio?

—Estás siendo infantil y grosera, Gemma. Y delante de tu invitada. Señorita Bradshaw, le ruego que disculpe la actitud de mi nieta. ¿Le apetece más té?

La abuela se lo sirve sin esperar respuesta. Ann se queda mirando la taza, alegrándose de tener algo en qué ocuparse. La estoy avergonzando. Estoy avergonzando a todo el mundo. Me levanto.

—No quiero estropear esta agradable tarde a nadie, así que me despido. ¿Vienes, Ann?

Mira tímidamente a Tom.

—No he acabado el té —contesta.

—Ah, por fin tenemos a una auténtica dama entre nosotros —dice Tom, dando una suave palmada—. Muy bien, señorita Bradshaw.

Ann sonríe con la mirada baja. Tom le ofrece pasteles y Ann, que jamás ha rechazado ni un solo bocado de comida, rehúsa como debe hacer toda dama bien educada y distinguida para no quedar como una glotona. He creado un monstruo.

—Como quieras —murmuro.

Me inclino ante mi padre, le cojo las manos y lo aparto de la mesa. Le tiemblan las manos. Tiene gotas de sudor en la frente.

—Padre, me voy. ¿Por qué no vamos a dar un paseo?

—Sí, muy bien, querida. Vamos a ver los jardines, ¿eh?

Intenta esbozar una sonrisa que se convierte en mueca de dolor. La dosis que le ha dado la abuela no ha sido suficiente. Pronto necesitará más, y entonces estará totalmente abstraído. Avanzamos unos pasos, pero tropieza y tiene que cogerse a una silla. Todo el mundo se vuelve y Tom enseguida está a mi lado y lo conduce otra vez a la mesa.

—Bien, bien, padre —dice alzando la voz para que todos lo oigan—. Ya sabes que el doctor Price ha dicho que todavía no debes apoyar ese tobillo. Hay que esperar a que se te cure esa lesión que te hiciste jugando al polo.

Satisfechos, todos en la sala se vuelven otra vez. Todos salvo una persona. Cecily Temple nos ha visto. Seguida por sus padres, se dirige hacia nuestra mesa.

—Hola, Gemma, Ann.

La cara de Ann es la viva imagen del pánico. Cecily enseguida se hace una composición del lugar.

—Ann, ¿nos cantarás algo? Ann tiene una voz preciosa. Es la chica de la que os he hablado: la becaria.

Ann se encoge en la silla.

La abuela se muestra confusa.

—Creía que tus padres estaban en el extranjero...

Ann contrae el rostro, y sé que está a punto de llorar. Se levanta de la mesa,



tirando una silla. Cecily finge avergonzarse.

—Ay, cielos, espero no haber dicho algo que no debía.

—Cada vez que abres la boca para hablar, dices algo que no debes —replico.

—Gemma, ¿qué demonios te pasa hoy? —espeta la abuela—. ¿Estás enferma?

—Sí, perdonadme todos —digo, arrojando mi servilleta arrugada en la mesa—. Es mi cólera que está actuando otra vez.

Después tendré que disculparme: «Lo siento, lo siento muchísimo, no sé qué me ha pasado, cuánto lo siento». Pero de momento estoy libre de la tiranía de su necesidad, disfrazada de preocupación por mí. Cuando atravieso a toda prisa la sala de baile y bajo la escalera, tengo que llevarme la mano al estómago para no respirar demasiado rápido y desmayarme. Por suerte, las puertaventanas están abiertas para que entre la brisa y salgo al jardín, donde han empezado a jugar al *criquet*. Madres modernas tocadas con sombreros de ala ancha pasan bolas de madera de brillantes colores por aros con un mazo, mientras los maridos cabecean y, abrazándolas, las corrigen amablemente. Las madres ríen y vuelven a fallar, se diría que a propósito, para que los maridos vuelvan a acercarse a ellas.

Paso a su lado sin que nadie se fije en mí y bajo la cuesta hasta donde está Felicity, sentada sola en un banco.

—No sé tú, pero yo ya me he hartado de este espectáculo tan absurdo —digo, fingiendo en la voz una camaradería hosca que no siento en absoluto. Una lágrima cálida resbala por mi mejilla. La enjugo y miro la partida de *criquet*—. ¿Ha venido tu padre? ¿Me lo he perdido?

Felicity permanece inmóvil sin contestar.

—¿Fee? ¿Qué ocurre?

Me pasa la nota que sostiene en la mano, escrita en una fina tarjeta.

*Mi querida hija:*

*Lamento avisarte con tan poco tiempo de antelación que el deber me llama en otra parte, y ya sabes que mis obligaciones para con la Corona son de suma importancia. Espero que pases un buen día, y tal vez nos veamos en Navidad.*

*Con cariño, tu padre.*

No sé qué decirle.

—Ni siquiera es su letra —dice por fin con voz inexpresiva—. Ni siquiera se molestó en escribir una despedida.

En el jardín unas cuantas niñas juegan alegremente en círculo, esconden la cabeza bajo los brazos de las demás, se tiran al suelo en medio de ataques de risa, mientras las madres se ciernen sobre ellas, sufren por sus vestidos manchados y el pelo que se les escapa de las cintas y los gorros. Dos chicas pasan a nuestro lado, cogidas del brazo, recitando el poema que han aprendido para hoy, algo para demostrar hasta qué

punto se han convertido en pequeñas damas en flor.

*Dejó la tela, dejó el telar,  
dio tres pasos en la sala,  
vio florecer el nenúfar,  
vio el casco y la pluma,  
miró hacia Camelot.*

En el cielo, las nubes pierden la batalla por ocultar el sol. Manchas azules asoman por detrás de manchones más grandes de un gris amenazador, aferrándose al sol con la punta de los dedos resbaladizos.

*La tela salió volando por la ventana;  
el espejo se partió de lado a lado;  
«La maldición ha recaído sobre mí»,  
exclamó la dama de Shalott.*

Las niñas, despreocupadas, echan hacia atrás las cabezas y se ríen estrepitosamente de su lectura dramática. El viento ha rolado hacia el este. Se avecina una tormenta. Huelo la humedad en el aire, un ser vivo, fétido. Caen gotas aisladas, rozándome las manos, la cara, el vestido. Los invitados chillan sorprendidos, vuelven las palmas de la mano hacia el cielo como si lo cuestionaran y corren a refugiarse en el interior.

—Ha empezado a llover.

Felicity tiene la mirada fija al frente, sin decir nada.

—Te mojarás —digo, levantándome de un salto y volviéndome para buscar refugio en la escuela.

Felicity no hace ademán de moverse. Así que me voy, dejándola sola, aunque siento que no debería. Cuando llego a la puerta, todavía la veo allí, sentada en el banco, empapándose. Ha puesto la nota de su padre bajo la lluvia y mira cómo se borra cada trazo en el papel mojado, dejando que el agua enjuague las letras y la enjuague a ella hasta quedar como piel nueva.

La noche es aún más deprimente. Cae a cántaros una lluvia fría y dura, indicando que el verano se ha acabado definitivamente. Un frío húmedo nos cala hasta los huesos y provoca dolor en los dedos, la espalda y el corazón. El estruendo de los truenos se acerca cada vez más, compitiendo con el redoble constante de la lluvia. Algún que otro relámpago atraviesa el cielo, propagando su luz con un chisporroteo humeante e iluminando la boca de la cueva.

Estamos todas dentro. Mojadas. Ateridas de frío. Calladas. Tristes. Felicity está sentada en la roca chata, trenzando un mechón de pelo, destrenzándolo y volviendo a trenzarlo. Todo su fuego ha desaparecido, arrastrado a donde sea que la lluvia se lleve las cosas.

Arrebujada en su capa, Pippa camina de un lado a otro, gimiendo.

—¡Tiene cincuenta años! ¡Es mayor que mi padre! Es demasiado horrible para pensarlo siquiera.

—Al menos alguien quiere casarse contigo. No eres una paria —dice Ann, que aparta un momento la palma de la mano de encima de la llama de la vela.

La acerca cada vez más hasta que se ve obligada a retirarla rápidamente. Pero por su gesto de dolor sé que se ha quemado a propósito: está probando una vez más que todavía puede sentir algo.

—¿Por qué todo el mundo quiere ser mi dueño? —murmura Pippa. Se sostiene la cabeza con las manos—. ¿Por qué todos quieren controlar mi vida: mi aspecto, a quién veo, lo que hago o dejo de hacer? ¿Por qué no pueden dejarme en paz?

—Porque eres hermosa —contesta Ann, observando cómo el fuego le lame la palma de la mano—. La gente siempre piensa que puede poseer las cosas hermosas.

La risa de Pippa es amarga, está teñida de lágrimas.

—¡Ja! ¿Por qué las chicas piensan que basta con ser guapa para que se resuelvan todos los problemas? Ser guapa da problemas. Es horrible. Ojalá fuera otra persona.

Semejante comentario es un lujo: un comentario que sólo se pueden permitir las chicas guapas. Ann contesta a eso con un fuerte resoplido de incredulidad.

—¡De verdad! Ojalá fuera... Ojalá fuera tú, Ann.

Ann se queda tan atónita que deja la mano encima de la llama un segundo de más y la aparta con un grito ahogado.

—¿Por qué demonios prefieres ser yo?

Pippa exhala un suspiro.

—Porque no tienes que preocuparte por estas cosas. No eres la clase de chica a quien todo el mundo agobia, sin dejarle espacio para respirar. Nadie te quiere a su lado.

—¡Pippa! —exclamo.

—¿Qué? ¿Y ahora qué he dicho? —gime Pippa, incapaz de percatarse de su estúpida crueldad.

A Ann se le demuda el rostro, entrecierra los ojos, pero la vida la ha maltratado demasiado para decir nada, y Pippa es demasiado egoísta para darse cuenta.

—Te refieres a que no me destaco —dice Ann en tono cansino.

—Eso —contesta Pippa, mirándome triunfalmente, porque al fin alguien en la cueva entiende su desgracia. Pero de pronto se da cuenta—. Ay, ay, Ann, no quería decir eso.

Ann cambia de mano y pone la izquierda encima de la vela.

—Ann, querida Ann. Debes perdonarme. No soy tan lista como tú. No quiero decir ni la mitad de las cosas que digo. —Pip abraza a Ann, que no soporta que nadie, sea quien sea, le preste atención; ni siquiera una chica que la considera un simple complemento, como el collar más adecuado o una cinta de pelo—. Vamos, cuéntenos un cuento. Leamos el diario de Mary Dowd.

—¿Para qué molestarnos cuando sabemos cómo acaba? —dice Ann, volviendo a poner la mano encima de la vela—. Mueren en el incendio.

—¡Pues yo quiero leer el diario!

—Pippa, ¿no puedes prescindir esta noche? —digo con un suspiro—. No estamos de humor.

—Claro, tú puedes decirlo. ¡No es a ti a quien van a casar en contra de su voluntad!

El cielo truena mientras estamos cada una sentada en su rincón, solas a pesar de la proximidad.

—¿Os explico un cuento? ¿Uno nuevo y terrible? ¿De fantasmas?

La voz, un suave eco en la gran cueva, pertenece a Felicity. Se vuelve en la roca, nos mira, se rodea las rodillas dobladas con los brazos, acercándose al pecho.

—¿Estáis listas? ¿Empiezo? Había una vez cuatro chicas. Una era guapa. Otra era lista. Otra encantadora y la cuarta... —me mira— misteriosa. Pero estaban todas heridas. Había algo en ellas que les faltaba. Algo en la sangre. Grandes sueños. Ah, lo olvidaba. Lo siento, tenía que haberlo dicho antes: eran todas soñadoras, las cuatro.

—Felicity... —digo, porque, más que el cuento, empieza a asustarme ella.

—Queríais un cuento y voy a contaros uno. —Un relámpago ilumina las paredes de la cueva, bañándole la mitad del rostro de luz y la otra mitad de sombras—. Noche tras noche, las chicas se reunían. Y pecaban. ¿Sabéis en qué consistía ese pecado? ¿No? ¿Pippa? ¿Ann?

—Felicity. —Pippa parece preocupada—. Volvamos a la escuela a tomarnos una buena taza de té. Aquí hace demasiado frío.

La voz de Felicity se eleva y llena el espacio como el tañido de una campana.

—Su pecado consistía en que creían. Creían que podían ser diferentes. Especiales.

Creían que podían cambiar lo que eran: chicas heridas, a quienes nadie quería. Marginadas. Estarían vivas, las adorarían, las necesitarían. Serían necesarias. Pero se equivocaban. Esto es un cuento de fantasmas, ¿os acordáis? Una tragedia.

Estalla otro relámpago, uno fuerte, cuya luz me permite ver que el rostro de Felicity está bañado en lágrimas y que le gotea la nariz.

—Fueron por mal camino. Las traicionaron sus propias esperanzas estúpidas. Las cosas no podían cambiar para ellas, porque en realidad no tenían nada de especial. Así que la vida las arrastró, las condujo, y ellas se dejaron llevar, ¿entendéis? Se fueron apagando hasta quedar reducidas a fantasmas vivientes, persiguiéndose entre sí. —La voz de Felicity es casi inaudible—. Y ya está. ¿Verdad que es el cuento más terrorífico que habéis oído?

La lluvia repiquetea implacablemente, mezclándose con el sonido ahogado de los sollozos de Felicity. Ann ha dejado de torturarse las manos. Ahora mira a través de la llama las paredes de la cueva, que muestran su historia, sin prometer nada. Pippa da vueltas a su anillo de compromiso con tal violencia que temo llegue a romperse el dedo.

Tal vez sea la lluvia constante lo que me vuelve loca. Tal vez sea pensar en la hermosa Pippa, casada con un hombre a quien no quiere, que no la quiere a ella, que sólo quiere comprarla. Tal vez sea imaginar a Ann sacrificando su voz por trabajar para aristócratas pomposos y sus insufribles hijos. O ver a Felicity intentando contener las lágrimas. Tal vez sea porque cada palabra que ha dicho es verdad.

Sea cual sea la razón, estoy buscando una escapatoria, estoy pensando en traer la magia de los reinos. Pensando en esas madres de hoy, con sus recargados vestidos y sus vidas vacías. Y estoy pensando en las palabras de mi madre advirtiéndome que aún no estoy lista para usar todos mis poderes.

Ah, pero sí lo estoy, madre. Te lo aseguro.

Fuera se oyen más truenos, como una advertencia, como una oración. Alrededor, en la penumbra, están los símbolos tallados en la roca con el sudor y la sangre de mujeres que han vivido antes que nosotras. Me incitan susurrándome una sola palabra: *Cree*.

Veo el resplandor del anillo no deseado de Pippa. Oigo el resuello de Ann. Siento la desesperación que presenta Felicity, el silencio de un deseo sin formular.

«Tiene que haber algo mejor que esto».

Mi voz se eleva hacia el techo invisible de la cueva como un ave que alza el vuelo.

—Hay una manera de cambiar las cosas...

—¿Seguro que sabes usar estas runas? —pregunta Ann mientras ponemos las velas en el centro del círculo.

—¡Claro que sabe! No intentes asustarla —le riñe Pippa—. ¿Verdad que lo sabes?

—No, pero Mary y Sarah sí. No puede ser tan difícil. Mi madre dijo que sólo hay que poner las manos sobre las runas y... y entonces...

Y entonces ¿qué? La magia penetra en mí. Eso no es gran cosa para empezar.

Felicity está a mi lado. Ya no llora.

—Sólo vamos a intentarlo. Nada más. Vamos a hacer una simple prueba —digo, como si intentara convencerme a mí misma.

Entramos en los reinos por nuestra puerta de luz y nos encaminamos hacia la gruta a toda prisa. Las runas se elevan ante nosotras, altas e imponentes. Son guardianas que protegen los secretos del cielo.

—No he visto a nadie —dice Felicity, jadeando.

—Pues entonces no creo que nadie nos haya visto —señala Pippa.

«Prométeme que no te llevarás la magia de los reinos, Gemma...».

Se lo he prometido. Y sin embargo no puedo abandonar a mis amigas y permitir que sigan con esas vidas vacías.

«Hace mucho tiempo que no se ha usado la magia aquí. ¿Quién sabe qué podría pasar?».

Eso no significa que tenga que pasar nada terrible. A lo mejor mi madre no tiene motivos para preocuparse. Actuaremos con mucho cuidado. Nada conseguirá entrar. Aparece la cazadora.

—¿Qué hacéis?

Pippa deja escapar un grito de sorpresa.

—Nada —contesto, demasiado deprisa.

Permanece callada, mirándonos.

—¿Hoy vas a cazar? —pregunta por fin a Felicity.

—Hoy no, mañana —responde Felicity.

—Mañana —repite la cazadora.

Se da la vuelta y se dirige hacia el arco plateado, volviéndose una vez con expresión extraña. Luego desaparece.

—Uf, por poco nos pillan —comenta Ann con un suspiro de alivio.

—Sí, más vale que nos demos prisa —digo.

—¿Qué crees que nos pasará? —pregunta Pippa con aprensión.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —contesto, acercándome a las runas.

Siento que su energía me llama. Las tocaré un segundo o dos, no más. ¿Qué puede pasar en un instante?

Las chicas apoyan las manos en mí. Estamos conectadas, como un aparato moderno que emite luz eléctrica. Lentamente pongo las palmas de las manos en contacto con la fuerza cálida de las formas cristalinas. Palpitan contra mi piel. Los latidos se convierten en temblor. Las runas son más poderosas de lo que habría podido imaginar. Brillan, primero un poco, luego con mayor intensidad, hasta que la luz se extiende velozmente en espiral, dando vueltas a mi alrededor y penetrando en mí. Siento a mis amigas en mi interior. Las rápidas pulsaciones de la sangre en sus venas. El ritmo de nuestros corazones que laten al unísono, como un estruendo de caballos al galope a través de un blanco campo invernal. La sensación de libertad que nos insufla la esperanza. Me asalta una avalancha de pensamientos. Se superponen muchas voces, muchas lenguas, fundiéndose en un murmullo intermitente. Todo ocurre demasiado deprisa. No puedo asimilarlo. Podría hacerme pedazos. Necesito apartarme, pero no puedo.

Y de repente el mundo desaparece.

El vasto cielo nocturno nos envuelve con su manto. Estamos en la cima de una montaña. Las nubes pasan por encima a velocidad inconcebible, agrupándose y disgregándose. El fuerte viento ruge a nuestras espaldas y nos agita el pelo. Y sin embargo no tenemos miedo. Me siento totalmente distinta. Cada célula de mi cuerpo está plenamente alerta, cada sentido aguzado. No necesitamos hablar. Cada una percibe lo que sienten las demás.

De pronto tomo conciencia del rostro de Felicity; el gris de sus ojos parece más intenso. El corazón negro en el centro de su mirada se mueve y arremolina, hasta que me veo atraída hacia su interior, donde floto en un mar abierto, con icebergs entre las olas y el grito de ballenas en las proximidades. Soy vertida como un líquido en ese mar, que me engulle por entero. Ya en el fondo, lo atravieso y aparezco en Londres a la hora del crepúsculo. Abajo, veo el Támesis, salpicado por la luz de las farolas. Estoy volando. ¡Estoy volando! Volamos las cuatro, y tan alto que las chimeneas y los tejados son como monedas tiradas a una alcantarilla. «Cierra los ojos, Gemma, cierra los ojos». Estoy en el desierto bajo la luna llena. Las dunas se elevan y descienden como la respiración. Se me hunde el pie. Me derrito en la arena cálida y marrón. Al tocarla, se convierte en piel suave. Su cuerpo se extiende debajo de mí igual que una llanura. Kartik es como un país por el que deseo viajar: vasto, peligroso y desconocido. Cuando nos besamos, vuelvo a caer y me encuentro otra vez en la cima de la montaña donde están Felicity, Pippa y Ann, que también han vuelto de sus viajes y, sin embargo, es como si nunca hubiéramos salido de allí. Nos sonreímos. Nos rozamos con las yemas de los dedos y nos cogemos de la mano. Hay una intensa luz blanca. Y luego nada.

—Gemma, despierta. —Ann me sacude suavemente.

Poco a poco mi habitación cobra forma ante mis ojos: el techo, la luz gris de la ventana, el suelo de madera gastada. Me asaltan vagos recuerdos de anoche: los reinos, las runas, la expresión extraña de la cazadora, las cuatro volviendo de la cueva con paso vacilante, pero todo envuelto en neblina. He perdido por completo el sentido del tiempo y la orientación.

—¿Qué hora es? —susurro.

—La hora del desayuno.

«No puede ser», pienso, frotándome la cabeza.

—Pues lo es —contesta.

Es extraño.

—¿Cómo sabías lo que pensaba? —pregunto.

—No lo sé —contesta Ann con los ojos muy abiertos—. Lo he oído en mi cabeza.

—La magia —digo, incorporándome.

Felicity y Pippa irrumpen en la habitación.

—Mirad mi vestido —dice Pippa con una sonrisa.

Tiene una gran mancha de hierba en el dobladillo.

—Mala suerte, Pip —digo.

Sigue sonriendo como una idiota. Cierra los ojos y en pocos segundos la mancha ha desaparecido.

—La has hecho desaparecer —dice Ann, maravillada.

La sonrisa de Pippa resplandece. Hace girar la falda a un lado y al otro, dejando que la luz la ilumine.

—Así pues, lo hemos conseguido —anuncio—. Hemos sacado la magia de los reinos.

«Y todo va bien».

Me visto en tiempo récord. Recorremos el pasillo y las escaleras como flechas, susurrándonos frases a medias que concluyen en nuestras cabezas. Estamos tan animadas con nuestro descubrimiento que no podemos parar de reír.

En la hornacina bajo la escalera está la estatuilla de un pequeño Cupido.

—Quiero divertirme —dice Pippa, obligándonos a detenernos.

Cierra los ojos, agita las manos por encima del querubín de yeso y de pronto este exhibe grandes pechos.

—¡Qué horror, Pip! —exclama Felicity.

Nos desternillamos de risa.

—¡Pensad en las posibilidades de redecoración! —dice Pippa en pleno ataque de risa.



Brigid se acerca por el pasillo.

—¡Cielos, arréglalo deprisa! —susurro.

Nos apretujamos para intentar esconder la estatua.

—¡No puedo hacerlo bajo presión! —dice Pippa, presa del pánico.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué está pasando aquí? —Brigid se pone en jarras—. ¿Qué esconden ahí? Apártense y déjenme ver.

A regañadientes, obedecemos.

—¿Y esto qué demonios es? —Brigid sostiene una estatuilla de la bailarina de cancán más fea del mundo, la que antes era un Cupido con pechos.

—Es la última moda de París —dice Felicity, tan tranquila.

Brigid vuelve a colocarla en la hornacina.

—Pues para mí es pura basura.

Cuando se aleja, nos entra otro ataque de risa.

—He hecho lo que he podido —dice Pippa—. Dadas las circunstancias.

Cuando llegamos al comedor para el desayuno y nos sentamos a la mesa larga, todas las cabezas se vuelven hacia nosotras. Cecily no puede apartar la mirada de Ann.

—Ann, ¿es nuevo tu vestido? —pregunta entre bocado y bocado de beicon.

Como hemos llegado tarde, sólo quedan gachas.

—No —contesta Ann.

—Entonces, ¿te has cambiado el peinado?

Ann niega con la cabeza.

—Pues, sea lo que sea, te sienta bien —señala Cecily, y las demás chicas ríen con disimulo.

Ella sigue comiendo su beicon.

Felicity deja la cuchara en la mesa bruscamente.

—Eres una grosera, Cecily, ¿lo sabías? Creo que más vale que no vuelvas a hablar en todo el día de hoy.

Cecily abre la boca para reprender a Felicity, pero no le salen las palabras. Apenas si puede emitir un débil susurro. Se lleva las manos a la garganta.

—Cecily, ¿qué te ocurre? —pregunta Elizabeth, y le ofrece un vaso de agua.

—Que le ha comido la lengua el gato —dice Felicity con sonrisa burlona.

—Fee, tendrás que devolverle la voz a Cecily en algún momento —dice Pippa cuando vamos a clase de francés.

Felicity asiente.

—Lo sé. Pero reconócelo, así está mucho mejor.

Cuando llegamos, *mademoiselle* LeFarge tiene una sonrisa especialmente sádica. Eso

no augura nada bueno.

—*Bonjour, mes filles*. Hoy mantendremos una conversación para poner a prueba vuestro francés.

Una clase de conversación. Es lo que se me da peor, y me pregunto cuánto tiempo podré pasar inadvertida.

Elizabeth levanta la mano.

—*Mademoiselle*, nuestra Cecily se ha quedado sin voz.

—¿Ah, sí? Eso sí que ha sido repentino, *mademoiselle* Temple.

Cecily intenta hablar de nuevo, pero es inútil. Ann le dirige una ligera sonrisa y Cecily pone cara de pavor. Hunde la nariz en el libro.

—Muy bien —dice *mademoiselle* LeFarge—. *Mademoiselle* Doyle, usted será la primera.

De esta no me libro. Por favor, por favor, tengo que dar la talla. Se me revuelve el estómago. Hoy puede ser el día en que *mademoiselle* LeFarge me mande de una patada a los cursos inferiores. Me hace una pregunta sobre el Sena y espera mi respuesta. Cuando abro la boca, nos quedamos todas pasmadas. Me lanzo a hablar francés como una parisina, y descubro que sé muchas cosas del Sena. Y de la geografía de Francia. De su monarquía. De la Revolución. Me siento tan lista que no quiero parar de hablar, pero al final *mademoiselle* LeFarge se recupera del susto y rompe sus propias reglas.

—¡Ha estado increíble, *mademoiselle* Doyle! ¡Realmente increíble! —dice con voz entrecortada—. Como ven, señoritas, cuando una se empeña en algo, los resultados hablan por sí solos. *Mademoiselle* Doyle, hoy recibirá treinta puntos por buena conducta, todo un récord en mi clase.

Tal vez alguien debería cerrar las bocas de Martha, Cecily y Elizabeth, antes de que lleguen las lluvias y las ahoguen como pavos.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurra Pippa cuando nos sentamos para la clase de Grunewald.

—Creo que le toca a Ann —digo.

A Ann se le ensombrece el rostro.

—¿Yo? Yo n-n-no sé.

—Vamos, ¿es que no quieres que todo el mundo sepa lo que puedes hacer?

Frunce el entrecejo.

—Pero no seré yo, ¿no? Será la magia. Como ha pasado con tu francés.

Me ruborizo.

—Es verdad que me he dejado llevar un poco. Pero tú sabes cantar de verdad, Ann. Serás tú en tus mejores condiciones.

Ann, escéptica, se mordisquea los labios nerviosamente.

—No me veo capaz.

Nos interrumpe la llegada del austríaco bajo y rechoncho. El señor Grunewald oscila siempre entre dos estados de ánimo: está de mal humor o de un humor pésimo. Hoy se supera a sí mismo y llega del peor humor posible.

—¡Basta ya de tanto parloteo! —ordena, pasándose la mano por el escaso pelo cano.

Nos llama una por una al frente de la clase para cantar el mismo himno. Y nos critica una por una ferozmente. Pronunciamos las vocales demasiado abiertas. No abrimos la boca lo suficiente. Se me escapa un gallo en una nota alta y él suelta un «¡Ay!» como si lo torturaran. Hasta que por fin le toca a Ann.

Al principio se muestra tímida. El señor Grunewald grita y refunfuña, y eso no le ayuda. Yo deseo con toda mi voluntad que Ann deje volar la voz. «Canta, Ann. ¡Vamos!». Y de pronto se lanza. Es como un ave que abandona su nido, se eleva y vuela en libertad. Todas guardamos silencio, maravilladas. Hasta el señor Grunewald ha parado de contar. La mira arrobado.

Estoy muy orgullosa de ella. ¿Cómo es posible que mi madre no quisiera que usáramos esta magia? ¿Cómo podía pensar que no estábamos preparadas?

Cuando acaba, el señor Grunewald aplaude. El hombre cuyas manos jamás se han juntado para aplaudir a nadie, lo hace ahora con Ann. Las demás lo imitan. Ahora la ven de otra manera, como si fuera alguien. ¿Y acaso no es eso lo que queremos todos? ¿Qué nos vean?

Nos recreamos en la gloria del día hasta que anochece. Entonces sentimos que la magia nos abandona, dejándonos un tanto agotadas. La señora Nightwing observa a Pippa en nuestra hora libre.

—Señorita Cross, parece cansada.

Pippa se sonroja.

—Pues es que lo estoy, señora Nightwing.

La señora Nightwing no tiene ni idea de lo que sucede mientras duerme bajo los efectos del jerez.

—Más vale que se vaya a dormir para estar guapa mañana, cuando venga a visitarla el señor Bumble.

—Ay, me había olvidado de que venía —se lamenta Pippa mientras subimos a acostarnos.

Ann estira los brazos con gesto felino.

—¿Por qué no te libras de él? Dile simplemente que no te interesa.

—Sí, y mi madre estaría encantada —responde Pippa con tono burlón.

—Podríamos ir a los reinos y volverte espantosamente fea —propone Felicity.

—¡Ni hablar!

Hemos llegado al rellano. El techo está tiznado por el humo de las lámparas de gas. Es curioso que nunca me haya fijado hasta este momento.

—Muy bien, entonces ya puedes ir despidiéndote del señor Perfecto para convertirte en la mujer de un abogado —dice Felicity con sorna.

El hermoso rostro de Pippa se ensombrece, pero al cabo de un instante las arrugas desaparecen de su entrecejo y en su frente se advierte una nueva determinación.

—Podría decirle la verdad, sin más. Sobre la epilepsia.

Las paredes también están manchadas de hollín. Eso tampoco lo había notado.

—Tiene que venir mañana a las once —dice Pippa.

Felicity asiente.

—En ese caso, mandémoslo a freír espárragos, ¿de acuerdo?

Con un bostezo, paso ante las fotografías ya más que familiares de todas esas mujeres medio difuminadas. Pero, al parecer, esta es una noche en la que toca ver cosas por primera vez. En su severo marco negro, una de las fotografías ha empezado a combarse y arrugarse bajo el cristal. Probablemente por la humedad. Se está echando a perder. Pero hay algo más. Cuando me acerco, veo en la pared el contorno sucio donde en su día colgó un quinto marco.

—¡Qué extraño! —digo a Ann.

—¿Qué? —Bosteza.

—Fíjate en la pared, en esta señal. Antes había otra foto.

—Eso parece. ¿Y qué? A lo mejor se cansaron de ella.

—O a lo mejor es la promoción que falta: la de 1871, la de Sarah y Mary —digo.

Ann se dirige a nuestra habitación desperezándose y bostezando.

—Bien, entonces búscala.

«Sí, tal vez lo haga», pienso. No me creo que la fotografía no llegara a tomarse.

Seguro que la han quitado.

Duermo mal y sueño mucho. Veo el rostro de mi madre en las nubes, delicado y hermoso. Las nubes se separan. El cielo cambia y aparece una bestia gris con agujeros en lugar de ojos. Oscurece. Aparece la niña. El delantal blanco y, bajo este, el vestido exótico se destacan en la oscuridad. La niña se vuelve lentamente y empieza a llover. Cartas. Llueven cartas de tarot. Cuando llegan al suelo, se queman.

No, no quiero este sueño.

Se acaba. Vuelvo a soñar con Kartik. Un sueño voraz. Nuestras bocas están en todas partes al mismo tiempo. Los besos son fervientes e intensos. Sus manos rasgan la tela de mi camisón, dejando a la vista la piel de mi cuello. Sus labios recorren la curva de la garganta y me mordisquea de tal manera que casi me duele pero, sobre todo, inflama mi pasión. Nos revolcamos, una rueda de manos y lenguas, dedos y labios. Una presión se acumula dentro de mí hasta que me siento a punto de estallar.

Y, cuando creo que ya no puedo más, me despierto sobresaltada. Tengo el camisón húmedo y pegado a la piel. Jadeo. Pongo las manos rígidas a los costados y permanezco inmóvil largo rato, hasta que por fin me duermo y no vuelvo a soñar.

El señor Bumble acude a visitar a Pippa a las once en punto. Está impecable con su magnífico traje negro, camisa almidonada y corbata, polainas blancas y limpias para protegerse los zapatos y bombín immaculado en la mano. Si no lo supiera, pensaría que es un padre que viene a ver a su hija mimada, no a su futura esposa.

La señora Nightwing ha preparado una salita. Se ha llevado la canastilla para sentarse a tejer en un rincón y hacer de carabina en silencio. Pero eso ya lo teníamos en cuenta. A Felicity de pronto le ha entrado un terrible dolor de estómago. Está arriba, retorciéndose en la cama. Se teme una apendicitis y a la señora Nightwing no le queda más remedio que acudir a su lado de inmediato. Y me deja a mí de carabina en el íterin. De modo que ahí estoy, sentada en silencio con un libro, mientras Pippa sostiene una taza rosada con mano trémula.

El señor Bumble, mirándola, le habla de un terreno que está pensando comprar.

—Supongo que te ha gustado el anillo, ¿no?

No es una pregunta, sino una excusa para recibir un cumplido por su buen gusto.

—Ah, sí —contesta Pippa con desaliento.

—¿Y tu familia? ¿Están todos bien?

—Sí, gracias.

Toso y le dirijo a Pippa una mirada incitadora: «Venga, ánimo». Al oírme toser, el señor Bumble me dirige una lánguida sonrisa. Toso otra vez y me enfrasco en mi libro.

—Y espero que tú también estés bien —sigue.

—Ah, sí —responde Pippa—. Bueno, en realidad no.

«Allá vamos».

La taza del señor Bumble se detiene en medio de un sorbo.

—¿Ah, sí? Nada serio, espero, querida.

Pippa se lleva el pañuelo a la boca con gesto compungido. Juraría que tiene lágrimas de verdad en los ojos. Lo está haciendo muy bien; debo reconocer que estoy impresionada.

—¿Qué pasa, querida? Debes desahogarte conmigo, con tu prometido.

—¿Cómo voy a hacerlo si he intentado engañarle?

El señor Bumble se echa hacia atrás y de pronto su voz adquiere tono más frío.

—Sigue. ¿Cómo me has engañado?

—Verá, es por mi enfermedad. Tengo ataques terribles que me pueden dar en cualquier momento.

El señor Bumble se pone rígido.

—¿Desde... desde cuándo tienes esa... enfermedad? —Hombre bien educado, apenas puede pronunciar la palabra.

—Toda mi vida, por desgracia. Mis pobres padres han sufrido muchísimo. Pero usted es un hombre tan honorable que el corazón no me permite seguir con este engaño.

«Bravo». El teatro inglés se está perdiendo a una actriz excelente sin Pippa. Me mira de reojo. Sonríe en señal de aprobación.

El señor Bumble parece el hombre que acaba de comprar una delicada pieza de porcelana y, al llegar a casa, descubre que está rajada.

—Soy un hombre honorable. Un hombre que mantiene sus compromisos. Hablaré con tus padres de inmediato.

Pippa le coge la mano.

—¡Ah, no, por favor! Nunca me perdonarían que le haya dicho la verdad. Por favor, comprenda que sólo pienso en su bienestar.

Lo mira con expresión suplicante en sus grandes ojos. Sus encantos logran el efecto deseado.

—Ya sabes que si rompo este compromiso, tu reputación, incluso tu virtud, será puesta en duda —dice el señor Bumble.

Ah, sí. Nadie nos querría si nuestra virtud se pusiera en duda. Que Dios nos libre de algo así.

—Sí —asiente Pippa, con la mirada baja—. Por eso creo que lo mejor será que le rechace a usted.

Se quita el anillo del dedo y se lo pone al señor Bumble en la palma de la mano. Espero a ver si él le ruega que lo piense, si insiste en su amor a pesar de la enfermedad. Pero parece aliviado, y pregunta en tono imperioso:

—En ese caso, ¿qué les digo a tus padres?

—Díales que soy demasiado joven y alocada para tomarme por esposa y que ha tenido la nobleza de permitirme romper el compromiso y salvar mi reputación. No le presionarán.

Pippa nunca ha estado tan hermosa como ahora, con la cabeza erguida, un brillo triunfal en los ojos. Por una vez no se deja llevar por la corriente, sino que nada en dirección contraria.

—De acuerdo.

En ese momento entra la señora Nightwing.

—Ah, señor Bumble, lamento haberle hecho esperar. Una de las chicas ha tenido un pequeño ataque de histeria, pero por lo visto ya está bien.

—No se preocupe, señora Nightwing, ya me iba.

—¿Ya? —pregunta la señora Nightwing, desconcertada.

—Sí, me temo que tengo un asunto urgente que atender. Señora, señoritas, que pasen un buen día.

Confusa pero sin dejar de cumplir con su deber, la señora Nightwing lo acompaña

a la puerta.

—¿Qué tal he estado? —pregunta Pippa, desplomándose en la silla.

—Brillante. Ni siquiera la señorita Lily Trimble lo habría hecho mejor.

Pippa se mira el dedo desnudo.

—Lástima lo del anillo.

—¡Podías haber esperado a que te lo pidiera!

—Pero no lo habría hecho.

—¡Por eso!

Estamos riéndonos cuando la señora Nightwing vuelve, recelosa e inquisitiva.

—Pippa, ¿va todo bien entre el señor Bumble y tú?

Pippa traga saliva.

—Sí, señora Nightwing.

—En ese caso, dime, ¿dónde está tu anillo?

En nuestros planes no lo habíamos tenido en cuenta; cómo explicar la pérdida del anillo a los demás. Mucho me temo que nos han pillado. Pero Pippa alza el mentón y, tras asomar a sus labios una leve sonrisa, contesta:

—Ah, sí. Es que ha visto que tenía una tara.

Sentadas al amparo de los vistosos pañuelos del salón privado de Felicity, Pippa y yo contamos con todo lujo de detalles, a veces interrumpiéndonos mutuamente, la aventura de la mañana con el señor Bumble.

—Y entonces Pippa ha dicho...

—¡... que tenía una tara!

Nos partimos de risa hasta que ya no nos sale ningún sonido de la boca, hasta que nos duelen los costados.

—Ah, es genial —dice Felicity, enjugándose la lágrima de un ojo—. Esperemos no volver a saber nada más del pobre señor Bumble.

—La señora de Bartleby Bumble —dice Pippa, pronunciando las *bes* con especial sonoridad—. ¿Os dais cuenta de lo horrible que suena?

Volvemos a reír hasta que nuestras carcajadas se reducen a suspiros.

—Gemma, quiero volver —dice Felicity cuando callamos.

Ann asiente.

—Yo también.

—Estaríamos tentando a la suerte si lo repetimos tan pronto —digo.

—Por favor —suplica Ann.

—Sí —insiste Felicity—. Al fin y al cabo, no ha ocurrido nada malo. Y piensa en lo maravilloso que ha sido tener todo ese poder a tu alcance. A lo mejor tu madre sólo hacía lo que se les da mejor a las madres: preocuparse innecesariamente.

—Es posible —coincido.



Debo reconocer que me encanta la sensación que da la magia de las runas. Una visita más no puede hacer daño. Y prometo que ya no volveré a hacerlo y obedeceré a mi madre.

—De acuerdo, pues. Iremos a la cueva.

—Francamente, estoy demasiado cansada para ir corriendo al bosque esta noche —gime Pippa.

—Podríamos hacerlo ahora mismo, aquí —sugiere Felicity.

—¿Estás loca? ¿Delante de la señora Nightwing y todas las demás? —pregunta Pippa con cara de incredulidad.

Felicity aparta un pañuelo con un dedo. Apiñadas en torno a la chimenea en grupos de tres y cuatro, las demás no se percatan de nuestra presencia.

—No se darán cuenta de que nos hemos ido.

Emprendemos el viaje a la cima de la montaña, precipitándonos en nuestro interior sin poner trabas. Sólo lo paso mal en un momento. Soy una sirena que se eleva del resplandeciente mar pero, cuando miro hacia abajo, el agua se convierte en el rostro de mi madre, tenso y asustado. Enseguida somos arrastradas a la carpa de Felicity. Nos brillan los ojos, tenemos la piel rosada y hemos recuperado nuestras sonrisas de complicidad. Sentimos que nuestros cuerpos totalmente invisibles son magníficos suspiros en el gran salón.

¡Dios mío, qué extraordinaria belleza! Los movimientos en la sala a nuestro alrededor se han ralentizado hasta adquirir el ritmo letárgico de las notas de una caja de música a la que se le acaba la cuerda. Las voces son profundas y cada palabra parece tardar una eternidad en pronunciarse. Sentada en su silla, la señora Nightwing lee *David Copperfield* en voz alta a las niñas más pequeñas. No resisto la tentación y le rozo el brazo con extrema suavidad. No para de leer, pero lenta, muy lentamente, levanta la mano libre y la apoya en el lugar donde la he tocado. Se rasca allí donde mi mano ha entrado en contacto con su piel, como si reaccionase a la momentánea irritación causada por la picadura de un insecto y luego la olvidase. Es increíble.

Pippa suelta un leve chillido de alegría.

—¡No nos ven! ¡Es como si en realidad no estuviéramos aquí! Ah, la de cosas que me gustaría hacer...

—¿Por qué no las haces? —pregunta Felicity, enarcando una ceja.

Dicho esto, estira la mano y da la vuelta al libro de la señora Nightwing, poniéndolo boca abajo. La señora Nightwing tarda un instante en darse cuenta de lo ocurrido pero, cuando lo hace, se queda perpleja. A sus pies, las niñas se tapan la boca para contener la risa.

—¿Por qué ocurre todo tan despacio? —pregunto, apoyando la mano en una columna de mármol.

La siento moverse y retiro los dedos rápidamente. La columna está viva. Cientos de hadas y sátiros de mármol en tamaño reducido se agitan en la superficie. Una gárgola pequeña y espantosa despliega las alas y ladea la cabeza.

—Ahora ves las cosas como son en la realidad —dice la gárgola—. Los demás creen que es sólo un sueño. Pero son ellos los que viven en un sueño, no nosotros. —Escupe y se limpia la nariz con el ala.

—¡Uf, qué asco! —exclama Felicity—. Me dan ganas de aplastarla.

Con un alarido, la gárgola vuela hacia lo alto de la columna.

Un resplandeciente niño de ojos amarillos me sonrío.

—¿Por qué no nos liberas? —pregunta con un hilo de voz.

—¿Liberaros?

—Estamos atrapados aquí dentro. Libéranos, sólo un momento, lo suficiente para estirar las alas.

—De acuerdo —digo. Al fin y al cabo, parece una petición razonable—. Sois libres.

Con chillidos y aullidos, las hadas y ninfas se ponen a corretear por la columna deslizándose como agua hasta llegar al suelo, donde encuentran trozos de queso, de pan, alguna pieza de ajedrez. Todas esas criaturas corriendo y volando por todas partes siembran el caos.

—¡Santo cielo! —exclama Pippa.

Un sátiro del tamaño de mi pulgar se acerca a una niña sentada en la alfombra. Tras mirar por debajo del dobladillo de su vestido, lanza una lasciva exclamación.

—¡Qué dulce y regordeta! —gruñe.

—Son unos seres indecentes —comenta Felicity, y se echa a reír—. A las señoritas de Spence les esperan travesuras muy pícaras.

—No podemos permitirlo —digo, medio riéndome yo también de sus chanzas.

Cuando el sátiro empieza a recorrer la pantorrilla de la niña, lo cojo con los dedos.

—Eso sí que no —lo reprendo alegremente.

Se retuerce y maldice en señal de protesta. En un instante, su rostro se convierte en máscara demoníaca y me hunde los afilados dientes en la tierna piel de la muñeca. Lo suelto con un chillido de dolor. ¿Lo he imaginado o de pronto ha crecido? Felicity lanza un grito ahogado a mi lado, y entonces sé que es verdad: la bestia está creciendo. Se cierne sobre nosotras, y su cabeza astada toca el techo.

—Veamos qué sabor tenéis, si dulce o amargo —dice con un silbido profundo y áspero.

—¿Qué pasa? —pregunta Pippa—. ¡Deténlo!

—¡Detente ahora mismo! —ordeno.

El sátiro se limita a reír al vernos tan asustadas.

Pippa, atemorizada, me toca con la mano.

—¡No da resultado! ¿Por qué?

—¡No lo sé! —exclamo.

Usar la magia es más complicado de lo que creía.

—Ya sabía yo que esto no era buena idea —reprende Pippa.

¿Acaso no era ella quien rogaba que volviésemos a hacerlo poco antes?

—Tenemos que conseguir que regresen a las columnas —grita Felicity.

Una gárgola salta sobre mi pierna. Con rápido gesto, la cojo por las alas y me precipito hacia la chimenea, donde sostengo a la bestia malvada por encima del fuego. Suelta un alarido de terror.

—Dime cómo puedo deshacerlo.

Me maldice, y yo la acerco un poco más a las llamas, que le lamen los pies.

—¡Dímelo o te suelto!

La gárgola pide ayuda a sus amigos, pero el sátiro sólo se ríe.

—Adelante. ¿Qué importa una gárgola menos en el mundo? Será de lo más divertido.

Acerco a la criatura todavía más a las llamas.

—¡Dímelo!

Chilla.

—¡Sí, sí! ¡Te lo diré! Repite después de mí: por vuestras mentiras en el mármol viviréis...

Una ninfa con los pechos desnudos da un brinco hasta la repisa de la chimenea.

—¡Maldita! ¡No sigas!

—... durante mil años y nunca moriréis...

La ninfa intenta golpearle, yerra y cae al fuego, que la recibe chisporroteando y chillando.

Con los ojos muy abiertos, la gárgola grita:

—¡Ya está, esa es la frase!

—¡Vamos, pues, dila! —grita Felicity.

El sátiro las tiene rodeadas a las tres.

Con la boca seca, empiezo a decir:

—Por vuestras mentiras en el mármol viviréis...

Horribles alaridos invaden la sala. A las bestias les gusta su libertad. Mi corazón late tan deprisa como sus alas, y la segunda parte de la frase sale como un torrente.

—... durante mil años y nunca moriréis.

A mi lado, el sátiro se encoge hasta que vuelve a ser del tamaño de un dedal. Las hadas, ninfas, gárgolas y sátiros, sin parar de chillar, vuelan marcha atrás hasta adherirse a las columnas. Nos escupen y maldicen. Poco a poco, el mármol los inmoviliza hasta sumirlos en el silencio. Sus rostros enfadados y las bocas abiertas

son el único testimonio de lo ocurrido.

Estoy temblando y empapada de sudor. Las cuatro tenemos un aspecto espantoso. Pippa se estremece.

—Nunca me ha gustado esta sala. Ahora ya sé por qué.

—Creo que ya he tenido suficiente magia por esta noche —dice Felicity, enjugándose la frente con el dorso de la mano.

Sólo Ann disiente. Está al lado de Cecily y Elizabeth.

—Una última broma.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Pippa.

Ann sonríe.

—Nada que no se merezcan.

—Debería ser... ahora mismo —dice Felicity, apartando la cortina de pañuelos justo a tiempo de oír los alaridos estridentes de Cecily y Elizabeth, seguidos de la exclamación de la señora Nightwing.

—¡Santo cielo!

Están totalmente desnudas, con la ropa desperdigada por toda la sala: una media tirada encima de una otomana, una camiseta por el suelo. Cuando se dan cuenta de su estado, las dos chicas sueltan un chillido e intentan cubrirse con los brazos. Cecily incluso trata de usar a Elizabeth como escudo humano; Elizabeth grita y tira a Cecily del pelo.

—Pero ¿y esto qué es? —brama la señora Nightwing.

En la sala todas prorrumpen en risas de estupefacción y gritos ahogados, señalando a las dos chicas con el dedo. Al fin, la señorita Moore cubre sus cuerpos desnudos con una manta y la señora Nightwing las saca al pasillo, desde donde oímos elevarse su voz hasta alcanzar un tono casi operístico.

—Ha sido genial, desde luego —dice Felicity con una sonrisa burlona.

Ann está radiante. Sin duda su venganza ha sido dulce. Me sobreviene esa sensación extraña que una tiene cuando disfruta con algo que sabe que luego lamentará. Intento no pensarlo. Mi mirada se desvía hacia la señorita Moore. Es probable que sea a causa de mi sentimiento de culpabilidad pero, por la manera penetrante en que me mira, casi juraría que sabe lo que hemos hecho.

Pippa acaba de decir algo que provoca otro ataque de risa. No la he oído, estoy pendiente de la señorita Moore, que se acerca a nosotras.

—¿Es que se han convertido en hienas? —pregunta, metiendo la cabeza en la carpa.

Intentamos recobrar la compostura.

—Perdone, señorita Moore. No deberíamos reírnos. Ese espectáculo ha sido escandaloso —dice Felicity, intentando contener la risa.

—Sí, escandaloso. Y también muy extraño —dice la señorita Moore.

Su mirada vuelve a posarse en mí. Yo miro al suelo.

—¿Puedo pasar?

—Claro, por favor —contesta Pippa, haciéndole sitio.

—Nunca había estado en su santuario, Felicity. Es muy agradable.

—Sé de otro lugar que es mucho mejor —contesta Felicity.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Ah, sí? ¿Lo conozco?

—No lo creo. Es un lugar secreto. Una especie de paraíso privado —dice Felicity con una sonrisa soñadora.

—Entonces más vale que no me lo diga. No sé si se podría confiar en mí en el paraíso.

Suelta una risa casi infantil. Intento imaginar a la señorita Moore de niña. ¿Era obediente? ¿Cruel? ¿Rebelde? ¿Tenía una buena amiga y un lugar secreto para refugiarse del mundo? ¿Fue alguna vez como nosotras?

—¿Qué es eso que están leyendo?

El diario está a la vista de todo el mundo. Ann intenta cogerlo, pero se le adelanta la señorita Moore. Tengo el corazón en un puño mientras la señorita Moore le da vueltas con las manos, examinándolo.

Felicity reacciona rápidamente.

—Es una historia romántica muy tonta. Lo encontramos en la biblioteca. Siguiendo sus consejos.

—¿Esto lo aconsejé yo?

—Me refiero a ir a la biblioteca.

La señorita Moore abre el libro. No nos atrevemos a mirarnos.

—*El diario secreto de Mary Dowd*. Vaya... —Una hoja se cae al suelo—. ¿Y esto qué es?

¡Dios mío! ¡La ilustración! Felicity y yo por poco chocamos en nuestra precipitada carrera por alcanzar la imagen prohibida antes que ella.

—Nada —dice Felicity—, un simple garabato.

—Ya.

La señorita Moore pasa una página tras otra.

—Nos turnamos para leerlo en voz alta —explica Ann.

Las cuatro nos retorremos en nuestros asientos.

Sin apartar la vista de las páginas, la señorita Moore dice:

—Quizás esta noche las acompañe, ¿les molesta?

No podemos negarnos.

—Claro que no —contesta Felicity con voz ronca—. Le enseñaré dónde lo dejamos. Creo que ya casi hemos acabado.

La señorita Moore mira la página que sostiene en sus manos. La espera es interminable. Estoy segura de que está a punto de enviarnos a ver a la señora Nightwing. Pero al final su voz profunda y cálida llena la carpa.

*6 de abril de 1871*

*Lo hecho ya no se puede deshacer. Esta noche he ido al bosque con Sarah. Era noche cerrada, y la luna ha crecido en el cielo. Enseguida la hija de la Madre Elena, Carolina, se ha acercado a nosotras. Le habíamos prometido una muñeca.*

—¿Me habéis traído mi muñeca?

—Sí —ha contestado Sarah—. Es una muñeca nueva que te espera justo detrás de esos árboles. Ven, Carolina, que te llevaremos adonde está.

*Era una mentira atroz, que ocultaba nuestras terribles intenciones.*

*Pero la niña nos ha creído. Nos ha cogido de la mano y nos ha acompañado alegremente, cantando una vieja melodía.*

*Al llegar a la escuela, ha preguntado:*

*—¿Dónde está mi muñeca?*

*—Dentro —he respondido al tiempo que mi corazón se convertía en piedra.*

*Pero la niña se ha asustado y se ha negado a entrar.*

*—Tu hermosa muñeca te añora. Y además tenemos unos caramelos deliciosos —ha dicho Sarah.*

*—Y yo te dejaré mi precioso delantal blanco —he añadido pasándoselo por los brazos y atando las cintas por detrás—. Vaya, qué guapa estás.*

*Eso la ha animado bastante, y nos ha seguido a la cúpula del ala este, donde hemos encendido las velas.*

La señorita Moore hace una pausa. Se produce el silencio. Ya está. Ahora cerrará el libro y lo tirará al fuego. Pero sólo se ha detenido para aclararse la garganta y, segundos después, reanuda la lectura.

*—¿Dónde está mi muñeca? —ha gimoteado la niña.*

*Sarah le ha tirado la vieja muñeca de trapo. No era lo que esperaba y ha roto a llorar.*

*—Chist, chist —he susurrado, intentando consolarla.*

*—Déjala —dice Sarah bruscamente—. Ocupémonos de lo nuestro, Mary.*

*Hay momentos en la vida en que uno elige un camino y se forja el carácter. Pero yo no lo he hecho. Me he fallado a mí misma. Mientras sujetaba a la niña, tapándole la boca para acallar los gritos, Sarah ha llamado a la bestia para que saliera de su escondite en el corazón de las Tierras Invernales.*

*—Ven a nosotras —ha gritado con los brazos en alto—. Ven y concédeme el poder que me corresponde.*

*Y entonces ha ocurrido algo horrible. Hemos sido arrastradas a una visión, a ese mundo crepuscular entre este y el otro. Nos hemos acercado a un gran espacio vacío y negro, que ha adoptado la forma de la bestia. Ah, me habría echado a correr si hubiese tenido piernas para poder hacerlo. Los gritos de los condenados por poco me han paralizado el corazón. Pero Sarah ha sonreído, dejándose llevar por su fuerza. La niña forcejeaba a mi lado, aterrorizada, y yo he apretado la mano cada vez más contra su pequeño rostro, para que se callara, para contener mi propio miedo. Después he levantado la mano lentamente y he cubierto también la pequeña nariz. Ella se ha dado cuenta de lo que pretendía y se ha defendido. Pero era su vida o la nuestra; o al menos yo lo veía así. He sujetado a la niña con fuerza hasta que ha cesado el forcejeo y la niña ha quedado inerte en el suelo del ala este, con los ojos abiertos, muerta para el mundo. De pronto, al tomar conciencia de lo que había hecho, me he horrorizado.*

*La criatura, furiosa, ha gritado:*

*—¡La necesitaba intacta! Ahora vuestro sacrificio no me sirve de nada.*

*—Pero lo prometiste —he susurrado.*

*Los ojos de Sarah despedían chispas.*

*—¡Mary, lo has echado todo a perder! ¡Nunca has querido que yo tuviera poder, ni ser mi hermana! Tenía que haberlo sabido.*

*—Recibiré mi pago —ha chillado la criatura, agarrando a Sarah por el brazo con fuerza.*

*Sarah ha gritado y entonces he recuperado las piernas. Ay, querido diario, las he recuperado y me he ido corriendo a buscar a Eugenia. Se lo he contado todo mientras ella cogía su túnica y su vela. Al volver, la niña seguía allí, un recordatorio de mi pecado, pero Sarah había desaparecido.*

*Eugenia ha tensado los labios.*

*—Tenemos que ir de inmediato a las Tierras Invernales.*

*Hemos llegado a esa tierra de hielo y fuego, de árboles gruesos y desnudos, de noche perpetua. La criatura ya*

se había puesto manos a la obra, y Sarah tenía los ojos negros como piedras. Eugenia se ha erguido.

—Sarah Rees-Toome, no serás entregada a las Tierras Invernales. Regresa conmigo. Regresa.

La criatura se ha vuelto hacia ella.

—Ella me ha invitado. Tendrá que pagar o se perderá el equilibrio de los reinos.

—Iré yo en su lugar.

—¡No! —he gritado mientras la expresión de sorpresa de la criatura se convertía en una sonrisa espantosa.

—Que así sea. Podríamos hacer muchas cosas con un ser tan poderoso. Con el tiempo podríamos abrir una brecha en el otro mundo.

En ese momento Sarah ha gemido. Eugenia me ha tirado su amuleto del ojo de luna creciente.

—¡Mary, corre! ¡Llévate a Sarah por la puerta y yo cerraré los reinos!

—¡Jamás! —ha rugido la cosa, colérica.

Yo no podía moverme ni pensar.

—¡No, no debes! —he exclamado—. ¡No podemos perder los reinos!

Entonces la cosa la ha hecho gritar de dolor. Una mirada suplicante ha asomado a sus ojos, cortándome la respiración pues nunca había visto a Eugenia asustada.

—Los reinos deberán permanecer cerrados hasta que volvamos a encontrar el camino. ¡Y ahora corre! —ha ordenado.

Y, ay, mi querido diario, la he obedecido, llevándome a Sarah. Eugenia ha hecho aparecer la puerta ante nosotras, la hemos atravesado para ponernos a salvo y, cuando he visto a Eugenia por última vez, pronunciaba a voz en cuello el conjuro para cerrar los reinos, al mismo tiempo que la oscuridad la engullía sin dejar rastro. Después la cosa se ha abalanzado sobre nosotras. He puesto el amuleto contra la forma en la puerta para cerrarla a cal y canto.

—Vuelve a abrir la puerta, Mary.

Sarah estaba de pie. La criatura la había cambiado, se había unido a ella.

—No, Sarah, la magia se ha perdido. La hemos destruido. Mira.

La puerta de luz ha empezado a desvanecerse ante nosotras.

Sarah se ha precipitado hacia mí y ha volcado la vela. En pocos segundos, la habitación estaba en llamas. No sé qué ha pasado después, porque me he ido corriendo del ala este, he escapado hacia el bosque y he visto una luz extraña en el cielo por encima del ala, he visto arder las llamas y a mi querida amiga en ellas. Así que la magia de la Orden y de los reinos ha desaparecido. Siento cómo se desvanece del mundo todo rastro de la magia con la primera y violenta luz del día. Se ha ido, al igual que Mary Dowd. Mary ya no existe.

Esta noche se ha adentrado en el bosque, y me temo que vivirá en el bosque de mi alma durante el resto de mis días.

La señorita Moore cierra el diario. Estamos estupefactas.

—Por favor, siga —dice Pippa con un hilo de voz.

La señorita Moore pasa las páginas.

—No puedo, ya no hay nada más. Aquí acaba nuestra historia, por lo visto, en un bosque oscuro. —Se levanta y se alisa la falda—. Gracias por compartir esto conmigo, señoritas. Ha sido muy interesante.

—No puedo creer que Mary matase a esa pobre niña —dice Ann cuando nos quedamos a solas.

—Sí —coincide Felicity—. ¿Quién haría una cosa así?



—Un monstruo —contesto.

«Ya no existe». Eso dijo mi madre. Algo relacionado con eso empieza a carcomerme y no consigo apartarlo de mi mente. No sé por qué.

No puedo dormir. Todavía circula demasiada magia por mis venas, y la historia de Sarah y Mary me tiene preocupada, como si necesitara demostrar que lo que hacemos nosotras es distinto. Bien. Me visto a toda prisa y me voy al bosque. Llego ante la tienda de Kartik, donde lo encuentro leyendo.

Aparezco por detrás de un árbol, sorprendiéndolo.

—¿Qué haces? —pregunta.

—No podía dormir.

Vuelve a su libro. Quiero que sepa que soy buena, a diferencia de Mary y Sarah. Nunca haría las cosas horribles que hicieron ellas. Por alguna razón, quiero desesperadamente caerle bien. Quiero que despierte tras soñar conmigo, empapado en sudor y lleno de vida. No sé por qué. Pero es lo que siento.

—Kartik, ¿y si te demostrara que los Rakshana están equivocados? ¿Y si te hiciera ver que mi poder, la magia de la Orden, es maravilloso?

Me mira sorprendido.

—Dime que no has hecho lo que creo que has hecho.

Doy un paso adelante. No reconozco mi propia voz, de tan desesperada y empañada por el llanto contenido.

—No tiene nada de malo... Es hermoso. Yo soy... —Quiero decir «hermosa», pero no lo digo porque estoy a punto de llorar.

Él cabecea y retrocede. Lo estoy perdiendo. Debería dejarlo estar. Irme. Callar. Pero no puedo.

—Déjame enseñártelo. Te llevaré conmigo. ¡Podríamos buscar a tu hermano!

Intento cogerle la mano, pero él prácticamente da un brinco hacia el otro extremo de la tienda.

—No, yo no puedo verlo. No puedo saberlo.

—Sólo cógeme la mano. ¡Por favor!

—¡No!

¿Por qué creía que podría convencerlo? ¿Por qué creía que lograría que me viera de otra manera? Y lo que es peor, ¿y si él me ve tal y como soy en la realidad: como una persona contra quien hay que prevenirse, a quien no se puede amar? Una abominación de feria. Un monstruo.

Me vuelvo y echo a correr a toda velocidad, y él no me persigue.

Mientras subo lenta y tristemente por la escalera hacia mi habitación, me detiene

Brigid, con una vela en la mano y tocada con su gorro de dormir.

—¿Quién va ahí?

—Soy yo, Brigid —contesto, con la esperanza de que no se acerque y se dé cuenta de que estoy totalmente vestida.

—¿Qué hace paseándose en plena noche?

—Por favor, no se lo diga a la señora Nightwing. Es que no podía dormir.

—¿Es que pensaba en su madre?

Asiento con la cabeza, sintiéndome como una cobarde por la mentira.

—De acuerdo, quedará entre nosotras. Pero váyase ahora a la cama.

Esa amabilidad repentina de Brigid me desarma. Siento que estoy a punto de derrumbarme.

—Buenas noches —musito al pasar por su lado y seguir subiendo.

—Ah, por cierto, he estado pensando en ese nombre tan extraño, el que empezó a usar Sarah. Me he acordado esta noche mientras fregaba los platos. Me he acordado claramente de que la señorita Spence me dijo: «Ah, nuestra Sarah cree que es una antigua diosa, como las de los griegos». Entonces lo he recordado, mientras lavaba las tazas de porcelana con la cenefa griega.

—¿Ah, sí? —pregunto.

De pronto me siento muy cansada y no estoy de humor para una de las historias interminables de Brigid.

—Circe —dice bajando por la escalera, proyectando su sombra delante de ella—. Se hacía llamar Circe.

Circe es Sarah Rees-Toome.

Sarah Rees-Toome, que no murió en un incendio hace veinte años, sino que sigue viva y coleando y me espera. Ya no es un enemigo oscuro sino un ser de carne y hueso, alguien a quien puedo acceder antes de que ella venga por mí. Si al menos supiera dónde puede estar o qué aspecto tiene.

Pero no lo sé. Estoy totalmente a su merced.

¿O no?

Circe, Sarah Rees-Toome, fue en su día alumna de Spence, de la promoción de 1871. Una chica que sale en una fotografía que han quitado, pero que tiene que estar en algún sitio. Debo hallarla, no ya por simple curiosidad. Es una necesidad, la única manera que tengo de encontrarla antes de que ella me encuentre a mí.

A la mañana siguiente, nuestros experimentos nocturnos con el poder y la magia nos han pasado factura. Estamos pálidas y con los labios agrietados. Me siento como en una nebulosa y estoy tan cansada que apenas puedo hablar en inglés, y menos en francés, lo que me crea problemas en la clase de *mademoiselle* LeFarge. Tampoco me ayuda el hecho de que entro dando un traspié cuando la clase ya casi ha empezado.

*Mademoiselle* LeFarge decide convertir mi retraso en un juego. Ahora que soy su alumna preferida, ejemplo magnífico de sus brillantes habilidades pedagógicas, prefiere jugar conmigo.

—*Bonjour, mademoiselle Doyle. Quelle heure est-il?*

Sé la respuesta. La tengo en la punta de la lengua. Algo sobre el tiempo, creo. Si al menos me quedara suficiente magia para ayudarme a pasar la clase. Pero por desgracia tendré que arreglármelas con mis propios medios.

—Esto..., hace un día...

Maldita sea. ¿Cómo se dice lluvia en francés? ¿Le lluvia? ¿La lluvia? ¿Es masculino o femenino? Algo que incordia tanto sólo puede ser masculino.

—Hace un *jour* de *le* lluvia —contesto, pronunciando la última parte de manera confusa, aunque el *le* hace que suene más francés.

Las demás se echan a reír, y eso convence a *mademoiselle* LeFarge de que estoy mofándome de ella.

—*Mademoiselle* Doyle, esto es una vergüenza. Hace sólo dos días demostró ser una alumna ejemplar. Ahora ha tenido la osadía de burlarse de mí. Tal vez le vaya mejor en un aula con niñas de ocho años.

Me da la espalda y durante el resto de la clase hace ver que no existo.

La señora Nightwing ha advertido nuestra palidez y nos obliga a dar un paseo por el jardín para que el aire fresco nos devuelva el color de las mejillas. Aprovecho para contar a mis amigas mi encuentro de anoche con Brigid.

—De modo que Circe es Sarah Rees-Toome. Y está viva.

Felicity cabecea, incrédula.

—Tenemos que encontrar esa fotografía —digo.

—Podemos decirle a la señora Nightwing que estamos buscando un guante perdido. Nos dejará buscar por todas partes y podremos recorrer todas las habitaciones —sugiere Ann.

Pippa gime.

—Tardaremos una eternidad.

—Podemos repartirnos las plantas —propongo.

Pippa me mira con sus grandes ojos de gamo.

—¿Es necesario?

—Sí —contesto, empujándola hacia la escuela.

Tras buscar durante una hora, no he encontrado nada. He recorrido el tercer piso tantas veces que sin duda he desgastado las alfombras. Con un suspiro, me detengo ante las fotografías existentes, deseando que hablen, que me digan algo sobre dónde puedo hallar la que falta. Pero las señoritas no me complacen.

Mi mirada se desvía hacia la fotografía de 1872, con su superficie arrugada. La descuelgo con cuidado de la pared y le doy la vuelta. El dorso de la fotografía está liso, en perfectas condiciones. Vuelvo a darle la vuelta y la parte delantera está ondulada. ¿Cómo es posible? A menos que no sea la misma foto.

Rápidamente retiro la fotografía cogiéndola por las esquinas, como si apartara una alfombra. Aparece otra debajo. Siento un zumbido en los oídos. Hay ocho chicas recién graduadas sentadas en el césped. Al fondo se ve el inconfundible contorno de Spence. Al pie, en elegante caligrafía, dice: *Promoción de 1871*. ¡La he encontrado! Los nombres están escritos debajo con letra apretada.

«De izquierda a derecha: Millicent Jenkins, Susana Meriwether, Anna Nelson, Sarah Rees-Toome...».

Inclino la cabeza. Mi dedo busca a Sarah. Justo en el momento de tomarse la fotografía volvió la cabeza, dejando un perfil borroso. Lo miro atentamente pero no veo gran cosa.

Mi dedo se acerca a la chica a su lado. Se me seca la boca. Está mirando directamente a la cámara con sus ojos sabios y penetrantes: ojos que he conocido toda mi vida. Busco su nombre, aunque ya sé cuál encontraré: el que abandonó y dejó morir en un incendio varios años antes de que yo naciera. Mary Dowd.

La chica de la promoción de 1871 que me devuelve la mirada es Mary Dowd: mi madre.

Espero a que las demás se sienten a cenar y me escabullo a mi habitación. En la creciente oscuridad, todo se desvanece poco a poco. Las formas se disipan hasta convertirse en impresiones de objetos. Todo queda reducido a su esencia. Estoy lista. Con los ojos cerrados, hago aparecer la puerta. La familiar palpación me recorre las venas y cruzo, sola, al otro mundo, al jardín, donde flores de dulce fragancia caen alrededor como ceniza.

—Madre —digo, y mi voz me resulta extraña y áspera.

Sopla una suave brisa. A continuación, como la lluvia, me llega el olor de agua de rosas. Ya viene.

—Encuéntrame si puedes —dice con una sonrisa.

No contesto. Ni siquiera la miro.

—¿Qué pasa?

Mi madre no es en absoluto la mujer que yo creía. En realidad nunca la he conocido. Es Mary Dowd. Una mentirosa y una bruja. Una asesina.

—Tú eres Mary Dowd.

Su sonrisa se desvanece.

—Lo sabes.

Parte de mí esperaba que me hubiera equivocado, que ella se riese, dijese que era un malentendido y me lo explicase todo. La verdad me llega como un golpe.

—Nadie te abordó, ni te dijo esas cosas sobre mí. Ya lo sabías. Has sido miembro de la Orden desde siempre. Todo lo que me has dicho es mentira.

—No, no todo —dice con una voz sorprendentemente suave.

—Me has mentado —la acuso, conteniendo las lágrimas.

—Sólo para protegerte.

—Esa es otra mentira. —Es tan fuerte mi odio que casi me siento enferma—. ¿Cómo has podido?

—Ocurrió hace tanto tiempo, Gemma.

—¿Y eso es una excusa? Llevaste a esa niña al ala este. ¡La mataste!

—Sí, y me he pasado cada día de mi vida expiándolo.

Un pájaro canta una vana canción vespertina desde una rama.

—Todo el mundo creyó que yo había muerto y, en cierto modo, así fue. Mary Dowd se había ido y en su lugar quedó Virginia. Empecé una nueva vida, con tu padre, y después con Tom y contigo.

Las lágrimas resbalan calientes y húmedas por mis mejillas. Intenta cogerme la mano, pero yo la aparto.

—Ay, Gemma, ¿cómo podía contarte lo que había hecho? Esa es la maldición de las madres, ¿sabes? No estamos preparadas para lo mucho que queremos a nuestros

hijos, para lo mucho que deseamos ser perfectas por protegerlos. —Parpadea en un esfuerzo por no llorar—. Pensé que podría volver a empezar, que todo había quedado relegado al olvido y que yo era libre. Pero me equivoqué. —Su voz está teñida de amargura—. Poco a poco empecé a darme cuenta de que eras distinta, de que el poder de la Orden y los reinos que murió hace tiempo renacía dentro de ti. Me daba miedo. No quería que cargaras con ese peso. Pensé que si no decía nada, podría protegerte hasta que tal vez pasara y volviera a convertirse en leyenda. Y que desaparecería. Pero no fue así, claro. No podemos huir del destino. Y entonces ya era demasiado tarde, y Circe me encontró antes de que yo pudiera contártelo todo.

—No murió en el incendio.

—No, pero lo creí hasta hace un año, hasta que Amar vino a verme y me dijo que estaba usando su vínculo con la criatura para encontrarnos a todos. Se había enterado de que uno de nosotros era un portal para los reinos, sólo que no sabía quién era. — Me sonrío, pero es una sonrisa de dolor.

Paro de llorar. La ira se alza como un edificio nuevo, fulgurante y atrayente, un lugar donde quiero quedarme a vivir para siempre.

—Bien, ya has cumplido con la misión de tu alma. Me has contado la verdad — digo, escupiendo la última palabra—. Así que ahora, ¿por qué no me dejas en paz?

—La misión de mi alma está en tus manos —dice dulcemente, con esa voz que me arrullaba hasta dormirme, que me decía que era preciosa cuando no lo era—. Depende de ti.

—¿Y ahora qué podría hacer yo por ti?

—Perdonarme.

Los sollozos que había estado conteniendo salen a borbotones.

—¿Quieres que te perdone?

—Sólo así podré descansar en paz.

—¿Y yo qué? ¿Crees que alguna vez podré estar en paz con lo que sé?

Me toca la mejilla. Retrocedo.

—Lo siento, Gemma. Pero no podemos vivir siempre bajo la luz. Tienes que llevarte toda la luz que puedas a la oscuridad.

No sé qué decir. Yo nunca he pedido nada de esto, y nunca me he sentido tan sola en la vida. Quiero hacerle daño.

—Te equivocaste con las runas. Usamos la magia dos veces y no pasó nada.

Sus ojos despiden chispas.

—¿Qué has hecho? ¡Te he dicho que no lo hicieras! No es seguro, Gemma.

—¿Cómo sé que no es otra de tus mentiras? ¿Por qué he de creer lo que me dices? Se lleva una mano a la boca y se pone a caminar.

—Eso significa que los reinos han estado sin vigilancia. La criatura de Circe pudo haber venido y corrompido a uno de nosotros. Gemma, ¿cómo has podido?

—Yo podría preguntarte a ti lo mismo —digo, alejándome.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—Vuelvo —contesto.

—Gemma. ¡Gemma!

Salgo del jardín. La cazadora me sorprende. Ni siquiera la oí acercarse por detrás, con el arco y la flecha listos para disparar.

—El ciervo está cerca. ¿Quieres venir a cazar conmigo?

—Otro día —musito con la voz empañada aún por el llanto. Se agacha para coger unas cuantas moras y se mete una en la boca. Las mece ante mí como un péndulo.

—¿Te apetece una mora?

Sabe que no puedo comerlas. ¿Por qué me las ofrece?

—No, gracias —digo, y acelero el paso.

Como si yo no me hubiera movido, se planta delante de mí, ofreciéndome las moras con la mano tendida.

—¿Seguro? Están deliciosas.

Se me eriza el vello de la nuca. Aquí pasa algo raro.

—Lo siento, tengo que irme —digo, pero oigo una voz ronca detrás de mí cuando atravieso rápidamente la hierba de terciopelo verde junto al río.

—Por fin... por fin...

Ann está junto a mi cama en la oscuridad.

—¿Gemma? ¿Estás despierta?

Tengo los ojos cerrados y espero que no se dé cuenta de que sigo llorando.

Felicity y Pippa me sacuden hasta que me obligan a darme la vuelta y mirarlas.

—Vamos —susurra Felicity—. Las cuevas nos esperan, hermosa señorita.

—No me siento bien.

Me doy la vuelta y miro otra vez las pequeñas grietas de la pared.

—No seas aguafiestas —dice Pippa, hincándose suavemente la punta de la bota.

Sigo con la mirada fija en la pared, sin contestar.

—¿Qué le pasa? —pregunta Pippa con desdén.

—Ya te dije que no comieras hígado —recuerda Ann.

—Bueno —dice Felicity con un suspiro al cabo de un rato—, espero que te mejores. Pero no creas que mañana por la noche te librarás tan fácilmente.

No tengo la menor intención de ir a los reinos. Ni mañana ni nunca. La puerta de mi habitación se cierra, llevándose consigo lo que queda de luz y las grietas se difuminan hasta desaparecer.

Al final el señor Bumble no fue tan fácil de engañar como creíamos. Fue a ver a los Cross y se lo contó todo. Los Cross se horrorizaron al ver que habían perdido el control de lo único que tenían siempre controlado: su hija. Su garantía. Aseguraron al señor Bumble que aquello eran patrañas juveniles, invenciones de una muchacha nerviosa por su boda. Al fin y al cabo, ¿cómo podía una chica tan hermosa como Pippa no gozar de excelente salud? El señor Bumble acepta su explicación, pues ellos son los padres y nosotras simples niñas tontas. Sin embargo, las consecuencias de esta historia se dejan notar en Spence. Así que las cuatro acabamos en el despacho de la señora Nightwing, donde, bajo la mirada de reproche de los ojos de las colas de pavo real del papel pintado de la pared, nos lanzan acusaciones y culpas, y observamos impotentes cómo se deshace nuestra libertad hilo por hilo.

Pippa se marchará con sus padres mañana y se casará con el señor Bumble antes del fin de semana. Ya han iniciado los preparativos. Se restablecerá el orden. Se defenderá el orgullo. ¿A quién le importa la felicidad de una chica ante cosas tan importantes como mantener las apariencias?

Pippa tiene la mirada clavada en su regazo y se muerde el labio inferior, totalmente derrotada, mientras la señora Nightwing intenta aplacar a sus padres y a su prometido. Toca una campana que pende de una larga cuerda —la que da a la cocina— y poco después aparece Brigid, sin resuello tras subir corriendo la escalera.

—Brigid, por favor, acompañe al señor Cross y al señor Bumble a la biblioteca y ofrézcales nuestro mejor oporto.

Eso complace a los hombres, todo sonrisas y pechos henchidos.

—Espero que acepten esto como sinceras disculpas. Les aseguro que no se producirán más hechos desagradables. —La señora Nightwing mira al señor Bumble de reojo.

El señor Cross hace un gesto con la mano como para restarle importancia.

—Por suerte, no ha pasado nada grave.

El señor Bumble se retuerce el bigote como si estuviera eligiendo un puro.

—Soy un hombre razonable. Pero debería llevar a estas chicas más cortas de riendas. No deberían tomar decisiones por su cuenta. No es sano.

Cierro los ojos e imagino al señor Bumble cayéndose de bruces por la larga escalera y partiéndose el cuello antes de catar ese oporto. Lo más irónico es que le contamos la verdad. Y ahora nos castigan por ello.

—Tiene toda la razón. Seguiré sus consejos al pie de la letra, señor Bumble —contesta la señora Nightwing, capitulando por una vez.

Le está siguiendo la corriente, pero él es demasiado presuntuoso para darse cuenta.



Los hombres se van con Brigid. La señora Cross se pone de pie y se arregla los guantes, tirando de ellos y alisando las arrugas.

—Vamos, Pippa. Tenemos que tomarte las medidas para el vestido de novia. Creo que un satén duquesa te irá bien.

Los labios trémulos de Pippa prorrumpen en un gemido desesperado y quedo.

—¡Por favor, madre! Te ruego que no me obligues a casarme con él.

La boca de la señora Cross se tensa, convirtiéndose en una línea plana y fea por la cual salen las palabras como un silbido.

—Estás avergonzando a la familia.

—Pippa —dice la señora Nightwing, interponiéndose entre las dos—. Serás una novia hermosa. La comidilla de Londres. Y después de tu luna de miel, cuando seas muy feliz y te hayas olvidado de todo esto, vendrás a vernos.

La boca de la señora Cross se ha relajado y hasta se le han humedecido los ojos. Coge a Pippa por el mentón con ternura.

—Sé que me desprecias en estos momentos. Pero te prometo que algún día me lo agradecerás. Con el matrimonio podrás ser independiente. De verdad. Si eres lista, podrás tener todo lo que quieras. Ahora vamos a ocuparnos del vestido, ¿de acuerdo?

Pippa sigue a su madre hasta la puerta, pero antes de salir se vuelve hacia nosotras y nos dirige tal mirada de desesperación que siento que soy yo la que tiene que casarse en contra de su voluntad.

Sólo quedamos nosotras tres delante de la señora Nightwing, sentada tras su escritorio, tan imponente como ella. Abre un cajón. El diario de Mary Dowd cae con ruido seco en la reluciente superficie de caoba del escritorio. El miedo me revuelve el estómago. Estamos perdidas.

—¿Quién puede explicarme esto?

En el reloj de la repisa pasan los segundos, que suenan como cañonazos.

—¿Ann?

Ann está al borde de las lágrimas.

—E-e-es un-un-un l-l-libro.

—Ya sé que es un libro. Lo he examinado página por página. —La señora Nightwing nos fulmina con la mirada por encima de las gafas—. Página por página.

Sabemos a qué página se refiere, y temblamos en nuestros asientos.

—Señorita Worthington, ¿quiere usted explicarme cómo ha llegado a sus manos este diario?

Felicity yergue la cabeza.

—¿Es que ha registrado mi habitación?

—Estoy esperando una respuesta. ¿O tendré que ponerme en contacto con su padre para tratar este asunto?

Felicity parece a punto de romper a llorar.

Trago saliva e intervengo.

—Es mío.

La señora Nightwing se vuelve rápidamente hacia mí y parpadea. Parece una lechuza al avistar a su presa.

—¿Suyo, señorita Doyle?

Siento un revoloteo en el estómago.

—Sí.

Muy bien, que me expulsen, que se acabe ya todo esto.

—¿Y dónde, si puede saberse, ha encontrado semejante basura?

—Lo encontré.

—¿Lo encontró? —repite mis palabras lentamente, mostrando lo mucho que me cree—. ¿Dónde?

—En el bosque.

La señora Nightwing me lanza una mirada furiosa, pero yo estoy demasiada aturdida para tener miedo.

—Por lo visto, han ocurrido muchas cosas en el bosque. Pippa me lo ha confesado todo.

A mi lado, oigo llorar a Ann y revolverse en la silla a Felicity. Pero yo me siento vacía, esperando lo inevitable.

—Me ha dicho que la señorita Moore les dio el libro.

No es lo que esperaba. Eso me hace volver en mí.

—¿Es verdad?

Abro la boca para decir que no, que ha sido todo culpa mía, pero Felicity se me adelanta.

—Sí —responde con tanta calma que apenas puedo creerlo—. Fue la señorita Moore.

—Lo lamento. Pero tendrá que contármelo todo, señorita Worthington.

—No, no es verdad —digo cuando por fin recupero la voz.

—Tú misma has dicho que lo sacaste de la biblioteca. —Felicity tiene una mirada dura, desesperada—. Y es verdad que la señorita Moore nos dijo que si queríamos saber algo más de la Orden, teníamos que ir a la biblioteca.

—¿La Orden? ¿Y se puede saber por qué la señorita Moore les llenó la cabeza con semejantes paparruchas?

—Nos llevó a la cueva para ver los dibujos.

—Algunos se han trazado con sangre —añade Ann.

Se han confabulado las dos.

—Nunca he dado permiso a la señorita Moore para que os llevara a ninguna cueva —señala la señora Nightwing.

—Pues nos llevó igualmente, señora Nightwing —dice Felicity con los ojos muy

abiertos, intentando adoptar expresión de inocencia.

—Eso no es verdad. Encontré el diario...

Felicity posa la mano sobre mi brazo. Parece que sólo lo toca, pero lo está apretando con fuerza.

—La señora Nightwing ya sabe lo que ocurrió, Gemma. Ahora tenemos que contarle la verdad. —Y dirigiéndose a la señora Nightwing añade—: Incluso nos leyó una parte en mi salón privado.

Me pongo en pie.

—¡Lo hizo porque nosotras se lo pedimos!

—¡Señorita Doyle, siéntese en el acto!

Me hundo en la silla. No puedo mirar a Felicity.

—Son acusaciones muy graves contra la señorita Moore.

La señora Nightwing ya se ha hecho a la idea; así puede exonerarnos a nosotras, a Spence y a sí misma. Necesita echarle la culpa a alguien, necesita creer cualquier cosa salvo la verdad: que somos capaces de todo eso, nosotras solas. Y que lo hicimos delante de sus propias narices.

—¿Es verdad, Ann?

—Sí —contesta Ann sin el menor tartamudeo.

—Señora Nightwing —ruego—. Es todo culpa mía. Puede castigarme como lo crea conveniente, pero por favor no cargue con la culpa a la señorita Moore.

—Señorita Doyle, sé que tiene buen corazón, pero no le servirá de nada proteger a la señorita Moore.

—¡Pero si no estoy protegiéndola!

La señora Nightwing se ablanda.

—¿La señorita Moore les leyó este libro?

—Sí, pero...

—¿Y las llevó a la cueva?

—Sólo a ver las pictografías...

—¿Les contó historias sobre lo oculto?

No puedo articular el menor sonido. Me limito a asentir. He oído que Dios está en los detalles. Lo mismo sucede con la verdad. Si se omiten los detalles, el punto central, se puede condenar a alguien sólo con los datos más esenciales. La señora Nightwing se reclina en la gran butaca, que cruje y suspira bajo su peso.

—Ya sé lo influenciables que son las chicas. Yo también he tenido su edad —dice, aunque yo sólo puedo verla tal y como es ahora—. Sé lo mucho que las chicas quieren agrandar y lo poderosa que puede ser la influencia de una profesora. Hablaré con la señorita Moore de inmediato. Y para que no se repita este tipo de conducta, me ocuparé de que se cierren con llave todas las puertas por la noche y de que las llaves estén en mi poder hasta que hayan recuperado mi confianza.

—¿Qué le pasará a la señorita Moore? —pregunto con un hilo de voz.

—No toleraré que ninguna de mis profesoras pase por alto mi autoridad. La señorita Moore será despedida.

Eso no puede ser. Va a echar a nuestra querida señorita Moore.

¿Qué hemos hecho?

Un grito espeluznante surca el silencio de la habitación. Viene de abajo. La señora Nightwing se levanta y baja corriendo por la escalera. La seguimos. Brigid está en el vestíbulo, de pie sobre el suelo de rombos, y sostiene algo en la mano.

—¡Qué me protejan todos los santos! Es ella; ha venido a por mí.

La señora Nightwing la sujeta por los hombros. Brigid tiene la mirada enloquecida de miedo. Suelta lo que tiene en la mano como si fuera una serpiente. Es un amuleto gitano, un tanto quemado, con un mechón de pelo alrededor de la garganta. Circe.

—Ha vuelto —gimotea Brigid—. ¡Dios mío, ha vuelto!

El reverendo Waite nos tiene de pie. Con las biblias en la mano, leemos al unísono el capítulo 11 de *Jueces*, versículos 1 al 40. Nuestras voces llenan la capilla como un canto fúnebre.

—«Y Jefté hizo voto a Jehová, diciendo: Si entregares a los amonitas en mis manos, cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso... será de Jehová, y lo ofreceré en holocausto».

—Tuve que decirle lo de la señorita Moore —me susurra Pippa al oído—. Era la única manera de que pudiéramos estar juntas una última noche.

En la parte delantera de la iglesia hay un vitral de colores con el dibujo de un ángel. Falta un gran trozo de cristal en el ojo del ángel, que parece una herida abierta. Me quedo mirando el agujero y, sin responder, sigo recitando los versículos de la Biblia y escuchando las palabras que revolotean alrededor.

—«... y Jehová los entregó en su mano...».

—Y tampoco es que ella sea del todo inocente, ¿no?

—«Entonces volvió Jefté... a su casa; y he aquí su hija que salía a recibirlo... y ella era sola, su hija única...».

—Por favor, Gemma. Tengo que volver a verlo. ¿Sabes lo que es perder a alguien sin poder despedirte?

Si lo miro fijamente, el agujero aumenta de tamaño y el ángel desaparece. Pero si parpadeo, veo al ángel en lugar del agujero, y tengo que volver a empezar.

—«... Y cuando él la vio, rompió sus vestidos, diciendo: ¡Ay, hija mía! En verdad me has abatido... porque le he dado palabra a Jehová, y no podré retractarme...».

Pippa empieza a rogarme otra vez, pero la señora Nightwing se vuelve hacia nosotras desde su banco para observarnos. Pippa hunde la cara en su biblia y empieza a leer con renovado fervor.

—«... Y ella volvió a decir a su padre: Concédeme esto: déjame por dos meses que vaya y descienda por los montes y llore mi virginidad...».

Algunas de las niñas más pequeñas se ríen. Las maestras las mandan callar, todas menos la señorita Moore, que no está. Se ha quedado en la escuela, haciendo las maletas.

—«... Entonces él dijo: Ve... Y ella fue con sus compañeras... por los montes».

El reverendo Waite cierra la biblia.

—Amén. Oremos.

Se produce un bullicio mientras nos sentamos y nos vamos pasando las biblias de una a otra hasta dejarlas bien apiladas al final de los bancos. Le paso la mía a Pippa, que la sujeta con fuerza.

—Sólo una última noche. Antes de irme para siempre. Es lo único que pido.

Suelto la biblia y cae en su regazo. Ya libre, vuelvo a mirar el ángel. Lo miro tanto tiempo y tan fijamente que parece moverse. Es por la creciente oscuridad, que lo difumina todo.

Pero por un instante habría jurado que las alas del ángel se agitaban, que las manos apretaban la espada, que la espada atravesaba el cordero con la rapidez de una guadaña. Aparto la mirada y dejo de verlo. Un efecto de la luz.

Después de cenar no me reúno con las demás en el gran salón. Las oigo llamarme, pero no contesto. Me siento sola en el salón con un libro de francés abierto en mi regazo, fingiendo que estudio las conjugaciones y los tiempos verbales que me hacen daño a la vista. Pero en realidad estoy esperando oír los pasos de la señorita Moore en el pasillo. No estoy muy segura de qué le voy a decir, pero sé que no puedo permitir que se vaya sin intentar darle una explicación o disculparme.

Poco después de la cena aparece con un elegante traje de viaje. Va tocada con un sombrero de ala ancha ribeteado de rosas. Por su aspecto, cabría pensar que se va de vacaciones al mar en lugar de marcharse de Spence, rodeada de una nube de mentiras a medias y vergüenza.

La sigo hasta la puerta principal.

—¿Señorita Moore?

Se abotona un guante a la altura de la muñeca y estira los dedos.

—Señorita Doyle, ¿qué hace aquí? ¿No se está perdiendo su valiosa vida social?

—Señorita Moore —digo con la voz ahogada—, lo siento mucho.

Esboza una tenue sonrisa.

—Sí, la creo.

—Ojalá... —Me interrumpo para no llorar.

—Te daría mi pañuelo, pero creo que ya lo tienes.

—Lo siento —digo jadeando, a la vez que me acuerdo del que me prestó tras el ataque de Pippa—. Perdóneme.

—Sólo si te perdonas a ti misma.

Asiento. Llaman a la puerta. La señorita Moore no espera a Brigid. Abre, le indica al cochero dónde está su baúl y lo observa mientras lo sube al carruaje.

—Señorita Moore...

—Hester.

—Hester —digo, sintiéndome culpable por el lujo de poder tutearla—. ¿Adónde irás?

—Me gustaría viajar un poco, creo. Después alquilaré un piso en Londres y ofreceré mis servicios como profesora particular.

El cochero está listo. La señorita Moore le hace una señal con la cabeza. Cuando se vuelve hacia mí, me habla con la voz entrecortada, pero me coge las manos con

fuerza.

—Gemma..., si alguna vez necesitas algo... —Calla, y parece buscar las palabras—. Lo que quiero decir es que creo que eres distinta de las demás chicas. Creo que tal vez tu destino no se encuentre en los bailes y en saber poner una mesa. Sea cual sea el camino que elijas en la vida, espero seguir formando parte de él y que te sientas libre de acudir a mí.

Un estremecimiento me recorre el brazo. Siento una gran gratitud hacia la señorita Moore. No merezco su amabilidad.

—¿Lo harás? —pregunta.

—Sí —me oigo asentir.

Me suelta las manos y, con la cabeza erguida, sale por la puerta en dirección al carruaje.

A medio camino, dice:

—Tendrás que encontrar una manera más interesante de pintar naturalezas muertas.

Dicho eso, se sube al carruaje y da dos golpecitos. Los caballos relinchan y se ponen en marcha; levantando la tierra a su paso, trotan hacia la verja. Me quedo mirando el carruaje que se hace cada vez más pequeño hasta doblar una esquina y adentrarse en la oscuridad. Y la señorita Moore ya no está.

A las diez y media, la señora Nightwing hace la ronda habitual para asegurarse de que todos sus polluelos están donde deben estar: a salvo en sus camas, lejos de los lobos. Cuando el reloj de abajo da las doce de la noche, Pippa y Felicity rascan la puerta para indicarnos que hay vía libre esa última noche que pasaremos juntas.

—¿Cómo vamos a salir de la escuela? —pregunto—. Ha cerrado todas las puertas con llave.

Felicity muestra una llave.

—Molly, la criada de arriba, me debía un favor. La pillé con el mozo de las caballerizas. Ahora, vístete.

La cueva nos recibe por última vez. Las noches son mucho más frías, y nos acurrucamos para darnos calor a la luz de las velas casi consumidas. Al enterarse de que no voy a llevarlas a los reinos conmigo, se enfurecen.

—Pero ¿por qué no quieres llevarnos? —exclama Pippa.

—Ya te lo he dicho, no me siento bien.

No tengo intención de volver a pasar por la puerta resplandeciente. En su lugar, estudiaré francés. Mejoraré mi postura. Aprenderé a hacer reverencias y dibujos interesantes. Estaré como quieren que esté: a salvo. Y ya no ocurrirá nada malo. Me es posible fingir que no soy lo que soy, y si lo finjo durante bastante tiempo, llegaré a creerlo. Mi madre lo consiguió.

Pippa se arrodilla a mis pies y apoya la cabeza en mi regazo como una niña.

—Por favor, Gemma. Mi querida, mi queridísima Gemma. Te dejaré mis guantes de encaje. ¡Te los regalaré!

—¡No! —Mi grito reverbera como una bofetada en las paredes de la cueva.

Pippa, enfurruñada, se deja caer al suelo.

—Fee, habla tú con ella. Yo no soy capaz.

Felicity conserva una tranquilidad sorprendente.

—Por lo visto, esta noche Gemma no va a dejarse convencer.

—¿Y ahora qué hacemos? —gimotea Pippa.

—Todavía queda *whisky*. Toma, bebe un poco. —Felicity saca la botella medio vacía de su escondite dentro de una grieta en la roca—. Esto te hará cambiar de opinión. —Tras dos rápidos sorbos, agita la botella ante mí.

Me levanto y me acerco a otra roca.

—¿Sigues enfadada por lo de la señorita Moore?

—Entre otras cosas.

Estoy enfadada por haberla traicionado tanto. Estoy enfadada porque mi madre es



una mentirosa y una asesina. Porque mi padre es un adicto. Porque Kartik me desprecia. Porque parece que todo lo que toco acaba mal.

—Bien, pues enfurrúñate cuanto quieras. ¿Quién quiere un trago?

¿Cómo puedo contarles lo que sé si ni siquiera deseo saberlo? Ojalá pudiera correr un tupido velo, volver a ese primer día en los reinos cuando todo parecía posible. Felicity sigue pasando la botella y pronto se les suben los colores a las tres, les brillan los ojos y les gotea la nariz por el calor repentino del *whisky* en la sangre. Felicity se pasea por la cueva, recitando unos versos.

*Pero aún se deleita en tejer  
las visiones mágicas del espejo  
cuando a menudo en las noches silenciosas  
un funeral, con velas, penachos  
y música, se dirigía a Camelot...*

—Ah, otra vez no —gruñe Ann, apoyando la cabeza en la roca.

Felicity me está provocando con el poema. Sabe que me recuerda a la señorita Moore. Como un derviche, extiende los brazos y empieza a girar frenéticamente.

*O cuando la luna estaba en lo alto,  
y llegaban dos amantes recién casados.  
«Qué cansada estoy de las sombras»,  
dijo la dama de Shalott.*

Tiende las manos hacia la pared de la cueva para detenerse. Se da la vuelta al llegar a la abrupta superficie y nos mira. Tiene el pelo empapado en sudor, mechones pegados a la frente y las mejillas, una extraña expresión en el rostro.

—Pip, querida, ¿de verdad quieres ver a tu caballero andante?

—¡Es mi mayor deseo!

Felicity coge a Pip de la mano y se aleja corriendo hacia la boca de la cueva.

—Esperadme —grita Ann, siguiéndolas.

Salen a la noche como beduinas, y yo detrás de ellas. El aire frío nos causa impresión al contacto con la piel húmeda.

—Felicity, ¿qué pretendes? —pregunto.

—Algo nuevo —contesta, provocándome.

El cielo, antes indiferente, palpita con la luz de un millón de estrellas. Ha salido una luna de principios de otoño, dorada como la mantequilla, que se eleva por encima de delgados jirones de nubes y nos indican que se acerca el tiempo de la cosecha, la época en que los campesinos brindan por el asesinato legendario de John Barleycorn.

Felicity aulla a la esfera que reluce en el cielo.

—Calla —dice Pippa—. Despertarás a toda la escuela.

—Nadie nos oye. Esta noche la señora Nightwing se ha tomado dos copas de

jerez. No podríamos despertarla ni aunque la pusiéramos en medio de Trafalgar Square con una paloma en cada mano. —Lanza otro alarido.

—Quiero ver a mi caballero andante —dice Pippa con un mohín.

—Lo verás.

—Eso es imposible si Gemma no quiere llevarnos.

—Sabemos que hay otra manera —dice Felicity.

A la luz de la luna, su piel pálida resplandece blanca como un hueso. Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿A qué te refieres? —pregunta Pippa.

Algo se agita entre los árboles. Se oyen ramas que se parten y un movimiento rápido y furtivo. Nos sobresaltamos. Aparece un ciervo en el claro. Tiene el hocico pegado al suelo, en busca de comida.

—Sólo es un ciervo —dice Ann con un suspiro de alivio.

—No —la corrige Felicity—, es nuestro sacrificio.

La luna se oculta tras las nubes por un instante y nuestras caras están moteadas de luz.

—No lo dirás en serio —digo, saliendo de mi hosco estupor.

—¿Por qué no? Sabemos que ellas lo hicieron. Pero nosotras seremos más listas.

Parece un voceador de feria animando a la multitud a entrar en su carpa.

—Pero ellas no pudieron controlarlo... —empiezo a decir.

—Nosotras somos más fuertes —me interrumpe Felicity—. No cometeremos los mismos errores. La cazadora me ha dicho...

La cazadora que me ofreció moras, que hablaba con Felicity en susurros en sus cacerías. Una idea intenta tomar forma en mi cabeza, pero no acaba de cuajar. Sólo queda el miedo, intenso e innegable.

—¿Qué pasa con la cazadora?

—Me cuenta cosas. Cosas que tú no sabes. Me dijo que obtendría poder si le ofrezco algo a cambio.

—No... Eso no...

—Ya me advirtió que reaccionarías así, que no se podía confiar en ti porque quieres todo el poder de los reinos para ti sola.

Pippa y Ann nos miran, primero a Felicity y después a mí, una y otra vez, mientras esperan.

—No puedes hacerlo —repito—. No te dejaré.

Felicity se acerca y me tira al suelo de un empujón.

—No puedes detenernos.

—Felicity...

Da la impresión de que Ann no sabe si ayudarme o irse corriendo.

—¿Es que no lo ves? ¡Gemma quiere todo el poder para ella sola! Quiere tener

poder sobre nosotras.

—¡No es verdad!

Me pongo en pie y retrocedo un paso, alejándome de ellas.

Pippa se acerca por detrás. Siento su aliento en el cuello.

—En ese caso, ¿por qué no nos llevas?

Estoy atrapada.

—No puedo decírtelo.

—No confía en nosotras —dice Felicity.

La sospecha se extiende como una enfermedad. Se cruza de brazos en señal de triunfo, dejando que el daño haga mella.

El ciervo está justo detrás de nosotras en el matorral. Pippa lo observa desplazando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—No tendría que casarme con él, ¿verdad?

Felicity la coge de las manos.

—Podríamos cambiarlo todo.

—Todo —repite Ann, uniéndose a ellas.

Una vez vi cómo empezaba un incendio en la India. Por un instante fue sólo una chispa perdida que arrastró el viento de la fogata de un mendigo. A los pocos minutos todo alrededor estaba en llamas, los tejados de paja chisporroteaban como leña seca y las madres corrían a las calles con sus hijos llorosos en brazos.

Así empieza un incendio. Con una chispa. Y ahora veo la chispa que arrastra el viento.

—De acuerdo —digo, dispuesta a lo que sea con tal de evitar que lo hagan por su cuenta—. De acuerdo, os llevaré. Volvamos a la cueva y juntemos las manos.

—Ya es tarde para eso —dice Felicity, cruzando los brazos a la altura del pecho.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ya no nos conformamos con montarnos en tu carro, Gemma. Iremos a los reinos nosotras solas, gracias.

—Pero os llevaré...

Pippa me da la espalda.

—¿Cómo lo cogemos?

—Lo perseguiremos hasta el barranco y allí lo atraparemos.

Felicity se desabotona las mangas de la blusa y se la quita.

—¿Qué haces? —pregunto, alarmada.

Como si yo no estuviera, Felicity explica a las otras:

—Me desnudo. No podemos cazar un ciervo con los corsés y las enaguas. Sería imposible. Tenemos que hacerlo desnudas, como la cazadora.

La situación se está descontrolando. Me siento como si me hallase ante un

edificio que se derrumba sin poder hacer nada por evitarlo.

Ann cruza los brazos ante su rolliza cintura con gesto protector.

—¿Es realmente necesario? ¿No podemos cazar el ciervo vestidas?

—¿Y cómo pretendes explicar las manchas a la señora Nightwing?

Felicity ya está desnuda, con la palidez de la madera recién descortezada. La voz, dura y ansiosa, se impone al crujido de las hojas secas.

—Quédate si quieres. Pero no pienso seguir como antes. No puedo.

Pippa se sienta en la hierba, se quita las botas y luego las enaguas. Ann la imita.

—Ann, Pippa, escuchadme. Esto no está bien. No podéis hacerlo. ¡Os ruego que me escuchéis!

Sin hacerme caso, siguen desprendiéndose de la ropa con dedos frenéticos. El ciervo yergue la cabeza. Ellas se agachan en el suelo del bosque. Felicity levanta un dedo para indicarles que no hagan ruido. El ciervo presiente el peligro y echa a correr para refugiarse entre los árboles.

Con un gruñido se levantan desnudas, resplandecientes, y corren hacia el bosque hasta que sólo son una ráfaga blanca, un aleteo de ángel en la noche cubierta de musgo.

Las persigo igual que ellas persiguen al ciervo. El animal corre entre los árboles. Felicity va a la cabeza, su piel brilla como un faro. Oigo el ruido seco de ramas pisoteadas y mi intenso resuello. Y luego algo que suena como un violento choque más adelante, donde no alcanzo a ver.

Cuando llego al barranco, Ann y Pippa están en el borde, sin aliento. No se ve al ciervo por ningún lado. Un gran trozo de tierra se ha desprendido de la pared. Con cuidado me acerco al borde. Lanzo con la bota una lluvia de tierra y piedras al barranco; tengo que cogerme a una raíz para no caer.

El ciervo está herido en el fondo del barranco. Intenta levantar la cabeza y emite gemidos escalofriantes. Agachada, Felicity se acerca sigilosamente. Se inclina sobre él, le acaricia la piel marrón y lo arrulla con un murmullo consolador. «No lo hará». Me invade una sensación de alivio mientras espero que vuelva a subir por el terraplén.

Las nubes se mueven y se estiran hasta ser tan finas como un grito. La luna nos deslumbra con su intensa luz. Baña a Felicity de un color blanco como el yeso, convirtiéndola en estatua detenida en el tiempo.

Busca algo en la oscuridad. De pronto, levanta la mano. Asesta un golpe con la piedra y se oye un ruido espeluznante. Y luego otro. Y otro más, hasta que lo único que se mueve en el barranco es ella y criaturas demasiado pequeñas para verse desde donde estamos. Ann y Pippa bajan lentamente por la pendiente moviéndose como cangrejos y, por turno, asestan sus respectivos golpes con la piedra. Sus espaldas desnudas, arqueadas y tensas, brillan en la noche. Cuando se apartan, la cabeza del

animal en el fondo del barranco ya no parece la de un ciervo. Es una masa tumefacta, un melón demasiado maduro, que se parte al caer al suelo violentamente. Me vuelvo y vomito en un arbusto ralo. Cuando me acerco otra vez, tambaleándome, las veo subir a gatas por la pendiente empinada. En la oscuridad, las salpicaduras de sangre parecen negras como la tinta en su piel de alabastro. Felicity va última. Sigue sujetando la piedra manchada de sangre con la mano.

—Ya está —dice, y su voz rasga la quietud de la noche.

Así empieza un incendio.

Así nos quemamos.

Estoy perdiendo el control de todo.

Pone la piedra en mi mano. Me inclina hacia delante por el peso y doy un traspié. Está pegajosa.

—Y ahora ¿qué? —pregunta Ann.

En la oscuridad no hay respuesta, sólo se oye el susurro de las hojas secas agitadas por una ligera brisa.

—Ahora nos cogemos de la mano y hacemos aparecer la puerta de luz —dice Felicity.

Se cogen de la mano y cierran los ojos, pero no ocurre nada.

—¿Dónde está? —pregunta Pippa—. ¿Por qué no la veo?

Por primera vez esta noche, Felicity parece desconcertada.

—Me lo prometió...

No ha surtido efecto. Las han engañado. Me darían pena si no me sintiera aliviada y horrorizada a la vez.

—Lo prometió —musita Felicity.

Kartik aparece en el claro y se detiene al vernos manchadas de sangre y enloquecidas. Retrocede un paso, dispuesto a retirarse, pero Felicity lo ve antes.

—¿Qué haces aquí? —grita.

En lugar de contestar, Kartik lanza una mirada hacia la piedra en mi mano. La tiro rápidamente y cae al suelo con un ruido sordo.

Felicity aprovecha ese instante de distracción. Coge una rama puntiaguda y ataca a Kartik, clavándosela en el pecho. Con la sangre empapándole la camisa desgarrada, Kartik se inclina, sorprendido por el corte. Con sus nuevas dotes de arquera, Felicity blande la rama, dispuesta a volver a hincársela.

—Ya te dije que la próxima vez te arrancaríamos los ojos —gruñe.

Creía que Felicity era peligrosa hace un momento, cuando se sentía poderosa. Me equivocaba. Dolida y sin poder, es mucho más peligrosa de lo que podía imaginar.

Kartik, herido, es incapaz de defenderse.

—¡Para! —grito—. Si lo dejas, os llevaré a los reinos.

Felicity jadea, y sigue sosteniendo la rama por encima de él.

—Fee —gimotea Pippa, que también parece muy asustada—. Va a llevarnos.

Lentamente, Felicity se vuelve y se acerca a nosotras.

—Nos dará el poder cuando lleguemos —dice en un intento por mantener la apariencia de autoridad—. Estoy segura.

En el suelo, detrás de ella, Kartik parece inquieto. Le dirijo una señal con la cabeza para indicarle que todo irá bien, aunque yo misma no lo sé. No tengo ni idea de lo que nos espera al otro lado de la puerta. No sé qué han empezado, si es que han empezado algo. Sólo sé que tengo que hacerlo.

Felicity me mira con dureza. Las cosas han cambiado para siempre. No hay vuelta atrás. Las sigo hacia el bosque para que se vuelvan a vestir. Enseguida están listas.

—Cogedme de las manos —digo, esperando lo mejor, temiendo lo peor.

La puerta palpita con su luz. Cuando la atravesamos, todo parece igual que antes. El río discurre con su dulce melodía. La puesta de sol sigue siendo un espléndido derroche de color. Las flores flotan en el aire.

—¿Lo veis? —dice Felicity con un brillo triunfal en los ojos—. Está todo como siempre. Ya os he dicho que quería el poder sólo para ella sola.

Sin prestarle atención, aguzo el oído en busca de algo extraño.

Van hacia el prado por delante de mí, en dirección al jardín, cogidas de la mano como un trío de muñecas recortables de papel de blanca.

Cambia el viento, trayendo consigo el olor a rosas y un hedor desconocido, que me impulsa a echarme a correr tras ellas.

—¡Esperad! Felicity, por favor, escucha, creo que debemos volver.

—¿Volver? Pero si acabamos de volver —contesta, burlándose de mí.

Ann mantiene el rostro inexpresivo.

—No volveremos hasta que tengamos el poder que nos permita cruzar de un lado a otro por nuestra cuenta.

De pronto la cazadora aparece junto a nosotras. Me sobresalta. Es extraño que nunca la oiga acercarse. No puedo evitar acordarme de cuando me ofreció las moras. Me estremezco. Acaricia con un dedo la cara ensangrentada de Felicity y se frota la mancha con el pulgar. Se lleva el dedo a la boca, se lo lame y sonríe.

—Veo que has hecho un sacrificio.

—Sí —responde Felicity—. ¿Nos concederás el poder para entrar en los reinos?

—¿No te lo prometí? —Sonríe, pero sin la menor calidez—. Sígueme.

Cojo a Felicity del brazo.

—Esto está mal. No deberíamos ir —susurro.

—No, por fin algo está bien —replica, y zafándose de mí, corre tras las demás.

Las sigo hasta el arco de plata y entramos en la gruta. Mi madre no está. Me llegan los olores de mi infancia. Curry. Tabaco de pipa. Y otra cosa. Ahí está otra vez. Ese hedor espantoso.

Hemos llegado a las Runas del Oráculo, al corazón de todo.

La brisa cambia de dirección. Ha vuelto el olor. Tras los recuerdos percibo algo acre, como carne pudriéndose al sol. ¿Es que no lo huele nadie?

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Pippa.

—Usad la magia para llevarme al otro lado —dice la cazadora.

—Si juntamos las manos y te llevamos al otro lado, ¿nos darás el poder que necesitamos para ir y venir a nuestro antojo?

—Yo no. Mi señora. Ella os dará lo que merecéis.

Una sensación de cautela me invade subrepticamente y se instala dentro de mí.

—¿Tu señora? —pregunta Felicity, confusa.

Algo en mi interior me dice a gritos que debo huir. Apoyo la mano en el brazo de Felicity y, como si percibiera mi terror, se aparta lentamente del círculo. La cazadora parece cada vez más alta. Sus ojos se han vuelto más negros y su voz se convierte en un silbido.

—Venid a mí, bonitas.

El cielo se abre en medio de un agitado mar de nubarrones. Veloz como la lluvia, surge un espectro que grita y se cierne sobre nosotras, transportando las almas de los condenados en su capa negra. Incapaz de moverse, Felicity no puede desviar la mirada de ese rostro esquelético, de los ojos ribeteados de rojo con trémulos óvalos negros en el centro, de los dientes afilados e irregulares. La cosa la agarra por el brazo con fuerza. Felicity abre la boca para soltar un grito de terror. Como la tinta, se le extiende una mancha negra por los ojos hasta cubrirlos por entero.

—¡No! —exclamo, abalanzándome hacia Felicity, y las dos acabamos en el suelo. Le tiembla todo el cuerpo y sigue con los ojos negros.

Pippa chilla, se desploma y baja a rastras por la colina en dirección al río.

—¡Ann! ¡Ayúdame! ¡Tenemos que hacerla volver ahora mismo!

Nos situamos a ambos lados de Felicity, corremos hacia el río. Tenemos que encontrar a Pippa. Tenemos que irnos de aquí. Un vendaval destroza las flores y las hojas, y arranca las ramas de los árboles, lanzándolas hacia nosotras. Por poco me da una rama en la cabeza. Me araña la mejilla y la herida me sangra.

Al espectro oscuro le sale otro par de brazos y luego uno más. Avanza sigilosamente hacia nosotras, dispuesto a aplastarnos con su abrazo. Felicity empieza a volver en sí. Da unos primeros pasos vacilantes y luego comienza a correr. Hemos llegado al río, pero ¿dónde está Pippa?

El grito de Ann desgarró el aire.

—¡Auxilio!

Tiene la mirada fija en el río y se está tirando del pelo. Su reflejo se ha invertido. Está llena de forúnculos espantosos. El pelo le cae en gruesos mechones y tiene el cráneo lleno de heridas supurantes. Es como si se le derritiera la piel sobre los huesos.

—¡Deja de mirarte, Ann! ¡Para! —grito.

—¡No puedo! ¡No puedo!

Está inclinada al borde del río. La cojo por detrás, pero pesa mucho y no se mueve. De pronto se libera y cae en la hierba gracias a un fuerte tirón de Felicity. Los ojos de Ann vuelven a ser grises.

—¿Dónde está Pippa? —grita por encima del viento.

—No lo sé —contesto también a voz en cuello.



Algo se desliza por mi mano. Unas víboras serpentean entre las elevadas matas de hierba, que se marchitan y secan. Nos encaramamos a una roca de un salto. De un árbol caen peras y se pudren a nuestros pies. Ann gimotea al ver cómo se le disuelve la piel, convirtiéndose en algo repugnante.

El grito de Pippa nos traspasa.

—¡Socorro!

Recorremos a trompicones el campo de hierba quebradiza y la vemos. Ha llevado al río un bote grande, un ataúd, y el viento la ha arrastrado hasta la zona más profunda. La criatura, en la orilla, nos obliga a mantener las distancias.

—Sí, muy bien... Venid a buscarla... —dice, riendo.

—¡Por favor! ¡Ayudadme! —grita Pippa.

Pero no podemos hacer nada. Nos es imposible llegar a ella. No podemos permitir que la criatura nos atrape. Atenazada por el miedo, sólo puedo pensar en una cosa: debemos salir de aquí.

—¡A la puerta, deprisa! —grito.

El viento agita el pelo de Felicity ante su rostro pálido.

—¡No podemos dejar a Pip!

—¡Volveremos a buscarla! —le contestó, cogiéndola de la mano.

—¡No!

—¡No me dejéis!

Pippa se dirige hacia la proa del bote, que se inclina bajo su peso.

—¡Pippa, no! —exclamo, pero es demasiado tarde.

Cae al agua, que se cierra como hielo en torno a sus manos extendidas, engulléndolo todo salvo su grito húmedo y ahogado. Me acuerdo de mi visión el día del ataque de Pippa, cuando se hundía en el agua. Y ahora, con pavor, por fin la entiendo.

Indignada, la cosa aulla y la oscuridad se precipita hacia nosotras entre chillidos.

—¡Pippa! ¡Pippa! —grita Felicity hasta desgañitarse.

—Felicity, tenemos que irnos ahora mismo.

El espectro casi nos ha alcanzado. No hay tiempo para pensar. Sólo puedo actuar. Llego a la puerta y nos transporto a la cueva, donde los cabos de las velas parpadean y chisporrotean. Estamos todas a salvo, aparentemente. Pero el cuerpo de Pippa permanece rígido en el suelo, convulsionándose sin control.

—¿Pippa? ¿Pippa? —dice Ann con voz trémula. Felicity solloza.

—¡La has dejado allí! ¡La has abandonado!

La última vela chisporrotea y se apaga.

—¡Tienes que ayudarme!

Enloquecida, me detengo ante la carpa de Kartik. Él no discute conmigo, no dice palabra, ni siquiera cuando le cuento lo sucedido. Coge a Pippa y la lleva en hombros por el bosque hasta Spence. Sólo se detiene cuando pasamos junto al barranco, ante el ciervo muerto que hemos dejado allí. Nos ayuda a subir a Pippa a su habitación y luego corro a los aposentos de la señora Nightwing. La llamo con furia, gritando su nombre con una desesperación que no puedo contener. Nuestra directora abre la puerta con un gorro de dormir que le resbala por las largas trenzas canas.

—¿Qué demonios pasa? Señorita Doyle, ¿qué hace vestida? ¿Por qué no está acostada?

—Es Pippa —digo sin aliento—. Es que...

No puedo acabar, pero no importa. La señorita Nightwing ha percibido la alarma en mi voz. Se pone en acción con esa firmeza inamovible tan propia de ella, una cualidad que nunca había apreciado en su justa medida hasta ahora.

—Dile a Brigid que llame al doctor Thomas de inmediato.

Las lámparas arden toda la noche. Estoy sentada junto a la ventana de la biblioteca, con los brazos alrededor de las rodillas, volviéndome lo más pequeña posible. En los límites del sueño la veo. Mojada. Con la mirada vacía. Sumergiéndose bajo la suave superficie mientras pide ayuda a gritos. Me clavo las uñas en la palma de la mano para mantenerme despierta. Felicity se pasea de un lado al otro junto a mí. Evita mi mirada, pero el silencio habla por ella.

«La has dejado allí, Gemma. Sola en esa tumba de agua».

Un farol linterna se mueve por el jardín. Kartik. La luz se balancea y se agita en su jaula de metal. Tengo que esforzarme para verlo. Lleva una pala, y sé que va a donde está lo que no pudimos pasar por alto en el barranco. Va a enterrar el ciervo.

Pero no sé si lo hace para protegerme a mí o a sí mismo.

Permanezco largo rato sentada y observo cómo avanza la noche hacia el día, cómo lo violeta se vuelve amarillo y el amarillo se difumina hasta parecer que la oscuridad nunca ha manchado la piel del cielo. Cuando el sol asoma por encima de los árboles, estoy preparada para emprender un último viaje.

—Guarda esto —digo, poniendo el amuleto del ojo de luna creciente en las manos de Felicity.

—¿Por qué?

—Si no vuelvo... —Me interrumpo—. Si algo va mal, tendrás que buscar a los demás. Tendrán que saber que eres una de ellos.

Fija la mirada en el amuleto de plata.

—Tendrás que decidir si hay que ir a buscarme. —Hago una pausa—. O si hay que cerrar los reinos para siempre. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurra—. Prométeme que volverás.

Siento la suavidad del retal de seda del vestido de mi madre en mi puño cerrado.

—Lo intentaré.

No hay pájaros, ni flores, ni puesta de sol. Más allá de la resplandeciente puerta todo es de un color gris fantasmagórico. El bote vacío sigue en el río, inmóvil en medio de una fina capa de hielo.

—Si me quieres, aquí estoy —grito.

Mi voz resuena alrededor: «estoy, estoy, estoy».

—¿Gemma? ¡Gemma!

Mi madre sale de detrás de un árbol. Su voz, segura y firme, me atrae.

—¿Madre?

Se le humedecen los ojos.

—Gemma, temía que... Pero estás bien.

Sonríe, y dentro de mí me doblego ante ella. Me siento cansada e insegura pero ahora ella está aquí. Me ayudará a arreglar las cosas.

—Madre, lo siento. Ha sido un desastre. Me dijiste que no empleara la magia todavía, y no te hice caso, y ahora lo he echado todo a perder, y Pippa...

No me atrevo a seguir, ni a pensarlo siquiera.

—Chist, Gemma. No es momento de llorar. Has vuelto para llevarte a Pippa, ¿no es así?

Asiento.

—En ese caso, no hay tiempo que perder. Date prisa, antes de que vuelva la criatura.

La sigo a través del arco de plata hasta el fondo del jardín, donde está el centro del círculo que forman esos altos cristales poseedores de tanto poder.

—Pon las manos en las runas.

Vacilo. No sé por qué.

—Gemma —dice, entornando los ojos verdes—. Debes confiar en mí o tu amiga se perderá para siempre. ¿Quieres cargar con esa culpa?

Pienso en Pippa luchando en el agua gélida donde cayó, donde la dejé. Acercó las manos a las runas.

—Muy bien, cariño. Ya ha pasado todo. Pronto volveremos a estar juntas.

Apoyo la mano izquierda en la runa. La vibración me recorre el cuerpo. Los anteriores viajes me han debilitado, y la magia empieza a atraerme con su poder. Es demasiado para mí. Mi madre me tiende la mano abierta. Ahí está, rosada, viva, abierta. Sólo tengo que cogerla. Levanto el brazo. Estiro los dedos hacia los suyos, hasta que mi piel vibra con su proximidad. Nuestros dedos se rozan.

—Por fin...

Al instante aparece la cosa oculta en el cuerpo de mi madre, elevándose como las propias piedras. Con un alarido, la criatura me agarra del brazo. Siento que su

frialdad me recorre el brazo, penetra en mis venas, avanza hasta mi corazón. El calor me abandona. No puedo luchar contra ella.

Todo se desvanece. Iniciamos un rápido descenso, dejando atrás la montaña y el turbulento cielo, traspasando el velo que separa los reinos y el mundo de los mortales. La cosa se ríe de placer.

—Por fin..., por fin...

Esta nueva magia que se apodera de mí y se une a mi voluntad me coge desprevenida. Es sobrecogedora, un poder desnudo. No quiero desprenderme nunca de él. Podría usarlo para controlar, para herir, para vencer.

La criatura se ríe.

—Sí... Es embriagador, ¿verdad?

«Sí, ah, sí». ¿Es esto lo que sintieron mi madre y Circe, lo que temían perder: un poder inaccesible para ellas en su propio mundo? Ira. Alegría. Éxtasis. Rabia. Todo suyo. Todo mío.

—Ya casi hemos llegado —susurra la cosa.

Abajo, Londres se extiende como el abanico de una dama, ornamentado y delicado. Una ciudad que quería ver cuando vivía en la India. Una ciudad que todavía quiero ver. Por mi cuenta.

La cosa percibe mi malestar.

—Podrías ser su dueña —dice, casi lamiéndome la oreja.

«Sí, sí, sí».

No. En realidad, no. Ni con esta criatura a mi lado. El poder nunca sería mío. Me controlaría. «No, no, no. Que gane ella». Estoy cansada de tantas elecciones. Me invade una sensación de pesadez, hasta el punto de que podría dormir para siempre. Que gane Circe. Abandonaré a mi familia y a mis amigos. Me dejaré arrastrar por la corriente.

No.

De pronto la cosa parece debilitarse. Debes conocerte a ti misma, saber lo que quieres. Eso me dijo mi madre. Lo que quiero... lo que quiero...

Quiero volver. Y la cosa se viene conmigo. De pronto, Londres se encoge hasta quedar reducido a un punto, inalcanzable. Estoy llevándome a la cosa del mundo, devolviéndola a la cima de la montaña, a la gruta y las runas.

Chillidos y alaridos: los horribles gritos de los condenados me fustigan.

—¡Nos has engañado!

La cosa se extiende convirtiéndose en un espantoso muro que se agita y llega hasta el cielo. Nunca he visto nada tan aterrador y por un instante sólo siento un miedo tan real que me quedo petrificada. Las manos esqueléticas me agarran por el cuello y me aprietan con fuerza. Presa del pánico, me defiendo, usando la magia para hacerla todo lo posible. Pero siempre vuelve, consumiendo mi energía cada vez más.

Sus manos me aprietan de nuevo el cuello, y me quedan ya muy pocas fuerzas.

—Sí, muy bien. Entrégate a mí.

No puedo pensar. Apenas puedo respirar. El cielo está gris y negro. Aquí estuvimos sentadas, contando las nubes en el cielo azul. Azul como el vestido de seda de mi madre. Azul como una promesa. Una esperanza. Ella volvió por mí. No puedo dejarla así.

Las órbitas negras y arremolinadas se acercan a mí. Me llega el olor a podredumbre. Las lágrimas asoman a mis ojos. No me queda nada salvo esa esperanza y un susurro.

—Madre..., te perdono.

Las manos me sueltan. La cosa agranda los ojos y abre la espantosa boca. Su poder mengua.

—¡No!

Siento que recupero las fuerzas. Mi voz aumenta de volumen y las palabras adquieren vida propia.

—Te perdono, madre. Te perdono, Mary Dowd.

La criatura se retuerce y grita. Yo me libero. Está perdiendo la batalla, disminuyendo de tamaño. Aúlla de dolor, pero no me detengo. Lo repito como un mantra mientras cojo una piedra y destrozo la primera runa. Se desmorona en una lluvia de cristales, y luego hago añicos la segunda.

—¡Detente! —chilla—. ¿Qué haces?

Destrozo la tercera y la cuarta. Por un instante, la cosa cambia de forma, se convierte en mi madre, trémula y débil sobre una extensión de hierba que parece paja.

—Gemma, por favor, para. Me estás matando.

Vacilo. Vuelve su rostro hacia mí, suave y bañado en lágrimas.

—Gemma, soy yo. Tu madre.

—No, mi madre ha muerto.

Rompo la quinta runa, y me caigo de espaldas en la tierra dura. Con un grito ahogado, la cosa libera el espíritu de mi madre. Se encoge y se convierte en una fina columna de distorsionados lamentos hasta que se la traga el cielo y reina el silencio.

Permanezco inmóvil.

—¿Madre? —llamo.

En realidad no espero una respuesta ni la recibo. Esta vez se ha ido de verdad. Estoy sola. Y aunque no sé por qué, tiene que ser así.

De algún modo, la madre que recuerdo fue una ilusión igual que las hojas que convertimos en mariposas la primera vez que fuimos a los reinos. Tendré que dejarla ir para aceptar a la madre que estoy descubriendo ahora. Una mujer capaz de cometer un asesinato, pero que luchó contra la oscuridad para volver y ayudarme. Una mujer vanidosa, asustada y, al mismo tiempo, un poderoso miembro de la antigua Orden. En

realidad, ni siquiera ahora quiero saberlo. Sería tanto más fácil refugiarme en la seguridad de esas ilusiones y aferrarme a ellas. Pero no lo haré. Quiero dejar espacio a lo que es real, a todo aquello que puedo tocar y oler, saborear y sentir: brazos alrededor de mis hombros, lágrimas e ira, decepción y amor, la sensación extraña que tuve cuando Kartik me sonrió junto a su tienda y mis amigas me cogieron de la mano y me dijeron sí, te seguiremos...

Lo más real es que soy Gemma Doyle. Sigo aquí. Y por primera vez en mucho tiempo me alegro de ello.

Tengo muchas cosas en qué pensar, pero ahora estoy en la orilla del río. Se ve el rostro de Pippa pegado al hielo, y los rizos sueltos y morenos que se extienden bajo la superficie. Rompo la capa de hielo con una piedra y el agua brota a través de las grietas.

Para sacarla debo sumergir la mano en ese río prohibido y turbio. Está caliente como una bañera. Acogedor y tranquilo. Me entran ganas de zambullirme, pero todavía no. Cojo a Pippa de la mano y tiro de ella con todas mis fuerzas, liberándola del peso del agua, hasta llevarla a la orilla. Escupe y tose; luego vomita el agua del río en la hierba.

—¿Pippa? ¡Pippa! —Está muy pálida y fría, tiene profundas ojeras—. Pip, he venido a buscarte.

Abre los ojos violáceos.

—A buscarme. —Pronuncia las palabras en un susurro y mira con añoranza el río, cuyos secretos quiero conocer y también apartar de mí, por ahora—. ¿Qué será de mí?

Ya no me queda magia para mentir.

—No lo sé.

—¿O sea que tendré que ser la señora de Bartleby Bumble?

No digo nada. Me acaricia la mejilla con su mano fría y mojada y ya sé qué está pensando, no por mediación de la magia sino porque es mi amiga y la quiero.

—Por favor, Pip —digo, y callo porque empiezo a llorar—. Tienes que volver, debes hacerlo.

—Debo hacerlo... Toda mi vida he hecho lo que debía.

—Eso podría cambiar...

Niega con la cabeza.

—No soy una luchadora como tú.

En la hierba quebradiza de invierno encuentra un puñado de moras mustias, no mayores que semillas. Las sostiene en la palma como monedas.

Me duele la garganta.

—Pero si te las comes...

—¿Qué fue lo que dijo la señorita Moore? No hay elecciones seguras, sólo distintas. —Contempla el río por última vez, y se lleva la mano a la boca.

Por un instante el silencio es tan profundo que oigo mi respiración entrecortada. Y de pronto su piel recupera el color, se le riza el pelo y el rubor asoma a sus mejillas. Está radiante. Alrededor, la tierra cobra vida otra vez con una cascada de flores y hojas doradas. Por el horizonte, nace un nuevo cielo rosado. Y el caballero andante aguarda, con el guante de Pippa en la mano.

La cálida brisa ha empujado el bote hasta nuestra orilla.

Ha llegado el momento de decir adiós. Pero últimamente me he despedido demasiadas veces, y aún me quedan las despedidas de toda una vida, así que no digo nada. Pippa sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa. Con eso basta. Se sube al bote y se deja llevar a la otra orilla del río. Cuando llega, el caballero la ayuda a desembarcar sobre la suave hierba verde. Bajo el arco de plata de la verja del jardín, la hija de la Madre Elena, Carolina, también mira. Pero pronto se da cuenta de que esta no es la persona a quien espera y, acunando a la muñeca entre sus brazos, se aleja hasta perderse de vista.

Cuando vuelvo, encuentro a Felicity delante de la puerta de la habitación de Pippa, con la espalda contra la pared. Me abraza sollozando. En el fondo del pasillo, Brigid se sorbe la nariz mientras cubre un espejo con una sábana. Ann sale de la habitación de Pippa con la nariz roja, goteándole.

—Pippa... —Calla, pero no hace falta que lo diga.

Ya sé que Pippa se ha ido.

La mañana que enterramos a Pippa, llueve. Es una lluvia fría de octubre que convierte en barro el puñado de tierra en mi mano. Cuando me llega el turno, me acerco a la tumba y la tierra resbala entre mis dedos cayendo sobre el ataúd bruñido con un ligero sonido.

Durante toda la mañana Spence ha funcionado como una máquina bien engrasada en la que todas han cumplido con su cometido, en silencio y con eficacia. Es curioso lo resuelta que se vuelve la gente tras una muerte. Toda indecisión de pronto se desvanece en momentos claros y definidos, como cambiar las sábanas, elegir un vestido o un himno, hacer la colada, rezar: todos los actos pequeños, sencillos y conscientes de la vida pasan a ser una manera de defenderse de la muerte.

Las chicas del primer curso han sido autorizadas a recorrer los cuarenta y cinco kilómetros hasta la casa de campo de los Cross para asistir al funeral. La señora Cross ha insistido en que Pippa fuera enterrada con su anillo de zafiro de compromiso, lo que sin duda no ha sentado nada bien al señor Bumble. Se pasa toda la ceremonia



consultando el reloj de bolsillo y haciendo muecas. Con voz profunda y resonante, el párroco nos habla de la belleza de Pippa y de su inquebrantable bondad. No conozco a esa chica anodina a la que describe. Ojalá pudiera ponerme en pie y explicar cómo era en realidad, la Pippa que podía ser vanidosa y egoísta y estar enamorada de sus ilusiones románticas; la Pippa que también era valiente, resuelta y generosa. Y aunque les dijera todo esto, tampoco me ajustaría a la verdad. Nunca se conoce a alguien del todo. Por eso es tan aterrador confiar en alguien sin más, con la esperanza de que esa persona también confíe en ti. Es un equilibrio tan precario que de por sí es increíble que ocurra. Y sin embargo...

El párroco da la última bendición, y ahora sólo falta que los sepultureros empiecen su trabajo. Se ajustan la gorra y hunden las palas en el barro para enterrar a la que fue mi amiga. Mientras, siento que él me observa desde los árboles. Cuando me vuelvo, allí está, asomando su capa negra. En cuanto la señora Nightwing se acerca a los Cross para ofrecerles consuelo, me escabullo hasta su escondite detrás de un gran serafín de mármol.

—Lo siento —dice Kartik.

Es una condolencia sencilla y directa, sin todas esas tonterías de que Dios llama a un ángel demasiado joven o quiénes somos nosotros para cuestionar sus designios insondables. La lluvia azota mi paraguas con un ritmo constante.

—La dejé irse —digo de manera vacilante, alegrándome de poder hacer por fin algo parecido a una confesión—. Supongo que habría podido insistir un poco más en convencerla. Pero no lo hice.

Kartik deja que me desahogue.

¿Les contaré a los Rakshana lo que he hecho? Aunque ya da igual, he tomado una decisión. Ahora los reinos son responsabilidad mía. Circe acecha en algún lugar, y yo tengo que volver a organizar una Orden, enmendar errores, aprender a controlar muchas cosas.

Kartik guarda silencio. La única respuesta es la lluvia continua. Al final se vuelve hacia mí.

—Tienes la cara manchada de barro.

Me paso el dorso de la mano por la mejilla al azar. Kartik niega con la cabeza para indicarme que no me lo he quitado.

—¿Dónde? —pregunto.

—Aquí.

Sólo es el lento roce de su pulgar en el borde inferior de mi labio, pero tengo la sensación de que el tiempo se ralentiza y el contacto de ese dedo en mi piel se hace eterno. No es un hechizo, pero contiene tal magia que apenas puedo respirar. Kartik aparta la mano rápidamente, consciente de lo que ha hecho. Pero el contacto de su dedo persiste.

—Te doy mi pésame —musita, y se vuelve para irse.

—Kartik.

Se detiene. Está calado hasta los huesos, con los rizos negros pegados a la cabeza.

—No hay vuelta atrás. Puedes decírselo.

Ladea la cabeza desconcertado, y veo que no sabe si me refiero a que no pienso volver atrás con respecto a mis poderes o a su caricia. Estoy a punto de explicárselo, pero me doy cuenta de que yo tampoco lo sé. Y de todos modos ya se ha ido, echando a correr a toda prisa para refugiarse en el carro que veo al final del camino.

Cuando me reúno con las demás, Felicity llora bajo la lluvia con la mirada clavada en la tumba reciente.

—Se ha ido, ¿verdad?

—Sí —contesto, sorprendida de la seguridad en mi voz.

—¿Qué me pasó en el otro lado, con esa cosa?

—No lo sé.

Miramos a los dolientes, manchas negras en un mar de lluvia gris. Felicity no se atreve a mirarme.

—A veces veo cosas, creo. Con el rabillo del ojo. Cosas que me hostigan y luego desaparecen. Y sueño. Unas pesadillas horribles. ¿Y si me pasara algo terrible, Gemma? ¿Y si estoy afectada por algo?

La lluvia es un frío beso en mi manga cuando entrelazo mi brazo con el suyo.

—Estamos todas afectadas de un modo u otro.

Nos han dado el día libre para descansar y reflexionar, de modo que *mademoiselle* LeFarge se sorprende cuando me ve en la puerta de su aula y se queda totalmente desconcertada cuando le entrego cinco páginas pulcras y ordenadas de una traducción al francés.

—Está muy bien —anuncia tras examinar mi trabajo con atención.

Tiene un elegante jarrón nuevo con flores en su escritorio donde antes estaba la fotografía de Reginald. Coge las hojas y me las devuelve con sus correcciones en tinta.

—Lo ha hecho muy bien, *mademoiselle* Doyle. Creo que todavía hay esperanzas para usted. *Dans chaque fin, il y a un début.*

Mis aptitudes para la traducción no están a la altura de esta frase.

—¿Al final también hay una debutante?

*Mademoiselle* LeFarge niega con la cabeza.

—En cada final hay también un principio.

La lluvia ha cesado, pero ha traído consigo un viento otoñal que me enrojece las mejillas hasta que parecen recién abofeteadas. Octubre llega con estallidos de rojo y dorado. Pronto los árboles perderán su envoltura y pronto el mundo quedará desnudo.

A varios kilómetros de aquí, Pippa está en su ataúd, desvaneciéndose en el recuerdo, convirtiéndose en parte de las leyendas de Spence que se susurran a última hora de la noche. «¿Has oído hablar de la chica que se murió en esa habitación al final del pasillo?». No sé si se arrepiente de su decisión. Me gusta imaginarla como la vi la última vez, caminando con paso seguro hacia algo que no veré, espero, hasta dentro de mucho tiempo.

En un mundo más allá de este, ese río sigue con su dulce melodía, hechizándonos con lo que queremos oír, dando forma a lo que necesitamos ver para poder seguir adelante. En esas aguas, se olvidan todas las decepciones, se perdonan nuestros errores. Al contemplarlas, vemos a un padre fuerte. A una madre cariñosa. Habitaciones cálidas que nos dan cobijo y donde somos adorados y deseados. Y la incertidumbre de nuestro futuro no es más que una vaharada en una ventana.

El suelo sigue mojado. Los tacones de mis botas se hunden en el barro y me cuesta caminar, pero veo más adelante los carros del campamento gitano entre los árboles. Voy a entregar un regalo. O un soborno. Todavía no sé muy bien por qué lo hago. La cuestión es que voy a hacerlo.

El paquete está envuelto en el periódico de hoy. Lo dejo delante de la tienda de Kartik y vuelvo a escabullirme tras los árboles para esconderme a esperar. Pronto llega, con un fardo amarrado a una cuerda. Cuando ve el paquete, se da la vuelta para ver quién ha podido dejarlo. Como no hay nadie, lo abre y encuentra el reluciente bate de *criquet* de mi padre. No sé si lo aceptará o si le parecerá insultante.

Acaricia la madera con las manos. Una sonrisa asoma a las comisuras de lo que, como compruebo una vez más, es una boca hermosa. Coge una manzana silvestre del suelo y la lanza al aire. El bate emite un sonido agradable cuando envía la manzana a gran altura en afortunada mezcla de dirección y posibilidad. Kartik deja escapar un breve aullido de satisfacción y asesta un golpe al cielo con el bate. Sentada, lo observo golpear las manzanas, una y otra vez, hasta que sólo pienso dos cosas: «El *criquet* es un juego ideal para perdonar» y «La próxima vez tengo que traerle una pelota».

El perdón. La frágil belleza de la palabra arraiga dentro de mí cuando vuelvo por el bosque, pasando ante la cueva y el barranco, donde la tierra ha acogido la carne del ciervo, dejando sólo uno o dos huesos, que asoman por encima de la tumba improvisada de Kartik, a modo de prueba de todo lo ocurrido. Pronto también eso desaparecerá.

Pero el perdón... Me aferraré a esa frágil porción de esperanza y la mantendré cerca de mí, recordando que en cada uno de nosotros hay cosas buenas y malas, luz y oscuridad, arte y dolor, elecciones y lamentaciones. Cada uno de nosotros es su propio *chiaroscuro*, su propio trozo de ilusión que lucha para convertirse en algo sólido, algo real. Tenemos que perdonarnos eso. Debo acordarme de perdonarme a mí misma. Porque hay mucho gris con qué trabajar. Nadie puede vivir siempre bajo la luz.

El viento cambia de dirección y trae consigo el olor a rosas, intenso y dulce. La veo al otro lado del barranco, entre el crujido seco de las hojas. Una cierva. Me ve y sale disparada entre los árboles. Yo corro tras ella, sin perseguirla realmente. Corro porque puedo, porque debo.

Porque quiero ver hasta dónde puedo llegar antes de tener que parar.

## Agradecimientos

No habría podido escribir este libro sin los sabios consejos y la bienvenida ayuda de mucha gente. Estoy muy en deuda con las siguientes personas:

La Fabulosa Trinidad: mi agente, Barry Goldblatt; mi correctora de estilo, Wendy Loggia, y mi editora, Beverly Horowitz.

Trish Parcell Watts, que creó la hermosa sobrecubierta; Emily Jacobs, por sus inestimables aportaciones, y Barbara Perris, una extraordinaria correctora.

El incansable personal de la British Library y el London Transport Museum, en especial Suzanne Raynor.

La profesora Sally Mitchell, de Temple University, que me dio varias pistas muy útiles para mi investigación, por las cuales le estoy muy agradecida. Para quien esté interesado en la era victoriana, recomiendo vivamente sus libros *The New Girl* y *Daily Life in Victorian England*.

La Victorian Web de Brown University.

Las comunidades de escritores YAWriter y Manhattan Writers Coalition, que tanto apoyo ofrecen.

La generosa y afectuosa familia Schrobsdorff: Mary Ann, por los maravillosos recursos y la ropa victoriana auténtica para el estudio; Ingalisa, por la magnífica foto de la sobrecubierta; la gran Susanna, por animarme, cuidar a los niños y corregir mi espantoso francés. Françoise Bui, por corregir todavía más mi espantoso francés.

Franny Billingsley, que leyó el primer borrador y me dio a conocer sus perspicaces opiniones en un comentario de diez páginas.

Angela Johnson, por decirme que escribiera el libro que necesitaba escribir.

Laurie Allee, por ayudarme a encontrar el corazón del libro.

Mis amigos y mi familia, que me animaron y perdonaron por no devolver llamadas, no fijarme en la fecha de caducidad de la leche y no enviar las tarjetas de felicitación de cumpleaños a tiempo porque (un suspiro) «está escribiendo ese libro».

Y sobre todo Josh, por ser tan paciente cuando mamá tenía que acabar «una última cosa».